

A C A N T I L A D O

A.G. Porta

Hormigas salvajes
y suicidas



HORMIGAS SALVAJES Y SUICIDAS

A mediados de diciembre de 2007 Gustavo Braudel y su hija Albertine, a quienes ya conocemos por anteriores obras de A.G. Porta, participan en la operación HSYS (Hormigas Salvajes y Suicidas), según se desprende del relato que ésta ofrecerá al coronel Francisco Resano: 'A veces una no sabe, querido coronel, por qué echa de menos una época que en su momento no le pareció mejor que cualquier otra, pero a la que, sin embargo, le tiene un aprecio especial, posiblemente debido a las circunstancias que concurrieron en ella, a las personas que me rodeaban y, tal vez, a que pronto vayan a cumplirse cinco años y todavía no haya podido pasar página. Entonces le prometí un informe de la operación [...] en la que participaron el inspector de policía José Blaya y el también policía Lalo Lucena, ambos jubilados, sin que durante este tiempo haya conseguido escribir una sola palabra'. La impresionante trama de personajes, construida minuciosamente con un profundo sentido narrativo, y el estilo depurado de Porta descubrirán al lector un exuberante universo literario.

©2017, Porta, A. G.

©2017, Acantilado

ISBN: 9788416748693

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 04/02/2019

A. G. Porta

Hormigas salvajes y suicidas



*P*ARA ANNA.



Soñé que era un detective
latinoamericano muy viejo.
Vivía en Nueva York y
Mark Twain me contrataba
para salvarle la vida a alguien
que no tenía rostro.
Va a ser un caso condenadamente
difícil, señor Twain, le decía.

Tres, ROBERTO BOLAÑO

Dos hormigas salvajes y suicidas.
Belano y Lima...

El viejo de la montaña,
ROBERTO BOLAÑO

Hormigas salvajes y suicidas

A veces una no sabe, querido coronel, por qué echa de menos un tiempo, una época, que en su momento no le pareció mejor que ninguna otra, pero a la que, sin embargo, le tiene un aprecio especial, posiblemente debido a las circunstancias que concurrieron en ella, a la gente que me rodeaba y, tal vez, a que pronto vayan a cumplirse cinco años y todavía no haya podido pasar página. Entonces le prometí un informe de la operación Hormigas Salvajes y Suicidas en la que participaron el inspector de policía José Blaya y el también policía Lalo Lucena, ambos jubilados, sin que durante este tiempo haya conseguido escribir una sola palabra, quiero pensar que a causa de no haber sobrevivido ninguno de sus protagonistas principales. Usted mismo nos dejó hará un par de años, aunque en mi imaginación todavía le vea en la brecha, viajando con Hanna, impartiendo seminarios y conferencias como solía hacer en sus buenos tiempos. Sin embargo, para mí, es como si hubiera transcurrido una década entera. He dejado el servicio de manera intermitente y he recuperado la discreta carrera de escritora que tenía medio abandonada. Mis antiguos compañeros siguen llamándome Albertine, el alias con el que usted me recibió el primer día, y con el que sigo presentándome por dondequiera que vaya, ya que parece que me queda bien, acaso mejor que mi nombre verdadero. Tal vez sea porque le echo de menos que quisiera dedicarle esta larga carta a modo de noticia—ya ve que prefiero quitarle ese aire oficial que transmite la palabra informe—sobre los últimos días del que había sido inspector de policía, José Blaya, y me gustaría ofrecérsela basándome en mis propios recuerdos y en las grabaciones llevadas a cabo en la estación de vigilancia a la que mi padre y McGregor, a sugerencia del propio inspector, habían bautizado con ese extraño nombre de Hormigas Salvajes y Suicidas, y

a quienes di apoyo, junto a los escuchas Boris e Iván, hasta la madrugada del día 25 de diciembre de aquel año 2007. En su ausencia, coronel, parece que esta historia no tenga mucho sentido, y creo que ha sido la falta de un sentido lo que me ha impedido escribirla hasta hoy. Tener sentido, no obstante, pertenece al orden de lo racional, y he de confesarle que quedaba en mí un resquemor, la sensación de no haber sabido cumplir con alguna clase de deber sobre el que nadie podría pedirme responsabilidades excepto yo misma; tal vez la peor de las exigencias: el sentimiento de un deber moral pendiente. Dicen que es bueno despedirse de los seres queridos, tome pues, coronel, este relato como el mejor homenaje que modestamente puedo brindarle, el modo elegido para devolver las cosas al lugar que les correspondía desde el principio, cuando al entrar de servicio una mañana de diciembre encontré al que había sido inspector de policía, Blaya—sumido, como luego supe, en la última prórroga de una larga enfermedad—, concentrado en un extenso relato a los agentes Braudel y McGregor, al primero de los cuales me permitirá que llame mi padre. Decía que era con ambos agentes con quienes Blaya acababa de establecer los objetivos de aquella misión y a quienes, entre ahogos y ataques de tos, y ostentando un brazalete negro cosido en la manga de la chaqueta, daba razón del escaso amor que le quedaba por la vida, aclarándoles que nada tenía la menor importancia, y que era mejor morir peleando a causa de una venganza que dejarse ir y terminar los días entre médicos en una cama de hospital o trasteado sin miramientos por las enfermeras y cuidadoras de una residencia. Eso decía Blaya a la vez que encendía un cigarrillo tras otro, y ésa fue la idea que saqué en claro de este hombre ya viejo y acabado, en el ocaso de su profesión y de su vida, durante las más de dos semanas en que estuvimos vigilando el cuartel general—una enorme mansión, al otro lado de la calle— de aquella banda criminal a quienes convenimos en llamar los novios rusos. Con Blaya tuve la oportunidad de conversar largas horas mientras nos turnábamos en las guardias y mientras tosía en un rincón o se quedaba haciéndonos compañía para que nadie pudiera reprocharle nada, o quizá porque, a excepción de usted y de Lucena, ya no le quedaban más viejos de quienes despedirse. Fiel a su propia historia y a su manera de entender la vida, dijo haber resuelto cuáles iban a ser sus últimos pasos, consciente de que allí encontraría su fin, de que de todos modos no le quedaba más recorrido, y de que antes de que el cáncer de pulmón acabara con él prefería

terminar con el sentimiento del deber cumplido y, aunque fuera por una sola vez, tener la oportunidad de hacerlo con las armas en la mano. Es de suponer que para matar aquellos ratos accediera a contarnos la historia de esos dos últimos años durante los que había mantenido una relación nada corriente, al menos desde su punto de vista, con aquel otro policía jubilado llamado Lalo Lucena, un personaje al que presentó como exageradamente peculiar, para quien nada había en este mundo comparable al arte del toreo, y que acabó entrando en acción, como dijo mi padre más tarde, a la manera suicida del torero Belmonte del que tan admirador era.

Para Blaya esta historia había comenzado a principios del año 2006, cuando usted, coronel, se cruzó en su camino, en pleno ataque de tos, justo a la entrada de los galgos de Concepción Arenal, y aunque hacía semanas que tosía reiteradamente no se le habría ocurrido pensar en ningún momento que aquella tos y aquel encuentro, del que dudaba que hubiese sido fortuito, fueran el principio del final; de un final que en cualquier caso todavía iba a alargarse un par de años. Sin duda Blaya debió vivir aquel instante como si su sola presencia hubiese acabado con la rutina de la mañana y tal vez del día entero, como un todo que le sorprendiera absurdamente, porque si bien usted decía vivir retirado, según el ex policía no daba la impresión de haber dejado de trabajar ni un solo minuto. De eso fue de lo que hablaron, sentados en las gradas del canódromo, a cubierto, porque llovía y hacía frío, de los viejos tiempos, que es de lo que hablan los jubilados cuando se encuentran, y también de los viajes, de su empeño en escribir sus memorias y visitar los destinos donde habían transcurrido los episodios más importantes de su vida. Precisamente ése era el motivo que le había traído a Barcelona, porque en otra época había utilizado el canódromo para sus contactos, y ahora que había leído que iban a cerrarlo tenía prisa en poner por escrito sus recuerdos. Como solución para combatir el aburrimiento su plan no estaba mal, contó Blaya que había pensado, y opinó que también a él le convendría escribir las memorias de tantos años oficiando como inspector de policía. Probablemente unas memorias de menor calado, si había que compararlas con las de alguien que se había pasado la vida en medio de intrigas y conspiraciones por los entresijos del servicio de espionaje. Puesto a contar, también dijo de usted que le distinguía la misma elegancia y estilo de cuando le había tratado años antes y que se comportaba como si sus antiguos compañeros o conocidos

siguieran en activo tras haberse jubilado. Insistió en ello porque usted había querido saber a qué se dedicaba él, todo un ex inspector de policía, a lo que le había respondido que se aburría todos y cada uno de los días, síntoma parecido a estar muerto, porque había aludido al acto de jubilarse con la expresión «pasar a mejor vida». Y mencionó que aquel día no sólo hablaron de los viejos tiempos, sino también de que a usted le inquietaba perder el contacto con la modernidad y no poder seguir el ritmo de los adelantos tecnológicos. Su visión descartaba bajar la guardia, porque no era hombre que pudiera renunciar a sus principios, y que ése era su modo de ver las cosas, la manera de sentenciar el pesimismo del propio Blaya, quien dijo haberle escuchado sin llevarle la contraria, por educación y por respeto a los galones, según sus propias palabras, y porque a él, como muerto viviente que era, ya no le importaba nada estar al corriente de lo que sucedía en el mundo, ni siquiera de lo que les ocurría a sus colegas; que coleccionaba esquelas y leía el periódico por rutina, sin ninguna razón aparente que sostuviera sus actos. También contó que en aquella época, aun sin tener conocimiento de su enfermedad, se sabía en el tramo final del camino, consciente de que nadie esperaba nada de él excepto que muriera y dejara de representar una carga para el erario público. Un caso diametralmente distinto al suyo, coronel, que ocupaba las horas preparando seminarios y escribiendo, y que lo hacía mostrando una envidiable energía. Para Blaya, eso no era más que una excusa, tal vez una extravagancia que le permitía recordar el pasado, encontrar a viejos compañeros de armas y visitar los lugares en los que habían transcurrido sus mejores días. Asumió Blaya que a usted todavía le preocupaban las derivas de la política internacional; que primero creyó que exageraba cuando le puso al corriente de sus conferencias por los cinco continentes, que preferentemente versaban sobre geopolítica, había dicho, y que le ocultó las suspicacias que tenía sobre la verosimilitud de sus comentarios. Confesó haberle escuchado entonces por cortesía, mientras le mostraba ciertos rincones del barrio donde vivía, y dijo que fue mucho más tarde, a través de sus cartas y de las conversaciones que mantuvieron en París, que no sólo le creyó sino que le incluyó entre los escogidos que le merecían alguna consideración. En todo caso lo que vino a destacar de aquel encuentro de los galgos fue el momento en que usted le habló de Lalo Lucena, quien el día anterior se había roto una pierna y esperaba turno en el quirófano del Hospital de Bellvitge. Que se lo contó mientras tomaban café y

whisky para combatir el frío y las inclemencias de la lluvia, tal como dijo, en el bar Colombia, en la esquina de Fabra y Puig con Gran de Sant Andreu, donde, desde tiempos inmemoriales, un tal Silva y el propio patrón le llamaban capitán, a él que nunca había pasado de inspector, sin que hubiera habido manera de que eso cambiara, y no pudo evitar pensar que habría sido incluso hermoso escuchar cómo le daban la bienvenida, coronel, sin andarse por las ramas, utilizando directamente su graduación. Un capitán que no lo era y un coronel aparentemente en la reserva... Volviendo a ese Lucena que se había roto una pierna, dijo Blaya que fue como si de pronto hubiera regresado un fantasma del pasado, y añadió que al no tener nada que hacer, ni aquel ni ningún otro día, decidió acompañarle en su visita al accidentado, porque le sobraban horas y porque ya tenía esa sensación de estar de más. Todo eso dijo un par de años más tarde, cuando recordó aquella mañana como el inicio del más inesperado de los finales posibles, por más que luego, entre ahogos, mientras tosía y se palpaba aquel brazalete negro recién cosido en el antebrazo de la manga, dijera de aquellos acontecimientos que se habían ido demorando con el paso de las semanas y de los meses. Y suponía haberlo recordado porque había sido allí, en el bar Colombia, donde le habló por primera vez de Lucena, y entonces, mientras rememoraba los detalles, comentó que en el fondo siempre había sabido que no se trataba de un encuentro fortuito, que usted lo había dispuesto todo para que así lo creyera.

Contó Blaya que Lalo Lucena, el accidentado, era otro ex policía jubilado, del que luego averiguaría la edad—sesenta y nueve años, un par más que él—, que vivía en una caravana dedicando su tiempo a dar vueltas de un lugar a otro con el único objetivo de sentirse activo. Que era un hombre de poca estatura pero corpulento, sin llegar a tener sobrepeso, y al que recordaba como un tipo un tanto extraño, aunque al principio no consiguiera acordarse del motivo. Si no andaba equivocado, con Lucena había colaborado en algún caso en el que usted estaba implicado de algún modo, y eso debía de ser así porque aquél servía de enlace entre sus respectivos cuerpos. Tal vez fuera eso lo que le mostraba ante sus ojos como un ser inclasificable; no saber si su empleo dependía en mayor medida de la policía o del servicio secreto. Así que dijo haberle acompañado, coronel, hasta los pies de la cama de Lalo Lucena, en la planta décima del Hospital de Bellvitge, mientras a éste apenas conseguían incorporarle unos centímetros para que pudiera tomarse la sopa.

Compartía habitación con un octogenario al que se le había ido la cabeza y al que siempre vio flanqueado por una mujer que debía de ser su hija. Y dijo también de Lucena que seguía siendo un personaje especial, tan peculiar como lo había sido años antes, si bien ahora por otros motivos, aunque aquel día no habría sabido explicar exactamente cuáles, sólo que se le adivinaba. En la mano izquierda lucía un Rolex del que nunca le vio desprenderse, y que, de ser auténtico, reconocería Blaya más tarde, tendría sentido el cuidado que le dispensaba, incluso que no quisiera perderlo de vista en ningún momento. Siendo especial, repitió, aquel tipo también se encontraba solo en el mundo, y los síntomas de ello podían leerse en su rostro, satisfecho de tener a sus antiguos camaradas a su lado, junto a la cama, y fue ese detalle, tal vez superfluo, pero al que Blaya daba gran importancia, quizá por haber sentido una gran proximidad con él, el que precisamente le unió a su destino. Por lo pronto, a Blaya le había sorprendido la familiaridad que existía entre ustedes dos, porque Lucena se le dirigía indistintamente como Paco o Resano, siempre tuteándole, y aunque él también le tuteara, precisó que solía interponer la palabra coronel, porque Resano o Francisco, no digamos Paco, le parecía una manera poco elegante de dirigirse a un superior. Al otro lado de una cortina a medio correr, la acompañante del enfermo al que se le había ido la cabeza les miraba con curiosidad. Aquel hombre no entendía por qué nadie servía el aperitivo a las visitas, y lo manifestaba repitiendo constantemente las mismas palabras: unas patatas y unas olivas, frase que solía proferir en un tono tan anodino que nadie podía saber si se trataba de un ofrecimiento o de una demanda. Lo recordó Blaya porque tiempo más tarde supo que aquel hombre había sido una de las víctimas del llamado Asesino de la Eutanasia. A su lado, mientras Blaya le daba la comida, Lucena no podía estarse quieto, principalmente a causa del dolor. Al contarlo, eso le provocaba al primero una sonrisa malévolamente que podía abandonar inmediatamente para seguir con el hilo de la narración, porque Lucena admitió que su dieta, a la que llamó rancho, podía mejorar, pero que lo peor no era el gusto o la textura, sino que se la tuvieran que poner en la boca. Eso dijo Blaya, al que le dio un ataque de tos mientras lo contaba en la estación de vigilancia y ponía de manifiesto que ya no tenían edad ni carácter para ser buenos enfermos, que Lucena protestaba por todo, y que parecía que lo peor que le había pasado en esta vida era que le pusieran una cuña para sus necesidades corporales. Cosas peores había comido, había confesado entonces, pero que tuvieran que

ponerle la cuchara en la boca y que para su higiene personal una «niña» se la tocara con guantes de látex, eso le ponía enfermo.

A la mañana siguiente Blaya fue en busca de la caravana de Lucena, que permanecía estacionada frente a la playa de Castelldefels, adonde dijo haber llegado en taxi, acompañado por un conductor del Parque Móvil del Ejército de Tierra. Para empezar, aseguró que Lucena la llamaba caravana, pero que no era exactamente una caravana sino un pequeño camión con una casa adosada detrás, a medio camino de lo que la gente solía denominar autocaravana, aunque en su caso algo anticuada y desaliñada, en el límite de superar una inspección técnica, y quizá de salubridad, añadió. Como el caparazón de un caracol, dijo Blaya que había pensado al verla. Debajo del chasis, junto a una de las ruedas, justo donde Lucena le había indicado, halló la llave. Dentro olía a fritanga y abrió las ventanas para que se ventilara un poco. Se notaba que Lucena no había tenido tiempo de adecentarla porque la cama estaba por hacer y había restos de comida sobre la mesa. Llenó una bolsa de viaje con las cuatro pertenencias que su antiguo colega podía necesitar: un par de libros que decía releer constantemente, otras tantas mudas, calcetines, pantalones y camisas y un enorme acordeón que por su estado debía de haber sobrevivido a todas las guerras del mundo y al que cabía prestar una gran atención, porque según su propietario era la joya de la corona de cuanto poseía. Junto a un ordenador portátil encontró un par de películas de pornografía barata a las que Lucena resultaría ser un gran aficionado, y apuntó que, a última hora, también incluyó media docena de novelitas del Oeste que halló encima de una repisa, y a cuyo legendario autor nos presentó de forma un tanto altisonante, remarcando nombre y apellidos: Marcial Lafuente Estefanía, como si hubiese encontrado allí un tesoro cuyo valor sólo unos pocos elegidos supieran apreciar. Nunca hubiese sospechado que tales obras circularan todavía por el mundo, señaló, y mucho menos que siguieran publicándose. Contó que a un lado del armario había una trampilla de la que extrajo un estuche de piel con una Compact de la Heckler & Koch y su correspondiente munición; que se fijó en aquella pistola porque ciertamente era más moderna que la Star que él había venido usando, o no usando, para ser más preciso, a lo largo de su vida profesional; que lo guardó todo en la bolsa de viaje y vació los platos en la basura antes de que el conductor del Parque Móvil le ayudara a cargar las cosas en el taxi y antes de

aconsejarle que no sólo limpiaran aquel sucedáneo de vivienda, sino que más les valdría desinfectarla directamente, y contó que entonces hizo esperar al taxista hasta que vio que la caravana se ponía en marcha y les tomaba ventaja camino de la autovía de Castelldefels. Fue allí, en el interior del taxi, donde anotó cuanto había sucedido en una de esas libretas de bolsillo que solía utilizar en su época de policía, y que había adquirido tiempo atrás cuando, ya en el lecho de muerte, su vecino le hizo prometer que se haría cargo de los canarios—una libreta que había servido para anotar las instrucciones para el cuidado de aquellos pájaros y para registrar las esquelas que llevaba tiempo coleccionando—. Luego diría que lo vivió como el reencuentro fortuito con un antiguo modo de proceder, como si de pronto hubiese regresado a la vida activa, casi sin pensarlo, como si tras su aparición, coronel, y la de aquel antiguo colega al que seguiría visitando en los siguientes días, acabara de entrar en una nueva dinámica; pero no en una cualquiera, sino en aquella que de algún modo había de romper completamente con su rutina de jubilado.

A lo largo de los días que siguieron a su primer encuentro Blaya visitó más de media docena de veces a su nuevo amigo en aquella habitación de la planta décima del Hospital de Bellvitge, desde donde podía observar la espesa trama de carreteras que se entrecruzaban bajo sus pies, más de diez ramificaciones de otras tantas autopistas y vías de distinto pelaje, como él mismo las definió, siempre llenas de automóviles, como si fueran hormigas que nunca dejaran de abastecer su nido. Lo recordaba porque era una de esas cifras que a uno se le quedan grabadas en la memoria por haberlas contado y recitado al compañero convaleciente, como si de algo extraordinario se tratara, describiéndole cómo, a lo lejos, veía descender los aviones sobre la pista del aeropuerto. La mejor panorámica, que él consideraba un espectáculo, podía contemplarse al oscurecer cuando las luces se multiplicaban por doquier y la miseria de los descampados que les rodeaban desaparecía en la noche como por arte de magia. Desde la cama, Lalo Lucena no veía nada de aquello, pero Blaya ya había intuido que a su colega le importaba poco el paisaje porque sólo pensaba en volver a conducir su caravana, alejándose por aquellas mismas carreteras de la triste monotonía del hospital. Otra de las constantes que nunca faltaron en sus visitas fue la obstinación del vecino de Lucena para que tomaran un aperitivo. Llamo al

camarero y las trae, insistía el hombre refiriéndose a las ya famosas olivitas y ofreciéndose a los presentes para hacerlas realidad. La mujer que le acompañaba le disculpaba diciendo que el pobre había perdido la cabeza. Eso debió de haber ocurrido en más de una ocasión, porque una de aquellas veces, estando el hombre dormido y la mujer estirando las piernas por el pasillo, Lucena contó de aquel enfermo que no era capaz de reconocer ni a su propia familia. Estaba allí porque se había roto un hueso, pero en realidad él creía que deberían de haberlo ingresado en otra planta, quizá en otro hospital. Por la noche había que atarlo y Lucena insistía en que lo más adecuado habría sido ponerle una inyección y mandarlo al camposanto, según su teoría, el mejor modo de que dejaran de sufrir él y su familia. No estaba seguro Blaya de que fuera en una de aquellas ocasiones, a cuenta de su vecino de habitación, que Lucena citara una frase, sentencia, o lo que fuera, que venía a decir que en este mundo había cuatro cosas importantes y el resto no eran más que tonterías, y añadía que cuando los humanos habíamos resuelto las cosas importantes, entonces nos dedicábamos con todas nuestras fuerzas a las tonterías. Recordaba la frase con precisión, porque luego Lucena la repetiría infinidad de veces y aprovechando cualquier pretexto, ya que al parecer la adaptaba a diversas circunstancias de la vida como si se tratara de un comodín. De haberla usado allí, quizá lo hizo para resituarnos ante quien había perdido esas cuatro cosas importantes a las que agarrarse. Blaya contaba estos detalles mientras inventariaba los acontecimientos que había vivido junto a Lucena. En ocasiones como aquella, tenía tendencia a buscar un texto para una hipotética esquela, algo que le fuera bien al moribundo que tenía enfrente. No le faltaba razón a Lucena, comentaba refiriéndose a la inyección que había de mandar al viejo aquel al otro mundo, y no le faltaba razón aunque lo expresara de un modo tan tosco. Si alguna vez estoy como éste, pégame un tiro, aseguró que le había pedido uno de aquellos días en que fue a visitarle. Aunque por otra parte Blaya no creía que les quedase mucho tiempo, que en cualquier momento podía agarrarles la tontería y convertirlos en un vegetal. Lucena no deseaba irse por las ramas y le insistió para que llegado el momento no tuviera dudas. Pues eso, pégame un tiro, le imitó Blaya, abreviando, como si se tratara de la cláusula principal de un contrato cuya única disposición había que seguir al pie de la letra. Visto con la distancia con la que era capaz de ver las cosas, al contarlas, si la experiencia tenía que servirle de algo, hubiera jurado que allí mismo, aquellos días junto

al enfermo del aperitivo, del vermut y de las olivitas, durante las largas horas en las que Lucena nada tenía que hacer, nació la filosofía e incluso el procedimiento de aquellos asesinatos de la eutanasia de los que meses más tarde se ocuparían los periódicos.

Volvieron a verse en una clínica privada, lejos de Bellvitge. Lucena sentado en una silla de ruedas, aburrido en el extremo de una habitación entre aséptica y sin carácter, donde malvivía dedicado a su rehabilitación. Esta vez Blaya acudió acompañándole a usted, coronel. Me queda un mes de encierro, dijo que les advirtió Lucena, que pasaba los días leyendo y protestando porque no le dejaban practicar con el acordeón. Sólo si ofrecía a los residentes una audición—que él llamaba concierto—le habían prometido unas horas de ensayo. También señaló Blaya que en su presencia se quejaba con voz altisonante, probablemente para dar la nota y para que le escucharan las enfermeras que correteaban por los pasillos. Lucena había aprendido a tocar aquel instrumento durante la campaña de Sidi Ifni, de muy joven porque llegó allí siendo casi un crío, y luego, años más tarde, había seguido perfeccionando su técnica interpretativa en Berlín—uno de sus destinos preferidos—, tras haber adquirido el Júpiter Lux que ahora poseía, hecho artesanalmente en Moscú, y del que cantaba las mayores excelencias, hasta el mínimo detalle, cuando apuntaba que aquel instrumento desplegaba cuatro voces, cinco filas, siete barbas y quince registros, que sólo en un acordeón de estas características se podía tocar a Bach, Albinoni, Vivaldi o Brahms. Especificaciones sobre las que el propio Blaya nos aclaró que no entendía absolutamente nada, y a quien, cuando lo contaba, todavía le quedaba la duda de si era otra historia inventada de las que a Lucena le gustaba pregonar a los cuatro vientos. Blaya se quedó con las ganas de inspeccionar el interior del armario para saber si ocultaba allí las novelas de Marcial Lafuente Estefanía que él mismo había rescatado de la caravana y que no veía por ninguna parte, tal vez porque las habría prestado a otros pacientes, pero ya puestos, recordó sus comentarios, coronel, al descubrir *La guerra de las Galias* sobre la mesita de noche, libro que Lucena leía y releía porque consideraba a su autor un ejemplo de la hegemonía del hombre que él llamaba superior sobre los demás. Un procónsul con aquella fuerza y convicción, aseguraba, podía cambiar el destino de la humanidad. Opinión muy distinta de la suya, coronel,

que calificaba a Julio César como uno de los mayores propagandistas de la historia, un verdadero mago de la publicidad que basaba la narración entera de sus campañas en medias verdades contadas desde el lado que más le convenía. Al parecer, usted había releído esa obra poco antes de dar comienzo a sus memorias, y lo había hecho como un ejercicio previo a la escritura, ya que andaba en busca de un modelo o ejemplo en que basarse, pero eso Blaya dijo que nos lo contaría en otra ocasión porque fue en París, un año y pocos meses más tarde, cuando le informó de ello. Aquel día, de todos modos, tampoco se extendieron en los detalles de su labor en pos de recuperar el pasado, contó el ex policía, porque habían ido en busca de Lucena con la intención de llevarlo de paseo. Si había que hacerle caso, Lucena vivía allí rodeado de enfermos insoportables, enfermeras insufribles y fisioterapeutas—maricones les llamaba—que le obligaban a andar entre las barras paralelas y a practicar con un caminador al que denominaba tacataca. Contó Blaya que, incapaz de ocultar la satisfacción de tenerles a su lado, aun llevándole a él en la silla de ruedas, les presentaba a los otros residentes, pero no sólo a los residentes sino a cualquiera que se cruzara con ellos, como unos compañeros que habían ido para quedarse, zanjando cualquier conato de conversación con un definitivo ¿no les ve la edad? Fuera del recinto se alejaron un par de manzanas hasta una cafetería llamada Wisconsin, que recordaba justo porque tenía ese nombre. Por lo que parece, Lucena estaba cansado de las obligaciones a las que le sometían en la clínica. Pensaba que se recuperaría mejor solo que siguiendo los ejercicios que le imponían los instructores—otra manera de citar a los fisioterapeutas cuando dejaba de llamarles maricones—a quienes amenazaba con mandar a hacer instrucción de verdad, con sus chaquetitas blancas. Entonces, dijo Blaya, fue cuando entre usted y Lucena planearon su fuga, y sugirió que él mismo sonreía al escucharlos porque estaba seguro de estar asistiendo a un juego que todos sabían que jamás se llevaría a cabo.

Pero ni fue un juego ni una provocación porque dos días más tarde, si bien llegaron al Wisconsin comentando el maltrato que habían sufrido durante aquellos últimos años en los que prácticamente les habían obligado a jubilarse, usted ya tenía todo decidido y organizado, y dijo Blaya que no sólo daba la impresión de estar permanentemente en activo, sino que conocía casi

mejor que ellos los problemas de los que hablaban. Eso había pensado porque aunque usted seguía dando conferencias por distintos continentes a la vez que recopilaba material para sus memorias, supo ponerse en su lugar y hablar como lo habrían hecho ellos. ¿No iba a creerse Blaya un caso único, verdad? Están esperando a que te vayas, le imitó a usted, iniciando una serie de frases que se le habían quedado grabadas en la cabeza. Son como buitres al acecho, esperando tu silla. Y luego, nada de lo que has hecho vale. Comienzan de nuevo, hacen tabla rasa con tu trabajo. El trabajo de toda una vida. Aquéllos fueron sus comentarios, y confirmó que ellos dos habían estado de acuerdo, aunque luego a mi padre y a mí nos dijera que, en lo que a él se refería, se había tomado el relevo con otro espíritu. Nunca había esperado nada, pensaba que cada caso era distinto y creía que no había nada que dejar a los demás, excepto un despacho limpio y los archivos en orden. Ley de vida, aseguró mientras encendía un cigarrillo tras otro. Sus obsesiones, coronel, según el punto de vista de Blaya, provenían de la «Academia», donde la organización entera habría podido aprender mucho más sólo con aprovechar la experiencia acumulada a lo largo de los años. A eso, precisó Blaya, echando el humo de su cigarrillo como si fuese el de un puro, según había aprendido aquel día, se le llamaba gestión del conocimiento. Conseguir que el saber existente en una organización no se perdiera. Eso era. La diferencia entre usted y ellos dos, sugirió, tal vez residía en que estaba resentido de manera distinta a como lo estaban él y Lucena, y así debía de ser porque haber enseñado en la Academia le daba una visión muy sesgada de un asunto que posiblemente nadie del servicio compartía. Pensó entonces Blaya, sacando sus propias conclusiones, que quizá ni siquiera se tratara de eso, sino que a usted no le informaban ya de las decisiones que se tomaban ni de los cambios. Tonterías de viejos, concluyó el ex inspector de policía, dando por zanjado el asunto, pues en resumidas cuentas lo importante de aquel día había sido que una hora más tarde trajo usted su Mercedes Benz a las puertas del Wisconsin para llevarse a Lucena lejos de la clínica y de los maricones de las chaquetitas blancas. Comparada con ella, la residencia para militares adonde se dirigían iba a parecerle mucho más sencilla, eso le había advertido; que no se hiciera ilusiones, porque no era ninguna maravilla, aunque como contrapartida le prometió que iría a verle a diario. Cuando arrancaron, Blaya fue el encargado de devolver la silla de ruedas, y contó que no pudo menos que advertir a una de aquellas muchachas que servían en el comedor que mejor no esperaran al

acordeonista para la cena.

La residencia adonde fue a parar Lalo Lucena era la misma residencia de Pedralbes destinada a militares jubilados en la que usted se alojaba temporalmente, y que utilizaba como centro de operaciones, porque entre otras cosas le servía para indagar en los recuerdos de algún que otro viejo colega allí acogido. Y es de suponer que le llevó allí porque tenía mano con el director. A Blaya, el día que fue a visitarle a usted, le indicaron el camino de la biblioteca como si no existiera otro lugar en aquel edificio en donde se le pudiera encontrar. Entonces subió las escaleras sin esforzarse, y ahora, al contarle a quienes le rodeábamos, le parecía increíble que año y medio antes todavía fuera capaz de realizar ciertos esfuerzos sin notar un excesivo cansancio. Recordaba que la música de los altavoces se interrumpía con frecuencia para solicitar que uno u otro residente atendiera al teléfono o acudiera a recepción. El lugar le resultó deprimente, lleno de viejos a quienes sus hijos no querían ver ni en pintura. Ellos deseaban envejecer en familia, igual que lo habían hecho sus padres y mucho antes sus abuelos, pero los tiempos habían cambiado y allí estaban, en un asilo al que llamaban residencia. La puerta de la biblioteca estaba abierta y desde el mismo corredor percibió los anaqueles repletos de libros, la mayor parte encuadernados a la antigua usanza, es decir, con unas tapas de piel sobrepuestas en cuyos lomos distinguió Blaya los títulos y los nombres de los autores en letras de oro. Allí, sentado en una vieja butaca de cuero raída por los años y el roce de tantos y tantos oficiales que habrían consumido las horas en ella, usted fumaba uno de sus puros, distraído, con un cuaderno en a mano en el que entre bocanada y bocanada escribía concienzudamente. A sus pies reposaba un maletín. Blaya lo contaba con cierta distancia, mientras encendía un cigarrillo, y nos preguntaba si alguien podía pensar que en sus tan cacareadas memorias usted escribiría la verdad. Por supuesto que no lo haría, aseguró sin darnos opción a opinar. Nadie en su sano juicio lo haría. Ni siquiera escribiría la que se pudiera admitir como «su» verdad. Esa era la clase de pensamientos que decía tener Blaya en situaciones como aquélla, y contó que usted alzó la mirada muy probablemente a causa del chisporroteo de la cerilla y que con un ligero movimiento de cabeza le invitó a sentarse en un sillón cercano. Luego le pidió que le dejara acabar, que más tarde le

mostraría la residencia, aunque matizó que por acabar usted se refería al cigarro y no a su trabajo, ya que la biblioteca era el único lugar donde estaba permitido fumar. No iba a quedarse mucho tiempo en Barcelona. Se iría pronto, en cuanto terminara con un par de entrevistas y otras tantas sesiones de recuerdos, eso explicó Blaya, quien en el fondo desconocía en qué consistían aquellas actividades; y parece que usted también le habló del mundo, así en general, de lugares lejanos que él apenas conocía por los periódicos y por una cierta educación memorística a la que había sabido sacar provecho. En definitiva y para concluir, según Blaya era como si usted no deseara regresar a su casa de Madrid, porque de sus palabras se desprendía que lo que le apetecía en aquellos instantes era lo que había estado haciendo durante toda su carrera, lo que ahora, ya retirado—o no—, deseaba seguir haciendo: dar vueltas por el planeta. No sabía vivir en estado de reposo, y convino con él que era toda una incongruencia haber mantenido una casa desocupada para, llegado el momento, no habitarla más de tres semanas al año. Quizá la encontraba demasiado vacía o quizá necesitaba moverse. Blaya había asentido mientras fumaba y contemplaba los libros que forraban las paredes de aquella sala que en realidad era un lugar idóneo adonde ir a fumar. ¿Les interesaban aquellos libros a los residentes? Probablemente no. Tal vez al llegar se hicieron ilusiones sobre las lecturas que emprenderían en aquella nueva etapa de su vida. De no ser por sus continuas visitas, coronel, la biblioteca habría estado permanentemente cerrada. Blaya no se sorprendió de haber adivinado al instante que la sala tenía un único inquilino. No hacía falta permanecer en ella ni medio minuto para saberlo. A la mayoría les habían prohibido fumar. Algo que cada vez se parecía más a una triste ley de vida. ¿No le ocurría a él lo mismo?, parece que le preguntó usted refiriéndose a los viajes. No, él no sentía ese gusanillo que le alejara de su casa, tal vez porque no había viajado ni una millonésima parte de lo que había viajado usted. Bueno, el viejo Blaya aseguraba que podía comprender perfectamente que eran casos distintos. Él había vivido solo, unos treinta y pocos años en la misma casa del mismo barrio. Como si la vida, igual que el fútbol, estuviera dividida en dos mitades. No era un secreto, por supuesto, porque esa misma idea ya había aparecido durante su encuentro en el canódromo, aunque pensara que tal vez lo que le faltaban a usted eran amigos para jugar al mus. Más tarde, hablando de un hipotético ingreso en aquella residencia para militares, usted le sugirió que no era lo que a él le convenía porque,

acostumbrado a vivir solo, allí había demasiada gente y demasiado mayor. Eso recordó Blaya que había dicho a mitad de su encuentro. Contó que a su lado, coronel, tosió repetidamente, igual que sucedía cuando estaba con nosotros, que quizá fuese por aquella época que iniciara ese gesto de apagar el cigarrillo y apartarse a un lado cubriéndose la boca con el pañuelo, algo que luego le veríamos hacer regularmente varias veces al día, porque para entonces Blaya ya tosía a lo largo de cualquier conversación, y dijo que usted le había aconsejado que se hiciera ver por un médico. Regresando a sus comentarios sobre la residencia, y como si se tratara de un contrasentido, le habría incitado para que de todos modos se inscribiera en la lista de espera, que no era una contradicción porque le advirtió que para cuando le avisaran podían haber transcurrido diez años, y también pudiera ser que estuviera tan deteriorado que le importara un carajo la gente que hubiera a su alrededor, y que, a la vista de sus continuos ataques de tos, él iba a ser otro más de aquellos que no pisarían la biblioteca, aunque fuera para no recordar que allí sí se podía fumar. Blaya lo expuso medio sonriente, contando con los dedos de una mano la tos, las dificultades para orinar, los problemas con las piernas que necesitaban horas para aclimatarse y andar con cierta soltura..., a lo que añadió que por aquel entonces ya había pronosticado—y así se lo había asegurado a usted—que algún día también iban a fallarle todas esas cosas y algunas más, y que sucedería inesperadamente y a la vez, como si se colapsara el sistema, y que a eso se le llamaba vejez, algo que no tenía nada de excepcional, y que el mundo entero veía con buenos ojos que a ellos se les prohibiera el tabaco, las buenas comidas..., una suma de satisfacciones a las que llamaba todo. Yo creo que lo que desean éstos cuando ya no pueden más, le imitó gesticulando, como si pensara en aquellos viejos que los rodeaban unos pocos metros más allá, es que los cuiden, aseguró, aunque acaben en manos de unas monjitas que les sometan a un régimen cuartelario como el que sufrieron toda su vida. Y dijo Blaya de usted que acabó la frase lanzando una bocanada de humo al aire, intentando dibujar un anillo que se desvaneció antes de tomar cuerpo, y que se apresuró a recoger los papeles. Tú apúntate, parece que le aconsejó al salir de la biblioteca. Nada que pudiera parecerle extraño, ya que, contradictorio o no, era como si le sugiriera tomar una decisión que en el fondo no le obligaba a nada, que podía irse relegando según su voluntad, y que llegado el momento, si es que alguna vez se daba el caso y él conservaba aún cierto uso de razón, pues que entonces ya decidiría.

La lista de espera para obtener una plaza en la residencia era enorme y no ser militar no ayudaba, aunque viniendo recomendado por quien venía recomendado era evidente que podía contar con que tarde o temprano le encontrarían una cama y un rincón entre aquellos compañeros de fatigas que según su opinión merecían el mejor de los descansos posibles: la muerte, y no permanecer encerrados en aquella especie de prisión de alta seguridad. Blaya no había querido saber siquiera para cuándo podía suceder tan anhelado desenlace, contó, refiriéndose con ironía a la fecha de su potencial ingreso, porque él ya había decidido que dicho momento no llegaría jamás. Simplemente olvidaría el asunto y su solicitud se perdería en el fondo de un cajón, en medio de las de tantos otros que también dispondrían de sus respectivas recomendaciones. Tras abandonar el despacho del director, Blaya se habría dirigido al jardín, donde encontró a Lucena conversando con una de las monjas que cuidaban de los residentes. Según manifestó, aquella conversación no podía sorprenderle, porque tanto en el hospital como en la anterior clínica de donde provenía le había oído versiones parecidas de la misma historia. Desde entonces que no puedo regresar a casa, le escuchó decir, y confirmó haber visto a la hermana asentir gravemente, tan comprensiva ella con la pena y el sufrimiento de su interlocutor. Algún día tendrás que cambiar de personaje, dijo haberle sugerido en cuanto se fue la monja. A Lucena le gustaba aquella historia, y aseguraba que también a la gente le gustaba escucharla. Blaya lo contaba con una sonrisa que se le escapaba desde el fondo del rostro, agotado ya por la enfermedad, asintiendo como si tuviera ante sí al mismísimo Lucena, tosiendo o escupiendo, siempre ahogándose, apagando la cerilla con un rápido movimiento de la mano y sumergiéndola en el cenicero tras dejarla enfriar. Desde hacía unos años Lucena solía inventarse un pasado que no le pertenecía. A veces la historia era una y a veces otra. Variaba según su interlocutor y las circunstancias. Esa era la conclusión a la que había llegado Blaya, mientras explicaba que aquel día le contaba a la monja que se había quedado viudo y que no podía regresar a su hogar porque le recordaba demasiado a su esposa, a la que incluso veía moverse por la casa, ir de la cocina al dormitorio o viceversa como si de un fantasma se tratara. Por eso vagabundeaba por el mundo con su caravana, sin otro propósito que el de distraer los recuerdos. Era un cuento que calaba

fuerte en sus interlocutores, sobre todo si se trataba de mujeres. Esa era la opinión de Blaya, que encontraba que aquellas patrañas le daban a Lucena la oportunidad de interpretar papeles, si no opuestos a su verdadera personalidad, al menos complementarios.

Blaya aún visitó un par de veces más a Lucena antes de regresar a las rutinas que parecían estabilizar su vida. Sin embargo, su amigo contaba las horas que faltaban para volver a conducir la caravana y soñaba pisar destinos donde nunca antes había estado, entre otros motivos, argumentaba, porque se le hacía insoportable la residencia y el espectáculo de aquellos viejos le deprimía. Sabíamos por el propio Blaya que sus vidas eran antagónicas, pero en ocasiones como ésta no le disgustaba escuchar los recorridos que pasaban por la imaginación de Lucena: cabo de Gata en invierno, la cornisa cantábrica en verano, alguna ciudad que pudiera permitirse un buen cartel taurino... Quería establecerse unos meses en Vélez Rubio, en la provincia de Almería, de donde aseguraba que provenía su familia paterna. Algo a todas luces extraño en alguien que se decía expósito, si bien era Expósito de segundo apellido, como gustaba recordar. De natural aventurero, a buen seguro que no tenía pretensiones respecto a la residencia para militares jubilados de Pedralbes, ni habría accedido a entrevistarse con el director tal como él había hecho, ni siquiera se le habría pasado por la cabeza buscarse un lugar donde concluir sus días. Eso dijo haberlo pensado Blaya al escuchar cómo enumeraba aquellos destinos por los que soñaba conducir. Un día alguien olería a rayos y centellas junto a su caravana y luego encontrarían el cadáver. Entonces había pensado que ésta sería la manera como Lucena conseguiría ser titular de una noticia en el periódico: «Encuentran el cuerpo descompuesto de un anciano que podría llevar semanas muerto en el interior de su autocaravana». Era un culo de mal asiento aquel Lucena, observó, al que le reventaba ver tantos viejos a su alrededor, no porque fueran viejos sino por verlos conformados con un destino que les conducía a una muerte penosa. Debería existir un alma caritativa que acabara con ellos, admitió Blaya haberle escuchado por aquel entonces, y ello porque no se sacaba de la cabeza a tantos enfermos terminales como había visto, o de los que había oído hablar en el hospital y luego en la clínica y en la residencia por donde había transitado en las últimas semanas. A esos enfermos les alargaban la

vida como si se tratara de infligirles un castigo ejemplar con el que habían de purgar sus pecados. Creo que voy a fundar una organización que se dedique a ayudar a morir a esa gente, le había propuesto en una de aquellas ocasiones. ¿Te apuntas? No era una broma sino una invitación en toda regla, aunque Blaya se la tomara como una salida de tono, otra más, a las que tan acostumbrado le tenía, y confesó que no le había dado ninguna importancia al asunto, al menos en aquel momento, y que su respuesta fue que estaba demasiado ocupado en sus cosas para enredarse con una organización humanitaria de aquella especie. A Lucena no le hizo gracia que Blaya le rechazara con un sarcasmo, y tal vez por eso respondió que era lógico que le dolieran los huesos y tosiera de aquella manera si su vida consistía en cuidar de unos canarios, pasear sin ton ni son, leer el periódico e ir al bar Colombia cada día a tomarse un cortado, y le puso de ejemplo a usted, coronel, un hombre al que nada le dolía porque se encontraba siempre activo. Era habitual que de un modo u otro acabaran situándole a usted en el centro mismo de sus conversaciones, a veces chácharas inútiles que no llevaban a ninguna parte, como en aquel preciso instante creía Blaya que sucedía, y es que siendo el punto de unión entre ambos, y tras haber regresado a Madrid, podrían haberse admitido apuestas sobre gran variedad de aspectos relacionados con sus actividades, sobre cuánto tiempo tardaría en ausentarse de su domicilio, o bien la que a Blaya parecía interesarle: si sería capaz de cumplir la amenaza de escribirles a ambos, pero sobre todo a Lucena, no a su dirección electrónica, sino cartas y postales que, aun siendo usted usuario habitual del correo electrónico, era la manera en que prefería relacionarse con los viejos colegas, porque consideraba que el papel poseía un componente más humano y abrigaba una mejor relación con las personas. Blaya afirmó entonces que Lucena había recibido la noticia horrorizado, y que le había respondido que tendría que ser adivino si quería saber dónde iba a aparcar la caravana a cada instante y que, en todo caso, él sólo escribiría correos electrónicos, que para eso disponía de un ordenador portátil, instrumento que Blaya confesaba sentirse incapaz de manejar.

De todos modos el viejo inspector nunca estuvo seguro de que usted y Lucena hubieran perdido el contacto, tal como sugerían sus conversaciones y como se dejaba entrever a la menor ocasión. Lo cierto es que sobre ese particular sostuvo sus dudas hasta que finalmente descubrió que mantenían

algo así como una relación de trabajo, y tuvo que admitir que en aquella época de la que hablaba simplemente se hallaba en los prolegómenos de una gran mentira. Y no, Blaya no creía que usted, coronel, fuera a perder el tiempo escribiéndoles postales o cartas.

Y luego, por aquellos días, hubo una última vez en la que Blaya vio a Lucena, cuando el invierno declinaba y su compañero ya andaba solo, aunque lo hiciera con la ayuda de un bastón. Con el alta en la mano había programado una auténtica despedida: flores para las monjitas, unos vinos para el director y merienda para todos los demás. Como si fuera su santo o su aniversario; en todo caso la celebración de un día especial: el último que pasaría en la residencia. Aquella mañana Blaya le había servido de lazarillo acompañándole hasta el mercado de la Concepción, donde Lucena compró lirios para la madre superiora diciendo que tampoco había que pasarse de la raya, ya que cualquier otra clase de ornamentación floral podría semejarse a una declaración de amor eterno, y precisamente a aquella mujer no quería encontrársela en ninguna otra vida y menos en una eterna. Lucena tenía previsto tocar el acordeón después de la merienda y le invitó a quedarse. Blaya se excusó. Se me hubiera hecho tarde, dijo. Luego, tras las compras, Lucena demoró su regreso. Tenía hambre, pero sobre todo unas ganas terribles de sentirse dueño de su tiempo. Entonces encontraron una vieja bodega y se sentaron a una de sus mesas. A Blaya le dolía el pecho y se notaba cansado, pero simuló encontrarse perfectamente. Al final sólo pidieron cafés. No vas a perderte nada, le habría reconocido Lucena refiriéndose al recital de acordeón de la tarde. Luego pintó un panorama desolador. Algunos de los viejos ni siquiera sabían dónde estaban y mucho menos iban a saber qué clase de música era la que tocaba. Tal vez les sonaran de algo las marchas militares, pero como él pensaba darles un aire sinfónico, como de música clásica, seguro que andarían perdidos. Nada de aquello parecía importarle a Lucena, porque lo fundamental era que tenía el alta en sus manos y que al día siguiente pensaba marcharse hacia el sur sin otro mapa que la improvisación constante. Primero champán y mujeres, y luego, tras la borrachera, en función de cuándo recobrarla la lucidez, emprendería la marcha. Eso era lo que más deseaba Lucena. Y tú, ¿qué vas a hacer?, contó Blaya, que acabó por preguntarle, algo raro en Lucena porque debería de

haber presagiado que volvería a su costumbre diaria. En ese momento, sólo durante un segundo, Blaya incluso había creído que iba a pedirle que le acompañara, aunque luego supuso que preguntaba por preguntar, para llenar un instante de conversación, y fue por eso que se demoró en responderle, del mismo modo que ahora se demoraba en contarnos lo sucedido, aparentando que pensaba cuál había sido su respuesta, mientras prendía fuego a un cigarrillo, apagaba la cerilla con aquel gesto al que nos tenía acostumbrados, y aprovechaba para palparse el brazalete negro en la manga. Nada, lo de siempre, aseguró haberle respondido, una réplica incluso más escueta de lo que podía esperarse en él. Aquélla fue la última vez que vio a Lucena ese año, aseguró Blaya, quien no recordaba nada más excepto que se habían despedido en la puerta de la bodega mientras el otro tomaba un taxi, cargado con el vino y las flores, y él emprendía el camino de vuelta a casa. Casi un año más tarde, ya en enero del 2007, una de esas mañanas en las que Blaya había ido a sentarse al fondo del Colombia, cosa que solía suceder cuando no conseguía mesa junto a la ventana, saludó al propietario, de nombre Alberto, al que los viejos del lugar apodaban Tito, pero al que él llamaba patrón o incluso sobrino—por haber heredado el bar de su tío—en justa correspondencia por aquel alias de capitán que a todas luces no le pertenecía ni le había pertenecido nunca, y dijo que debió haberle saludado porque nada era seguro en su memoria excepto que aquél solía llamarle así, y que él respondía con una mueca que sólo era comprensible desde la costumbre de quien da la misma respuesta a la misma pregunta de cada día antes de abrir el periódico y tomarse su cortado, y contó entonces que en un primer instante la noticia le pasó desapercibida, que no la relacionó con nada que pudiera interesarle, ya que leía las páginas de sucesos por simple curiosidad, porque le apetecía conocer la clase de problemas a los que se enfrentaban quienes le habían relevado en sus funciones. Dijo Blaya que no vio nada destacable, pero que un par de páginas más allá detuvo la lectura y regresó al punto de partida, y que enseguida advirtió que aquellas muertes eran obra de un profesional, y supo, aunque tuvo que admitir que lo supo por simple intuición, que Lucena había comenzado a actuar. La intuición, el olfato, era algo que creía haber perdido tras abandonar su antiguo oficio de policía, y añadió que le gustaba creer que fue allí, mientras releía la noticia en el periódico, cuando lo había recuperado. Así que finalmente el viejo Lucena se había convertido en nada más y nada menos que un alma justiciera, quizá

compasiva, que había decidido acabar con el sufrimiento ajeno. Le buscaban y nadie sabía aún de quién se trataba, ése era el motivo por el que le habían puesto un sobrenombre. No era mal apodo «el Asesino de la Eutanasia», pero a Blaya le pareció un contrasentido. Leyó que ya había media docena de víctimas y que la policía investigaba si las familias habían actuado en connivencia con el homicida, alguien que había decidido acabar con el padecimiento de enfermos terminales aplicando su particular sentido moral. A Blaya le había sorprendido la noticia porque no recordaba haber leído nada al respecto hasta aquella sexta muerte, pero no fue eso lo único que le sorprendió, sino que hubiesen calificado a los enfermos terminales de «víctimas» y a su benefactor de «asesino». El periódico se ceñía a la versión oficial, y él contó que no pudo menos que tener un pensamiento cariñoso hacia su amigo, capaz a su edad de tomar decisiones arriesgadas. Un bravo por Lucena habría proferido mientras doblaba el periódico y lo dejaba sobre la mesa. Aquello le recordaba el dilema de Heinz, vino a ilustrarnos a los presentes. Algo que pertenecía al sentido común, pero que no hacía tanto tiempo que había aprendido de un joven comisario de policía. Por si no sabía de qué trataba, explicó que el dilema de Heinz lo había planteado un tal Kohlberg años atrás, tampoco muchos, apuntó Blaya, quien recordó que había sabido de aquel y de otros dilemas hacia finales de la década de 1980, y que tenían que ver con lo que legalmente era correcto en oposición a lo moralmente correcto. Hubo una época, tras conocer al mencionado comisario, en la que Blaya se dedicó a profundizar en aquellos aspectos que eran parte de su trabajo cotidiano. El tal Heinz, sin posibilidades de encontrar el dinero para comprar un medicamento que salve a su esposa, lo roba. La policía le detiene y un jurado da su veredicto. ¿Qué habríamos hecho nosotros si hubiésemos formado parte del jurado? ¿Qué habríamos hecho nosotros, policías, concedores de los pormenores del caso? El asunto del Asesino de la Eutanasia le recordó aquella época. A su alrededor la vida en el Colombia proseguía su propio ritmo y él se había quedado absorto con la noticia. No era para menos, insistió. Él siempre había sabido que habría indultado al tal Heinz, incluso antes de conocer su existencia como dilema, pero de joven lo habría indultado de haber sido juez o miembro de un jurado, no tenía tan clara su opción como policía. De eso ya hablaríamos más adelante si yo así lo deseaba, me previno, porque en aquel instante lo primordial era hacerme saber que aquellos muertos eran los muertos de Lucena, y más allá de su

opinión sobre el caso, apuntó con cierta sorna que había sido aquél el motivo por el que supo que éste había regresado a la ciudad.

Blaya volvería a encontrarse con Lalo Lucena a los pocos días de haber leído la noticia, un miércoles 7 de febrero, en aquel mismo bar Colombia, paraje que seguía siendo el centro de sus operaciones de jubilado, y recordaba perfectamente la fecha porque la había anotado en la libreta donde coleccionaba esquelas, y donde poco antes había registrado la sexta víctima del llamado Asesino de la Eutanasia. El hecho le hizo olvidar lo anodino de su vida porque venía de mantener una tensa conversación con la vecina del 57 que le recriminaba no haber iniciado los preparativos para la cría de los canarios y el proceso de apareamiento, procedimiento sobre el que ya su marido, cuando aún se hallaba entre los vivos, le había instruido con profusión de detalles. Entonces, en esa nueva ocasión en que se encontró con Lucena, Blaya dijo haberle reconocido justo al entrar en el bar, por más que se hallara de espaldas charlando con el patrón, porque aquella fisonomía, ahora sin bastón, y aquella voz eran imposibles de olvidar. Sin embargo, lo extraordinario de la situación fue sorprenderle preguntando por un tal Lucena que no podía ser otro que él mismo. Blaya debería haberle tocado en el hombro para hacerle saber que estaba allí, pero no lo hizo y se quedó de pie, expectante. ¿Cómo podía preguntar Lalo Lucena por Lalo Lucena? Nada hay de casual en este mundo, comentó como de pasada Blaya, y la presencia de Lucena en aquel lugar tampoco podía serlo. El patrón no le ponía rostro a ese nombre, tenía un trapo en la mano y de vez en cuando lo pasaba por encima del mostrador como si con aquel gesto se concediera unos segundos extra para rebuscar en su memoria. A Blaya le había costado digerir la situación. Quizá si su tío estuviera vivo le recordaría, pero a él se le escapaba, acabó argumentando el hombre detrás de la barra. Luego levantó la cabeza y le preguntó a Blaya si recordaba a un tal Lucena, policía, que según el señor solía acudir por allí en otra época. Blaya sonrió, aunque por dentro era como si se hubiese quedado en blanco, como si algo no acabara de encajar en aquella cháchara intrascendente. No había errado en sus conjeturas ni había escuchado mal. Para empezar, dijo que la cabeza le hervía de tantas preguntas como se le habían atascado en esa fracción de segundo, cuando dedujo que Lucena podía haberse vuelto loco o haber perdido completamente la memoria durante aquellos meses en que habían dejado de verse. Lúe entonces cuando

Lucena se dio la vuelta y le espetó un ¡Hombre Blaya, tú por aquí!, sin inmutarse lo más mínimo, momento en que se dieron un abrazo y casi sin decirse nada se dirigieron hacia el fondo. ¿Qué sabes de la peña?, parece que preguntaron ambos al sentarse, y recordó que a continuación se rieron de la coincidencia.

Nada, estaban encallados en el mismo lugar en el que se habían despedido un año antes: sin noticias de nadie. La excepción era que Blaya medio presumía de mantener un discreto contacto con usted, coronel, porque recibía sus cartas con cierta regularidad, y porque la diversidad de procedencias le permitía seguir de cerca los países por los que paseaba su retiro. Alguna vez incluso habían hablado por teléfono, aunque nunca había llevado él la iniciativa y, a decir verdad, por aquella época aún no disponía de un número donde localizarle. Por su parte Lucena había llevado a cabo un largo peregrinaje por la costa del Mediterráneo y acababa de regresar del sur de Francia, donde se había unido a unos músicos callejeros de nombre imposible: Les Goose Hot Club de Torderes. Era una faceta desconocida de Lucena que a Blaya, según sus propias palabras, le costó encajar, primero porque no podía imaginarle tocando aquel enorme acordeón con músicos de los que pasaban el cepillo, y segundo porque pensaba en su amigo como intérprete de marchas militares y de lo que él creía que debían de ser las adaptaciones de piezas clásicas, y no la música «manuche», emparentada con el jazz, que Lucena contó que tocaba con aquel grupo. Poco le importaba a Lucena que no tocaran clásico, ni música militar, ni pudieran seguirle en las adulteraciones que él decía llevar a cabo con sus adaptaciones de partituras de grandes compositores. De modo que habría regresado a España con ellos porque se lo pasaba en grande y porque habían coincidido en que les apetecía establecerse durante un tiempo en Barcelona, donde él también preferiría estar para cuando se iniciara la temporada taurina, claro. Y dijo que Lucena le había contado que Barcelona se había puesto de moda en el extranjero; que era algo que había averiguado en este último viaje, y que era así por el buen clima y por una especie de atractivo turístico de ciudad asequible, cultural y bohemia o algo parecido. Viajar con la caravana seguía siendo lo más adecuado para ver mundo y mantenerse independiente, según la valoración que hizo Blaya del estilo de Lucena, y añadió que fueron recordando uno por

uno a los antiguos compañeros jubilados de quienes habían perdido la pista. Alguno habría muerto incluso. Seguro que podía llegar a una conjetura como aquella, señaló, porque intuía que estadísticamente era lo que les correspondía a sus edades, si bien de lo que le hubiese gustado hablar con Lucena era de por qué quería saber de sí mismo a través de terceros. Sin embargo prefirió no preguntar. No quería estropear el encuentro, aunque algo le decía que Lucena había regresado para quedarse, si no el resto de sus días sí una buena temporada. Así que pensó que tendría nuevas y mejores oportunidades para conocer sus motivos, y dejó pasar la ocasión. Dijo entonces que hablaron de toros, o quizá no fuera de toros de lo que hablaron. Tú eras un policía como Belmonte, explicó que había opinado Lucena aquel primer día de su renovado trato, y que él intuyó que nada podía haber más distinto que su manera de ser y la de aquel torero del que había oído decir que se comportaba como un verdadero suicida, y del que habían asegurado que moriría toreando porque se ponía ante el toro y ni se quitaba él de en medio ni le quitaba el toro. Al final, como ninguno lo mató, cuando se le antojó, él mismo puso fin a su vida. Blaya pensó que no podía haber nada más torero que aquella idea de la muerte, pero nada más distinto de su forma de investigar paciente y sosegada. A Belmonte le gustaban los toros pero no los toreros, eso es lo que argumentó Lucena cuando quiso descubrir en qué basaba el parecido del uno con el otro, y, según dijo, se notaba que a él no le gustaban los policías. El mundo era extraño, creía que el raro era Lucena porque no hacía más que descubrirle comportamientos poco corrientes, por llamarlos de un modo indulgente, y ahora resultaba que el raro era él. Ese día hablaron de cosas que probablemente ya sabían el uno del otro y que tal vez habían olvidado o habían quedado en los pliegues de la memoria. Lucena seguía leyendo a su Julio César, aunque últimamente había incorporado a sus lecturas a un tal Curzio Malaparte, quien años antes había gozado de gran fama. Y luego, sin venir a cuento, Lucena le interrogó sobre sus familiares. Blaya no tenía a nadie. A ti se te había muerto un hijo, ¿verdad?, le dio por insistir. Blaya asintió, pero no tenía ganas de hablar del asunto porque era un recuerdo que le quedaba muy lejos, casi en otra vida, dijo haber pensado, y que no quería desenterrar. Su hijo había muerto y Margarita, su mujer, se había separado de él a los pocos meses del suceso. ¿Y tú?, le habría preguntado él a su vez, no porque tuviera ganas de saber, sino por llevar la atención hacia el otro. Lucena fue más impreciso todavía, porque pensaba

que aun siendo expósito algún pariente debía de quedarle en alguna parte del mundo. Algún hijo de un tío lejano al que costaría dios y ayuda localizar, quién sabe. Si acaso, nadie a quien poder llamar, o de quien supiera lo más esencial, si estaba casado o tenía familia, descendencia..., esas cosas. Nadie que supiera de su existencia. En esas condiciones no había un solo ser en este planeta a quien valiera la pena buscar. Ninguno con quien pasar la Navidad, añadió, como si aquel detalle fuera la prueba más definitiva de que estaba solo en este mundo. Así que los dos tenían el mismo entorno familiar: cero. Eso contó Blaya que pensó en aquel instante. También le preguntó a Lucena por usted, coronel, si tenía familia. No tenía, pero siempre andaba en buena compañía. Esa era la imagen que se había construido a pulso. De eso estaba más o menos al corriente, le contó a Lucena. La muchacha se llamaba Hanna y usted le sacaba por lo menos treinta años, coronel. Pues no era tan chica ni tan muchacha, aunque desde su perspectiva así pudiera parecerles, aseguró, y contó de usted que solía presentarla como su secretaria, o su asistente personal, aunque era evidente que acaparaba más funciones que las meramente formales. Ambos pensaban que se daba la gran vida. Dinero no le faltaba porque Lucena le había contado que usted regentaba un par de empresas muy lucrativas. Quizá fuera la primera vez que oía hablar de su fortuna y de sus empresas, aunque tras escucharle a Blaya le quedó la duda de qué clase de negocios eran aquéllos. En aquella primera ocasión interpretó o quiso interpretar que podía tratarse de la tapadera de su verdadera actividad. Nada extraño por otra parte en alguien que había trabajado, y muy probablemente seguía trabajando, para el servicio de espionaje. Recordaba Blaya que no había hecho las preguntas pertinentes, pues le pareció lógico que la discreción y el secretismo fueran parte integrante de su mundo, coronel, y también del de Lucena. Así que se había autocensurado. Luego, al contarle, se arrepentiría de no haber preguntado más, y de haber descubierto la verdad, o las medias verdades, sólo gracias a posteriores y fortuitos hallazgos. Cuando hablaba de aquel modo, yo todavía desconocía a qué se refería, y él debió de darse cuenta inmediatamente porque a partir de aquel momento se reservaría la información y sólo me la suministraría con cuentagotas. Probablemente Blaya estaría en medio de alguna ensoñación cuando escuchó a Lucena preguntarle si sabía algo de su antigua mujer. No, nada, contó que le había respondido, mientras sacaba un cigarrillo del fondo de la gabardina. Aquel Lucena le caía bien, pero tenía la santa habilidad de

hurgar donde no debía.

Quedaron en verse más veces, lo que le durara a Lucena su estancia en Barcelona. Un período de tiempo que Blaya encasillaba entre la temporada taurina, los músicos franceses y los caprichos que pudiera tener su amigo, al que observó cómo enfilaba paseo arriba, probablemente en dirección al metro, y a quien vio detenerse ante una mujer de mediana edad. Blaya presintió su comportamiento, que sin lugar a dudas le abocaba a preguntar por un tal Lucena, pero no se quedó a ver el desenlace del mismo. Cuando explicaba los pormenores, sentado en el sofá, en medio de continuos ahogos, Blaya movía la cabeza de un lado a otro porque le costaba entender aquella conducta, y pensaba que había ciertos detalles que ya entonces corroboraban la imprevisibilidad de su amigo. Así que deshizo sus pasos y fue a sentarse a la misma mesa en la que habían estado entretenidos media mañana, pidió una cerveza e inmediatamente pensó en destinar su devaluada libreta de viejo policía a mejores empresas que las simples esquelas, porque estaba seguro, y en aquel instante era consciente de que solamente se trataba de pura intuición, de que volvería a serle de utilidad. «Calle Jaume Vicens Vives», escribió en ella, «frente a la playa del Bogatell», y también anotó «Manuche» y «Les Goose Hot Club de Torderes», porque nada podía garantizarle que al rato siguiera recordando aquellos nombres y aquella dirección cercana al Puerto Olímpico donde Lucena había aparcado la caravana. Encendió otro cigarrillo y dijo que a pesar de sus rarezas había pensado en Lucena como si fuera un colega de los de antaño, de los que aparecen en plena juventud y nunca más te abandonan, y que luego había pensado en la gente que, como su amigo o usted mismo, coronel, a su parecer, habían vivido intensamente, no se habían doblegado más que lo justo a las circunstancias y habían obrado según su propio criterio. A su lado él había sido, y seguía siendo, un saco de servidumbres poco deseadas y mal gestionadas. Había que ser un tanto especial, sospechaba. O tal vez no. Tal vez él era poco atrevido, poco valiente para ser él mismo contra viento y marea. Blaya pensaba en ustedes como si fueran Julio César, personajes que no se arredraban ante nada. Bueno, eso fue lo que dijo, soltando el humo del cigarrillo y mirando a lo lejos, como si quisiera atravesar la pared y observar por su propia cuenta a los novios rusos sin ver nada. Un poco tarde para entender algo así, ¿verdad?, vino a

recriminarse, mientras se levantaba a dar unos pasos por la habitación, cansado de estar sentado. Cuando sucedía tal cosa era porque le dolían las piernas y entonces andaba cojeando durante un buen rato. Quizá la gente de servicios especiales o los de espionaje éramos distintos de los demás—nos lanzó una mirada a quienes le rodeábamos—y él pertenecía a otro colectivo más sensato. Le acompañábamos McGregor y una servidora, y recuerdo que le sonreímos abiertamente, aunque él insistió y aseguró que ése debía de ser el verdadero motivo por el que le habían confiado aquel puesto de inspector de policía durante tantos años: haber sido servicial y obediente. ¿Habría deseado ser otra cosa? Nunca antes se había planteado algo así. Sin embargo podía cambiar ese aspecto de su vida ahora que no tenía responsabilidades, ahora que tratar asiduamente con Lucena le había removido el estómago, o la conciencia dormida, qué más daba. ¿Qué hacía en este mundo un tipo que ni siquiera era él mismo, que desconocía cuál era su papel? ¿Cuidar de los canarios cada mañana? ¿Acercarse al Colombia a leer el periódico y tomarse su cortado? Era como si esperara órdenes de alguien. Si no eres tú mismo, esperas órdenes, murmuró. Había actuado como un agente dormido que aguardara el momento oportuno, y le habían activado entre usted, coronel, y Lucena. En aquellos instantes no pensaba que fueran a encargarle ningún caso, por supuesto, simplemente le habían cambiado la perspectiva. Allí, detrás de Lucena y de usted, había algo más, un mundo entero tal vez, que tenía entidad propia. Ustedes sólo se obedecían a sí mismos, y aun siguiendo órdenes, en realidad actuaban libremente, a sus anchas, y aseguró que esa intuición ya la había tenido después de haber frecuentado a Lucena un año antes en el hospital. Entonces, volviendo al día de su reencuentro, dijo haber contado hasta cien antes de recoger el tabaco y las cerillas, así que cuando se asomó de nuevo al paseo, tras dejar el importe de las consumiciones sobre el mármol, Lucena había desaparecido ya, y él recordó haberse marchado pensativo, rumbo a su casa.

Volvió a verle junto a la caravana sentado en una silla de camping, mirando al mar. Ese día Lucena le mostró una reproducción a escala del *HMS Bounty* que llevaba tiempo construyendo. Cuando acabara de montar aquel barco quería levantar una plaza de toros. No sabía todavía cuál, aunque probablemente sería la Maestranza de Sevilla, una idea a la que comenzaba a

darle vueltas. De llevarse a cabo, en el centro de la arena podría verse a Belmonte con su cuadrilla, y su única duda era en cuál de sus momentos de gloria le escenificaría. Era un día perfecto de invierno, soleado. La luz les cegaba y Lucena entró en la caravana a por dos pares de gafas de sol. Le tendió uno a Blaya, que observó el paisaje a través de un chocante color verdoso, como si la vida pudiera verse de otro color distinto al que estaba acostumbrado. Nos costó creerle, pero eran sus primeras gafas de sol, y aunque Lucena lo miró con cara de estar viendo a un espécimen raro, le insistió para que se las quedara. Blaya se las probó delante de mí y había que reconocer que era como ver a una tortuga con lentes oscuros, pero supongo que a él tanto le daba una cosa como otra. Ya no recordaba qué más hicieron aquel día, excepto que pasaron un par de horas callejeando por el centro de la ciudad y que, antes de despedirse, Lucena le propuso que se vieran los jueves de cada semana. Lo de establecer un día fijo tenía sentido porque si se veían más a menudo se cansarían el uno del otro y si no adquirirían un compromiso acabarían por perder el contacto. Los jueves era una buena opción, aseguró, porque a ambos les gustaba la paella y los jueves la mayoría de restaurantes la ofrecían en el menú. Dijo esto y añadió que siempre era mejor compartirla con alguien de confianza, y luego Lucena le había preguntado si sabía jugar al billar porque así podían echar unas partidas en un local de la Gran Vía del que le habían dado buenas referencias. Contó Blaya que si bien había acudido a la cita preparado para presenciar toda clase de excentricidades, ese día Lucena no hizo gala de ninguna. A Blaya le pareció que su amigo se esforzaba para no echar por tierra aquel encuentro y de paso todos los que habían de venir, como si fuera consciente de que poca gente en el mundo podía seguirle la corriente cuando tenía la vena, y que a él, aunque ya por aquel entonces había asistido a más de un ataque de rarezas, era preferible entrarle lentamente y demostrarle que también había atisbos de normalidad en su comportamiento.

Era la época en que las preocupaciones podían contarse con los dedos de una mano y tal vez sobraban la mitad. Pensaba entonces Blaya en las cartas que usted le mandaba, coronel, e imaginaba que lentamente Hanna debía de haber ido tomando protagonismo en su vida. Aseguró haberse entretenido con esa clase de pensamientos porque—y puso como ejemplo su estancia en

Barcelona—no recordaba haber escuchado su nombre en ninguna conversación, y señaló que muy bien podría haber dicho que era como si viajara solo, aunque luego, sin previo aviso, en su segunda carta había comenzado a saber de ella, no como su secretaria, sino como alguien más próximo, presente incluso en su espíritu, en cada una de sus líneas. Blaya aseguró haber pensado en esa clase de circunstancias al leer su nombre y haberlo hecho de modo natural; alguien de quien no se tiene ninguna noticia y de repente está ahí como si lo hubiera estado durante toda la vida. Hanna no conocía Madrid, había escrito usted, y por ese motivo había decidido regresar por unos días a la capital de España. Luego vendrían otras cartas. Se acordaba de una en la que Hanna habría preferido alargar su estancia en Melbourne. Cosas así recordaba y también que presentaba a Hanna como una mujer curiosa, con un interés innato por lo desconocido. Yo misma he visto más tarde esa carta en la que le describía a Blaya su gira asiática, enumerando los temas estrella de sus conferencias, básicamente economía política y Europa; la misma carta en la que Hanna le había pedido que añadiera unas postales. Son esas en las que aparecen distintos paisajes: las vistas de Melbourne; el río Brisbane; la Opera de Sídney o algunas playas cercanas. Usted le aconsejaba a Blaya que dejara su barrio de vez en cuando, que viajara, que saliera de Barcelona a ver mundo, que eso le rejuvenecería. Blaya se sonreía por debajo de la nariz cuando lo contaba. Lo que le rejuvenecía a usted, coronel, era Hanna, para qué engañarse. ¿Qué sentido tenía salir de viaje solo, sin nadie con quien comentar lo que se ve o se piensa? Según su opinión, usted lo vivía, no por partida doble, sino triple o cuádruple; no sólo las conferencias saciaban su ego, sino que además recogía información para sus memorias y le contaba sus recuerdos a ella. ¿Qué más podía pedir? No eran casos ni siquiera parecidos. La carta anterior a la de Australia procedía de Shanghái y estrictamente no era una carta sino tres postales embutidas en un mismo sobre. Allí, el auditorio que había acudido a escucharle estaba formado por hombres de negocios que querían conocer su opinión sobre la Europa a la que deseaban venderle sus productos más sofisticados. Recordó Blaya que usted le había hablado de China como una marca relacionada con productos de baja calidad, pero que aquello iba a cambiar porque muchos empresarios chinos querían saber cómo recibiríamos sus productos más punteros, qué barreras encontrarían, si el mercado era tan libre como pregonaban las autoridades. Como siempre, Blaya habría guardado la carta en un bolsillo, y habría ido a

deambular por los alrededores de Can Dragó, junto a la Meridiana. Un par de vueltas como mínimo, mientras la repasaba mentalmente y le imaginaba en las antípodas, paseando con aquella señorita. Pero ¿qué sabía él de las ciudades australianas para ponerle una imagen a sus pensamientos? ¿Eran suficientes unas pocas postales para imaginarse un mundo? Los periódicos, la televisión, la iconografía que nos rodea dejan rastro en nuestro cerebro, vino a decir Blaya. Debía de ser de allí de donde sacaba su propia idea del mundo que le rodeaba. En Can Dragó solía observar cómo algunos viejos de su misma edad jugaban a la petanca, tal vez debió de haberse reído él solo pensando en romper su rutina y en viajar, aunque en esta ocasión acompañado. Como no podía permitirse ninguna Hanna, a lo máximo que podría aspirar sería a enrolarse con otros jubilados, como aquellos de la petanca, en algún viaje subvencionado por el Estado. También podía ir con Lucena, podía subirse a su caravana y largarse adonde buenamente le llevara. Lucena se lo había medio ofrecido en una ocasión, eso le parecía recordar, o no se lo había ofrecido pero se había quedado a medio camino de hacerlo; en cualquier caso durante el tiempo que duró su relación no descartó nunca que esa invitación pudiera serle formulada, y no le costaba reconocer que hubo un momento en el que incluso se sintió preparado para recibirla. Sin embargo, lejos de montarse en la caravana de Lucena, a Blaya había que suponerle dando vueltas alrededor de los campos de fútbol y de atletismo de Can Dragó, o tras la valla de protección asistiendo a los entrenamientos y figoneando a los operarios que durante la semana se dedicaban al mantenimiento del terreno de juego. Actividades que no le eran desconocidas porque de joven había jugado al fútbol y de un modo un tanto irregular había ejercido de entrenador, un oficio que, según consideraba, había sufrido cambios profundos. A veces no había nada que le llamara suficientemente la atención y seguía su camino y sus pensamientos. Entonces, si en aquellos instantes hubiese tenido que dar su parecer, habría defendido la imposibilidad de que él y Lucena se soportaran durante un viaje. Aunque eso dependía en gran medida de su duración. La caravana, decía, era un recinto excesivamente pequeño para los dos.

Cómo transcurrían los días de Blaya en aquella época lo contó él mismo, sin necesidad de sonsacarle los detalles, comenzando por los canarios, que

suponían su primera obligación de las mañanas, quizá porque una vez arreglados ya podía disponer del tiempo a su antojo, decía. Los canarios habían irrumpido en su vida al morir su vecino del número 57 como una herencia a la que no pudo renunciar, de modo que para cuidar de ellos se había confiado a unos apuntes tomados casi por obligación. Ni le interesaba la reproducción de aquella especie cantora, ni si gorjeaban, trinaban o dejaban de hacerlo, y su cuidado había acabado circunscribiéndose a rellenar los bebedores, reponerles el alpiste, soplar la cáscara sobrante y limpiarles las jaulas cada semana. De sus enfermedades, la cría, el adiestramiento, o de cómo y cuándo mudaban la pluma sabía más bien poco, o eso es lo que él decía, sin contar que no le hacían ninguna clase de compañía, que para eso debería de haberles dado cobijo en el interior de la casa y no en el patio, bajo un antiguo cobertizo de fibrocemento. Lucena, al saberlo, se había reído porque a él nunca se le habría ocurrido criar canarios, ni siquiera habiéndoselo prometido a su madre—de haberla tenido—en su lecho de muerte.

Aseguraba que era impropio de hombres hechos y derechos. En cambio, hubiera podido dedicarse a la colombofilia, eso sí que merecía, según él, la atención de un ex policía. De hecho—y entonces advertía Blaya que a Lucena, extravagante como era, le gustaba exagerar y sacar las cosas de lugar —, si volviera a nacer, decía, a él tan sólo le interesaría ejercer alguno de los tres oficios siguientes: producir películas pornográficas, amaestrar palomas mensajeras o ser torero. Esas eran las únicas profesiones a las que merecía la pena consagrarse. Además de ser compositor de pasodobles, aunque parece que esto último él no lo veía exactamente como una profesión, sino como una afición. De todas las demás opinaba que era una pérdida de tiempo destinarles aunque fuera un minuto de nuestras vidas. Dejando de lado la opinión de Lucena, para Blaya los canarios habían sido durante los últimos años su primera tarea, mientras se le despertaban los músculos y los huesos dejaban de chirriar. Era después de haber cumplido con aquella rutina, que se adecentaba un poco y afeitaba, además de desayunar, cosa que hacía en casa, para inmediatamente después iniciar una ronda que le llevaba, primero a tomarse su cortado y a leer el periódico, y a continuación a dar vueltas por el barrio, generalmente sin rumbo fijo. Tiempo atrás había hecho buenas migas con un tal Pere, el patrón del Versailles, tal vez la cafetería con mayor solera.

Allí iba algunas mañanas para charlar con él, después de haberse leído los periódicos del Colombia, pero dejó de ir cuando el hombre se jubiló y se trasladó a Sant Antoni de Calonge, en la Costa Brava. Sin su amigo Pere en el Versalles, Blaya había encontrado una alternativa en la biblioteca, donde además de tener a su disposición un mayor número de diarios y revistas, se estaba caliente o fresco, en función de la época del año. Otros días andaba por Once de Septiembre y luego por rambla Prim hasta el mar, en recorridos que él

variaba constantemente y que contenían una buena dosis de improvisación. Igual se tomaba su tiempo hasta llegar al paseo de Gracia, que desembarcaba en una lejana estación de metro para ir regresando lentamente, igual remontaba hasta el Carmelo y merodeaba por sus empinadas cuestas constatando su transformación urbana, como se perdía por las calles del Buen Pastor hasta San Adrián del Besos. Antes tenía un día fijo para ir a los galgos, pero habiendo cerrado el canódromo ese día lo había intercambiado por su encuentro semanal con Lucena, y aunque con éste preferían comer en algún restaurante céntrico, la mayoría de las veces que recorría solo la ciudad acababa volviendo a casa al mediodía aunque sólo fuera para prepararse la comida y descansar. Luego, durante las tardes, podía probar suerte con los Sudoku del periódico gratuito que había recogido frente al metro de Fabra y Puig o que le acercaba la señora Carmen, la vecina del 57, la viuda de los canarios, como solía llamarla en alguna ocasión. Contaba Blaya que eso le distraía durante una hora y que luego volvía a salir para jugar al dominó en el bar Roca o a dar otra caminata, simplemente por el mero hecho de andar, no porque le apeteciera, sino porque al andar dejaban de dolerle las piernas, sin contar que, gracias al cansancio, por la noche tal vez conseguiría dormir cinco o seis horas seguidas.

Los jueves a partir de media mañana, sin embargo, los había reservado para Lucena, y sus tardes al billar. A Lucena le gustaba esa variante que se había impuesto en los últimos años y en la que había que ir desaguando por los laterales, que era como él llamaba al hecho de embocar la bola. Blaya era más del billar francés que del *snooker*, pero pronto se acostumbró. Por lo general, a lo largo de los meses en que se dieron cita, acabaron frecuentando dos locales, uno en los bajos del cine Coliseum, que era un club de billar

como los de toda la vida, según expresión del ex inspector, y otro en la calle Lauria que a Lucena le agradaba sobre todo porque le servían el Macallan en un vaso de nombre imposible que a Blaya le parecía más adecuado para un vino amontillado o un fino que un destilado. Allí pasaban el rato mientras Lucena apuraba un par de copas y él se conformaba con un café o una tónica, según el día y cómo le hubiera sentado la comida. Invariablemente ganaba Lucena, aunque ése era un detalle al que ambos le daban poca importancia, ya que el deporte principal al que se libraban era el de hacer los comentarios más mordaces, casi siempre algún chisme sobre cualquier otro viejo policía a quien quizá tan sólo conocía uno de los dos o de quien habían oído hablar a terceros; y esos comentarios podían ser más o menos jugosos en función de su grado de confidencialidad, o de si había gente a su alrededor que pudiera estar pendiente de la conversación. Allí despachaban impunemente las hazañas más inverosímiles o a los personajes más esperpénticos, a los grandes jugadores, bebedores, estafadores o, ya fuera de sus respectivos cuerpos profesionales, las gestas de los héroes de la tauromaquia y del boxeo junto al recuerdo de antiguos garitos de una Barcelona de la que quedaban pocos vestigios... Decía Blaya haber rememorado con Lucena la antigua bolera y los billares que había junto al cine Novedades, y también otro de esos locales míticos ya desaparecidos que se encontraba en la Gran Vía, junto a la plaza Universidad; unos sótanos a los que se descendía por unas escaleras, ahora que lo recordaba, excesivamente inclinadas, y cuyo ambiente, enrarecido por el humo, adquiría por ese solo efecto la investidura de autenticidad que ellos consideraban obligatoria. Y aunque Lucena había aprendido a jugar en el extranjero parecía conocer mejor que él estos parajes, probablemente por sus numerosas visitas a la ciudad. A saber, murmuraba Blaya, los motivos que habrían podido traerle. Él también había estado en aquellos lugares, aunque por distintas razones, casi siempre profesionales, que le habían obligado a conocerlos de cerca, a los susodichos antros y a algunos de los individuos que los frecuentaban. También usted había merecido sus comentarios, coronel: si tenía obsesiones destacables más allá del trabajo, sus viajes o la mismísima Hanna. Blaya lo daba por bueno, probablemente porque, sobre todo al principio, su sola mención actuaba como nexos. Y había que ver con qué agrado hablaba de sus cartas, a veces simples postales, procedentes de ciudades lejanas que en sus oídos tenían una resonancia mítica, cartas que no se distinguían precisamente por la

información que pudieran ofrecer sobre sus andanzas. Pequeñas píldoras, sugería, que ellos podían engrandecer convenientemente. Ya puestos, ponían en duda también si pensaba publicar en vida su libro de memorias o bien iba a dejarlo para más adelante, para cuando hubiese fallecido. Esos eran ejemplos de la clase de conversaciones que solían mantener en los billares o mientras paseaban por Barcelona. Por otro lado, muy pronto había llegado Blaya a la conclusión, refiriéndose a usted, de que su verdadero trabajo era otro. Sus seminarios y conferencias no eran más que una manera de mantenerse en el servicio. Aunque, había que reconocer que le tenía auténtica afición a la geopolítica. Lo decía Lucena, que sabía de qué hablaba porque había trabajado durante más de tres décadas con gente como usted. Con usted y con unos cuantos más, puntualizaba. A veces Blaya nos miraba para ver cómo encajábamos sus comentarios, o los que ponía en boca de su compañero. Entonces tosía, encendía un cigarrillo, se palpaba el brazalete negro en la manga, cualquier cosa que dejara un vacío ahí en medio, y luego continuaba. En alguna ocasión incluso había tenido la tentación de preguntarle a Lucena cómo y dónde le había conocido a usted y cuándo y en qué casos u operaciones habían trabajado juntos, pero en el último momento siempre pensaba que era mejor no indagar en esa clase de intimidades de la profesión, ya que probablemente se tratara de trabajos de los que nadie podía enorgullecerse, ni tampoco contárselos a los nietos en caso de tenerlos. En eso tenían suerte los tres, dijo haber pensado ya entonces el ex policía, pero sobre todo los otros dos porque, tan acostumbrados a embaucar al prójimo como estaban, no se verían obligados a mentir a los seres queridos como le habían mentido a él, sugiriéndole un pasado y un presente tan luminosos que por fuerza habían de distraerle de la verdad; ocultándole los verdaderos negocios en los que andaban metidos. Lo de los seres queridos era otra cosa. Eso era algo en lo que había pensado últimamente, sobre todo en el hecho de no tener seres queridos. ¿Era posible que existiera alguien que no tuviera a su alrededor ni un solo ser querido? ¿Se podía vivir sin esa especie de compañía a la que llamamos «seres queridos»? Pues al parecer, como mínimo, había tres individuos en aquellas circunstancias. ¿O eran dos? Porque según como lo mirara, Hanna podía considerarse un ser querido o, si mucho le apurábamos, simplemente un sustitutivo. Bueno, en cualquier caso ahí había una muestra de gente que vivía sin esos seres que parecían tan esenciales para la vida y para acompañarnos en los prolegómenos de la muerte. Dos

muestras, pensó, quizá tres.

Supo de la existencia de una tal señorita Morgan—Katie Morgan era su nombre artístico—otro de aquellos jueves en que se dejó caer por la caravana. Lucena le esperaba junto al *HMS Bounty*, aquel velero que durante unos meses llegó a ocupar buena parte del espacio interior. Blaya habría tenido que observarlo con lupa para percibir los progresos de Lucena, aunque lo que le costaba entender era cómo el otro podía dedicarle tantas horas. No le reconocía la paciencia necesaria, por más que Lucena hablara del barco como de un comodín, asegurando que no era un asunto de paciencia sino de constancia. Un rato de aquí, otro de allá. Blaya conservaba en la memoria que era una mañana soleada en la que, armados con sus gafas de sol, habían tomado el camino en dirección a Diagonal Mar, y que Lucena se había entretenido en contarle la historia del motín por el que el *HMS Bounty* era mundialmente famoso. También contó que se entretuvieron en los espigones y más adelante en el mirador sobre la playa. Había cuatro nudistas mal contados en ella, muy probablemente porque, según dijo, aunque fuese una mañana soleada había que tener ganas para permanecer allí desnudo en pleno invierno. Ninguna como la señorita Morgan, le habría escuchado decir entonces a Lucena, y ésa fue la primera noticia que Blaya tuvo de la tal señorita Morgan, de la que más tarde supo que era una estrella del arte de la pornografía que le entusiasmaba a su amigo, y de la que éste llegó a hablarle con profusión de detalles. Recordaba que ese día habían comido en un hotel frente a la playa, y que estuvieron comentando los asesinatos de la eutanasia y que Lucena consideró que deberían alzar un monumento a alguien capaz de ayudar a aquellos viejos a terminar con su lamentable vida. Algo que no podía extrañarle, claro, pero que tenía en mente porque aquella mañana se encontraba especialmente sensible, y es que le hubiera gustado explicarle a Lucena que un par de días antes le habían diagnosticado un cáncer de pulmón y que tenía los meses contados, pero dijo que en lugar de darle la noticia había preferido callarse, porque era mejor que fuera él mismo quien le pusiera fin a su vida y no dejarla en manos del Asesino de la Eutanasia, por más amigo que le considerara. Y luego añadió que, sobre todo, quería ser él quien eligiera el momento.

Tampoco se lo contó a usted, coronel. Del mismo modo que no le había hecho partícipe de la identidad del Asesino de la Eutanasia tampoco le habló de su enfermedad. Así que cuando uno de aquellos días escuchó su voz al otro lado del teléfono, no pensó en contarle ninguna de las dos cosas, tal vez sorprendido de escucharle. Y no le contó nada de su enfermedad como tampoco lo haría más tarde, si bien matizó que pasados unos meses, en un viaje relámpago a París, sí que le había puesto al corriente del asunto de los muertos de la eutanasia. ¡Blaya, por dios! ¿Dónde estabas?, escenificó imitándolo. Como siempre, debía de haber estado paseando. Eso dijo haber respondido, aunque fue escueto porque su voz, coronel, apremiaba, y porque había ido directo al asunto: si podía acercarse a visitar a Eleuterio Fuentes, otro viejo policía que se hallaba en fase terminal, y a quien convenía echar una mano en un par de recados que no podían esperar y que tampoco podía llevar a cabo su familia. Que tal vez sería conveniente que fuera acompañado porque, aun tratándose de un tema doméstico, requería mover una buena suma de dinero. Blaya propuso a Lucena, de quien dijo que seguía viviendo en la caravana, seguía leyendo a Julio César y a Curzio Malaparte, tocaba el acordeón con unos músicos callejeros provenientes del sur de Francia, se entretenía con la maqueta del *HMS Bounty* y recientemente había adquirido la manía de preguntarle a la gente por sí mismo, cosa que solía hacer en lugares en los que no había estado nunca. Aparte de eso, Lucena estaba bien, reconoció. ¡Servirá!, parece que fue su respuesta, coronel, categórica como si todavía tuviese mando sobre sus antiguos colaboradores, y añadió Blaya que llamaba usted desde Auckland, donde eran las nueve de la mañana pasadas, por supuesto que del día siguiente, martes, y que tenía que dar una conferencia en Wellington, y que no le era posible llevar a cabo esa misión porque Eleuterio Fuentes habría fallecido antes de su llegada. Si podía ir ahora mismo a visitarle, mejor, dijo que le recomendó, y apuntó Blaya que por primera vez en todo aquel tiempo le dio un teléfono de contacto, que era para su uso exclusivo y que había que memorizar o guardar en código. Eso le había advertido usted antes de colgar.

Entonces Blaya ni siquiera sospechaba que usted le estuviera utilizando. Tal vez no le creyera cuando le preguntaba por Lucena y hacía como que habían perdido el contacto, pero confesó que en aquellos instantes no tenía la

menor idea de lo que ocurría a su alrededor. De todos modos, aseguraba que no le importaba lo más mínimo, porque esas cosas ocurrían igualmente en la época en la que se encontraba en activo: desconocer la finalidad última de buena parte de las investigaciones en que se participa. Ese era su argumento. No importaba, y lo asumía como algo natural, incluso se daba por satisfecho debido al respaldo que a última hora había encontrado en usted y en todos nosotros. Consciente en todo momento, había dejado bien claro que se trataba de un respaldo interesado, pero en el fondo él le daba el valor de la amistad y decía que eso era lo único que iba a llevarse a la tumba. Supongo que le agradará saberlo. Volviendo a su llamada, para cuando él y Lucena llegaron al Hospital del Valle de Hebrón serían las doce de la noche y los pacientes descansaban o se entretenían mirando la televisión. A Eleuterio Fuentes lo habían ingresado en la cuarta planta, dormía con cierta placidez, y a su lado encontraron dormitando a una mujer de mediana edad que era hija suya. Lucena se quedó junto a la puerta y Blaya se acercó a ella identificándose de manera parecida a como solía hacerlo cuando estaba en activo. Según la mujer era cuestión de horas. Blaya contaría más tarde que fue en esas circunstancias que se acercó a la cabecera de la cama y le tocó al enfermo la mano y el hombro para que volviera en sí, sin hacerle caso a la hija, para la que no existía nada que justificara despertarle. Tampoco él en aquellos instantes conocía la importancia de su acto. Lo único seguro era que aquel hombre necesitaba hablarle, digamos que desahogarse, improvisó, y que no moriría hasta poder hacerlo, y añadió que eso zanjó la conversación. Me manda el coronel Resano, dijo Blaya tan pronto como el viejo policía abrió los ojos, lo mismo que si fuera un ángel venido a anunciarle la buena nueva. Y entonces el hombre mandó correr la cortina que le separaba del otro enfermo y le pidió a la hija que les dejara solos.

Verdaderamente, aquél era un asunto doméstico, reconoció Blaya, exactamente tal como se lo había anunciado usted. La misión, si es que había que llamarla de algún modo, consistía en hacerle entrega de una enorme suma de dinero a una mujer que vivía en una travesía de la Ronda del Guinardó. Sin embargo, la mayor dificultad estribaba en el encargo de Eleuterio Fuentes de que le despidiera de ella, le anunciara su inminente traspaso y le hiciera saber que la había amado por encima de todas las cosas, que era lo mejor que

le había sucedido en la vida y que ya se encontrarían de nuevo en el otro mundo, y al decirle aquello, explicó Blaya que el hombre le apretó la mano, como si con aquel apretón pudiera cerciorarse de que había comprendido la importancia del mensaje y la seguridad de que aún les quedaba una eternidad que disfrutar en el más allá. Era

un asunto delicado para expresárselo a una desconocida que no les esperaba, pero Blaya apuntó que como compensación no podía decirse que acudieran a verla de vacío, porque si se trataba de dinero, había bastante. Un par de horas con ella bastaron para mostrarle su aflicción, darle el pésame por adelantado y ofrecerle consuelo, aunque para Blaya lo primordial de aquel encuentro fue que allí pusieron los fundamentos de su perdición, tal como habría de verse más adelante, ya que la mujer había realquilado un par de habitaciones a dos muchachas rusas a las que Lucena no pudo quitar el ojo de encima. Ya en la calle le contó que la más alta de las dos tenía un gran parecido con su Katie Morgan, la más querida de sus estrellas del arte pornográfico. ¿Se había dado cuenta? Blaya apenas recordaba haberle escuchado aquel nombre días antes. No la había visto nunca, y de haberla visto ni por asomo habría podido acordarse de ella. Al rato Lucena comparó a la otra con una tal señorita Brooke, Ashlynn Brooke, remarcó, pero Blaya no quiso preguntar y se olvidó de los comentarios de su amigo hasta que tiempo más tarde aquellos dos nombres de mujer comenzaron a formar parte de su vida y de sus relaciones cotidianas.

No tardó mucho en morir Eleuterio Fuentes. Sólo tres días. A su entierro asistieron ambos en compañía de aquella mujer de la Ronda del Guinardó que durante una treintena de años había sido su amante, ellos en el papel de antiguos compañeros y ella, de incógnito, como si fuera la esposa del mismísimo Blaya. Lucena, por supuesto, acompañaba a las dos muchachas rusas que vivían realquiladas en la casa. Durante el acto, Blaya se entretuvo pensando en la discreción con que el tal Eleuterio Fuentes había llevado su relación extramatrimonial. Allí estaban su mujer, su hija, cuñados, yerno, parientes y amigos varios, junto a algunos policías ex compañeros de trabajo —verdaderos en este caso—, a quienes la segunda viuda, que posiblemente conocía sus nombres era incapaz de asignarles un rostro. Blaya lo recordaba porque al término del acto, no sin cierto tono irónico, había incorporado la

esquela a su colección. Nos la leyó a los presentes, añadiendo que le iba como un guante a un difunto que había fallecido cristianamente. Decía así: «Su esposa fidelísima, su hija, su nieta, yerno y hermanas, sobrinos y demás familia ruegan una oración por el alma de quien tanto supo darles y tan poco pidió a cambio».

Si mientras duró el entierro de Eleuterio Fuentes Lucena había sabido mantener la compostura, Blaya podía asegurar ahora que se trataba de una excepción, aunque ya por aquel entonces le importaba poco que Lucena se comportara de un modo extraño, y que preguntara por sí mismo en bares y restaurantes o a las putas de Escudellers. Mantuvo que aquella manera de proceder rayaba el delirio y acabó por ignorar esa clase de situaciones. Así que a veces no decía nada y le seguía la corriente. Si su compañero no estaba bien de la cabeza, ¿a quién iba a importarle? Sería uno de aquellos días cuando a Lucena le llegó la rareza de la Navidad. No por ella misma, claro, sino porque era muy pronto para hablar de la Navidad. Así que le preguntó dónde la pasaría, que él solía pasarla solo en su caravana, y Blaya respondió que solía hacerlo en un restaurante o en casa, sin más compañía que los canarios. Hacía muchos años que ni siquiera celebraba la Nochebuena. En realidad tanto le daba una cosa como otra, apuntó. No fueron ese día más lejos en sus comentarios, porque suponía Blaya que en aquellos instantes no había mucho más que añadir, que tal vez la idea que envolvía la palabra Navidad no era más que un germen todavía por desarrollar. En todo caso, el pensamiento final de Blaya no era difícil de prever, porque si no se tenía familia, argumentó, ¿con quién quería Lucena que la celebrara? Quizá allí ya había una invitación encubierta para que llegado el momento la pasaran juntos, tal vez—había creído entonces a tenor de sus comentarios—alrededor de una o más botellas de champán y un par de habanos. No cayó en la cuenta de que, una festividad de esas características, Lucena no podía pasarla sin compañía femenina, pero eso Blaya habría de descubrirlo más tarde.

A su edad y aburrido como estaba no debía de importarle demasiado lo que pudiera sucederle, ésa es la conclusión a la que llegué, porque decía haber perdido las ganas—posiblemente se refería a las fuerzas—de alargar una enfermedad con nulas probabilidades de salir airoso. El asunto, según

dijo, no daba para más que una esquela que le arrojara y un lugar en el camposanto donde le enterrarán. Nunca antes había pensado si prefería ser incinerado o depositado en el interior de un nicho. Un panteón o mausoleo no entraban en sus planes, probablemente por una cuestión de honestidad hacia sus orígenes humildes y también por la imposibilidad económica. Así que, además de redactar textos para su esquela e incluso para un epitafio que nunca acababan de agradecerle, en sus siguientes paseos que le acercaron a Can Dragó comenzó a frecuentar el cementerio, como si tuviera la necesidad de encontrar el lugar en el que habrían de reposar sus huesos. No tuvo en cuenta el nicho de Collserola donde habían enterrado a su hijo porque sin duda alguna creía que ese lugar le estaba reservado a Margarita, su ex mujer. Sin apenas reflexionarlo había descartado la incineración, más que nada porque no conseguía verse dentro de una urna, ni sus restos siendo esparcidos por Lucena por los rincones de la ciudad. No, no deseaba acabar de aquel modo. En el cementerio de Sant Andreu Blaya se debatía entre buscar un lugar al sol o a la sombra, bajo un porche o en un rincón discreto y silencioso. Contó que fue en aquellas circunstancias que decidió llamar a la doctora Masabeu, antigua conocida con la que había trabajado en un caso de intoxicación, y luego en el de una anciana a la que su familia envenenaba durante las visitas dominicales. Todo eso en una época en la que no existía la policía científica tal como se la conoce en nuestros días o, mejor dicho, quiso precisar, tal como se la percibe, porque era de la opinión de que las nuevas técnicas no iban a suponer grandes cambios si se carecía de tiempo y no evolucionaba el pensamiento de las personas. Blaya creía conocer «demasiado bien» cómo funcionaban los humanos en general y la policía en particular. Para su sorpresa, la doctora Masabeu le recordaba no sólo por ambos casos, sino porque había nacido a unos pocos metros de su casa, en el llamado edificio del ascensor, donde había trascurrido su niñez y su primera juventud, detalle que le había asignado un lugar permanente en su recuerdo. Ese fue a la postre el tema que les ocuparía la mayor parte de la conversación: la transformación que había sufrido el barrio, indudablemente para bien, ya que ahora muchas de sus calles eran peatonales, había recuperado la antigua rambla y conservaba algunas casas que hacían pensar que uno se encontraba en un pueblo. La doctora se había marchado un par de décadas antes, pero daba la impresión de estar al corriente de los cambios, como si de vez en cuando regresara a comprobar qué cosas permanecían en su sitio y cuáles no.

Opinaba que el barrio había recuperado su esencia a base de reformas arquitectónicas y capas de pintura. De todas estas cosas hablaron hasta que le sobrevino un ataque de tos y ella le preguntó si se cuidaba y él respondió que por eso precisamente la llamaba, porque tenía lo que tenía, además de la otra docena y media de enfermedades que aquejaban a todos los de su edad, eso si se exceptuaba a su amigo Lucena, que aparentaba estar nuevo para estrenar. Que ni siquiera había pedido hora con el especialista. Y concluyó Blaya que había sido sincero con ella, que no quería perder tiempo en los hospitales, pero que tampoco deseaba padecer más de lo necesario, y dijo que la doctora entendió rápidamente lo que deseaba.

Si nunca se le había ocurrido pensar en el sentido de la vida, ahora ya tenía un motivo, algo tan simple como saber que había una cierta e insegura fecha de caducidad. Así que cuando comenzó a darle vueltas a la cuestión no fue adrede sino por necesidad, pero también fue sin darse cuenta, y tenía la impresión de que aquello había sucedido mientras asistía a los partidos de los sábados o los domingos por la mañana, cuando después de leer el periódico contaba Blaya que solía dar un paseo hasta el campo de fútbol que él llamaba del Alzamora, aunque su verdadero nombre fuera Camp de Porta. Tenía la costumbre de presentarse a la mitad de un partido de los infantiles o los juveniles, porque desde joven su preferencia habían sido estas categorías, aunque ahora se daba cuenta de que, durante el último año, a lo que iba era a recordar y a dejar que su mente se distrajera. Tenía momentos de atención al inicio, pero al rato el pensamiento se le iba a otra parte porque ya se sabía en la recta final, un lugar que le llevaba a hacerse preguntas inútiles. No a propósito, ya que éstas aparecían por sorpresa, porque nunca se había preguntado por algo tan insensato como el sentido de la vida, y dijo que allí mismo y en aquellas circunstancias, casi siempre durante los partidos, se dio cuenta de que algo había cambiado en él tanto en lo físico como en su manera de pensar. ¿De qué servía pasar tantos años arrastrándose de un lado a otro? ¿De qué servía tener las horas constantemente ocupadas, haciendo cosas, en perpetuo movimiento? Esa clase de preguntas se hacía, y probablemente algunas peores, e invariablemente llegaba a la conclusión de haber malgastado el tiempo llevando a cabo actividades cuya finalidad no podía ser otra que dejarlo pasar, algo así como entretenerse para que se acertara la

distancia entre el momento en que se nace y en que se muere. Podía buscar otras palabras que sustituyeran el término acortar, pero éstas siempre acababan en lo mismo: dejar que pasara la vida, ya fuera distrayéndola, entreteniéndola e incluso sustrayéndola. ¿Sustrayéndola de qué? ¿Podía tener algún sentido todo aquello? Dijo Blaya que esa clase de pensamiento era el que a lo largo de aquel último año le había distraído de la realidad, sobre todo antes del verano, porque después algo fundamental había cambiado en su vida. Más adelante sería inevitable hablar de ello, pronosticó. ¿Cuál era el sentido de la vida?, retomó de pronto uno de aquellos pensamientos sobrevenidos, una pregunta que no le era extraña porque la había escuchado innumerables veces. Así que el sentido de la vida, tal vez el de la muerte, era algo que aparecía de pronto a una edad en la que se le suponía de vuelta de todo. Dijo, mientras encendía un cigarrillo, con la cabeza no se sabía dónde, y tosía y se ahogaba, porque no había manera de dejar de toser y de ahogarse, que tal vez la inevitabilidad de la muerte fuera la llave del problema y no el modo de acabarlo o de solucionarlo. Posiblemente nadie fuese capaz de soportar la constante duda que representaba vivir sin un propósito, por eso los humanos acababan tomando una decisión, la que fuera. Era como cuando el entrenador les vociferaba a sus pupilos que actuaran con decisión, que hicieran algo, cualquier cosa, equivocada o no, pero que la hicieran con decisión. Eso que sirve para llevar a cabo una hazaña deportiva debía servir para amarrar una vida, un pensamiento o lo que fuera. Equivocarse hasta el final si fuese necesario, pero con la satisfacción de haberlo hecho a conciencia. Blaya regresaba en su pensamiento al campo de fútbol. No encontraba ahora un domingo distinto de los otros porque si miraba hacia atrás no podía distinguir temperaturas, lluvias, ni siquiera resultados. La pasión por el fútbol le venía de joven, por haber jugado en equipos de barrio y en el de la policía en una liga en la que participaban los equipos del Ayuntamiento y de la Diputación. Con éstos había pisado verdaderos campos de tierra—pedregales o barrizales les llamaba—como el del Iberia o el de la Escuela Industrial. Tan lejos del césped artificial de nuestros tiempos. También había ejercido como entrenador, por un solo día, de los infantiles del Pueblo Seco, en la cuesta de la calle Margarit. Nos contaba aquello porque durante los meses anteriores, había ido al campo del Alzamora a aislarse en sus propios pensamientos, en medio de aquel sinsentido de la vida que le parecía impostado y sobrevenido por la enfermedad. Allí había vuelto

a pensar en su hijo muerto. Durante años, tan sólo una fotografía sobre la cómoda y un anillo y un brazalete negro de trapo guardados en un cajón le habían recordado el pasado. Los residuos del amor y el luto por el hijo respectivamente. Y luego, dijo de éste que había regresado con mayor fuerza en los últimos meses, sobre todo durante los partidos de fútbol. Su hijo había fallecido en un accidente de tráfico junto al entrenador que le llevaba de regreso a casa. Era el día de San Valentín y a él le avisaron cuando estaba de guardia en comisaría. Fue uno de esos momentos que no se olvidan jamás. Entonces las preguntas que se hacía eran totalmente distintas a las de ahora. Él era joven, o así se consideraba, y no podía comprender por qué había sucedido aquello. Por qué de pronto la vida le había cambiado de un plumazo. Probablemente, sin aceptarlo siquiera, había sabido en aquellos instantes que nunca más nada volvería a ser como antes. La vida, eso a lo que ahora no encontraba ninguna clase de sentido, entonces, antes del accidente, parecía tenerlo todo. En aquella época nunca se habría planteado la pregunta, tal vez no tenía tiempo, pero tal vez era la pregunta misma la que no tenía sentido. Tras la muerte de su hijo se obligó a acudir al campo del Pueblo Seco durante una temporada, una sola, aunque sólo fuera para regresar a la normalidad y no vivir ocultándose esa parte de sí mismo que incluía un hijo muerto y una esposa que le había dejado o, mejor dicho, que le había pedido que se marchara a las pocas semanas del suceso. El anillo de San Valentín se había marchado con él, envuelto en papel de regalo y dentro de su cajita. Había perdido el sentido que pudiera tener unos días antes, y sólo pensar en entregárselo a ella le parecía un insulto. Su pensamiento había vuelto al hijo muerto porque era como si al contarle, de pronto, se viera preparando las maletas para ir a su encuentro. Haciendo recuento de todas estas cosas, Blaya se preguntaba si había una cuota de filósofo, como si fuera una penalización, que salía a la superficie en un momento u otro de la vida. Y no sólo eso, apuntó, ya que también por aquellos días comenzó a rondarle por la cabeza esa idea de hacer testamento. La pregunta que en este caso parecía inquietarle era a quién debía legar las pocas pertenencias que le sobrevivieran. Y ya que pensaba en la muerte y en tantos interrogantes que le acosaban, había otro dato a tener en cuenta, decía él, ahora que los periódicos habían puesto de moda sugerir que no importaban tanto las respuestas como la corrección de las preguntas. ¿Y si la pregunta esencial, aquella de la que dependía todo, no fuera interrogarse por el sentido de la vida sino por el sentido de la muerte?

Esa y no otra, aventuró para terminar, era la cruda realidad a la que uno debía enfrentarse.

Fue la misma época en la que comenzó a soñar. Se refería a ser consciente de los sueños, porque de pronto se hicieron patentes hasta tal punto que decidió anotarlos en la libreta. Lo hizo el mismo día en que soñó que se encontraba frente a la muerte, jubilado y sin expectativas de nada, y que unas cosas y otras tenían que ver con su situación deprimente y su antigua dedicación profesional, pero también con su historia, con su hijo y su mujer, como si hubiesen quedado abandonados durante años en algún lugar del cerebro y de repente regresaran para censurarle el pasado. Así que durante un tiempo, temprano por la mañana, se dedicó a anotar los sueños, porque era como si deseara amarrarlos por escrito antes de que desaparecieran, y porque era indudable que algún significado habían de tener. Deseaba saber si guardaban alguna relación con su enfermedad, incluso si unos eran continuación de otros, como a él le parecía. Había sueños que se hallaban a medio camino de las pesadillas y que tenía muy presentes, consecuencia de tantas preguntas como se hacía, y a causa del testamento y del recuerdo de su hijo. A veces entrenaba a un equipo que lograba un gran éxito en memoria del jugador fallecido, pero terminado el encuentro, él dimitía de su cargo porque mentalmente se sentía agotado. En otro muy significativo abandonaba el campo de fútbol y bajaba por la calle Margarit hasta llegar a la calle Radas, sabiendo perfectamente adonde iba. Siento lo del chico, le decía a la madre, a su ex mujer. Era como si no hubieran vuelto a verse después del entierro. Había pensado que quizá ella necesitaría ayuda. No necesitaba nada, y al minuto de estar allí la visita había perdido su sentido. De pronto había querido entregarle el brazalete negro que había usado durante el partido, pero ella lo había rechazado con un simple gesto de la cabeza. La habitación era tal como la recordaba. Él miraba a un lado y a otro, y se inclinaba para sopesar las botas de fútbol, sobre la colcha a los pies de la cama. Las miraba por dentro y por fuera. El polvo acumulado a lo largo de innumerables partidos y sesiones de entrenamiento había desaparecido; los tacos estaban gastados pero relucientes. Estuvo a punto de pedirle a la madre que se las dejara llevar. De su hijo no conservaba más que una fotografía. Dejó pasar unos segundos con la intención de que ella se las entregara sin necesidad de pedirselas, y luego se oyó balbucear una frase que le pareció estúpida. De

tener color hubiera dicho que era negra, negra como el brazalete, como la misma suerte. La frase le salió prácticamente calcada a las que solía emplear en la comisaría cuando se presentaban ocasiones similares. Maldito oficio, señaló, que no se olvida ni en sueños. En realidad habría preferido no seguir soñando. Y dijo entonces que era como una pesadilla que confundía con lo ocurrido muchos años antes, y que no podía estar seguro de lo que había puesto de su parte al recordarlo, que llegado a este punto tocó a su mujer en el hombro a modo de despedida y se fue, que en la calle tomó un taxi que pronto vio que no llevaba a ninguna parte porque en el sueño—Blaya aseguró haberlo soñado de manera muy clara—no había lugares adonde ir.

Mientras tanto, sus encuentros con Lucena podían contener una mayor carga de fantasía que los mismos sueños. De pronto se presentaba con dos muchachas que apenas pasaban de los veinte, que a todas luces le seguían la corriente, diciéndole que de joven era atractivo y excepcional, refiriéndose a sus cualidades de semental, y cuando Blaya las despedía sin miramientos, el otro se justificaba porque al parecer sus actos obedecían a un impulso que no era capaz de atajar. Preguntaba por sí mismo en lugares donde no había estado nunca, y allí donde creía haber estado era probable que errara, porque con el tiempo tal vez la imagen de sus recuerdos ya no existía o había cambiado y tan sólo era una sombra de lo que había sido. Cuando interpelaba a las putas de Robador o de San Pablo, a las más viejas, no podía dejar de preguntarse si de joven, en alguno de sus viajes a Barcelona, se habría acostado con ellas. Le pedía a su deteriorada memoria que realizara un ejercicio absurdo, porque de haberlo hecho tampoco se reconocerían mutuamente. Cuando interrogaba a las más jóvenes se trataba de otra cosa, contó Blaya, aunque la verdad era que no había comenzado preguntando a la gente por sí mismo, sino que su primer hito había sido hacerse pasar por un muerto, un muerto que tenía la capacidad de aparecerse a los vivos. Un muerto que vivía en una caravana y al que le resultaba imposible volver al mundo de los difuntos; como si en alguna encrucijada hubiese equivocado el camino. Por ese motivo decía viajar sin descanso, para ver si hallaba el desvío de regreso. Blaya no podía mostrarse más incrédulo, pero para su amigo aquello era puro deleite, ver las caras de sus interlocutores, las respuestas, imaginando todos ellos que estaba loco. Y Blaya aseguraba al

contarlo que evidentemente lo estaba. Luego había ejercido de viudo que echaba de menos a su esposa, una historia ya vieja, pero que dentro de la gravedad a él le parecía menos dañina, tal vez porque le encontraba una explicación plausible: que con ella Lucena buscaba el consuelo de las mujeres, y eso, dijo, tal vez fuera la única justificación posible. Blaya había considerado la conducta de Lucena desde distintas perspectivas, las más indulgentes le llevaban a pensar que su amigo podía haber sido víctima de una jubilación prematura, como si tal comportamiento estuviera relacionado con haber llevado a la reserva a un hombre de acción. Luego se daba de bruces con la realidad y razonaba consecuentemente. La edad no perdona, aseguró, como si quisiera mantenerse en los tópicos en los que se había acomodado. Y la edad que no le perdonaba a él, no podía perdonar tampoco a su amigo. A nuestros años, si no tienes una u otra dolencia es que estás muerto. Lo cito literalmente, como el argumento que utilizó a su favor para resolver sobre el estado de salud de Lucena, a quien tal vez la vida le consentía en lo físico, pero de cuyo estado mental Blaya albergaba dudas razonables. No es lo que de joven uno cree que vendrá, casi recitó, y ahí ninguno de los presentes supo si hablaba por sí mismo o simplemente reproducía una conversación con Lucena. Aseguró Blaya que de viejo uno se difumina y va desapareciendo. Nadie te necesita. Si no estás por aquí en medio enredando, mejor. Blaya había sabido escuchar durante años las confidencias de la gente, y lo había hecho a su lado, como si comprendiera sus motivos, su pasado, todo. Tanto daba que fueran objeto o no de sus investigaciones. Era una manera de ser, vino a decir. Y no iba a cambiar ahora. Por eso escuchó desde el primer día y sin inmutarse cuanto había de decir Lucena.

Igualmente fue uno de aquellos días cuando Lucena le ofreció una de las novelas que conseguía en el mercado de Sant Antoni. Blaya conocía bien su afición por las novelas del Oeste, pero no hubiese imaginado nunca que con aquel gesto Lucena iniciara una costumbre que se extendería a lo largo de los siguientes meses. Así te entretienes, le había dicho. No sólo de la lectura del periódico tenía que vivir el hombre. Esa primera vez Blaya lo entendió como un reproche por la poca comprensión que demostraba hacia sus excentricidades, como si fuera a él a quien le faltara un componente que no

sabría si definir de artístico, de mágico o simplemente de fantástico. ¿Qué ha sido de *La guerra de las Gallas*?, le había preguntado un día a su amigo, y su amigo había respondido que *La guerra de las Gallas* seguía ocupando un lugar preeminente en su vida, que nada había cambiado en ese aspecto, siendo como era su libro de cabecera. Como si fuera la guía que había de iluminar su camino, vino a decir. Lo otro debía ser lectura de entretenimiento, adivinó Blaya, que en ocasiones no se mostraba muy convencido de que su compañero hiciera tales distinciones. Así, falto de evidencias, habría de concluir que las novelas del Oeste eran sólo un pasatiempo para Lucena, quien precisaba colmar cada minuto de su existencia con una u otra ocupación sin que pareciera importarle la actividad elegida. Lucena era incapaz de sobrevivir sin hacer nada, casi lo contrario de lo que le sucedía a él. No podía sentirse satisfecho si no practicaba con el acordeón, leía, armaba el *Bounty*, o le daba vueltas a algún nuevo proyecto. Blaya no supo darnos razón de aquella primera novela. Ni siquiera del título. Por aquel entonces tan sólo sabía de su autor lo que cualquier otro ciudadano de su misma generación: que el tal Marcial Lafuente Estefanía había sido un prolijo escritor de novelas de consumo rápido, que solía producir a un ritmo constante, creía Blaya que de una obra a la semana. Sin embargo, de la segunda que le prestó, obtuvimos más información porque con ella inició la costumbre de anotar el argumento y sus impresiones. Sin duda a Blaya le costaba entender por qué Lucena era tan aficionado a leer aquellas novelitas de vaqueros. Obras que, a decir verdad, eran un dechado de malos e imprudentes ejemplos ni siquiera justificables para la época ni para el lugar en donde se suponía que ocurrían: ese salvaje y lejano Oeste. Quizá fuera aquél el motivo por el que acabó anotando el título, el argumento o los territorios en donde transcurrían, engañándose para creer que a través de aquellas lecturas podría comprender qué sucedía dentro de la mente de su amigo; por qué motivo actuaba de aquel modo: desde sus excéntricas imposturas hasta los mismísimos asesinatos de la eutanasia. No siempre había tenido éxito aquel método de investigación, por supuesto, a la hora de entender la variedad y la complejidad de los seres humanos. Quizá le había servido, confesó al contarlo, para ganar tiempo mientras las soluciones, los hechos y la realidad misma iban acomodándose por delante de sus pesquisas. Cada cual era esclavo de su propio procedimiento, apuntó como si no le quedara otro remedio que aceptarse tal como era. Y dijo que en algún

momento llegó a pensar que había en aquellas novelas algún elemento oculto que él no comprendía. Claro que si no le valieron para desentrañar el misterio de Lucena, al menos le sirvieron de distracción. Cualquiera de ellas podría servir de retrato de la colección entera: hombres buenos y malos, forasteros, jugadores de naipes, injusticias a mansalva y pistoleros rápidos como el rayo insertos en una sociedad donde la vida no valía nada, no existían las medias tintas y prevalecía la ley del más fuerte. Lucena decía amar a su querido Julio César, a los griegos o a los clásicos españoles del Siglo de Oro, pero intentaba convencer a Blaya de que leer esas novelas ayudaba a conocer el mundo en el que ellos dos vivían. No iban a sorprenderle ahora los argumentos que utilizaba Lucena. No porque descubriera en ellos alguna coherencia, sino porque eran el ejemplo vivo de sus clásicas opiniones sesgadas y a poder ser desproporcionadas.

Refiriéndose a usted contó que una mañana, hacia finales de abril, recibió una de sus postales en la que le advertía de su regreso al continente europeo, que había decidido iniciar una gira en automóvil por algunas de sus capitales. Blaya se había convertido para entonces en testimonio involuntario de sus viajes, y tanto era así que a través de su correspondencia podía trazar su recorrido sobre un mapa. La postal provenía de las islas Cook, y el matasellos había emborronado el sobre que la contenía. Las islas Cook le recordaban vagamente a un capitán Cook, descubridor o aventurero, con toda probabilidad al servicio de la corona británica. No podía concretar más porque algunos nombres o datos o simples conocimientos comenzaban a mezclarse en su cabeza. Dos exploradores a sueldo de sus respectivos gobiernos, opinó como si les comparara a ambos. Había leído Blaya de quienes viajaban por motivos de trabajo que sólo conocían los aeropuertos, hoteles y salas de reuniones; que a lo sumo conseguían dar un vistazo al paisaje desde un taxi o desde un automóvil de la compañía. Si había que creerle, a él le era igual no haberse movido de Barcelona en su vida. Ni siquiera turismo durante las vacaciones había hecho. Un corto viaje de boda a Mallorca y un par de desplazamientos a Madrid por asuntos del servicio eran los destinos más lejanos a los que se había enfrentado. No es que le viera a usted como uno de esos viajeros que desconocían prácticamente todo de los países que pisaban, pero sí entendía que quisiera revivir aquellos antiguos

destinos. Tal vez en ese nuevo contexto aquellos lugares adquirirían finalmente su razón de ser. Hanna, su acompañante, tendría un papel trascendental en ello. Sin su compañía, concluyó el ex policía, nada en aquel viaje, ni siquiera sus memorias, tendrían el menor sentido. No era un pensamiento nuevo, sino recurrente, porque aparecía cada vez que recibía una de sus cartas o postales, coronel, como si éstas le despertaran la misma categoría de sentimientos en cada ocasión. Sería porque él nunca se había podido permitir una Hanna o porque no había viajado ni le encontraba ninguna gracia a viajar. De todos modos, lo primero que se le ocurrió pensar, coronel, era que tal vez usted ya se encontrara en Europa. En eso estaría pensando, sentado junto a una de las ventanas del bar Colombia, cuando recibió con humor la pregunta del patrón: que si eran buenas noticias, capitán, y él respondió que a su edad, si alguien le escribía, eso sólo ya era una buena noticia, y dijo también que como no se relacionaba con nadie—mintió—las malas noticias podían acontecer igualmente cuando no las había de ninguna clase. Todo lo contrario de aquel *no news, good news* que la gente acostumbraba a repetir. Con la edad incluso los dichos y refranes perdían o cambiaban su sentido, apuntó. Se lo hubiera explicado al otro, pero para cuando ese pensamiento hubiese alcanzado la madurez necesaria, ya no estaría a su lado para escucharle. Tampoco recordaba de qué estuvo hablando con él, pero sí que cuando el patrón regresó al trabajo él se entretuvo apostando por qué ciudad iniciaría usted su itinerario europeo. Los destinos que mencionaba en la postal salpicaban el mapa sin apuntar a ningún orden concreto y por eso mismo se construyó uno propio: ¿Fráncfort? ¿Hamburgo? ¿Berlín? ¿Zúrich? ¿Ámsterdam? ¿París? Ganó Ámsterdam porque pensó que desde allí usted podía trazar un recorrido coherente con sus propósitos. No sabía cuáles eran, por supuesto, pero caer en medio de Europa le obligaría a un viaje extraño, como trazando radios, pensó. Quizá se tratara de alargar la primavera y luego el verano junto a Hanna. Si había que considerar el clima, la mejor opción sería comenzar por el Mediterráneo durante la primavera y luego pasar el verano en el norte. Otra alternativa era aterrizar en Moscú y acercarse desde allí, pero en Moscú hacía demasiado frío en esa época, y más si uno venía del sur del Pacífico. No, si había que elegir un lugar, él diría Ámsterdam. No podía argumentarlo, pero por lo que podía recordar de aquel día, todo era pura intuición.

Entonces apareció de nuevo la señorita Katie Morgan. Fue uno de aquellos jueves de abril cuando Lucena quiso ponerle al corriente de la correspondencia que mantenía con aquella joven artista del arte de la pornografía. En sus correos Lucena le confesaba ser un rendido admirador, pero no aclaró mucho más que eso, excepto que había adoptado la personalidad de un editor de revistas eróticopornográficas. Recordaba Blaya que en otra ocasión Lucena ya le había manifestado sus preferencias por el oficio de pornógrafo, si es que se le podía llamar así. Lo que ahora dijo es que le hubiese gustado dedicarse profesionalmente a la pornografía, que había equivocado la profesión, que la pena era haberse dado cuenta demasiado tarde. Según se desprendía de sus palabras, lo suyo habría sido dirigir películas de dicho género y vivir inmerso en un mundo que encontraba fascinante. Esa era la profesión que elegiría si pudiera comenzar de nuevo y de ahí es de donde sacaba tema para el editor al que decía encarnar. Blaya, reticente a creerle, había pensado en un primer instante que el sueño de Lucena, el verdadero sueño inconfesable, era ser el protagonista masculino de aquella clase de películas y no otra cosa. Así que contó que le había aliviado saber que sólo deseaba ser su productor y director. Invitado a contemplar una de las actuaciones de la señorita Morgan, Blaya declinó la oferta, y aseguró haber desestimado también, contra el parecer de su amigo, llevarse una de sus películas para verla en la intimidad. Con los meses, Blaya había desarrollado una teoría sobre las rarezas de Lucena, y era que éstas, apuntó, no eran más que la exageración de sus peculiaridades para que no le interrogara sobre aquello que verdaderamente hubiera deseado conocer, y ponía de ejemplo las diferentes coartadas que tuvo que tramar a su alrededor para protegerse de las muertes del ya famoso Asesino de la Eutanasia. Blaya esperaba a que todo estuviera más maduro para preguntarle.

Casi podía asegurar que su propio método de investigación lo exigía así. De modo que esperó porque, además, en ningún caso se trataba de servir a la ley y el orden o de hacer justicia, sino que lo suyo era pura necesidad de olfatear y de saber, de estar al tanto de las respuestas y no quedarse en las hipótesis, de llegar a algo concreto que fuera fruto de una investigación. Que no sabíamos lo que le había costado renunciar a ello, aseguró, porque decía haberle dado, cada día y cada noche, vueltas y más vueltas al asunto, y decía también que se obligaba a dejar de pensar en esas muertes y sobre todo en el

mal llamado asesino, y que aun así a la mañana siguiente le era imposible mirar hacia otro lado y se sentía impelido a averiguar cualquier cosa que pudiera tener relación con los crímenes. Contó Blaya que el Asesino de la Eutanasia se había hecho demasiado famoso y que el riesgo de ser identificado y detenido aumentaba en cada una de las ocasiones en las que actuaba. Calculó que no habría tantos hospitales ni enfermos necesitados de una solución final como para que no existiera, aunque fuera meramente preventivo, un control sobre las víctimas potenciales. Incluso pensó que Lucena lo dejaría durante una temporada, que arrinconaría su propósito. Sin duda él hubiese podido advertirle, pero en el fondo estaba convencido de que el otro haría todo lo contrario de lo que le aconsejara, que ése era su modo de ser y de sentirse por encima de las formalidades. No es que creyera a Lucena incapaz de reparar en el peligro que le acechaba, sino que su manera de ser y de comportarse, si daba garantías de algo era que acabaría dando uno o más pasos en falso. Sólo faltaba por allí en medio una actriz pornográfica con quien mantener una inverosímil correspondencia. En eso dijo Blaya que estuvo pensando y dándole vueltas durante días mientras leía el periódico, jugaba su partida de dominó en el bar Roca o daba un paseo. Y también mientras cuidaba los canarios, que ahora eran tema de debate constante con la vecina del 57 porque le reprochaba que se le enfermaran a causa de una nutrición defectuosa, y todo por no seguir al pie de la letra las instrucciones de su marido. ¿No le había explicado éste la mezcla perfecta de alimentos? ¿Cuánto alpiste, cañamón, nabina, colza, etcétera, etcétera, había que suministrarles si quería mantenerlos sanos y hermosos? Bueno, pues aun sabiéndose en medio del absurdo más increíble de su vida, dijo que él pensaba en Lucena y en cómo debería actuar para salir indemne de aquel asunto.

El día que tenía visita con la doctora Masabeu, Blaya salió temprano hacia la estación del Norte en busca de un autocar que le llevara a Palamós. Hacía años que no había pisado la Costa Brava. Tal vez fuera debido a la enfermedad de ser viejo, nos advirtió, pero tenía la sensación de que ningún lugar guardaba parecido alguno a como era antes. Todo el país había cambiado a marchas forzadas. Excepto él, sonreía malignamente al contarlo, todo lo demás había sufrido una verdadera transformación, incluso los ritmos eran distintos. Era como si se moviera a cámara lenta y el resto, la vida de los

otros, pasara vertiginosamente a su lado. Quizá sucedía que, al saberse en la recta final, se entretenía excesivamente en la observación de las cosas. No se sentía preparado para aquella clase de vida que le sobrepasaba sin darle tiempo a nada. Dijo Blaya que su amigo Pere, el que fuera patrón del Versailles, le esperaba en la parada de autobuses de Palamós, y que habían pasado la mañana dando vueltas por las calles del casco antiguo, entreteniéndose en el Paseo Marítimo, recorriéndolo hasta la frontera con Sant Antoni y aún más allá, sentándose de vez en cuando para descansar y para observar el mar, charlando sobre la jubilación y de cómo el mundo iba al revés, de mal en peor, que ambos que creían haberlo visto todo intuían que aún les quedaba mucho por ver y que buena parte de lo que les esperaba no sería agradable. Nada nuevo en las conversaciones de viejos, incluyendo las enfermedades, aunque recordaba Blaya que no había querido hablarle de la suya y que había justificado la visita médica con aquella tos que no le dejaba en paz.

Confesaría más tarde que ante la doctora se quedó mudo, quizá porque ya habían resuelto los prolegómenos cuando concertó la visita, hasta que comprendió que tenía miedo de enfrentarse a sus ojos y expresar sus deseos. Entonces decidió dar un rodeo. ¿Qué hace la gente cuando recibe esta clase de noticias?, preguntó, planteando la cuestión como si él no perteneciera a aquella clase de «gente», cuando lo más probable es que estuviera buscando hacerse un hueco entre ellos, un espacio en el que dejara de sentirse solo o desamparado. Dijo que ella le miró, primero en silencio, probablemente sin entender, o tal vez entendiéndolo demasiado bien, y que él repitió la pregunta de otra manera. ¿Qué hacían? ¿Cómo se comportaban los pacientes tras saberse cercanos a la muerte? Ahí describió Blaya cómo la doctora había fijado sus ojos en él; que eran unos ojos no excesivamente grandes, pero vivos, habitualmente alegres, pero que se habían ensombrecido buscando una empatía con su estado de ánimo. Lejos de repetirle las distintas fases por las que atravesaban los enfermos, desde la negación hasta la aceptación del cáncer, para ella cada caso era un mundo. Blaya se quedó con el ejemplo de quienes no demostraban nada, obraban como si hubieran aceptado con serenidad e indiferencia su futuro inmediato, pero en realidad no comprendían aquello que les sucedía. Tal vez habría tantas respuestas como enfermos. Como si quisiera contradecir a la doctora, Blaya reconoció que sus

deseos no eran tan distintos, y vino a admitir que él también se había sorprendido, porque pensaba que siendo única su manera de enfrentarse a la enfermedad en realidad no lo era tanto, y se había sorprendido porque aquella mujer parecía comprender cuáles eran los deseos que él había creído exclusivos. Allí sentado, a Blaya le había parecido todo muy previsible, tal como se suponía que tenía que ser una consulta de un hospital de una pequeña población. Ella le extendió la receta y le puso al corriente de un proceso en el que le iría incrementando la medicación paulatinamente. Tan simple que Blaya pensó que podía haber resuelto el trámite por teléfono. Luego salieron juntos del hospital, y él encendió un cigarrillo y rebuscó en un bolsillo las gafas de sol con que le había obsequiado Lucena. Aunque hubiera llovido las habría usado igualmente porque necesitaba esconderse, parapetarse detrás de algo. La doctora le aconsejó que dejara de fumar, que eso le daría mayor calidad de vida. Blaya no había sabido qué responder, ni tan sólo la había mirado, porque pensaba que no era cierto que dejar de fumar le proporcionaría una mejor calidad de vida. Era un poco impactante ver cómo lo contaba, mientras encendía un cigarrillo tras otro, consciente de que las palabras, los consejos o los pensamientos a los que se refería ya pertenecían a otra época, a otra existencia casi. Cómo iba a dejar de fumar a esas alturas cuando ya no le quedaba otro consuelo que el humo, tras haber abandonado las ilusiones por el camino, cuando eso había venido sucediendo desde el preciso instante en que de joven se había hecho policía, desde el preciso instante en que había comenzado a asumir responsabilidades hasta llegar al punto culminante en el que su hijo y su esposa habían desaparecido de su lado, y había tenido que habituarse a la nada, a la rutina diaria y a dejar pasar el tiempo. ¿Y la doctora pretendía que precisamente ahora abandonara ese humo que le ayudaba a combatir el vacío? Sabía que no lo dejaría, por eso no respondió. Dijo que la doctora tampoco insistió, aunque a él le pareció que le hablaba y que de pronto le susurraba algo así como que no tenía importancia, que no había dicho nada. Y contó que estaba seguro de que ella lo había dicho de tal modo que apenas pudo percibirlo, pero que, para ser franco, quería precisar, aún escuchaba esa frase cada vez que rememoraba la escena. No importa, no he dicho nada, acababa diciendo ella.

De regreso de Palamós no había notado ningún cambio en su

determinación de abandonar este mundo sin hacer ruido. Sólo que estaba como aletargado. Lo atribuyó a uno más de aquellos síntomas de cansancio que le importunaban. Tosió como de costumbre. Nada había cambiado en su estado de ánimo desde que le diagnosticaran el cáncer de pulmón. Dejarse morir sin oponer resistencia no alteraba en nada su percepción del asunto. Durante un rato se había dedicado a reflexionar sobre si no sería él uno de aquellos casos en que el enfermo, en un ejercicio de auto-engaño, parecía plegarse a una aceptación serena de su destino. Nada había cambiado, repitió, respecto de su estado anterior a la visita a la doctora. La única diferencia era que ahora sabía a qué atenerse hasta el final, como si hubiera recibido unas sencillas instrucciones que le garantizaran la correcta administración de los recursos hasta el día de su muerte. Sucedería así: se agudizarían los dolores, cada vez se ahogaría más y más, incrementarían la medicación y al final del camino, cuando no pudiera aguantarlo, ingresaría en uno de los centros que la doctora le había aconsejado. Poco después dejaría de existir, y lo haría acompañado por perfectos desconocidos que no dramatizarían la situación.

Adiós muy buenas, expresó con gravedad. Ésa era la clase de pensamiento que le entretenía en el autobús, de regreso a la ciudad. Estuvo tentado de extraer un cigarrillo. De buena gana habría encendido uno, habría aspirado profundamente el humo, una única vez, y luego lo habría apagado. Dijo que era una contradicción que el tabaco le calmara la tos, probablemente no era la única contradicción en todo aquel asunto, tal como podíamos ver, pero la vida era así y siempre había sido así en las pequeñas y en las grandes cosas. Eso dijo. Se estaba poniendo filósofo y no le gustaba. Bromeó diciendo que esa clase de pensamientos había que reservarlos para un viaje en autobús o, tal como había dicho anteriormente, para los partidos de fútbol de los sábados y domingos. Bueno, aseguró que ese día había regresado a casa sabiendo en detalle lo que le esperaba, que desde su asiento junto al pasillo vio pasar las fábricas y almacenes que poblaban los polígonos industriales próximos a Barcelona. Más allá de la mujer que dormía a su lado, la oscuridad había ido tomando posesión del paisaje, y las luces que lo puntuaban formaban dibujos indescifrables. Pocos meses antes tenía ante sí un futuro plano. Ahora era consciente de que todo había cambiado. Contó que hubiese cerrado los ojos de buena gana, pero que eso habría sido como claudicar, que quedaban pocos kilómetros hasta la terminal de autobuses; que

allí podría enlazar con el tren o el metro que le acercaría a su domicilio; que pensó que mejor tomaría un taxi; que él, que incluso en las peores condiciones era un caminante empedernido, había decidido que no tenía por qué castigarse más de lo necesario. Según expuso, había regresado muerto de fatiga, aunque convencido de que en el fondo lo que sentía era un cansancio psíquico más que físico. Ahora que reflexionaba sobre ello pensaba que tal vez había ido a Palamós no sólo en busca de dulcificar la larga agonía que le esperaba sino también de acortarla. De ser así, no habría sido suficientemente explícito con la doctora. Había varios taxis en la parada, pero antes de tomar uno se quedó a un lado, apoyado en la baranda de la estación, fumándose un cigarrillo. Había cosas que podían esperar y otras que no.

Y si estaba enfermo y no iba a vivir mucho tiempo mejor sería que pensara en ir arreglando los asuntos pendientes. No podía morirse y dejar todo por resolver, aunque una vez muerto, ¿qué le importaba a él lo que sucediera? Nada, no le importaba nada, pero en el fondo sabía que había ciertos detalles que no podían esperar, como buscarse un nicho y hacer testamento, y lo justificaba porque supuestamente era, y había sido, un tipo demasiado formal para dimitir de sus responsabilidades en el último momento. Sin más familia conocida, la única persona a la que creía que podía ceder la casa de Sant Andreu y los ahorros que le quedaran en el banco era a su ex mujer. De haber rehecho su vida, Margarita tal vez ahora tendría un hijo que supliría aquel otro que habían perdido. Allí había algo a lo que agarrarse para justificar una decisión. Pensó en su vecina, la de los canarios, que le arreglaba la casa y la ropa, y también pensó en Lucena, pero había llegado a la conclusión de que a éstos tampoco les quedaban muchos años por delante. Si dispusiera de más tiempo quizá podría adoptar a uno de esos niños que vivían en el llamado Tercer Mundo. El valor de su escaso patrimonio adquiriría sentido si lo imaginaba invertido en una escuela de la India o de cualquier lugar de África. Imaginó un viaje a uno de aquellos lugares y pensó que quizá ese solo detalle daría cierta trascendencia a sus últimos días, eso sin olvidar que había niños necesitados en la misma Barcelona, en su propio barrio. Concluyó entonces que lo pensaría con calma, pero que tampoco podía demorarse en tomar la decisión. De todos modos algo había que hacer, porque entre tantas dudas tenía una única certeza, que sería lo último que

haría en esta vida y, tal como apuntaba el tópico, él no creía que existiera otra. Horas más tarde se encontraba ante el portal de la calle Radas donde había vivido con su ex mujer. Dijo haberse sentido inquieto, pero se calmó pensando que sólo necesitaba saber cómo le iban las cosas a ella, si había rehecho su vida, si tenía descendencia o no, si tenía algún sentido que el dinero acabara en sus manos o en las de sus descendientes. Al interfono respondió una voz femenina que venía de otras latitudes, que no conocía a ninguna Margarita y que ni siquiera sabía que alguien con aquel nombre hubiese vivido en el piso. Blaya se disculpó y permaneció de pie en el portal, esta vez mirando a la calle, pensando qué hacer. Un vecino entró en la escalera y él aprovechó para dar un vistazo a los nombres de los buzones. Ni uno solo reconocible, nadie que pudiera darle una referencia; lo mismo le ocurrió con los comercios de los alrededores, que habían cambiado de propietarios a lo largo de los años. Luego bajó hasta el Paralelo y decidió perderse por las calles del barrio chino hasta las Ramblas. Si quería localizar a su ex mujer había otros métodos, él mejor que nadie para saber cómo dar con ella, pero no era eso lo que le molestaba. De pronto se sintió estúpido por haber pasado en otras ocasiones por aquella calle y haber levantado los ojos con la esperanza de descubrirla en el balcón, incluso de que coincidieran sus miradas y pudieran reconocerse el uno al otro. Ahora pensaba que se había mentido en eso del mismo modo que se había mentido en tantas otras cosas; la gente cambia de domicilio, a un policía no se le pueden escapar esa clase de detalles.

Casualmente, días más tarde, Blaya descubrió un operativo de vigilancia alrededor de Lucena. De alguno de los policías que vio, incluso podía decir en qué comisaría estaba adscrito cuando él se encontraba en activo. Hizo como que no se daba cuenta de nada y fue a reunirse con su amigo, que le esperaba sentado en una silla de camping, mirando al mar. A Lucena un día se le iba a caer la piel a tiras de tanto tomar el sol. De hecho su piel denotaba la dureza de la intemperie, que era el hábitat natural en que acostumbraba a encontrarlo. Era tan probable que a Lucena le hubieran instalado un micrófono dentro de la caravana que se había limitado a saludarle y a preguntarle por la maqueta del *Bounty*. Ese día iban a comer en un restaurante junto a la plaza Letamendi y enfilaron el Paseo Marítimo en dirección a la Barceloneta y a Colón. Había tiempo de sobras para llegar a una hora

aceptable, incluso si se entretenían por el camino. Blaya esperó a estar lejos de la caravana para contarle lo que había visto. ¿Te vigilan o te protegen?, dijo haberle interrogado. Era una pregunta que no le comprometía a nada, que ni siquiera delataba sus sospechas sobre la implicación de Lucena en los asesinatos de la eutanasia. Sólo podía ser lo primero, afirmó ante nosotros, pero aun así lanzó la pregunta. Igual vigilan a otro, le respondió Lucena quitándole importancia. ¿Quién podía saberlo? Lo mejor era no darse por aludido, pero Blaya ya sabía que mentía y su comportamiento no le hizo cambiar de opinión, porque a partir de aquel instante hizo lo que pudo para sortear el asunto. Contó entonces que hicieron el trayecto a ratos hablando y a ratos en silencio. Que a alguien le montaran un dispositivo de vigilancia no era una noticia para tomársela a broma y menos si había sido policía y había trabajado media vida para el servicio de espionaje. Sorprendentemente, Lucena mostró un interés especial por ponerle al día del inicio de la temporada taurina; cómo había visto al Juli y a José María Manzanares, quien, siempre según su versión, había ofrecido a la concurrencia de la Monumental una faena pensada, bella y con temple, fuera lo que fuera lo que significaran aquellas palabras. Eso fue lo que sucedió, pero no se quedó ahí, porque antes de despedirse y para rematar la jornada, Lucena abordó a una mujer que paseaba frente al hotel Arts. ¿Te acuerdas de mí?, le dijo de improviso mientras ella se quedaba pensativa, ya fuera por la sorpresa o por la misma pregunta. Sí, mujer, de la cuadrilla de Juan Belmonte, insistió. Y entonces, quitándose la chaqueta, se puso a dar unos pases en medio de la acera y luego imitó a un banderillero con los brazos y las puntas de los pies alzados, hasta que Blaya lo tomó por un hombro y se lo llevó en dirección a la caravana, un instante antes de que pudiera clavarle el par de banderillas imaginarias. A ella la recordaba con unos ojos como platos mientras negaba con la cabeza, paralizada, incapaz de salir corriendo. ¡Banderillero, fui!, sentenciaba Lucena, girándose mientras él lo alejaba de la escena, reprochándole que casi no había nacido cuando Belmonte triunfaba. Sin embargo, para Lucena el incidente no tenía ningún interés especial. ¡Qué iba a saber aquella mujer, dijo, si apenas entreveía que Belmonte había sido uno de los grandes, un torero de toreros!

Ya nadie escribía cartas ni postales excepto usted, coronel, y tal vez fuera por eso que Blaya le tenía en tanta estima. Pero si alguna vez había esperado

alguna noticia con ansia, ésa era la de su regreso a Europa, aunque con ella— el matasellos era de Roma—supiera también que su apuesta por hacerle aterrizar en Ámsterdam había fallado estrepitosamente. No era seguro, pero Blaya creía que le escribía desde cada una de las ciudades por las que pasaba; como si fuera un detalle para con él, una consideración especial. Mi opinión sobre este asunto, coronel, es que sus cartas le ataban a la vida, eran otra versión de lo que le venía sucediendo con Lucena. Uno le anclaba de una forma y el otro de otra. Blaya sugirió que por aquel entonces aún no había conseguido entender muy bien por qué motivo le escribía. Bueno, sin dar ninguna conjetura por cerrada, y pensando que no había uno solo, la primera hipótesis que había contemplado suponía que todo estribaba en rellenar un instante del día. La verdad, sin embargo, no íbamos a encontrarla en las cartas, si es que nos decidíamos a sacar conclusiones de su lectura, nos advirtió, aunque añadió a continuación que ésa sólo había sido una suposición suya. Blaya le había imaginado a usted escribiéndole desde una cafetería o desde una habitación de hotel o un vestíbulo. Siguiendo su correspondencia, había asimilado que la vida de un espía estaba plagada de pisos francos y vestíbulos, ya fuesen de hoteles, de estaciones o aeropuertos. Ahí faltaba algo, sugirió. Tal vez la mano de Hanna recordándole que debía escribirle a ese policía jubilado de Barcelona, como si usted fuera un ángel guardián que velara por su salud mental. De ser así, dijo, Hanna debía de representar el papel de hada madrina. Los motivos por los que le escribía permanecían ocultos en algún lugar también secreto que difícilmente llegaría a descubrir. Claro que tenía que existir una razón, aunque fuese una razón que entonces se le escapaba, y es que siempre existía un móvil, aseguraba él. En este caso, afirmaba, tanta bondad no era admisible. Ni tampoco creía que existiera tanta previsión, que ya entonces usted supiera cómo iba a terminar esta historia. Ingenuamente, él creía que la falta de amigos podía ser otro de los motivos, no sabría decir entre cuántos, por los que le tuviera presente. Porque amigos, lo que comúnmente suelen llamarse amigos, a usted no le hacía muchos, y apostilló que tal como había expresado en otra ocasión, le faltaban incluso esos verdaderos colegas con quienes uno juega al mus. Bueno, ésa era la opinión de un Blaya que por otra parte acababa de confesar que no iba sobrado en ese aspecto, más bien todo lo contrario. Y que tras aquel encuentro en los galgos de Concepción Arenal no podía pensar que usted verdaderamente acabaría cumpliendo la promesa de escribirle. Le había

visto tres o cuatro veces más junto a Lucena, y luego ya todo habían sido aquellas cartas y postales y algunas llamadas telefónicas espaciadas en el tiempo. A veces Blaya había llegado a suponer que le llamaba para comprobar que seguía vivo, que sus envíos no se acumulaban en una oficina de correos o en el fondo de un buzón que nadie abría. Suponía que cuando se es militar y se ha trabajado toda la vida en un servicio de información estas cosas quedan, que son como un poso que no se olvida jamás. Marcan la vida hasta la muerte, eso manifestó, decidido a contar hasta el más mínimo detalle sobre cómo habían transcurrido sus últimos meses. Todo era de una lógica aplastante: él nunca podría devolverle el gesto escribiéndole, porque usted se encontraba permanentemente en ruta, incluso tenía dudas, y así lo expresaba, de que esperara, ni siquiera pretendiera, ni le hubiese gustado, que le escribiera. Para Blaya era una situación ideal porque no se veía manteniendo una correspondencia con nadie. ¿Qué le habría dicho? Hola, coronel, espero que estés bien, sugirió agudizando la voz, caricaturizándose a sí mismo, hoy he visto a Lucena, he andado dos horas y he tomado dos cortados, la sal que me han prohibido a mí se la toma con creces nuestro amigo. Bueno, hablaba de suposiciones, las que manejaba entonces, en aquella época sobre la que intentaba trasladarnos sus vivencias, algo que acabó cambiando, por supuesto. Luego gesticuló ostensiblemente, dando por hecho que no era hombre de mantener correspondencias. En el Colombia fue a sentarse al rincón de los días fríos, quizá porque la mesa junto a la ventana estaba ocupada, no recordaba los detalles, ni siquiera si hacía frío ese día. Probablemente, digo yo, siguió todos y cada uno de los ritos que le habían acompañado esos últimos años: la rutina del saludo, del cortado y del periódico, el gesto al viejo Silva y al patrón tras el mostrador. Puede incluso que asintiera bajando un instante la frente, ensimismado en su imagen, coronel, y que luego le echara una mirada a la calle, que el tráfico fuera el de cada día, el bullicio del bar el mismo, casi la misma gente. A algunos podría saludarles incluso, aunque no solía hacerlo para no tener el compromiso de hablar con ellos cada mañana. Si se terciaba tendría suficiente con asistir a sus entierros. Blaya tosió, dejó unos segundos de pausa, se levantó del sillón y buscó en el bolsillo la cajetilla de cigarrillos. Contó que sus cartas no podían ocultar ese aire de época finiquitada en la que vivía. Aquélla decía de Roma que estaba preciosa, tal vez algo dejada, como si el color gris de las piedras siguiera predominando por encima del resto de colores. Luego

comentaba que se trataba de un regreso provisional, porque le esperaban en el Sudeste Asiático en noviembre. En Europa todo parecía más cercano, hasta el punto de desplazarse en automóvil. Entonces a Blaya le sorprendió que usted le pidiera participar en el Seminario Permanente que estaba organizando y cuyo tema—nos aseguró que era la segunda o tercera vez que le hablaba de ello—eran las organizaciones que aprenden, o las que no olvidan, o las que no se convierten en desmemoriadas, que es como él había bautizado la cuestión esta de la pérdida de conocimiento en las instituciones. Le sorprendió tanto como ahora se sorprendía de estar colaborando en dicho seminario a través de sus declaraciones.

Hubo más muertos, por supuesto, que Blaya conoció por la prensa. Entonces pasó la primera semana de mayo buscando información sobre los asesinatos que el periódico seguía calificando de la eutanasia. Hubo tantos en los últimos días que llegó a pensar que había más de un asesino, que la epidemia se había propagado con la aparición de imitadores. Lo que algunos jóvenes compañeros de comisaría solían llamar *copycats*, comentó, apuntando que si bien a ellos—se refería a los policías de su generación—los habían jubilado con la excusa de ser mayores, estar desfasados y ser poco dados a las nuevas tecnologías, en absoluto desconocían la terminología al uso—palabrería al uso, dijo él—. Tal vez esos imitadores acabaran salvándole el culo a Lucena. Había un punto débil, sin embargo, y era que su olfato se basaba en las noticias de la prensa y en las que le proporcionaba «el Internet» de la biblioteca, que era como él denominaba a esa otra fuente de información. Lo apropiado hubiera sido poner bajo vigilancia a su amigo, algo que acabó por descartar—ya lo hacía la policía por él—, aunque tiempo más tarde volvería sobre ello. Recordaba que por aquella época Lucena ya le daba vueltas a la Navidad. Primero sin citarla y luego pasando de puntillas sobre ella, quería saber qué haría Blaya si supiera que le quedaban unos pocos meses de vida. Cualquiera habría dicho que sabía lo de su cáncer de pulmón, aseguró haber pensado. Le preocupaba a Lucena—o no le preocupaba y lo único que deseaba era levantar castillos en el aire—saber qué haría en el caso de conocer de antemano su fecha de caducidad, añadió. A Blaya nunca se le habría ocurrido nada semejante. Dijo que era como querer recuperar el tiempo perdido, como si tras haberlo dilapidado durante años se deseara rescatar una parte. En cambio Lucena creía que deberían disponer de

una lista de las cosas que les apetecía hacer antes de morir. ¿Si supieras que vas a morir en unos meses, qué harías?, una pregunta a la que Blaya habría respondido que nada, que no haría nada, porque de todos modos ésa era su realidad—aunque esto último no lo mencionara—y acabara proponiendo el testamento, que eso era lo que haría: el testamento, y que le dejaría encargado a él para que echara sus cenizas por el retrete del bar Colombia, bromeó. La verdad era que ni siquiera pensaba en incinerarse, pero dijo que en ese momento no iba a iniciar una discusión a cuenta de su propio entierro. ¿No se iría de viaje? ¿No haría una lista con aquella media docena de cosas que habría deseado hacer y no había hecho? No quería ni oír hablar de sus últimos días. Aquella lista de deseos le parecía más bien una lista de últimas voluntades. Tampoco eso le había comentado a Lucena, pero en cambio le aconsejó que aun siendo expósito buscara a los cuatro parientes que pudieran quedarle, que eso le entretendría una buena temporada. Una idea que por aquel entonces todavía no entraba en los planes de su amigo, aunque luego cambiara de opinión. Para Lucena aquella pregunta formaba parte de un juego que sería capaz de prolongar hasta el día antes de su muerte. Blaya, en cambio, pensaba que esas fantasías eran irreales si sus protagonistas desconocían la fecha en la que iban a despedirse de este mundo, y que de darse el caso entonces habría que convenir que aquello nada tenía que ver con un pasatiempo. En dicha situación sólo veía a los condenados a muerte, y a éstos no les suponía con la libertad de afrontar ninguna media docena de tareas pendientes. Daba igual lo que creyera Blaya, Lucena insistió para que hiciera el esfuerzo de imaginarlo. Se acerca la Navidad y Fin de Año y tú vas a morirte al mes siguiente, ¿qué harías? Blaya pronunció la frase imitando a su amigo. Y luego reveló que, aunque fuera por una sola vez, conocía la respuesta que el otro esperaba. De haber una Navidad de por medio, pasarla en compañía de una mujer que me ría las gracias. Eso dijo, y, ciertamente, aquélla era una de las primeras cosas que haría Lucena. ¿Qué más? Después de la compañía femenina Blaya no conseguía encontrar qué extravagancia podía colmar los deseos de su amigo. ¿Qué más?, intentó recordar, admitiendo que no se había mostrado excesivamente predispuesto al juego. A su edad, aseguró, lo peor que podía hacer era confeccionarse una lista de deseos no satisfechos. Porque si no lo has hecho todavía es que no era una verdadera necesidad y vas a terminar los días haciendo tonterías y perdiendo el tiempo. Eso mismo le había dicho a Lucena, aunque éste no hizo ningún

caso de sus comentarios. De todos modos la idea de la Navidad parecía tener coherencia en sí misma porque la Navidad, había intuido Blaya ya por aquel entonces, figuraba entre las principales obsesiones de Lucena. Eso comentó, como de pasada, el ex policía.

Blaya no sabía si lo de la mujer que le riera las gracias era un deseo insatisfecho, una manía o una de las tantas maneras que tenía su amigo de suscitar polémica, pero fuera una cosa o la otra, cuando entrelazaba sus brazos con los de las jóvenes prostitutas de Robador asegurando que se acordaban de él, Blaya, que debía de estar observándole con cara de infinita incredulidad, decía reprenderle por su comportamiento y le conminaba a que dejara de atosigar a la gente con sus excesos. Lucena, sin embargo, ni siquiera se inmutaba, y defendía que era hora de entrar en acción, que de algo tenían que hablar con ellas. Porque al parecer no había nada mejor que dos chicas jóvenes para hablar, entablar una conversación fructífera y añadir nuevas alegrías a su decadente personalidad. No iba a quedarse mudo, se excusaba. Ya en la época en que se había roto la pierna, en el hospital le habían recomendado que hiciera amistades, que hablara con la gente. De nada le servía la buena vida de la caravana. Al contrario. Para chincharle, Blaya le había

sugerido que se alistara en un asilo para ancianos. Allí podría hablar tanto como quisiera. Antes me mato, respondió él. En la retina de Blaya y también en la de Lucena estaba la residencia militar de Pedralbes, según el primero un hotel lúgubre para ancianos, atendido por monjas y enfermeras jóvenes que mantenían a los viejos a raya, sin dejarles fumar ni comer lo que les apetecía. Siempre a régimen. Ya podía ir olvidándose del cortado del Colombia, eso sin entrar en el asunto del tabaco. No, él tampoco quería acabar de aquella manera. No quería ni pensar en el futuro que le habría tocado en suerte de haber seguido con esas enfermedades que no le fulminan a uno, pero le mantienen carcomido por el resto de los días. Visto de ese modo, casi prefería terminar pronto y rápido. El tiempo que le había pronosticado la doctora Masabeu—alrededor de un año o año y medio—le parecía más que suficiente para despedirse de algo que no volvería a ser como antes. La memoria ya no era la que había sido, por no hablar de la agilidad mental o la física. ¿Cómo iban a estar ellos dos al cabo de diez años? Mejor no asistir a la representación para averiguarlo. Lucena lo entendería perfectamente porque,

a la fuerza, el Asesino de la Eutanasia tenía que haber llegado a las mismas conclusiones que él. Pudiera ser que incluso hubiera seguido sus mismos razonamientos. Bueno, cuando se acabe, hacemos saltar la banca y a la mierda con todo, había sentenciado Lucena uno de aquellos días. Por eso no podían perder el tiempo preguntándoles la edad a las putas de la calle San Pablo, de dónde eran, si vivían solas o cosas por el estilo, si dependían de un macarra... Por eso, según Lucena, Blaya se merecía las respuestas que le daban: que para acostarse con ellos no iban a pedirles el carnet de identidad, ni necesitaban saber si eran buenos abuelos y si antes habían sido buenos padres de familia; que no podían perder la tarde conversando con jubilados sobre el tiempo.

¿Se decidían o no? Entonces Lucena le disculpaba. ¡Lo que faltaba! Como si aquella imprudencia fuera suya. Su amigo era como era, pero probablemente él también tendría que haberse relacionado más y mejor, sugirió mientras absorbía el humo del cigarrillo. Tal vez sin saberlo le había ido bien que Lucena le obligara a responder a sus preguntas, tuvieran o no sentido. Así no vamos a encontrar a nadie que quiera pasar una mísera noche con nosotros, le había advertido. A Blaya le importaba un comino, porque llevaba muchos años así y tanto le daba seguir durmiendo solo uno o cien días más. Fue la época en que Lucena le propuso viajar a Cuba y regresar con unas mulatitas, señaló, o en su lugar encontrar un par de mujeres bien pertrechadas que les cuidaran. ¿No había sido él precisamente el instigador? ¿No había deseado a una chica que le riera las gracias? Blaya sonreía al contarle porque decía que Lucena le provocaba adrede. Algo que quizá no se daba en la situación real, coronel, momento en el que no le imagino sonriendo, sino mudo mientras proseguían su camino, y es que a esos períodos de controversia solían seguirles otros silenciosos en los que andaban uno junto al otro con una especie de cautela absoluta. Apagó la colilla en el cenicero y encendió otro cigarrillo. La esclavitud había desaparecido en España muchísimo tiempo atrás. Se suponía que ellos mismos se habían pasado la vida combatiendo las lacras que había heredado la sociedad moderna. No sé adónde pretendía llegar cuando inició la frase, porque entonces tosió con fuerza un par de veces y casi se mareó, hasta el punto que tuvo que echarse hacia atrás en la butaca. Antes de que dijéramos algo levantó la mano como si con ese gesto fuera a detener la reprimenda que

pudiéramos echarle. Inútil, porque nadie comentó nada, ni siquiera había en nosotros intención alguna de hacerlo.

Durante todo aquel tiempo Blaya siguió acudiendo a la biblioteca en busca de noticias del Asesino de la Eutanasia, de una escuela especial distinta de las demás, o para disfrutar de la calefacción gratuita. Allí había averiguado más cosas del escritor Marcial Lafuente Estefanía. No en la biblioteca, donde no se tenía noticia de él, sino a través de los ordenadores que le permitían acceder a Internet. Se había interesado por él porque había encontrado en sus obras ejemplos que relacionaba con el dilema de Heinz, es decir con aquello que era ético y moral. Nos resumió su historia diciendo que se trataba de un ingeniero republicano represaliado que había comenzado a escribir en la cárcel utilizando un rollo de papel higiénico y un lápiz, y que había dado con una fórmula exitosa en la que acabó colaborando toda su familia. Si no recordaba mal, habían llegado a publicarse más de dos mil quinientos títulos con unas ventas de unos cincuenta millones de ejemplares. A Blaya le parecía curioso que existiera alguien capaz de escribir una novela semanal, y que, además, basara su verosimilitud en un libro de historia de los Estados Unidos de América; en un antiguo atlas de los pueblos y ciudades de aquel lejano Oeste y en una guía telefónica, también de Estados Unidos, de donde obtenía los nombres de los personajes. El día que habló de Marcial Lafuente Estefanía tal vez lo hizo por el interés que yo había mostrado y se extendió contando qué otras cosas creía haber visto en sus novelas, cortadas siempre por un mismo patrón. La cuestión no estaba exenta de cierta filosofía. Barata, por cierto, añadía él mismo, pero suficiente para haberle hecho reflexionar. El mundo, según daban a entender aquellas novelas, estaba poblado por seres esencialmente buenos pero sin iniciativa para detener a quienes son perversamente malvados, así de simple y así de sencillo. Estos últimos eran muchos menos, pero su maldad les llevaba a imponerse al resto. El éxito, había creído él, radicaba en la creación de héroes de cualidades excepcionales que fueran capaces de enfrentarse al mal, y que lo hicieran, básicamente, con valor y un par de pistolas. La sociedad, la que no era del lejano Oeste, había resuelto eso organizándose de tal modo que oponerse al crimen no fuera una tarea de héroes sino de personajes grises que cubrieran esa necesidad igual que hubiesen podido atender un cliente en la ventanilla de un banco. La sociedad y la organización invertían a esos hombres comunes de la fuerza

necesaria para llevar a cabo su trabajo, un trabajo que en tales circunstancias —y eso era, por el contrario, un elemento básico en las novelas— carecía de cualquier clase de épica. Ahora, una vez jubilado, Blaya consideraba curioso no haberse detenido a pensar nunca en un detalle tan evidente. Tampoco era cierto que se tratara de algo tan nítido y tan simple, pero si por un lado se pretendía hacer más asequible la complejidad de los seres humanos al lector, por otro era preciso concebir una figura fuera de lo común que le causara admiración. Un escritor como aquél había de manejar una gran variedad de elementos, argumentó el ex policía.

De deseos propiamente dichos, de aquellos que habían de figurar en la lista que Blaya llamaba de las últimas voluntades, Lucena tan sólo había anotado cuatro en un papel cuyo redactado parecía reciente. El ex inspector lo había descubierto sobre la mesa, estando de visita en la caravana. Esa era la nueva obsesión de su amigo, aunque le sorprendió que sólo fueran cuatro los deseos allí anotados. Lucena quería encontrar a un desconocido que lo recordase; suspiraba por acostarse con la señorita Katie Morgan, realizar un gran viaje en Navidad y, para redondearlo todo con una excentricidad más, ambicionaba componer *Suspiros de España*. La lista quedaba interrumpida aquí, como si Lucena no hubiese tenido más pretensiones, algo inaudito en él, todo había que decirlo. El primer deseo, a Blaya ya le parecía un clásico; acostarse con la señorita Katie Morgan, un sueño; el viaje navideño, una obsesión infantil que habría despertado en las últimas semanas, y componer *Suspiros de España*—¿cómo se puede componer algo que ya existe?—, tal como nos había adelantado, una excentricidad. Blaya se sabía llamado a participar en uno de aquellos deseos, el del viaje navideño, por más que se mostrara reticente ante Lucena. Igual lo que ocurría era que no tenía ni una perra gorda, solía recriminarle éste en cuanto ponía trabas al asunto, y a decir verdad alguna razón tendría al mencionar el dinero porque a Blaya no le quedaban muchos ahorros, aunque como contrapartida acabara pensando que si los gastaba no tendría que buscar a quién legárselos. Lo cierto es que no le apetecía pensar en el porvenir porque se sabía cada vez más enfermo. ¿Cómo podía pensar en mayo lo que haría en Navidad? Tal vez no estaría en condiciones de pasarla con nadie. Otro pensamiento recurrente era para qué quería la casa. Tal vez le salía más a cuenta venderla y vivir con holgura el

poco tiempo que le quedaba. En esa coyuntura, llegado al final del camino, igual que Lucena se lo había pedido a él en una ocasión, le pediría a su amigo que le mandara al otro mundo y sanseacabó. Entonces sería el momento de confesarle lo que sabía: que el asesino del que hablaban los periódicos no era otro que él. ¿Pero tienes dinero o no?, le instaba Lucena, sacándolo de su ensoñación. Blaya podía responder entonces con un lacónico sí y no. Para Lucena ésa no era una respuesta. O se tenía dinero o no se tenía, le apremiaba. Y si vendía la casa, ¿qué iba a hacer con el dinero? ¿Comprarse una caravana como la suya? Cada objeción podía generar multitud de preguntas nuevas. Visto con la distancia oportuna, la venta de la casa acabó siendo una revelación para Lucena, una verdadera mina que explotar. Sobre todo el día en que Blaya lanzó la idea de irse a vivir a un hotel. Eso sí que iba a ser la bomba. Vivir en un hotel hasta que te mueras, decía el otro. Joder, eso sí que es vida. En aquellos instantes, esa idea era incluso mejor que sus planes para pasar la Navidad en el paraíso, algo que en todo caso, reflexionó Blaya, tampoco tenía intención de echarle por los suelos: ni se veía viviendo en un hotel, ni viajando al paraíso, ni cometiendo ningún exceso fantasioso, así que zanjaba el asunto advirtiéndole que no había madurado suficientemente la idea. De todos modos, ¿qué importancia tenía el dinero? Al parecer Lucena disponía de unos ahorrillos, según propia expresión, y no tendría que inquietarse por eso, ya que estaba dispuesto a poner sobre la mesa cualquier cantidad que a Blaya le hiciera falta. Cualquier cantidad, quiso hacernos notar éste, podía ser nada y podía ser mucho dinero. ¿Se trataba de un farol o podía creerle? Y si el dinero no iba a ser un problema, la primera cosa que debía preocuparle, aseguró que le había aconsejado Lucena, era dejar de fumar. Bueno, él no hubiese imaginado nunca que aquel viejo que se saltaba las convenciones y que también fumaba en ciertas ocasiones, aunque sólo puros y en momentos muy especiales, hubiese acabado pidiéndole que confeccionara su propia lista de deseos con uno destacado con letras mayúsculas y en primer lugar: DEJAR DE FUMAR.

A su edad, decía Blaya, incluso el Estado ya se había dado cuenta de que era mejor que siguiera fumando, simplemente por una cuestión de economía de recursos. Esa clase de pensamiento le venía a la cabeza si especulaba con la recaudación de impuestos y con que cuanto antes muriera menos gastarían

en su cuidado. A veces consideraba esa cuestión y dejaba de fumar durante unas horas hasta que más tarde, sentado ante el televisor, con la pantalla apagada o sin voz, como tenía por costumbre, encendía un cigarrillo y entonces pensaba que para cuando consiguiera dejar de fumar ya haría días que estaría muerto. ¿Padecerían sus células el síndrome de abstinencia? Algunos individuos serían capaces de articular toda una filosofía alrededor de aquella idea. En una ocasión aguantó una semana, pero la mayoría de las veces era cuestión de horas hasta que se decidía a encender uno, y ¡qué bien sabían sus Ducados tras aquella breve abstinencia!, confesó. La vez que estuvo una semana sin fumar fue a causa de una punzada que lo paralizó en la misma calle Monges, a la altura del cine, donde se quedó quieto con una mano en el bolsillo y la otra sujetando el cuello de la gabardina aunque en realidad lo que hacía era apretarse el pecho. Dijo que a duras penas consiguió dar unos pasos, y que más que ver intuía a la gente con la que se cruzaba. No iba a morir por aquello, aseguró. No en aquel instante. Se ahogaba, y siguió su camino escupiendo en el pañuelo y reventando de dolor y de calor. En casa se deshizo de la gabardina y se metió en la cocina, a escupir sobre el fregadero, donde se quedó apoyado, intentando respirar. Estaba tan cansado como si hubiese dado cuatro vueltas alrededor de un campo de fútbol. Le costaba reponerse, no conseguía recuperar la respiración. Cerró los ojos, maldijo el tabaco y se prometió que lo dejaría.

Una semana más tarde decidió que la vida no tenía sentido si no podía seguir fumando, que sin humo le era imposible mantener las rutinas sobre las que había organizado su existencia de jubilado. No podía tomarse un cortado sin fumarse un cigarrillo, no podía leer el periódico sin sostener aquel pitillo en la mano. Nada era igual. A su alrededor todo se desarrollaba a otra velocidad. El café lo tomaba en breves segundos y aquel acto, antes lleno de contenido, poseía en esas circunstancias tanto sentido como tomarse un vaso de agua. Ya no podía ver pasar la vida desde una silla del bar Colombia. Dijo Blaya que le pareció inútil buscarle una explicación y que no había que darle más vueltas al asunto porque la realidad se imponía, así lo había vivido durante aquellos interminables días. Interminables en conjunto, pero excesivamente rápidos en los mínimos detalles, porque había desaparecido aquella cadencia que un simple cigarrillo era capaz de otorgarle a la vida.

Contó que cuando prendió el primero lo hizo pausadamente, sabiendo que acababa de perder una batalla, pero que la batalla y la guerra ya las había perdido de antemano, y que lo que deseaba era sobrevivir en unas circunstancias que, al cabo, resultaban efímeras. Que al mirar a la calle encontró el ritmo que le era natural; un sorbo de café y de nuevo sentir el humo del tabaco que le penetraba en los pulmones. La tos no había reaparecido todavía. El periódico dormía sobre la mesa, junto a la taza. En unos días aquellos movimientos habrían recuperado la normalidad perdida, pero ahora se sabía inmerso en uno de esos momentos que difícilmente se repetirían. Ya no habría muchos más, tal vez ya no habría ninguno. Una verdadera contradicción, si había que hacerle caso, porque se suponía que debía vivir el tiempo que le quedaba con una intensidad desconocida. Para eso había que estar entrenado y supuso que para cuando consiguiera dominar aquella técnica sólo podría vivir el dolor de su enfermedad. El sinsentido de toda una vida se iba sin que pudiera hacer nada. De nuevo el sentido o el sinsentido de la vida. ¿No era absurdo preguntarse a estas alturas por ello? Absurdo quizá no, pero ridículo sí, señaló. ¿Por qué esa clase de preguntas no aparecían treinta años antes, cuando aún podía tener algún significado preguntarse cualquier cosa? Tal vez la pregunta en sí carecía de sentido, o tal vez fuera que la vida en sí no tuviera ninguno y en ese caso la pregunta sí fuera pertinente y su resultado algo parecido a cero. Se estaba haciendo un lío, confesó, porque al fin y al cabo importaba poco el resultado ya que nada iba a cambiar. Contó que las primeras veces, aquel día, había aspirado el cigarrillo con prudencia previendo que en cualquier momento podía venirle un ataque de tos. Y dijo, con la mirada perdida, pero como si esa misma mirada se hubiese quedado en el paseo de Fabra y Puig, que si no había de creer en un Dios en mayúsculas, y entonces echó el humo y carraspeó discretamente desplazando la mirada hasta la punta del cigarrillo, entonces tal vez fuese lícito acabar creyendo en dioses menores, en algo tan perentorio como el tabaco. El sentido de la vida acababa concentrándosele ahí, argumentó, justo antes de confesar que no recordaba en qué momento se estropeó aquella magia. Sólo recordaba que antes de que el viejo Silva pudiera decirle nada, él mismo le soltó que había aguantado una semana sin fumar y que la vida seguía sin tener sentido, así que ¿para qué?

Luego hubo otros episodios relacionados con el tabaco, sobre todo ataques de tos, que podían aparecer en medio de cualquier situación, ya fuera durante sus paseos o durante las rutinas matinales en el bar Colombia, donde Silva solía servirle el cortado directamente en la mesa, momento en que aprovechaba para encender un cigarrillo. Las rutinas de Blaya nos eran sobradamente conocidas. Era como si yo misma le viera apagar la cerilla con un brusco movimiento de la mano para luego dejarla en el cenicero, justo antes de proseguir con la lectura del periódico. No siempre debía de ser así, por supuesto, pero en general tengo la impresión de que se mantenía fiel a sus hábitos. También respecto a sus cartas, coronel, había construido Blaya sus propias conjeturas, y ahora que usted se encontraba en Europa era de la opinión, siempre siguiendo el flujo de su correspondencia, de que no hacía más que visitar hoteles y estaciones de ferrocarril, aeropuertos y cafeterías... toda clase de lugares públicos que se habían convertido en fetiches y que ahora encontraba tan cambiados. Decía usted que en ocasiones mandaba a Hanna de compras, al cine o adonde ella gustara, como si con ese gesto la indultara de aburrirse a su lado y así pudiera permanecer, sin remordimiento alguno, en los vestíbulos de esas estaciones de trenes, rememorando tiempos pasados. Que entonces no podía menos que alargarse contando detalles irrelevantes desde el punto de vista del servicio. Tal vez lo que quedaba, decía, después de todo, no era otra cosa que la sensación de haber pasado allí una parte de su vida, un recuerdo nostálgico de triunfos o de fracasos, las llamadas telefónicas y los hoteles de paso. Todo eso lo suponía Blaya, haciéndose a la idea de que sus memorias acabarían siendo un cúmulo de impresiones, si bien no recordaba si había puesto por escrito aquella clase de confidencias o es que lo habían hablado poco más tarde en París. Viendo su ejemplo, él también debería haber sabido encontrar un motivo u otro para vivir. No importaba lo que hiciera, pero citándole a usted dijo que en la vida hacían falta proyectos, que de lo contrario todo se acababa a una velocidad vertiginosa. Tal vez era demasiado tarde para comenzar a luchar contra su enfermedad. Era tarde incluso para iniciar según qué actividades, y pasear por las calles y barrios de Barcelona, francamente, no podía considerarse un proyecto. En los últimos tiempos tenía la impresión de que era hora de moverse, pero que él era un hombre sin futuro, que al final de la vida lo que le quedaba era muy distinto de lo que le quedaba a usted, coronel. Quizá podía llamarlo con palabras semejantes, pero nada más. En nada debían

parecerse unas impresiones a las otras.

Entonces Blaya decidió ponerle a usted sobre aviso; hasta tal punto le preocupaba el asunto del Asesino de la Eutanasia. Lo hizo durante una conversación telefónica. Casi la repetición de otra que habían tenido un par de meses antes a cuenta de Eleuterio Fuentes: que Lucena se encontraba bien; seguía en su caravana tocando el Júpiter Lux, leyendo a Julio César y a Curzio Malaparte, hacía planes para pasar la Navidad en algún lugar exótico y se comportaba de aquel modo extraño que usted ya le conocía, preguntando por sí mismo en lugares en los que sabía que no había estado nunca. Aparte de eso, su amigo estaba bien, ironizó el ex policía. Usted le citó en París, y Blaya pensó que aquel viaje era una locura, pero luego también pensó que nadie le esperaba excepto los canarios y su amigo Lucena los jueves; que no tenía otras obligaciones, algo que daba que pensar a esas alturas de la vida, pero que no iba a perder el tiempo con ello, y que siempre le quedaba la señora Carmen, la vecina del 57, para que atendiera a los pájaros. Para Blaya, que le hubiera citado en una estación de trenes de grandes recorridos en la capital del país vecino le había parecido más propio de una película que de su realidad cotidiana, como si de pronto regresara a la vida activa. Si lo pensaba bien estaba dando un paso hacia el otro lado, hacia el lado de aquellos a quienes antes había perseguido, y lo hacía sin pararse a pensar en sus razones. Tal vez fuera la consecuencia de haberse tomado al pie de la letra el dilema de Heinz. Así que de pronto dijo haberse visto asomado a la ventana de una habitación frente a la Gare de l'Est, notando en su rostro el aire fresco y echando un vistazo a los vehículos que circulaban a sus pies. Demasiado ruido y demasiado de todo, había sido su primera impresión. Lo vivió, dijo, como se viven los últimos actos, una especie de experiencia única que en el fondo no era otra cosa que haberse saltado la rutina de años. Disponía de un par de horas antes de encontrarse con usted en la estación, y decidió recorrer las inmediaciones del hotel y ubicarse, conocer de primera mano dónde abastecerse de tabaco en caso de acabar con las existencias de Ducados, de las que decía haber ido bien pertrechado. Esa clase de cosas hizo mientras esperaba, dando un paseo por aquel escenario que le hacía sentir extraño. Ahora, mientras lo contaba, ya no le parecía tan curioso que la mayoría de recuerdos fueran de ratos perdidos en los que aguardaba a que algo sucediera. Tal vez lo que ocurría era que la novedad del viaje le hacía abrir los ojos de

un modo especial. También el tiempo discurría de otro modo. La vida era tiempo y éste se iba, pero no sólo para él, sino para todos, aunque había de reconocer que a cada cual de una manera distinta. Nunca había dispuesto de él en la forma en que ahora lo percibía, aunque creía entender que el problema con el tiempo era de calidad. Cuando finalmente le encontró, coronel, fueron directos al asunto de Lucena que le había llevado hasta allí; un caso sobre el que usted le advirtió que debía reflexionar, sin descartar que tal vez hiciera algunas consultas a la gente de su equipo. Confesó Blaya que ya en aquel primer momento usted había vislumbrado una solución, aunque no desveló ni siquiera sus líneas más superficiales, y señaló que, por el contrario, le había hablado profusamente de los progresos de su Seminario Permanente sobre las organizaciones que no olvidan.

Hanna era mucho más joven de lo que Blaya había imaginado, y también mucho más inteligente y eficaz de lo que podía esperarse de su edad y experiencia. Aunque esa opinión, luego, Blaya la matizaría porque reconoció que desde hacía unos años su visión de las edades había tomado un rumbo equivocado, y cualquier mujer que no hubiese cumplido los cuarenta le parecía excesivamente joven. Hanna hablaba varios idiomas, manejaba su agenda, coronel, y no sólo actuaba como secretaria, sino que era la agente ideal, tal vez la mujer ideal a secas. Contó Blaya que cenaron los tres en un restaurante cercano y que aquella noche usted le habló de las ciudades y países que habían visitado, pero que también le puso al corriente de las lecturas que había emprendido para acometer la redacción de sus memorias; que al final le recomendó algunos libros, de los que destacó las *Memorias de guerra* del general De Gaulle, o las del general barón de Marbot, quien había participado en las campañas de Napoleón, y de los que había tomado nota, entre otros títulos que ahora citaba leyéndolos directamente de su libreta. Algunos incluso le resultaban conocidos, como Churchill o el coronel Thomas Edward Lawrence, que había escrito una obra titulada *Los siete pilares de la sabiduría*, y del que había oído hablar, muy probablemente, porque en su día fue famosa la película sobre su participación en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, las memorias que le habían cautivado a usted eran las de Chateaubriand, sobre más de treinta años de la historia de Francia en un momento crucial y de grandes cambios, y claro que usted, coronel, no

había vivido en una época tan convulsa como la del francés, pero sí en una de grandes crisis y tensiones: la guerra fría del siglo XX. Y que tal vez fuera por eso, argumentó, por lo que había pretendido tomarlo como modelo, si bien iba a dejar de lado las valoraciones políticas y limitarse a relatar los hechos, a lo sumo manteniendo su opinión de experto conferenciante en geopolítica, lo que a su parecer era semejante al razonamiento o la apreciación de un técnico. Esa noche le habló un poco de todo: de la China, donde dijo que se jugaba la partida más importante, y de Próximo Oriente, de Rusia, de socios fiables y socios poco fiables, de desavenencias dentro de la misma Unión Europea. Fue una cena informal en la que no se trató el asunto de Lucena. Más tarde, de regreso al hotel, mientras fumaba uno de aquellos puros que aparecían inmensos en la punta de sus dedos, de nuevo le habló de su Seminario Permanente, pero sobre todo se explayó sobre el acto de fumar, que se estaba convirtiendo en un delito, que a los fumadores se les comenzaba a ver como apestados, y que por aquel motivo y no por otro había disminuido su consumo de cigarrillos diarios. Menos mal que no fumaba cigarrillos, vino a decir, y especificó que abstenerse de fumar hojas de tabaco tratadas artesanalmente debía de ser más llevadero porque no le había costado excesivo esfuerzo conseguirlo. Lo otro, observó Blaya como si usted se hubiera referido a los cigarrillos, era química y la química era mejor abandonarla, así que le recomendó que se pasara a los Cohíba directamente. Según él, no había nada mejor. Blaya, que acababa de pasar por la frustrada experiencia de abandonar el tabaco, no se veía capacitado para ese cambio, ni por gusto ni por el dinero que le costaría, considerando que su caso era distinto porque en el barrio en el que vivía aún no lo veían como un fuera de la ley. De algún modo le parecía que todo el mundo era más comprensivo allí. Ante nosotros, Blaya aprovechó aquel protagonismo del tabaco para encender otro de sus cigarrillos. Era como si hablar de ello originara un movimiento automático de sus dedos hacia la cajetilla y hacia las cerillas. Quizá, nos advirtió, exageraba en sus afirmaciones y se trataba de un comentario gratuito, pero consideraba más factible dejar de comer antes que dejar de fumar. Eran cosas que no podían entenderse si no se era fumador como él, avisó.

Volvieron a verse al día siguiente. Fue un último encuentro que se alargó

con un paseo hasta los pies de su cabina del Talgo. Entonces usted le dijo que lo había arreglado todo con sus hombres. Se refería, por supuesto, al asunto de Lucena y sus muertos de la eutanasia, y añadió, como si existiera un posible pago o contrapartida en ello, que si en algún momento había que echar una mano se lo haría saber. Más tarde, en la litera del Talgo, Blaya había dado rienda suelta a sus pensamientos, tal vez porque no podía dormir, recapitulando sobre las horas que había pasado en su compañía y en la de Hanna. Casi que volvía con la idea de haber cumplido una misión, una sensación difícil de describir, quizá porque hacía tiempo que no había en su quehacer diario ningún propósito que desempeñar. Allí en la litera se le confirmó que tenía pocos planes en esta vida, repasando una y otra vez cada una de las conversaciones, las que venían al caso del viaje y las otras. Dijo Blaya que no consiguió dormir hasta muy entrada la noche, lejos de París y lejos todavía de su destino. Se llevaba la impresión de que usted, coronel, se mantenía en plena forma, y que seguía gozando de un peso específico en el servicio, aunque era de suponer que no perdía el tiempo dedicándolo a intrigas menores. La situación internacional había cambiado en los últimos años, la mundialización de la economía había rebajado el papel de las naciones y de los estados, y usted debía tener un cometido en el análisis de esa estrategia geopolítica. A lo sumo conservaba un estrecho vínculo con los simples mortales cuando escribía o instruía a sus hombres: aquel pequeño reducto que hipotéticamente, creía él, permanecíamos a sus órdenes. Aquella noche, a bordo del tren, Blaya le había imaginado al frente de un núcleo de incondicionales, un grupo de personajes sin rostro comprometidos con su causa, capaces de seguirle en cualquiera que fuera la batalla a la que nos llamara, a quienes dijo habernos englobado bajo el paraguas del Seminario Permanente. Usted, aseguraba él, ocupaba un lugar destacado en el mundo. Al contrario de lo que sucedía con ellos, añadió refiriéndose a Lucena y a sí mismo, verdaderos peones en sus puestos de obedientes mercenarios, de investigadores o de pistoleros a sueldo de quienes ostentaban el verdadero poder. Algo que estaba ocurriendo en el preciso instante en el que nos hablaba, se permitió añadir. Cualquier otra cosa no había existido en su horizonte ni existiría ya. Mejor centrarse en algo que estuviera más a su alcance, eso dijo haber considerado aquella noche, y lo hizo como si fuera la mejor manera de zanjar un pensamiento absurdo. Así que acabó durmiéndose pensando, en la caja de Davidoff que usted le acababa de obsequiar en el

mismísimo andén. Aquél era el tabaco con que le agasajaban los familiares de Hanna, quienes pasaban largas temporadas en Suiza. Una buena alternativa a los sempiternos Ducados. Sonreía Blaya al decir que no era la primera vez que escuchaba tales consejos, y sonreía también antes de encender uno de sus cigarrillos y tomarse un descanso, tras haberse explayado suficientemente, exponiendo con todo lujo de detalles que ésas eran las cosas en las que había estado pensando y las que tal vez ingenuamente había acabado anotando en su libreta la noche de su regreso en el tren.

Los Davidoff a Blaya le duraron poco, cosa de unas semanas. Se los fumó a su manera, uno cada noche después de la cena, así que de ningún modo siguió sus consejos, coronel, de sustituir los Ducados por aquellos puros de primer orden. Como excusa argumentó diversas razones entre las que estaba no sentirse cómodo fumando unos cigarros tan aparentes delante de sus conocidos, ni en el Colombia ni en el bar Roca, ni siquiera en el campo de fútbol del Alzamora y—para terminar con algo que para él resultaba definitivo—añadió que, una vez acabó la caja, su bolsillo tampoco podía permitirse otra.

En su siguiente carta usted le sugería que se buscara alguna clase de trabajo, aunque fuera no remunerado, cualquier cosa que le entretuviera, porque no se podía vivir sin un objetivo en la vida, algo que el propio Blaya decía haberse reprochado en ciertas ocasiones. Tal vez se tratara de un consejo real, pero él lo tomó como una argucia para salvaguardar el verdadero motivo de su escrito: darle pie a que se entrevistara con uno de sus hombres. «No te importará que le haya facilitado tu teléfono y dirección a un amigo del Seminario Permanente», le decía usted. El supuesto amigo era experto en la transferencia de conocimientos de los más veteranos a los más jóvenes, y el supuesto papel de Blaya estribaba en transferirle la experiencia que había ido acumulando a lo largo de los años.

Así como Blaya procuraba no faltar al entierro de ningún vecino o conocido, y decía hacerlo de un modo reflexivo, al parecer había iniciado su vocación de coleccionista de esquelas mortuorias, sin saber muy bien por qué, un buen día leyendo el periódico. De este modo había comenzado a interesarse por los muertos, por si encontraba allí a algún viejo compañero de

su generación, de aquellos a quienes por edad les correspondía luchar en primera línea del frente. Un día había registrado un texto que le pareció distinto de los demás y luego otro y así continuó con sus anotaciones en aquella libreta que le acompañaba a todas partes. Por aquel entonces la libreta no poseía ningún significado particular, ni tenía otra función en su bolsillo que escoltarle, tal como otras libretas le habían escoltado en su vida anterior de policía, y es posible que acabara anotando los textos de las esquelas para leerlos más adelante, un instante antes de redactarse la propia. Había esquelas religiosas y las había que no lo eran, había ruegos, amor y protocolos; había textos largos y cortos, se rogaba por el eterno descanso del difunto y se pedía a los conocidos que les acompañaran en aquellos tristes momentos. Incluso había auténticos panegíricos que a Blaya le costaba aceptar como sinceros. El, sin embargo, no dudaba en ir anotando las esquelas que llamaban su atención, ya fuera porque las consideraba distintas o porque creyera haber descubierto en ellas una auténtica joya, aunque sonreía cuando decía joya y me advertía que en ocasiones había que entrecomillar dicha palabra. Como vivía solo y no disponía de familiares a mano que pudieran redactar una para él, en los últimos años había escrito algunas que podían serle de utilidad, pensando que llegado el momento sólo una de ellas destacaría por encima de las demás, digamos que la definitiva, aquella que le enajenara. Luego nos confirmaría que a esos redactados propios les faltaba brillo, incluso personalidad, porque se quedaban a medias en su objetivo y eran demasiado grises, quizá lo único en que se asemejaban a su propia vida. En eso estaba cuando conoció a los agentes McGregor y Braudel una mañana en el bar Colombia, leyendo esquelas del periódico. Después de París y de su carta, coronel, Blaya esperaba una llamada telefónica que desencadenara un encuentro con su agente del seminario, por eso le sorprendió que se presentaran—no uno, sino dos—directamente en el bar Colombia. El resumen de la conversación que mantuvieron era que ellos iban a encargarse de todo, y Blaya habría interpretado aquel «ellos» como una manera de referirse a su gente, coronel, a todas luces dependiente del servicio secreto, aunque se quedó con la duda de si, cuando aludía a ese «ellos», se refería a sus hombres o si por el contrario se trataba de una fracción extraoficial formada por aquellos dos individuos. Como ninguno de los dos soltó prenda de cómo pensaban intervenir en el asunto, Blaya se dijo que no era algo que le incumbiera, que ya estaba viejo para ponerse a reflexionar sobre un caso de

aquella complejidad. Luego, al comentar su primer encuentro con mi padre y con McGregor mientras esperábamos frente a la guarida de los novios rusos, incluso admitiendo desconocer qué clase de individuos eran, Blaya consideró haberles juzgado de un modo poco complaciente porque había pensado entonces que ambos se comportaban como dioses que poseían la prerrogativa de decidir el futuro de muchos otros hombres. Tal vez era apariencia, estaba dispuesto a reconsiderar, pero añadió que la apariencia solía mostrar gran parte del interior de las personas. Eso sí lo sabía Blaya, porque la experiencia así se lo había enseñado, aunque más tarde reconoció que tal vez aquella imagen que transmitían estaría influida—si bien no eran tan jóvenes ya—por su pertenencia a la generación que les había echado a ellos, a los viejos policías de toda la vida, de sus puestos de trabajo. Fue al comentar la dificultad de dar con una esquila que le representara, cuando el agente McGregor opinó que le parecía más fácil dar con un texto para un epitafio que para una esquila. Este, y no otro, debió de ser el motivo que le hizo buscar una frase que rematara su lápida. En definitiva, un epitafio que él creyera acorde con su modo de ser.

Por aquella época Lucena seguía anclado en la Navidad. En su proyecto el destino cambiaba de un jueves a otro, o de hora en hora, y eso mismo fue lo que le hizo pensar a Blaya que lo importante no era dónde sucediera, sino lo que había de suceder. Había que buscar a un par de chicas y pasar la Navidad con ellas, así de sencillo era el plan de Lucena. Tampoco había que ceñirse necesariamente al día de Navidad, por supuesto, sino que podían ampliar el margen por delante y por detrás. Salimos de viaje unos días antes y regresamos después de fin de año, habría propuesto Lucena, a quien no le importaba alargarse incluso hasta Reyes. Como si antes y después de aquellas fechas ellos tuvieran algo que hacer. Blaya opinaba que no aguantarían tanto tiempo, que una cosa era pasar la Navidad y luego un fin de año con unas desconocidas, y otra convivir con ellas. Para Lucena, eso dependía no sólo de las chicas sino del destino elegido. ¿Qué preferencias tenía? ¿Playa, sol, Caribe, frío, ciudad, naturaleza? A Blaya le costaba tomar una decisión porque no conseguía imaginarse en ningún lugar. El pasaría la Navidad en el bar Colombia, pero claro, eso no tenía ningún atractivo especial y menos para Lucena. Igual en una agencia de viajes podían aconsejarles mejor, aunque

para ello había que tener una idea precisa de lo que se quería, argumentaba Lucena, quien adornaba su opinión con multitud de ejemplos. Pasamos la Navidad en Berlín y nos buscamos un par de buenas chicas que nos arropen del frío y que nos hagan sentir la hospitalidad alemana; o bien viajamos al Caribe. Dicen que allí está el paraíso. ¿Has viajado alguna vez al Caribe? ¿A Cuba? En Cuba las mujeres son extraordinarias. Blaya no había cruzado el Atlántico ni en sueños. Sin duda sería más económico que las chicas fueran autóctonas porque se ahorran el viaje de ellas y las tarifas locales habían de ser más asequibles, sin contar, por supuesto, con que las caribeñas eran más cariñosas. *Caribeeeeña cariñoososa, caribeeeeña saleroososa*, cantaba Lucena. Blaya no conseguía decidirse. Encendió un cigarrillo y se disculpó, a modo de paréntesis, diciendo que no quería ofenderme si hablaba en aquellos términos de las mujeres, putas al fin y al cabo, pero que lo exponía así en aras de la verosimilitud. Dije que cosas peores había visto y oído a pesar de mi edad, y él continuó aspirando el humo del cigarrillo mientras rebuscaba en sus adentros. Aquella propuesta de Lucena quedaba lejos de su manera de ser. A él solo nunca se le habría ocurrido nada semejante. En realidad, advirtió, no concebía ilusionarse con aquel proyecto por muchos motivos, entre ellos, sentirse ridículo, aseguró. No era capaz de imaginarse con una camisa floreada y pantalón corto. Era como si llegado al final de su vida, le propusieran perder la dignidad a cambio de nada. ¿Reflejaría su epitafio esa otra realidad del calzón corto y la piel quemada por una inoportuna exposición al sol? Por el contrario, nada de lo que dijera podía servirle a Lucena, que había seguido insistiendo una y otra vez. ¿De qué no estaba seguro? Con aquellos ánimos no se podía ir a ningún lugar en la vida. Había que ponerle ilusión. ¿Qué iba a hacer si no? ¿Pasar la Navidad solo? ¿Iban a ir ellos dos, sin más compañía, a un restaurante y luego a dormir la mona? Nos morimos de la mierda que acumulamos y no de viejos, contó Blaya que le había argumentado el otro, que creía que su actitud no era precisamente la mejor. ¿Iba a pasarse el día de Navidad cuidando a sus pajaritos? Tal vez fue por un comentario como aquél que Blaya cayó en la cuenta de que no pasaba nada si cambiaba de rutina, ahora que todo se acababa, y acompañaba a su amigo en alguna de sus hazañas. Luego Lucena se presentaría con un par de catálogos de cruceros, algo que a él le erizaba las vellosidades del cuerpo, porque estaba seguro de que el viaje acabaría en un fiasco de proporciones colosales y en consecuencia se encontraría atrapado dentro de uno de

aquellos monstruos del mar sin poder abandonarlo. De modo que le dijo a Lucena que él no estaba hecho para pasar ni siquiera una noche en un crucero, y añadió que sabía de lo que hablaba porque lo había leído, no sólo en el catálogo de la agencia de viajes, sino también en el periódico y en los anuncios que allí se insertaban. Él se avenía a algo distinto, claro, y por eso dejó de protestar, aunque admitió haber perseverado en un papel que él mismo describía como de escéptico moderado.

Y entonces entraron en escena las chicas rusas. Aunque Lucena llevaba un buen puñado de semanas acudiendo a los toros, probablemente desde el inicio de la temporada allá por el mes de abril, la del domingo 10 de junio fue la primera tarde en la que se habían dado cita para ir a la Monumental. Blaya fue a encontrarle en la terraza de una cafetería cercana, y allí, sin apenas saludarle, Lucena le espetó una frase que ya había utilizado en ocasiones anteriores, si bien hasta ahora no había adquirido su verdadero sentido. Se acuerdan de mí, dijo en cuanto le vio, y contó Blaya que habría sonreído mitad por la sorpresa mitad por educación, aunque por dentro se estaba preguntando qué hacían allí aquellas dos muchachas, las mismas que vivían en la casa de aquella mujer que había sido amante de Eleuterio Fuentes. Lucena preguntó si las recordaba. Y cómo no iba a recordarlas si habían estado con ellas en el entierro del policía. Dicen que soy atractivo, habría remarcado, convencido de sus propias palabras. Igual que Blaya, las chicas acababan de llegar y no habían tenido tiempo para nada más, ni siquiera sabían que iban a asistir a un espectáculo taurino. Por supuesto que tampoco habían pisado una plaza de toros en su vida. Una de ellas parecía entender a medias. ¿Toros? Sí, toros, imitaba Blaya a Lucena, quien había echado mano del bolsillo y mostrado los cuatro boletos a la chica. Luego ésta le tradujo a la otra lo que decía, o no le tradujo y a él le pareció que sí, y le explicó lo que ella creía que pasaba. Era temprano y Lucena se empeñó en que tomaran una copa antes de la corrida. La Monumental quedaba a unos pocos pasos, así que podían apurar el tiempo. Blaya quiso saber cómo había contactado Lucena con las chicas, si había estado husmeando por los alrededores de la casa de aquella mujer, como comenzaba a intuir que había hecho, haciéndose el encontradizo, o bien—porque le creía capaz de todo—yendo directamente a su encuentro. Preguntando por ahí, parece que le respondió. Ya ves, todavía me recordaban. Lucena se dirigía a ellas directamente en ruso y de vez en

cuando le traducía pedazos de conversación. Nada fiable, dijo Blaya que pensó entonces. Las había elegido, quiso justificarse Lucena, por su semejanza con aquellas actrices—Katie Morgan y Ashlynn Brooke—a las que Blaya no había podido ponerles un rostro, y de las que nada sabía excepto la fama de artistas del arte de la pornografía que Lucena les atribuía. Seguro que tú no debes acordarte, siguió imitándole Blaya ante nosotros, pero es aquella chica a la que escribo correos electrónicos. Por supuesto que lo dijo refiriéndose a la verdadera Katie Morgan y no a la que estaba sentada con ellos. ¡Y sí!, afirmó Lucena, por si aún pudiera quedarle alguna sombra de duda, las dos eran putas que se habían independizado de sus padrinos rusos, para no llamarles de otro modo, y ejercían por cuenta propia. Lucena es así. Lo tomas o lo dejas, llegó a puntualizar Blaya. No era para menos. Según él había que confraternizar con tiempo suficiente. No iban a arriesgar las Navidades pasándolas con unas desconocidas. Blaya hubiese esperado a noviembre para eso, o directamente hubiera probado suerte dos días antes. Pero con Lucena nunca se sabía cómo irían las cosas, añadió, y había que vivir expuesto constantemente a las sorpresas. Blaya les habría preguntado de qué ciudad eran originarias, pero ninguna respondió, como si no entendieran o no supieran dónde habían nacido, y él se distrajo y no volvió a insistir. Refiriéndose a la corrida, Lucena explicó que la buena era la de la semana siguiente, pero que en la reventa pedían ochocientos euros por un par de entradas. Blaya encendió un cigarrillo, sopló el humo hacia el techo y comentó, como si hablara para sí mismo, que la gente hacía esta clase de barbaridades desde tiempos remotos. Que él desconocía el mundo del toreo, pero en el fútbol ocurría algo parecido, y no era difícil de entender que a las chicas aquellas les importara lo mismo ver torear a Eduardo Gallo que a José Tomás, tal como al parecer había razonado Lucena. Ochocientos euros eran una suma considerable y la muchacha rusa que chapurreaba algo de español preguntó si aquel precio era el de las entradas que acababa de mostrarle Lucena, y también si se trataba de algo legal. Consentido, fue el término que utilizó el ex espía. Te venden un bolígrafo por un precio desorbitado y te regalan dos entradas con él, nos informó Blaya, aunque estaba seguro de que la chica no había entendido nada. A todo esto, Lucena inició una tanda de preguntas. ¿Sabes tú quién es el Juli? ¿Y Linito? ¿Has visto torear alguna vez? Eso decía mientras las chicas ponían unos ojos como platos, y él puesto en pie se echaba hacia atrás buscando espacio para imitar una media

verónica. La que hablaba un poco de español se había animado con expresiones que habían trascendido nuestras fronteras. ¡Toro! ¡Toro!, y ¡Olé! A Blaya todo aquello le parecía una exaltación del esperpento. Las chicas se reían. ¿Sabían quién era el mejor torero de todos los tiempos? Eso les soltó Lucena de pronto, sin que ellas entendieran, aunque luego matizó la pregunta añadiendo un «Ojo, según mi opinión, claro», que ninguna de las dos podía interpretar correctamente, y para hacerlo más teatral aún esperó un instante antes de anunciarlo, como si de fondo escuchara el redoblar de los tambores. Entonces pronunció el nombre de Belmonte, y lo dijo cuando nadie excepto Blaya lo esperaba, ni siquiera el camarero que los observaba y escuchaba un par de metros más allá, en la puerta del bar, porque su opinión, que en tarde de toros había de ser expuesta a los cuatro vientos, era que el mejor torero de todos los tiempos había sido Belmonte. Cuéntales quién fue Belmonte, dijo Blaya que le pidió, dándole la vez con un gesto de la mano, y fue en ese momento cuando él, ya cansado, le instó a que lo dejara, le dijo que no valía la pena seguir con aquella pantomima por más que las chicas aguardaran a un lado boquiabiertas. ¡Cómo voy a dejarlo!, las invito a los toros y hay que comportarse como los toros se merecen, parodió Blaya de nuevo a su amigo. Al parecer había que ponerlas al día de lo que era una corrida y de lo que el toreo significaba para los verdaderos aficionados.

Contó Blaya sin ningún reparo que cuando vio aquella pastilla azul en la palma de su mano pensó que servía para eso, para superar los muchos años que llevaba sin acostarse con una mujer, y que el amigo Lucena se había mostrado previsor hasta en esa clase de menesteres. De modo que dijo que la guardó en un bolsillo y que se encaminó hacia la habitación. Prefirió subir a pie, y al parecer así se lo comentó a la muchacha rusa, la que no hablaba ni una palabra de español. No debió de ser una pregunta, pero tampoco una orden, expuso. ¿Cómo iba a explicarle que le convenía subir escaleras aunque le dolieran las piernas hasta reventar? ¿Cómo iba a explicarle que le dolían porque había permanecido demasiadas horas sentado? Ella fue detrás, sin entender nada y sin decir nada, pero con unos ojos que se desplazaban de un lado a otro como si quisieran interpretar sus palabras o las de Lucena, que subía también junto a la muchacha que se parecía a la renombrada Katie Morgan, la que medio traducía a la otra, y que, según Blaya, explicaba partes

de la conversación a las que su compañera asentía, aunque no estaba seguro de si traducía sus palabras o aprovechaba para hacer sus propios comentarios. A Blaya la mudita, como la había bautizado su amigo a mitad de la corrida de toros, le cayó simpática desde el primer momento. Así que después de cenar había dado por sentado que la doble de la famosa Katie Morgan era la preferida de Lucena y que en ningún caso tendrían que jugárselas a los chinos, ni sortearlas, ni nada parecido. Asumió entonces que había sido un día excesivamente cargado de novedades, las chicas principalmente, y luego estaban los toros y la duda de que a ellas les hubiese gustado aquel espectáculo. Habían visto a tres matadores de los que él tan sólo había oído nombrar a Eduardo Gallo, si bien Lucena conocía a los tres, motivo por el que Blaya se reafirmó en la idea de que su amigo era aficionado de no perderse una sola corrida, y que sabía de lo que hablaba cuando les contaba a ellas lo que sucedía en el ruedo. También fue allí, en los toros, donde le escuchó por primera vez asociar aquel reloj, para él excesivamente ostentoso, y del que tenía serias dudas que fuera un Rolex verdadero, con el actor Steve McQueen, quien, si había que creer a Lucena, había poseído uno idéntico. Eso quiso recordarnos, porque allí había comprendido que Lucena sabía elegir el momento idóneo para llevar a cabo sus representaciones, y que la plaza de toros era uno de esos lugares adecuados para hacer ostentación de un reloj o de cualquier cosa que uno apreciara. Ya en el rellano, dijo haberse adelantado y haber echado un vistazo al baño y a la habitación, mientras ella aguardaba un poco más allá de la entrada, casi sin atreverse a franquearla. Blaya contó que vio a la chica parada allí en medio y que fue a buscarla, y que aunque no tenía cara de asustada comenzó a hablarle: que qué le parecía la decoración y cosas por el estilo, mientras le mostraba la habitación y ella lo miraba sin comprender. Qué importaba, quiso aclararnos, si entendía algo o no. Recordó haberse acercado a la ventana y descorrido la cortina. Enfrente, escorada hacia la derecha, apareció la catedral, como una sombra emergente de la noche cuyas costuras permanecían iluminadas. Abajo, la gente atravesaba la plaza con calma, probablemente por ser domingo y por la hora, dijo que pensó. Junto a la vía Laietana entraban los vehículos, uno tras otro, al parking subterráneo. Le pidió a la muchacha que se acercara y le mostró el paisaje. Para ser puta, a Blaya le pareció que aquella chica era excesivamente tímida. Bueno, al menos eso es lo que dedujo a primera vista. No creía que fuera su presencia de hombre viejo lo que le impusiera a la muchacha. ¿De

dónde salían las chicas así? Era una pregunta idiota porque un policía como él debería tener esa clase de respuestas incrustadas en la raíz de su experiencia. Lo curioso es que no parecía atemorizada, sino tímida. En fin, era algo que tampoco importaba demasiado, y que casi prefería que fuera así. La suya era una mirada limpia, sincera, que le obligó a desviar los ojos hacia la calle o hacia no sabía dónde porque ahora no estaba en condiciones de recordarlo. Su aspecto era de ciudad. La cogió de las manos y echó un vistazo a sus palmas, como quien mira la dentadura de un caballo o de un esclavo, eso aseguraba haber pensado en aquellos instantes, aunque cuando quiso ponerle remedio ya no había marcha atrás, y finalmente se congratuló de que a ella no pareciera importarle lo más mínimo. Sus manos eran finas. Ella había gesticulado como si tecleara una máquina de escribir y él intentó hacerle comprender que con aquella mímica habían dado un paso de gigante. Esto que ves es la catedral de Barcelona, le explicó, y estar en este hotel es una especie de despilfarro que sólo se le puede ocurrir a alguien como Lucena. A todo esto la muchacha permanecía a su lado mirando hacia la plaza, callada. De pronto habría notado que ella le cogía de la mano. Aquella muchacha tenía algo que le hacía sentir bien. Había pensado que estaría nervioso, que tal vez ella adoptaría un papel excesivamente previsible para la ocasión, pero no había nada en su comportamiento que le incomodara. ¿Había probado aprender español? Debería aprender idiomas, insistió él. Ella apretó su mano y a él le pareció que le decía no entiendo nada pero sigue, como si su voz le gustara, como si su tono, tal vez la música que se desprendía de sus palabras, le hiciera compañía. Luego confesó haberle pedido perdón por las tonterías que decía, que era porque le tenía miedo o esperaba a que la pastilla hiciera su efecto, o simplemente por decir algo, qué más daba. Que aquel día hizo cosas extraordinarias como besarle el dorso de la mano que se había pegado a la suya. Hacía años que no estaba con una mujer. Pudo haberse sonrojado Blaya al confesarse ante nosotros, pero no lo hizo, y pareció que llevara la mirada al edificio de la catedral y que siguiera contándole a la chica que ya no recordaba cuándo sucedió eso, ni siquiera quién fue ella, que su mujer le dejó cuando murió su hijo, tal vez lo único que los unía, así que para qué iban a seguir juntos. Y ella, aquella desconocida, había hecho como si entendiera el significado de cada una de sus palabras. ¿Conocía el barrio del Pueblo Seco? Vivían allí. Su mujer ya no vivía allí. Lo sabía porque no hacía mucho que se había atrevido a comprobarlo. Dijo haber

susurrado que en algunas ocasiones, antes de saber que se había mudado de dirección, pasaba frente a su domicilio y miraba hacia el balcón con la esperanza de verla. Suponía Blaya cuando lo contaba que tal vez habrían tenido alguna dificultad para reconocerse. Dijo que de pronto se vio como veía a Lucena cuando interrogaba a la gente por la calle y les preguntaba si conocían a alguien llamado Lucena que era idéntico a él mismo. No lo hacía exactamente como su amigo, porque ni queriendo habría conseguido poner el arte que anidaba en el otro. En algún momento se habría soltado de la mano de la muchacha y habría ido a sentarse a un sillón cerca de la cama. Allí habría proseguido con su batería de preguntas, si había dejado a alguien en su tierra o bien si tenía marido, por ejemplo, y dijo que ella sonreía y que fue a sentarse al borde de la cama. No, no debía de tener marido, era demasiado joven para eso. ¿Y chulo? ¿Tenía algún macarrilla por ahí? Fuera de su papel, se habría excusado torpemente antes de regresar a su mujer. Tal vez ocurría que él no estaba hecho para formar una familia y que Margarita lo sabía y que siempre había tenido la esperanza de que al menos ella hubiese logrado rehacer su vida. A veces ocurría que le costaba mirarle directamente a los ojos a la chica y que permanecía en silencio durante un par de minutos. ¿Tú crees que puede rehacerse una vida? Quiero decir, después de que haya muerto tu único hijo. Eso preguntó de pronto mirándome sin que yo supiera si reproducía una pregunta formulada ese día a la muchacha rusa o me preguntaba a mí. Tal fue el relato que hizo Blaya de su primer encuentro sexual con aquella chica a la que llamaban mudita y que, si había que creer a Lucena, también era la viva imagen de una pornstar; en este caso una llamada Ashlynn Brooke. De todos modos quiso poner de relieve que al despertar no había sentido ninguno de los efectos secundarios de los que estaba advertido a causa de la pastillita azul, que tampoco había tosido en toda la noche, que aquella muchacha era como un bálsamo que le hubiese procurado la providencia.

Blaya comenzó a tranquilizarse respecto a la seguridad de su amigo después de comprobar que el Asesino de la Eutanasia seguía actuando en momentos en los que ambos estaban juntos. Entonces pensó en felicitarle, coronel, por aquella efectividad cuyas consecuencias llevarían al desmantelamiento del cerco a Lucena, o cuando menos—quiso aclarar—le

alejara del punto de mira de los investigadores. Sin duda, esa había sido su percepción, confesó. Y tal vez fuera por ello que encajó con tranquilidad la llamada de un joven policía que pretendía charlar con él sobre aquel asunto de las muertes de la eutanasia. No iba a dejar de reconocer, admitió, que en un primer instante le sorprendió, pero luego pensó que aquel joven policía se había demorado incluso demasiado en llamarle, ya que no era ningún secreto que él andaba todos los jueves con quien debía de ser uno de los principales sospechosos, y de ahí a comprobar sus pesquisas en la biblioteca no había más que un paso. Al otro lado de la línea el joven confesó estar al corriente de sus búsquedas en Internet. Sí, claro, sobre el asunto del Asesino de la Eutanasia. Que quería hablarle y todo eso. Así que Blaya dijo que le encontraría entre las nueve y media y las once de la mañana en el bar Colombia; que si no estaba allí sería porque habría causado baja aquella misma noche, y que tenía permiso para ir a buscarle a su casa, acompañado por los empleados de las pompas fúnebres, por supuesto. Al día siguiente, cuando Blaya atravesó la puerta del bar, el joven policía ya había tomado posesión de la mesa, la misma en la que él solía sentarse, y en la que Silva le habría sugerido que le esperara. Hablaron sobre aquellos muertos, y él le aseguró que lo suyo era simple curiosidad de viejo policía jubilado y que por nada del mundo pensaba inmiscuirse en su trabajo, como ya habría comprobado, porque seguía el caso a través de los periódicos y de cualquier noticia que pudiera aparecer en la Red. Bueno, tal vez también había un poco de morbo porque él mismo se encontraba en una edad difícil que podía convertirle en objetivo de aquel asesino. Ya puestos, dijo haber aprovechado para que le contara cómo actuaba el homicida; qué método utilizaba para llegar hasta el lecho del enfermo, para reconocer si era terminal; si creía que había habido un contacto previo entre él y las familias, y, algo de lo que no hablaban los periódicos, cómo los mataba, si los asfixiaba o si utilizaba otro procedimiento, si era doloroso o no. ¿Por qué hablaban de él en masculino? Cierto. Algo les hacía pensar que se hallaban ante un hombre. No obtuvo Blaya mayores explicaciones. Contó también que el joven había acudido con una excusa poco creíble, pidiéndole consejo, justo por ese doble componente de ex policía interesado en el caso y el de la edad; porque tal vez podía proporcionarle una visión alternativa del asunto. Así que anotó su teléfono y le acompañó hasta la puerta del Colombia, no sin antes prometerle que le llamaría si se le ocurría alguna idea. Entonces, cuando el joven ya se iba,

Blaya le habría preguntado si estaba al corriente de los dilemas IV y IVB que había planteado años atrás un tal Kohlberg, directamente relacionados, le advirtió, con el sufrimiento de una mujer cuyas posibilidades de sobrevivir eran nulas y que le pedía al doctor que pusiera fin a su vida. El joven policía desconocía aquellos dilemas. Ni había oído hablar de Kohlberg ni de Heinz, aunque sí tomó nota de sus nombres. El doctor accedía, continuó Blaya, pero su intervención era descubierta por otro médico que se preguntaba si debía denunciar a su colega. Tenía que ser jueves porque recordaba que tras la entrevista había acudido a su encuentro semanal con Lucena. Le había salido del alma aquella insinuación sobre Kohlberg. ¿Qué pretendía en realidad? ¿Influir en el muchacho? Como profesional, su opinión habría sido otra, aunque ahora tenía la excusa de no estar en activo. ¿Se creía un ciudadano con opciones de influir en la visión que un joven policía tenía de su oficio? Años atrás había resuelto el dilema porque había llegado a la conclusión de que no le concernía en lo profesional. Un policía detenía a alguien si éste no cumplía con la ley. No había nada que añadirle a eso. Quienes tenían que juzgar los actos moralmente aceptables o deplorables eran los jueces y no los policías. De todos modos nada de eso le dijo a Lucena. No quería enredarse con éste a cuenta de dilemas morales que muy probablemente no le harían perder ni un solo minuto de sueño. Y es que Lucena no tenía dilemas que plantearse, añadió como coletilla. ¿Sabes de dónde vengo?, contó haberle soltado al verle, de entrevistarme con un joven policía a cuenta del caso del Asesino de la Eutanasia. Y vino a decirnos que no quiso ahorrarle el modo como decían haberle localizado, más que nada porque el otro era muy amigo de Internet. Que qué le parecía. Y le contó lo que habían estado hablando, y dijo que a Lucena no le hizo ninguna gracia, porque su único comentario fue un reproche por no haberle puesto al corriente de su interés por el asunto aquel. Bueno, se justificó ante nosotros, en sus encuentros de los jueves tampoco se lo explicaban todo, ni estaban obligados a ello. En fin, el caso es que por la cara que puso podía estar seguro de que a su amigo no le había hecho ninguna gracia.

Dijo también que seguía soñando escenas del pasado que se le habían quedado enquistadas en algún lugar del cerebro. Como tantos otros sueños, también éstos los había anotado en su libreta, sobre todo los que tenían

alguna relación con su hijo Alfonso, porque pensaba que ponerlos por escrito, si no le servía para entender qué había ocurrido, tal vez le permitiría digerirlo. Uno de los sueños a los que Blaya le daba vueltas estaba relacionado con el terrible accidente que había de cambiarles la vida a él y a su mujer. En él, el muchacho estudiaba acodado sobre una pequeña mesa, distraído por el zumbido de una mosca que le impedía concentrarse. Era el día anterior al de su muerte y aunque Blaya lo sabía no podía hacer nada para remediarlo. Deseaba hablarle pero las palabras se le atascaban. Recordaba haber realizado un esfuerzo enorme, y que la impotencia le había despertado en más de una ocasión, aunque luego se dormía y recuperaba la pesadilla donde la había dejado. Entonces lo que menos importaba era que su hijo se concentrara en el estudio, porque lo verdaderamente importante era lo que iba a suceder y sus frustrados intentos de avisarle. Segunda ley de Newton, aseguró haberle escuchado, como si tuviera poder para leer los pensamientos del chico, y cuando lo contó no sabía muy bien qué ley era ésa, por más que de joven hubiese tenido que estudiarla mil veces, por más que creyera que estaba directamente relacionada con la masa de un cuerpo, con la fuerza y con la aceleración; algo así como la premonición de un desastre del que ya conocía el prematuro final. Estoy aquí, decía, llamándole desde fuera del sueño, sin que Alfonso pudiera verlo ni escucharlo. Blaya miraba a su hijo y luego a su alrededor, por todos los rincones, como si quisiera aprendérselos de memoria. El problema tenía que ver con la velocidad de dos vehículos, A y B, que se desplazaban en sentido contrario el uno del otro. ¿Qué fuerza de frenado ha de actuar sobre un automóvil cuya masa es de mil doscientos kilos para detenerlo en treinta metros cuando viaja a setenta y dos kilómetros por hora? Era una pregunta—y habría que preguntarse cómo el cerebro era capaz de hacer eso, comentaba Blaya—que había extraído directamente del atestado. Luego había tomado nota en aquella libreta en donde solía guardar las esquelas, incluso le había dedicado una, claramente relacionada con el sueño. No era más que una interpretación, pero venía a decir algo así como que el día antes de morir su hijo Alfonso tenía el mundo a sus pies. Contó Blaya haberle visto, ajeno a que fueran sus últimas horas de vida, pensando en conceptos como el de la velocidad, con los codos apoyados sobre la mesa, y dijo que él lloraba extrañado de acceder a sus pensamientos, extrañado de comprobar que aquel problema no era más que una versión de algo de lo que no conseguía desprenderse ni siquiera en sueños.

Blaya hubiese sido incapaz de promover una cita con la muchacha rusa, pero no le hizo falta plantárselo porque fue Lucena quien a sus espaldas se encargó de ello. No sería el jueves siguiente, eso lo recordaba bien, pero sí al otro. No se le escapaba nada a Lucena, que se la envolvió en papel de seda y le puso un lacito a la noticia. Protestó Blaya porque su economía iba a resentirse si repetían demasiadas veces con ellas, aunque vino a confesar que ni él mismo creía en sus palabras. No iba a decirle ahora que no le había gustado la mudita aquella, dijo que le reprendió Lucena. Era buena chica la mudita, aseguró, y contó que de todos modos quiso abogar por la racionalización del gasto, y que si precisaban de una prueba—la de que podían aguantar un par de días junto a ellas—ya la tenían. No hacía falta pagarles un servicio todos los meses ni todas las semanas, porque, según él, llamándolas con tiempo para comprometerlas para la Navidad había suficiente. Más tarde Blaya llegaría a pensar que lo peor que podía sucederle era acostumbrarse al cuerpo de la mudita, a su calor nocturno; aunque entonces ya había calculado que podía vivir así el año que le quedara de vida, sin restricciones de ninguna clase. Al contrario de Lucena, opinaba que las chicas eran demasiado jóvenes, no para acostarse con ellas, sino para pasear junto a ellas. Para Lucena era justo lo que necesitaban: mujeres que les rejuvenecieran, que les hicieran sentir que aún estaban vivos. Si no tenía dinero, él mismo estaba dispuesto a pagar su parte, incluso se sentía capaz de conjeturar que a Blaya le convenía aquella muchacha. Tú no sabes la cara de felicidad que se te puso al día siguiente, le había dicho. Según su amigo daba la impresión de que acababa de despertarse al lado de la verdadera Ashlynn Brooke. Por lo general no era así, y menos mal que tenía cierto color en la cara cuyo origen, sin duda, provenía de esos paseos que daba por la ciudad, porque de lo contrario de ningún modo podría haberse sabido si estaba vivo o muerto. Se habían reído los dos porque Lucena tenía estas cosas, que te decía que parecías un muerto y no podías enfadarte sino reírte con él. Con el tiempo, Blaya habría llegado a calcular las veces que se había acostado con la muchacha rusa. Nunca antes se había permitido nada parecido, y ahora que sabía que le gustaba aquella cama y aquella chica, levantarse tarde en su compañía y desayunar con ella y su compañera y con Lucena, y luego, cuando todos se habían ido, leer el periódico en la cafetería del hotel tomando un segundo café, resultaba que después de haber aprendido a valorar aquellas

pequeñas cosas tenía miedo de echarlas en falta, de que se convirtieran en una droga, de hacer el ridículo más espantoso sufriendo por una chica, casi una niña, que podía ser su nieta. Verdaderamente era lo peor que podía sucederle a su edad, habría considerado. Aquel día o cualquier otro día—poco importaba ese detalle—le habría preguntado a Lucena si era tan necesario buscar un lugar lejano para pasar la Navidad. Después de la primera noche del Hotel Colón había descubierto que cualquier lugar podía cumplir aquella fantasía de Lucena, porque se trataba de algo mental y ni siquiera era lo más importante. El destino había pasado a ser un simple complemento, no cabía ninguna duda de que lo primordial del viaje eran las chicas, y esa materia prima ya la tenían. Así que para qué viajar buscando el paraíso si lo tenían a la vuelta de la esquina, en una habitación de hotel. Sin embargo, para Lucena, el paraíso debería atesorar una buena dosis de palmeras y de playa. De no ser así, es que se trataba de otra cosa, pero nunca de un paraíso; algo que más tarde cambiaría. No es que la ciudad no pudiera ser un destino suficientemente bueno, pero para Lucena no lo era. De aquel segundo día sí recordaba que tosió, y que lo hizo repetidamente, así que se esforzó por hacerle comprender a la chica que su tos no era contagiosa, que no padecía ninguna enfermedad de la que ella tuviera que protegerse, que en realidad era peor que eso, pero que a ella no iba a afectarle en nada. Lo cierto, a la postre, fue que la muchacha no demostró temer en ningún momento por su salud, tal vez porque a ella no le importaba morir, ni tenerle asco a un viejo como él, que a peores suertes debía de haber estado expuesta, y después de todo, sugirió Blaya, tal vez él la tratara con un cariño con el que pocos, quizá nadie, la había tratado hasta entonces.

No hizo falta que le preguntara a la doctora sobre la conveniencia o no de exponerse al sol, porque intuyó que llegado el verano los largos paseos a los que se sometía no podían ser beneficiosos para una salud ya de por sí precaria. Pensaba que no era bueno pasear fuera de las primeras o últimas horas de la jornada, así que también modificó algunos de sus hábitos. Durante aquellos meses se levantaba temprano, antes de que el sol asomara por encima de los edificios de la avenida Meridiana, y daba dos o tres vueltas al perímetro de Can Dragó que luego todavía prolongaba por entre las calles del barrio hasta detenerse en el Colombia. Allí, junto al ritual del cortado y los

cigarrillos, leía las noticias, y de regreso en casa se dedicaba a atender a los canarios: cambiarles el agua y la comida o limpiarles la jaula, los bebederos y comederos. Después, en algún momento de la mañana, acudía a refugiarse a la biblioteca. Allí decía guarecerse del calor mientras buscaba noticias sobre el Asesino de la Eutanasia. Pero lo que de verdad había cambiado con la llegada del verano era la rutina de los jueves, ya que en un principio, y antes de que su encuentro con Lucena se convirtiera en una improvisación perpetua, había preferido verse con él pasado el chapuzón que éste se daba todas las mañanas. Lucena le había invitado a que aprovechara el sol y el mar, y que, sin salir de Barcelona, viviera unas auténticas vacaciones junto al Mediterráneo. Su caravana, decía, era el lugar ideal para acampar—eso dijo, acampar— aunque sólo fuera un par de días. ¿Vacaciones? ¿Cuándo había hecho él vacaciones? ¿Alguna vez había pasado un solo día, aunque fuera un solo día, en la playa? Blaya no había puesto los pies en el agua del mar en más de treinta años, así que se había excusado diciendo que a esa hora tenía un compromiso con el patrón del Colombia, con Silva y con un cortado. Excepto aquella reciente escapada a París, no sabía lo que era viajar, no digamos ya al extranjero, sino a la Costa Brava o a los Pirineos, tomar habitación en un hotel frente al mar, ni siquiera un corto veraneo en un pueblo de interior. Sus vacaciones, cuando las había tomado, consistían en algo semejante a lo que luego había acabado por ser su vida de jubilado: paseos matinales y el café y la lectura del periódico. Tal vez para que aceptara quedarse con él en la playa, Lucena le dijo que un día invitaría a las chicas a bañarse y a tomar el sol, pero ni siquiera eso le hizo cambiar de opinión. De hecho, su cita en la caravana sólo duró un par de semanas después de que las temperaturas se pusieran imposibles. Blaya sugirió que se vieran directamente en el restaurante, ya fuera a la hora del aperitivo o a la de cenar. Puestos a cambiar, también cambiaron el día de encuentro, porque preferentemente podía ser los jueves, pero también podía ser cualquier otro, ahora ya no había uno fijo, sino que variaba en función de los compromisos que Lucena hubiese adquirido con el grupo de músicos ambulantes. Cuando Lucena le describió la música que interpretaba, lo hizo diciendo que era alegre y que el ritmo nunca desfallecía. Los músicos con los que tocaba eran en su mayoría franceses y llamaban a esa música la *pompe manuche*, y al verlos Blaya supo un día que Lucena tenía verdadero arte en sus dedos cuando añadía el acordeón al bombeo constante de la guitarra, o cuando se

erigía como un solista virtuoso. Contó también que para sus representaciones Lucena se armaba con un sombrero que lo convertía en otro nómada más, de modo que adquiriría la personalidad de un verdadero gitano, ya fuera del barrio de Gracia o venido de Rumania. En cualquier caso Blaya quería destacar que su capacidad de transformación era enorme. Perdieron la costumbre del billar y de las largas caminatas, y el verano transcurrió por derroteros que nada tenían que ver con la antigua regularidad de los jueves, ya fuera por el tiempo, por los compromisos de los músicos o por la manía de Lucena de acudir a los toros con las putas rusas, motivo que ya de por sí desplazaba algunos jueves a los domingos. Blaya contó haber visto torear a Eduardo Gallo, a Serafín Marín, a Jesulín de Ubrique, al Juli y a Sebastián Castella. No recordaba los nombres de todos los matadores que habían desfilado hasta ya entrado el mes de septiembre, cuando, si no recordaba mal, se dio por finalizada la temporada. Pero el verano había traído más novedades que aquéllas, y aunque Blaya las relegara a una simple anécdota, a medida que las exponía nos dábamos cuenta de que el verdadero cambio, no el que relató en un principio, sino el real, fue que a partir de entonces se vieron prácticamente cada quince días con la chica mudita y la otra. Y que eso fue lo que hizo mella en él, porque era una costumbre que no tenía, pero a la que acabó aficionándose. Como se ha dicho ya, coronel, a Blaya lo de la Navidad le importaba poco, aunque con tal de verla se hubiese adaptado a cualquier cosa, así que ésa fue la principal transformación que trajo consigo el verano, que también comportó otras como que el grupo se encontrara directamente allí donde Lucena hubiese conseguido un par de habitaciones libres. Motivo que afectó a la categoría de los hoteles, que descendió con rapidez, aunque a ellas no se las oyó nunca rechistar por ello. En realidad, expuso Blaya, a las chicas nunca se les escuchó ni una sola queja por nada. Lo contrario de Lucena que sí se quejaba, sobre todo del turismo que lo ocupaba todo, y amenazaba con que algún día tendrían que hacerlo por turnos en la caravana o en la casa de Blaya, aunque luego todo sucedía tal como buenamente podían haber esperado. Recordaba que en una ocasión había tomado un tren hasta Castelldefels y en otra lo había hecho hasta Mataró, para poner dos ejemplos opuestos. Fue un verano extraño, aseguraba, porque nunca había imaginado tener que pasarlo de ese modo, tan ajeno a las rutinas a las que estaba acostumbrado. Debió de tolerarlo por la muchacha rusa, claro. A estas alturas tampoco era cuestión de engañarse sobre los motivos por los que eso

sucedía. A su edad ya no. Durante los postres, Lucena hacía planes. La Navidad, decía, había de ser especial, y les preguntaba a ellas si les apetecería viajar a Mónaco o a las Islas Seychelles, para Blaya lugares igualmente exóticos. A veces el tema eran las mismas chicas, su parecido con las estrellas del arte de la pornografía. Otra cosa no había. Luego, a solas, Blaya decía pasar la mayor parte de las horas hablándole a la mudita. Era como confesarse o psicoanalizarse, pero si de algo estaba seguro era de que su compañía le hacía bien. Así que pronto se acostumbró a ella y a que las semanas se convirtieran en una constante improvisación. ¿Qué remedio le quedaba si no?

Cuando una tarde de julio Lucena le sentó ante el ordenador y le mostró algunas imágenes en las que la señorita Morgan aparecía desnuda, Blaya comprendió que el parecido con la muchacha rusa no era un invento de Lucena. Si mal no recordaba, éste había comentado que la chica era muy buena en todo, incluso con el consolador, que era un artefacto que no todas sabían utilizar como es debido, y dijo también que más tarde su amigo se mostraría contrariado de que él no poseyera un ordenador, porque con un ordenador se podía acceder a unas chicas tremendas con las que podría entretenerse unas cuantas horas. No hacía falta ser adivino para intuir que la pornografía era uno de los temas preferidos de Lucena, que confesaba ser un gran aficionado al género. Decía que las buenas películas eran otras, pero que a él le gustaba todo. Sin manías. La pornografía le suponía un respiro, algo parecido a lo que le sucedía con las novelas del Oeste: una válvula de escape. Blaya nos había contado anteriormente que, ante la señorita Morgan, su amigo se hacía pasar por un editor de pornografía de calidad. Pornografía intelectual la llamaba él. El mundo era diverso y variado en Lucena, y en él habitaban toda clase de claroscuros, de Julio César a Marcial Lafuente Estefanía y del cine de arte y ensayo a la pornografía de más baja estofa. Todo tenía cabida en su mundo, que era un mundo de extremos, y así había que aceptarlo porque así era él y estaba claro que a estas alturas no iba a cambiar. A lo sumo, por aquellos días, Blaya podía establecer hipótesis de si, durante el corto espacio de tiempo en que habría de tratarlo, esa capacidad de asumir todo el arco del conocimiento y también del comportamiento, de los que Lucena era un magnífico representante, empeoraría significativamente o

no. Y se preguntaba también, ante nosotros, por qué cuando en una ocasión Lucena quiso mostrarle imágenes de la otra pornstar, la señorita Brooke, de ningún modo se permitió acceder a sus pretensiones. ¿Por qué? Lo más probable era que aquello ahondara en alguna herida que todavía no había cicatrizado, algo cuya procedencia desconocía y que posiblemente ya era tarde para tratar de averiguar. Así que se había negado a verla y se fue sin dar explicaciones, sin mirar atrás y sin hacerle caso a Lucena, pensando que llegados a viejos ya sólo quedaba en cada uno de ellos aquello que había predominado a lo largo de su vida, aquello que había sido su razón de ser, aquello que tan a menudo había permanecido oculto por la compleja vitalidad de la juventud y de la madurez.

Luego, hubo un día en que Blaya tuvo la certeza de haber cumplido una de las etapas previstas por la doctora Masabeu y supo que se imponía un cambio de medicación. La doctora se ofreció entonces a verle en su propio domicilio, y así fue como llegó una de aquellas tardes a su casa de Sant Andreu. Si el paracetamol y la codeína ya no le procuraban el consuelo deseado, había que pasar a una segunda fase en la que debería convivir con los parches. Parches de fentanilo, les llamó la doctora mientras le extendía las recetas y él las sujetaba con una pinza de tender la ropa. Ese día lo tenía anotado en la libreta. Lo cito tal como lo leyó: «Lunes, 23 de julio de 2007. Detenido en Portugal el Solitario, junto al Asesino de la Eutanasia uno de los personajes más buscados en España. Visita de la doctora Masabeu. Todavía me queda cuerda para unos meses». No podía recordar los detalles de su encuentro, sólo las prevenciones de la doctora hacia los parches, la rigurosidad con que debía acometer los protocolos de su aplicación, la higiene específica, los incrementos progresivos de las dosis, los efectos secundarios, y también qué debía esperar en un futuro próximo. De todos modos, en ningún momento había tenido la impresión de que la enfermedad fuera lo peor de todo, creía que hasta aquel preciso instante había conseguido afrontarla con cierta dignidad. Una vez aceptado el cáncer de pulmón—que se trataba de cáncer de pulmón y no de otra cosa, y que aquello lo carcomía por dentro—, se aceptaba el silbido en la respiración, la falta de aliento, los esputos, la ronquera o la hinchazón en la cara y el cuello, esa sensación de ahogo y esa tos, y el dolor en el tórax que no desaparecía nunca. Una vez se

aceptaba eso y se aceptaba que se estaba llegando al final, lo que le molestaba sobremanera eran algunas pequeñeces como que las piernas no le respondieran, o que le dolieran antes de haber andado lo suficiente; le fastidiaba que el cáncer no fuera más que una parte porque el todo era el envejecimiento: la pérdida de concentración; que algunos rostros de viejos conocidos, incluso sus nombres, se hubieran perdido por el camino; no saber si a un rostro había que aplicarle un nombre u otro; si lo que creía ver era real o fruto de la imaginación; si con los años se había amalgamado con otro, dando por resultado un tercer rostro que no se correspondía a ninguno que hubiese existido... Exageraba, dijo, como si confundiera su estado natural con los síntomas que, sobre todo al inicio, le habrían de provocar los famosos parches, y la confusión que le producía el nuevo tratamiento médico. La única suerte era saber que su final se interpondría al grave deterioro físico con el que han de lidiar, a medida que cumplen años, todos los viejos de este mundo. Ahí estaban él y su amigo Lucena, que mostraban estar averiados de un modo tan ostensiblemente distinto. De eso y de muchas otras cosas hablaba Blaya; de cómo había tenido que afrontar los últimos meses; de los efectos secundarios de los parches, que aliviando sus dolores le habían hecho perder reflejos y enturbiado su mente en claro contraste con el estado de ánimo de Lucena, preocupado este último por asuntos de índole menor como no haber resuelto el lugar en donde iban a pasar la Navidad, o los muchos litorales que todavía le quedaban por recorrer, rincones frente al mar donde aparcar la caravana y quedarse hasta aburrir el paisaje y los vecinos. Esa clase de cosas preocupaban a Lucena, además de mostrar cierta inquietud por él, ya que insistía en que no iba a dejarle solo frente a esa abominable tos y frente a sí mismo. Y le consolaba, como si Blaya precisara de una niñera para seguir en el reino de los vivos, como si Lucena, sin saberlo, lo comprendiera todo, absolutamente todo respecto a su enfermedad, y aunque fuera por una sola vez en la vida supiera mantener una digna discreción. Al menos no iba a abandonarlo antes del gran viaje, le había asegurado. Y como en esas ocasiones Blaya no decía nada y debía poner cara de circunstancias, Lucena cerraba su monólogo agitando las manos y proclamando un ¡No se hable más! Te dejaré en prenda al coronel para que te cuide. A Blaya acababa por hacerle gracia esa especie de preocupación impostada de su amigo, que parecía pensárselo dos veces y simulaba arrepentirse. ¡No!, terminaba, te dejaré con la mudita, no hay alternativa que pueda superarla, ni comparación

que se le resistía, la mudita es lo que más le conviene a tu estado de ánimo. A veces, coronel, ocurría que Blaya comenzaba describiendo una situación y terminaba con otra.

Los parches de fentanilo tenían tantos efectos secundarios que con sólo leer las contraindicaciones del prospecto se habría echado atrás, casi no habría sido necesario escuchar las prevenciones de la doctora. Sin embargo, opinó Blaya que tanto daba morir de una cosa que de otra, y es que calculaba que ninguna de esas otras podría adelantarse al cáncer. Si se refería a la salud, no iba a ser aquel verano el mejor de sus veranos, por supuesto. No tomaba alcohol y acabó por dejar de beber incluso las pocas cervezas que se permitía. Había más cosas, dijo, como las susodichas piernas que siempre ponía de ejemplo, pero entonces lo que le molestaba de verdad era no tener la cabeza en su sitio. En alguna ocasión lo había resumido diciendo que había un antes y un después de los parches, porque le costó adaptarse, sobre todo los primeros días, si bien acabó acostumbrándose, tal como anteriormente había acabado adaptándose a los nuevos horarios, al aire acondicionado de la biblioteca y a las expectativas de volver a encontrarse con la mudita. No recordaba un verano en el que hubiera llovido tanto. Si la primera mitad del año la temperatura había sido netamente superior a la media, tenía que reconocer que la otra mitad había sido muy diferente, y que ese cambio de tendencia se inició en agosto, mes en el que a Lucena, por cierto, le dio por hablar de boxeo. No como antes, que se limitaba a ponerle al corriente del dinero que se embolsaban individuos como Oscar de la Hoya, Vitali Klichkó o Floyd Mayweather, cantidades tan astronómicas que eran difíciles de creer, y que Blaya enmarcaba en una tipología de noticias que también solía encontrar en los periódicos y cuyo interés radicaba, suponía él, en la capacidad de asombro que generaban en el lector. Así que en agosto, tal vez porque había finalizado la temporada taurina, Lucena aprovechó para ponerle al corriente de los tiempos en que visitaba los gimnasios de Madrid y de otras capitales europeas donde entrenaban unos púgiles que en su boca aparecían míticos. Y luego le recordaba calificando una serie de combates que al parecer aún estaban por disputar como «pugilatos del año», y cada uno era el «pugilato del año» por algún motivo que lo diferenciaba de los demás. A Blaya le pareció que no había mucha diferencia con lo que ocurría en el

mundo del fútbol.

Agosto, de todos modos un mes raro para quienes no toman vacaciones, le sirvió a Blaya para llevar a cabo una de las tareas que más le preocupaban, y lo hizo aunque tuvo que compaginarlo con la mudita, la lluvia, Lucena y el boxeo, y eso fue porque, después de la visita de la doctora a finales de julio, dijo que le habían entrado las prisas por localizar a su antigua mujer y principal candidata a recibir los pocos bienes que le sobrevivieran. De pronto le parecía urgente dar con su paradero, cosa que a primera vista no se presentaba fácil ya que no sólo le había perdido la pista a ella y a cualquier familiar próximo, sino que tampoco se veía llevando a cabo las investigaciones pertinentes, y menos pidiéndole ayuda a Lucena o a usted mismo. Así que acabó pensando que sería mucho más rápido y cómodo confiar en alguien que estuviese en activo y, de paso, averiguar cómo seguía el caso del Asesino de la Eutanasia. Dijo Blaya que siempre que especulaba con el tiempo que le quedaba de vida, entraba en un mundo de relatividades en el que no existían ni un día ni una hora fija, pero en el que poco a poco entreveía la cercanía del momento final, por eso aquellas prisas en arreglar el asunto de la herencia. Dicho así, parecía un poco grandilocuente emplear la palabra herencia, sobre todo tratándose de una casa y de unos pocos ahorros, pero ésa era su realidad. De modo que un día probó suerte, por si aquel joven policía que recientemente había conocido permanecía de servicio, y de paso corroboraría que aquellos a quienes consideraba colegas suyos todavía andaban perdidos en busca del famoso asesino, porque los casos se habían triplicado y ahora incluso consideraban la posibilidad de una contaminación y la perspectiva de múltiples homicidas. De eso hablaron por teléfono, y de si podía echarles una mano, si podía proporcionarles una idea, un hilo del que tirar. Y no, la verdad, él no podía por muchos motivos, entre los que figuraba que se encontraba enfermo, muy enfermo, y su principal preocupación era localizar a su antigua esposa. Era curioso, pero siete años después de que le jubilaran, su único contacto en la policía era un joven que le había llamado porque intuía que tenía una leve relación con las muertes de la eutanasia, y dijo haber pensado que ya le daría vueltas a eso más tarde, durante alguno de sus paseos, y que era extraño también que no sintiera que le pedía un favor, casi al contrario, que se sentía como si le diera una oportunidad al chico,

porque, de momento, quiso insistir, lo más importante era que localizara a su ex mujer, que eso sí le parecía una verdadera urgencia.

Esperar noticias tal vez fuera lo único que le alteró a lo largo de los siguientes días, eso reconoció Blaya, quien admitió haber quedado absorto con el pensamiento puesto en Margarita. Lucena le habría creído preocupado con su salud, ya que además de la tos parecía fatigado, y Blaya dijo que uno de aquellos días acabaría en la consulta del médico. Un paso que según el otro hacía meses, si no años, que debería de haber dado, porque aquella tos ya la tenía el día que le acompañó a usted, coronel, al Hospital de Bellvitge. Era tozudo el Lucena aquel, ya que cuando encontraba una brecha podía hurgar en ella sin descanso. Bueno, con Lucena uno podría estar riñendo a cada momento si tenía ganas, sentenció Blaya, y ocasiones no le habían faltado, pero por lo que a él respectaba no tenía la menor intención de pasar la última etapa de su vida como si fueran el perro y el gato. Sobre las salidas de tono de Lucena, Blaya aseguraba que no podían ser otra cosa que meras escaramuzas que pretendían distraerle de su objetivo principal. Sin embargo no le hubiera hecho falta esmerarse tanto porque él no podía dejar de pensar en la chiquilla rusa y en su probable reencuentro con Margarita, cosas a las que le daba una y mil vueltas y que a estas alturas acababa emparentando con el propósito de la vida. Blaya había leído que resultaba incluso concebible que ignorar el sentido de la vida formara parte del propio sentido de la vida. Eso sí que era francamente divertido y verdaderamente filosófico.

Él tampoco quería caer en esa clase de pensamientos, dijo, porque si se les empieza a dar vueltas a según qué preguntas es que algo va mal, contó. ¿Cómo iba a estar en perfecto estado si le habían diagnosticado cáncer y no tenía ganas de luchar contra la enfermedad? Ya no estaba a tiempo de hacer retoques en su proceder y afrontar las cuestiones esenciales. Sobrevivir unas últimas semanas junto a la muchacha rusa había adquirido una relevancia inesperada. La supervivencia se había convertido, sin quererlo, en un último recurso, reducido a un simple cálculo egoísta, interesado. En una ocasión dijo haberle hablado a Lucena del sentido de la vida y éste se había salido por la tangente recomendándole que pensara en su sinsentido antes que en lo otro. De haber sido creyentes se habrían ahorrado muchas preguntas y muchas molestias, pero por desgracia no eran fieles a nada. ¡Dios ha muerto!, decía

Lucena, ahora sólo quedo yo. La vida, vista así, era pura incoherencia, si se le permitía parafrasear a su amigo. Deficitaria por todas partes. ¿No era por ese motivo que la iba aliñando con pequeñas dosis de tabaco, de fútbol, de periódicos o incluso de Lucena? La vida era un ruido, añadió, que ocultaba la ausencia de un contenido de calado que la sustentara. Consistía en rellenar el vacío que era en sí misma. Un fraude. ¿El sentido de la vida no debería construirlo uno mismo? Ésa era la conclusión a la que se podía llegar. La vida adquiriría sentido en función de que uno la dedicara a algo con todas sus fuerzas. De otro modo pasaría sin pena ni gloria. Eso era, en definitiva, lo que le había sucedido a él.

A Lucena no le hacía la menor falta hacerse esa clase de preguntas. Tenía más de un objetivo en la vida, y cuando no lo tenía se lo construía de la noche a la mañana. Conocimientos para ello no le faltaban. En alguna ocasión Blaya hizo recuento de los temas que solían interesarle, desde los francamente populares cuando no extravagantes hasta los que consideraba profundamente intelectuales. Era como si supiera de todo, obviando esos saberes que abarcaban desde Julio César a Lafuente Estefanía, pasando por sus conocimientos musicales y cinematográficos hasta el boxeo y la pornografía, aunque por encima de todas las cosas lo suyo fuera el toreo. Había que escucharle hablar de Belmonte, que si Belmonte toreaba así o asá, sin moverse, sin apartarse un ápice del camino del toro. Toreaba de espíritu, decía él. ¿Cuándo has visto tú torear a Belmonte?, le preguntaba Blaya. ¡Nunca!, parece que respondía el otro, para añadir de inmediato que era algo que sabía de corazón. Y en verdad que parecía saberlo porque de pronto era capaz de hincarse de rodillas en el suelo y hacer como si citara al toro, o tomaba la muleta y llamaba al bicho aquel como decía que mandaba la ley del toreo, y se hacía el silencio a su alrededor y un toro imaginario le tiraba un derrote que le arrancaba la montera de la cabeza y la mandaba al tendido, y la multitud se alzaba de sus asientos y él parecía alcanzar la gloria y hacía como si ofreciera sus triunfos al respetable, girando sobre sí mismo, con los brazos en alto y gritando ¡Venga conmigo la cuadrilla! ¡Venga conmigo la cuadrilla!, como si esperara a que Blaya le siguiera en su locura insensata, ignorando que le aguardaba recostado en el umbral de una portería, fumando y preguntándose cómo era posible aquello, bien pertrechado tras sus gafas de

sol, como si unas simples gafas oscuras tuvieran la capacidad de poner distancia entre él y el bochorno ajeno, algo que tal vez no tenía mucho sentido, pero que asociaba a su manera de ser y a la de su amigo, que parecía encantado de darse a las provocaciones en cualquier momento y lugar. Y aunque Blaya no lo hubiese visto entrar a matar, era seguro que entre los dedos de Lucena colgaba una oreja, quizá un par, y que todas las mujeres de la plaza—y cuando decía todas quería decir todas—habían caído rendidas a sus pies. A Lucena no le hacía la menor falta preguntarse por el sentido de la vida. Era como si lo llevara incorporado de serie.

La mañana que el joven policía fue a verle al Colombia, Blaya acababa de leer en el periódico que el deporte entrañaba lealtades y rivalidades tribales, rituales simbólicos, leyendas, héroes emblemáticos, batallas épicas, belleza estética, realización física, satisfacción intelectual y una profunda sensación de pertenencia a un colectivo. Lo leyó dos veces y no se reconoció. Ni siquiera en su época de futbolista y luego de entrenador había pensado que el deporte pudiera deparar tan altos rendimientos. Aquellas afirmaciones servían para otros, tal vez menos viejos, pero no para él, que era un descreído. Pensaba en ello en el preciso instante en que el joven policía entró por la puerta. No había pasado ni una semana desde que le había hecho el encargo, y Blaya supuso que el muchacho deseaba algo más que proporcionarle el paradero de su antigua esposa, de modo que se resignó a atenderle. La del muchacho era una manera de hacer parecida a la suya, resignarse a los ritmos que requería cada uno de los casos en los que participaba. Quizá resignarse no fuera la palabra apropiada y debería de haber empleado algún término relacionado con la paciencia o la perseverancia. Se dio cuenta de que se alejaba del tema principal y regresó a aquella mañana en el Colombia cuando de pronto se dio de bruces con la realidad. No habría ningún reencuentro con Margarita. No existía ninguna dirección, parece que señaló el chico tras saludarle, aunque inmediatamente se retractó porque en realidad había dos. Su antigua esposa había muerto seis años antes, y aunque no le sirviera de nada venía a informarle del último domicilio del que se tenía noticia y de las señas de donde la habían enterrado, que no era otro lugar que el nicho de Collserola donde reposaba el hijo de ambos. No se le conocía pareja ni descendencia alguna. Pensó Blaya que de haber iniciado sus investigaciones

por aquel nicho se habría ahorrado un buen número de pasos. Realmente no estaba en forma, aunque debería preguntarse también por qué motivo no había ido nunca a visitar la tumba de su hijo, y entonces le pidió al joven policía que dejara correr aquel asunto porque quería digerir la noticia y pensar con tranquilidad. Sin embargo sí que hablaron extensamente del Asesino de la Eutanasia, el verdadero motivo que sin duda había llevado al muchacho hasta él. Resumió Blaya que andaban perdidos, las pistas se multiplicaban pero no conducían a ninguna parte, y había algo allí que no eran capaces de ver. Tal como se lo planteó le pareció que pretendía que le echara una mano. No le pedía que se movilizara ni nada parecido, que volviera al servicio, sino qué intuiciones, percepciones, incluso presentimientos o corazonadas tenía, qué pasos daría. Era evidente que el joven le caía en gracia al ex policía, pero éste aseguró que en aquellos instantes no se veía en condiciones de socorrerle. Dijo que no le fue difícil hacerle entender que no podía secundarle en ninguna de las consultas que le había planteado. Que le preguntó qué les había llevado a pensar que los asesinos fueran más de uno, y si los periódicos daban noticia de todas las muertes o si ocultaban algunas a la opinión pública. Pero no pudo ir más allá de demostrar un sincero interés, porque al final de la mañana se ahogaba y tosía tanto que el otro comprendió que no podía serle de gran ayuda. Contó Blaya que ser viejo tiene ciertos inconvenientes pero que también concede algunas licencias, y que antes de despedirse se permitió repetirle por segunda vez, como si no recordara haberlo comentado antes, que su salud estaba tan deteriorada que quizá requeriría los servicios de aquel asesino tan renombrado, y que ya podía ver en qué estado se encontraba, que le honoraba que un joven policía le pidiera su parecer, pero que si él supiera cómo encontrar al asesino casi que se reservaría ser su última víctima, concepto sobre el que podían discutir si así lo deseaba puesto que a su edad ya no veía al personaje ni sus acciones con tan malos ojos. Sobre todo tras saber que la muerte que les causaba a las supuestas víctimas no era más dolorosa que el tratamiento que les administraban. ¿Habían pensado acaso si se trataba de una organización humanitaria dedicada a acortar los días postreros de unos viejos moribundos que sufrían en sus lechos de muerte? ¿Qué tal si cuando se acercara a la recta final le utilizaban a él de anzuelo? Contó Blaya haber fantaseado con todo esto cuando el joven ya se iba, que le observó con una sonrisa en los labios. Se lo había tomado a broma. Antes de marcharse apuntó

que había leído a Kohlberg y se había planteado sus dilemas, aunque no había llegado a ninguna conclusión, porque primero quería saber de qué trataba aquel asunto, qué movía al asesino, aunque tuviera sus propias intuiciones al respecto, antes de decidir de qué lado decantarse. Blaya no le creyó en absoluto, pero concluyó que se había quedado tranquilo, porque aquel muchacho parecía dispuesto a seguir los pasos que su propia razón le marcara. Si años atrás otro joven comisario le había puesto al corriente de los dilemas a los que debía enfrentarse un policía y, por consiguiente, le había ayudado en la búsqueda de su propia verdad, ahora Blaya creía haberle devuelto el favor a la sociedad.

Lo primero que hizo al día siguiente después del cortado de la mañana fue tomar un taxi y acercarse al cementerio de Collserola. Le llevó flores a su mujer y a su hijo, y dijo haber permanecido en silencio intentando recordar alguna oración que proporcionara alguna clase de consuelo a un no creyente como él. No la halló y se entretuvo dando un paseo entre los nichos, y también dijo que no era un cementerio para pasear como lo eran los de Sant Andreu o Montjuic, aunque a este último hacía tiempo que no iba porque en algún momento había notado que sus piernas no estaban para subir tantas escaleras. Durante el trayecto había pensado en dedicarle una esquela, pero el cementerio no le inspiró y lo dejó para otro momento. Así que no se entretuvo demasiado rato en él y le pidió al taxista que le llevara de regreso, esta vez al barrio de Horta, a la calle del Vent, donde, según el joven policía, encontraría el último domicilio en el que había residido su ex esposa. No era muy buena la imagen que conservaba Blaya de sí mismo. Posiblemente no fue aquél su mejor día, andando sudoroso de un lado a otro, sin encontrarle demasiado sentido a lo que hacía, recordando su visita a aquellos lugares más como el policía que comprueba datos que atendiendo a su lícito pesar. Tal vez esa imagen se correspondiera a la mala experiencia que se llevó de la calle del Vent, porque los vecinos sí recordaban a una mujer que había vivido sola, sin compañía, y a la que no se le conocía relación sentimental alguna—o eso le dijeron a él—, pero que hablaba pestes del que fuera su marido, y que eso lo recordaban muy bien los vecinos, porque prácticamente le echaron de allí, y tuvo que ir a sentarse a una plazoleta cercana a reponerse y a considerar si tan nefasto había sido para aquella mujer que le había

abandonado tras la muerte de su hijo, pero no sólo eso, sino que ahora sabía que le había culpado de ser un mal marido, y también quiso recordar si alguna vez, aunque sólo fuera una, la había maltratado, menospreciado, o bien qué había en su forma de ser que la llevó tantos años más tarde a inculparle de aquel modo ante la vecindad. Blaya esperó a serenarse y luego descendió por las calles de Horta hasta el paseo de Fabra y Puig, en su parte más alta, hasta cruzar la Meridiana y hasta su casa, y en todo aquel recorrido no pudo hacer otra cosa que pensar en qué había fallado, sin encontrar ningún motivo, y contó que había llegado a la conclusión de que su mujer se había vuelto loca, o había vivido tan mal la experiencia de la muerte de su hijo que eso le cambió la vida y la imagen que tenía de su pasado. Ni una sola de aquellas revelaciones le dio pie a escribir una buena esquila. Si acaso, tenía tema para entretenerse durante alguno de los partidos en el campo del Alzamora, como si de un buen psicoanálisis se tratara, pero la temporada estaba lejos de dar comienzo y lo más práctico sería cortar por lo sano: así que decidió borrar de su cabeza aquel episodio que le llenaba de tristeza.

El verano es esa época en que los periódicos no son periódicos. Probablemente porque se establece un paréntesis en la vida y parece que la gente trabaje bajo un estado de excepción que incluye a la prensa, las emisoras de radio y los canales de televisión. De pronto en agosto se esfumó la partida de dominó en el bar Roca, que cerró todos los días del mes, incluso el Colombia cerró durante un par de semanas, y muchas tardes en las que deberían haber trabajado el patrón ni siquiera abrió. Tal vez julio y agosto eran meses como los demás, sólo que se manifestaban de manera distinta, más notoria, y puede que por esa misma peculiaridad acabaran afectando las rutinas de Blaya. A fe de la vecina que los canarios tuvieron una segunda muda muy estresada. Ya habían mudado un par de meses antes, y eso era raro. Algo ha cambiado en esta casa, apuntó Blaya que había pontificado la mujer. O ha cambiado o está cambiando, habría insistido, advirtiéndole seriamente que si no rectificaba iban a coger el mal de la seca. Se reía ahora él de las preocupaciones que había tenido que soportar a causa de los canarios y que le llevaron a gastarse una fortuna en complejos vitamínicos, dietas de semillas ricas o pastas de huevo. No es que se le hubiera hecho cuesta arriba el asunto ni nada parecido. No era eso, sino que al haber roto sus hábitos, su

pensamiento estaba en otra parte. Sólo le faltaban los pájaros aquellos a Blaya y, total, para ver cómo habían acabado los desdichados. Entre las chicas rusas, Lucena y los cambios de horarios, francamente, no era de extrañar, decía, que se hubiera olvidado de ellos. Se le escapaba por debajo de la nariz una media sonrisa, como si estuviera haciendo algo mal o contando algo que sólo tenía sentido para él. A mí, de todos modos, me gustaba escucharle, aunque constantemente se interrumpiera para toser o para prenderle fuego a un cigarrillo y luego permaneciera en silencio mientras aspiraba el humo y lo lanzaba al aire con fuerza, o bien cuando apagaba la cerilla con un movimiento brusco de la mano, la restregaba en el cenicero y acababa palpándose aquel brazalete en el antebrazo. El suyo era un estilo lento y monótono, trabajado a lo largo de décadas de rutinas. Llamaba la atención la manera como se llevaba el cigarrillo a los labios o buscaba las cerillas en el bolsillo de la americana. Otra de las cosas que más recordaba Blaya del mes de agosto era cómo había afrontado la lectura de aquellas novelas que se le habían acumulado con las semanas, porque una u otra ya había ido leyendo, pero no al ritmo en que Lucena se las suministraba. La explicación más pertinente era que todo el barrio había cerrado por vacaciones, no sólo el bar Roca y el Colombia, sino también la mayoría de comercios, además de que durante las horas diurnas hacía un calor insoportable para salir a la calle. Esa era la interpretación más creíble a su repentina afición por las novelas del Oeste. De pronto podía devorarlas en pocas horas y, de paso, entretenerse tomando notas, porque dijo que era el único modo de indagar en la psicología de Lucena. De esas novelas que eran como películas de vaqueros, Blaya nos contaba el argumento, tal como se lo había contado a la mudita muchas de aquellas noches. Eran historias fáciles de recordar y le permitían distraer la atención, como cuando veía jugar al fútbol en el Camp de Porta que él llamaba del Alzamora y le asaltaban toda clase de pensamientos. Entonces, cuando eso sucedía—dijo pensando en la muchacha rusa—, ella se dormía bajo el ronroneo de sus palabras y él seguía con su relato, porque decía que era incapaz de sosegarse y tenía miedo de que ella despertara si echaba de menos su voz.

Así eran para Blaya los recuerdos del verano: agridulces; entre la mudita que acaparaba la mayor parte de sus pensamientos y Lucena que seguía con

sus obsesiones, saltándose las rutinas e intentando construirse otras, tal vez una distinta para cada día de la semana. Pero no fue el único, porque por lo que sabía también usted, coronel, había tenido que cambiar de costumbres ese mes de agosto. Mes en que inició la redacción definitiva de sus memorias, ya que hasta entonces no había hecho otra cosa que recopilar fragmentos de su vida, ordenarlos en fichas y numerarlos. En aquel momento le escribió diciéndole que había sido en Montreux donde se había lanzado a la escritura, y todo debido a una alteración en sus planes, ya que allí veraneaba la familia de Hanna, siendo así que por primera vez en su vida se había visto obligado a tomar vacaciones. En el caso de Blaya el verano se alargó haciendo planes con Lucena o escuchándose los hacer, porque por lo que a él concernía ya tenía claro con quién quería pasar la Navidad, y todo lo demás sobraba. En cambio su amigo soñaba despierto con algunos paraísos de catálogo como las islas del Caribe o los atolones del Pacífico donde Blaya no conseguía verse si no era fumando frente al mar, sin saber qué hacer para que pasaran las horas y con el único atractivo de tener a su lado a la chica rusa. Sin duda a Lucena le atraía todo lo tórrido. Como compensación, pensaba Blaya, a sus años de servicio en el norte de Europa. Sin embargo él seguía sin verse en esos destinos tan paradisiacos, eso sin pensar en la ropa que se suponía adecuada para no desentonar en ellos. En su vida se había puesto un pantalón corto, a no ser de pequeño, o de joven cuando jugaba al fútbol. No sabía verse en aquellos bungalos que aparecían sobre el mar azul turquesa de los catálogos vestido con otra ropa que la suya habitual; tal vez se desprendería de la americana y de la corbata, tal vez se arremangaría los puños de la camisa, pero sabía que no pasaría de ahí. Lucena le dijo que se trataba de un problema inexistente porque desde el primer instante en que pisara la cabaña del resort, que era como denominaban los operadores turísticos a aquella clase de tinglados, debía cubrirse con un bañador y nada más, eso era todo. Tenía que comprarse un bañador largo. Medio bañador medio pantalón, le instruía Lucena diciendo que no era necesaria más ropa, a lo sumo una camiseta que le viniera holgada. Y entonces Blaya pensaba que llegado el momento él se opondría a cualquier destino que le obligara a cambiar de costumbres, que su voto estaba reservado a un lugar urbano donde pudiera aprovechar su vestuario, y eso, le dijo a Lucena, no casaba de ninguna manera con su visión tropical del paraíso.

Y entonces, de pronto, llegó la gran idea del Orient Express, porque ocurrió que agosto, como todas las cosas en esta vida, también pasó, y dijo Blaya que ya sería septiembre cuando volvió a cambiar de hábitos, fuera porque había refrescado y con ello restablecido la normalidad de sus encuentros con Lucena, fuera porque la ciudad había recobrado el nervio de antes. Aunque ahora en lugar de desplazarse andando hasta la caravana lo hacía en metro, y todo porque no se sentía con fuerzas suficientes para dar dos paseos: el propio y el que luego daba con su compañero. Además, por esa época era muy fácil que algunos días se encontrara extremadamente agotado. No había sido así durante la primera mitad del año, pero después del verano el cansancio había ido agudizándose cada vez más, de modo que muchas tardes prefería acostarse en lugar de acudir a la partida de dominó del bar Roca. Si había que identificar su enfermedad con alguna secuela palpable, diría que era con los ahogos y la tos, pero también con aquel cansancio que no era tan visible pero que a él lo dejaba imposibilitado. El día en que tuvo la primera noticia del Orient Express—me refiero a la idea que le transmitió Lucena—, a Blaya le sorprendió que éste hubiese incorporado a su repertorio una música digna de los coros y danzas del ejército soviético, y que le recibiera al pie de la caravana tan enfebrecido que llegó a pensar que a su amigo sólo le faltaba disfrazarse de cosaco y bailar en cuclillas. Entonces lo primero que le escuchó decir fue «la vía rusa» y su estado era la mismísima satisfacción de haber encontrado el paraíso. Lucena inició una suave melodía que de pronto se complicaba enormemente, y aunque Blaya no fuera un experto, contó que había intuido la dificultad de aquella interpretación, a pesar de que ignoraba todo de la música y que su oreja a duras penas estaba capacitada para distinguir un vals de un rock and roll. Es Rajmáninov, le habría aclarado el otro, como si le hablara del equivalente de Dios bajado a la Tierra, e inició una diatriba que ya le conocía: que si él pudiera interpretar eso mismo en un piano pondría de pie a los mejores auditorios del mundo. Sin embargo, la realidad del acordeón era la que era y había que conformarse con poner un plato en la calle y esperar a que alguien depositara algo en él. A Blaya no le importaban lo más mínimo los mejores auditorios del mundo y menos aquellas veleidades de Lucena, y aunque había oído hablar del tal Rajmáninov y sabía que no se trataba de ningún conde Drácula, ni de ningún

Rasputín ruso, lo tomó como otra de las excentricidades con que su amigo solía obsequiarle. Si él lo decía, así había de ser. ¡A reyes pondría de pie!, repitió. En el interior de la caravana había desaparecido la reproducción del *Bounty*, y en su lugar había un montón de piezas dispuestas para ser ensambladas y una caja con la fotografía de un tren azul en cuyo costado destacaba la inscripción «Orient Express». Lucena había postergado la maqueta de la Maestranza de Sevilla, donde decía que había triunfado por primera vez el torero Juan Belmonte. Se hizo la luz, camarada, acabó por anunciarle. Se trataba del Orient Express. ¿No había soñado nunca con viajar en el Orient Express? Pues ahora tenían la ocasión. Además, una de las fechas de partida coincidía con la Navidad, y por supuesto que todo estaba conectado entre sí porque no podía ser casualidad que hubiesen conocido a unas muchachas con las que se entendían de maravilla y que ellas también fueran rusas. ¿Qué le parecía? Todo era maravilloso en aquella promesa del Orient Express y, además, encajaba a la perfección. Por supuesto que no podía ser casualidad, aunque él mismo reconoció que entonces no lo sabía, ni podía suponerlo, ni su olfato le alertó. Como si estuviera escrito, había puntualizado. Y en alguna parte debía de estar escrito, aunque fuera en su agenda, coronel, o en la nuestra del Seminario Permanente, dejó entrever. Blaya no había soñado nunca con viajar en el Orient Express, pero no fue eso lo que dijo, sino que le salió una pregunta del alma. ¿Cuánto?, comentó que le había inquirido secamente, y comentó también que hubo un silencio que él vivió expectante, un silencio de esos que podían mascarse. Ni siquiera había atinado a preguntar de qué Orient Express se trataba—porque ya sabía que había más de un tren que circulaba bajo ese nombre—, aunque era seguro que sería en algún lugar de Rusia donde haría un frío insoportable. Algo más de doce mil, reconoció su amigo. Blaya echó mano inconscientemente de un cigarrillo en el bolsillo de la chaqueta. ¡Doce mil! Exclamó ante nosotros, espectadores que le prestábamos toda nuestra atención. Era, probablemente, la misma exclamación que había soltado ante Lucena. No podía creérselo. De todos modos, si había que hacerle caso a Lucena, no era de dinero de lo que había que hablar, porque el viaje bien lo valía. Blaya recordaba perfectamente la escena. Dijo haberse quedado como de piedra mirando al mar mientras Lucena cerraba la puerta de la caravana y añadía que aquel precio incluía los gastos de la muchacha rusa. Tal vez no lo veía o lo veía como si no lo hubiese visto jamás en su vida—digo yo que el ex policía se refería al mar y

no a Lucena—y ésta fuera la primera ocasión en que se acercaba a su orilla. Luego contó que se había sentido fuera de lugar, que de haber mirado a su compañero en aquel instante, seguro que lo habría hecho con los ojos vacíos del que ni mira ni ve lo que tiene delante, que lo habría mirado sin entender, mientras Lucena seguía hablando. Doce mil, o más bien habría que contar trece, máximo catorce mil. Eso era lo que le costaría a cada uno de ellos su propio billete incluido el de la muchacha que le acompañara, sin tener en cuenta los honorarios, porque era seguro que ellas querrían cobrar por los días que pasaran a su lado. Blaya había protestado, pero dijo que por algún motivo lo hizo sin fuerzas, como si se hubiera desgastado en alguna otra parte, agotado, como si los parches de fentanilo volvieran a provocarle los mismos mareos de los primeros días. Según Lucena, que aseguró tenerlo todo pensado, ellas no iban a mostrarse muy exigentes porque un viaje como el que les proponían no lo harían en su vida si no era a su lado. Para Blaya, Lucena se había excedido tanto y aquel proyecto era tan insensato que lo único que se le ocurrió discutir fue esa idea previa, que por lo visto había cambiado de golpe, que sostenía que de existir un paraíso, forzosamente debía de haber en él palmeras y playa, porque de no ser así, podían hablar de otra cosa, pero nunca de un paraíso. Y ahí estaban, sonrió vagamente al repasar sus recuerdos, dándose cuenta por enésima vez de que ni las preguntas ni las conclusiones habían sido las correctas, tal vez porque había alguna pieza que no acababa de encajar. Tal vez porque en su pensamiento no había ningún caso que resolver. Tal vez porque hacía tiempo que sin saberlo había sido atrapado en una espesa tela de araña, una tela de araña invisible pero de una resistencia y una elasticidad a toda prueba.

Iniciarían el viaje en San Petersburgo y acabarían once días más tarde en Moscú, dijo. A pesar de haber perdido parte de sus facultades, Blaya podía recordar ciertos detalles casi al pie de la letra, probablemente porque no habían transcurrido ni cuatro meses desde que sucedieron, de modo que hizo un amplio informe de lo que había de ser aquel viaje a bordo de un lujoso vagón del Transiberiano, el tren de la famosa compañía Orient Express, donde les recibirían, todo había que decirlo, como nunca en su vida les habían recibido en ninguna parte y donde les agasajarían como no les habían agasajado jamás. Así se lo había presentado Lucena a la vez que le

aconsejaba sobre otros aspectos como la indumentaria adecuada o las visitas que estimaba obligadas. Por ejemplo, el Hermitage. No podía ni llegar a imaginarse los tesoros que allí vería, comenzando por las pinturas de los españoles Velázquez y Zurbarán, de Murillo, de El Greco o de Goya, hasta los maestros del Renacimiento italiano como Leonardo da Vinci. ¿Cómo podía pensar siquiera en morirse sin haber visto San Petersburgo, el Palacio de Invierno, el Hermitage Pequeño, el Viejo, el Nuevo, el llamado Teatro del Hermitage, o sin pasear por la orilla del río Neva? Por lo visto, Lucena tenía muy estudiados los pormenores del viaje. Más tarde Blaya había pensado que el río Neva tendría que verlo de lejos, porque con las temperaturas de la época y con su salud no se veía en condiciones de acercarse siquiera a su orilla. De hecho no creía que pudiera pisar la calle. Ellos dos, que no tenían a nadie, ¿iban a desaprovechar una de sus últimas oportunidades de ver mundo? Ellos dos que no tenían a nadie. Lo repitió como para dejar constancia de que estar solos en el mundo estaba en la misma raíz del viaje al paraíso, en hacerse mutua compañía el uno al otro el día de Navidad. Blaya recordaba perfectamente aquella ficción en la que había caído de cuatro patas. La cuestión de la soledad podía surgir en medio de cualquier conversación, y entonces especulaban durante horas sobre su situación en el mundo. Podían sentirse ingeniosos y buscar alternativas al asunto de vivir solos para acabar profundizando en la soledad familiar, algo así como estar solo en el mundo por falta de parientes, esa sensación de no tener a nadie, ni padres ni hermanos, ni primos carnales ni segundos. Blaya decía que eso era prácticamente imposible que sucediera, que en algún lugar del planeta ellos dos habían de tener parientes. Aunque para lo que él los necesitaba ya estaban bien donde estaban porque, era mejor aclararlo de entrada, nunca se le ocurriría dejarles en herencia un solo euro a unos desconocidos que bien podrían ser consanguíneos suyos pero de los que ni sabía, ni había sabido, ni quería saber nada. Antes declarararía heredera a la vecina. A Lucena tampoco le importaban gran cosa los parientes que pudiera tener esparcidos por el mundo, en todo caso le gustaba darle vueltas a la desventura de no tener una tía rica a quien visitar o un sobrino a quien dejarle la caravana. Si no fuera por ti, no tendría a nadie, llegaba a confesarle en esas ocasiones, y Blaya, cuando lo contaba, nos prevenía que tampoco había que creerle en eso porque no era más que otra de sus argucias teatrales. Porque si antes no le importaba tener parientes, unos meses más tarde había cambiado de opinión y

fantaseaba con llamar un buen día a su puerta. ¿Cómo podría encontrar él a esos familiares desconocidos? Podía utilizar sus relaciones profesionales, aunque también podía hacerlo solo, tiempo no le faltaba. La cosa tenía enjundia siendo expósito, aunque lo fuera de segundo apellido como solía repetir Blaya. Podía viajar al pueblo y pedir certificados de nacimiento de su padre y sus tíos, si los hubiera, y así ir tirando del hilo por las ramificaciones, entrevistándose con la gente, convirtiéndose en un verdadero detective. ¿No se había dedicado a espiar a las chicas rusas? Pues algo parecido le esperaba si deseaba investigar adonde había ido a parar esa parte desconocida y lejana de su familia que, por mucho que él se empeñara en negarlo, aún le quedaba. Entonces descubriría que esa gente había tenido descendencia y que el mundo estaba repleto de familiares suyos que habitaban lugares cercanos y lejanos, que eran ricos y pobres, viejos y jóvenes, pero que, sin lugar a dudas, todos y cada uno de ellos se sorprenderían—no imaginaba hasta qué punto—de saber que tenían un pariente tan peculiar como él. Necesitaría, añadía Blaya, un buen método de aproximación si no quería asustarlos. Por supuesto que nada de aquello convencía a su amigo. Demasiado fácil. Si algo le gustaba de la propuesta de Blaya era que medio le obligaba a viajar de un lado a otro en pos de sus allegados. En fin, contó éste que el tema era recurrente en aquel momento y que era debatido no pocas veces, sobre todo desde el final del verano, hasta que en uno de aquellos días posteriores al gran descubrimiento del Orient Express Lucena se presentó con una idea rocambolesca y poco útil. ¿Ves esta fotografía? Le había dicho mostrándole una vieja estampa en blanco y negro de cuando era niño. Aquél era Lucena de pequeño, y la idea era publicarla en los periódicos que se lo permitieran, en los gratuitos y en aquellos medios que estuvieran predispuestos a seguirle la corriente. La acompañaría de un texto: «El hombre al que pertenece esta fotografía ha perdido la memoria. Si alguien puede dar razón de él, de familiares o conocidos, favor de escribir al apartado postal número equis de Barcelona». Lo peor de todo fue, decía Blaya, que Lucena acabó mandando copias a la prensa, y colgó la fotografía en Internet junto a una nota en la que declaraba que al personaje en cuestión lo habían encontrado vagando por la calle, que no recordaba nada de su vida anterior, y que entre sus escasas pertenencias figuraba la fotografía que estaban contemplando. Cuando nos lo contó, Blaya no disponía de ninguna copia, sin embargo, coronel, puedo describirle la imagen porque posteriormente di con ella en uno de los correos que Lucena

le había mandado a la señorita Morgan y también en los periódicos de aquel mes de septiembre. Se trata de la reproducción de una vieja fotografía de primera comunión, dañada por el tiempo, en la que aparece Lucena a la edad aproximada de nueve años y en la que se muestra erguido, vestido de marinero, con un misal de cubiertas de nácar, o imitación, con broche metálico y un crucifijo en la mano.

De hecho, lo que él ponía en duda era su historia desde la misma raíz. ¿Había existido un niño llamado Eduardo Lucena Expósito cuya personalidad presumía expuesta a cambios, invenciones y a segundas o terceras identidades? Si lo pensaba bien no estaba en sus manos averiguarlo y, por lo demás, tampoco tenía intención de cansarse yendo detrás de información inútil. Así que si tuviera que justificar por qué siguió a Lucena podría esgrimir razones de olfato, que estaba aburrido, o la pura afición, ya que no estaba para dedicarse a algo serio. Sin embargo le pudo la curiosidad. Debió de ser hacia finales de septiembre, momento en que las temperaturas bajaron, cuando Blaya se atrevió a ejercer una discreta vigilancia sobre su amigo. Habría de durar, dijo, un breve espacio de tiempo, aunque tras escucharle concluí que le siguió durante unas semanas. No estaba muy segura, coronel, de algunos de los pormenores porque ni siquiera tuve ocasión de confrontar sus palabras con el contenido de la libreta. Esa libreta la vi numerosas veces en sus manos e incluso pude comprobar lo preciso y escueto de sus anotaciones, pero en el resumen que finalmente redactó para mí nada decía de haber seguido a su amigo. La libreta fue destruida por el propio Blaya horas antes de que tuviera lugar el asalto a la mansión rusa. De la vigilancia a la que sometió a Lucena, Blaya se dijo que averiguara lo que averiguara en ningún caso se inmiscuiría en sus asuntos. Probablemente eso fue lo que le perdió, aseguraba ante nosotros, ese *fair play* que había adoptado desde un principio. Blaya ya no era el profesional que cobraba a fin de mes por un trabajo y unos resultados, sino que era un jubilado al que se le oxidaban las horas de años y años de investigaciones. Al final, un día de la vida de Lucena, según se desprendía de su relato, era lo más parecido a una constante improvisación. Podía pasarse la mañana en la playa aprovechando los últimos rayos del sol veraniego y luego dedicarse a dar vueltas por la ciudad y hacerlo, sobre todo, sin rumbo fijo. Blaya le había seguido sin ton ni son,

según confesaba, a veces por circuitos extraños asociados al toreo, y en alguna ocasión hasta unos billares de la Gran Vía, cerca de la plaza de España. Había dos locales allí a los que nunca habían ido juntos. No parecía que tuviera amigos entre quienes jugaban porque una de las veces lo hizo solo y otra se unió a un grupo que ya estaba formado, pero del que no parecía conocer a nadie. Ni conocía a nadie, ni se hizo amigo de nadie, simplemente jugó un par de rondas y luego se fue. Otras veces pasó las últimas horas de la tarde con los músicos franceses, y algunos días, al anochecer, sacaba el acordeón y una silla plegable y se dedicaba a tocar en la calle, siempre por los alrededores del Paseo Marítimo, aunque alejado de la caravana. Cualquiera diría que era un vagabundo que pedía limosna, porque no despreciaba las monedas que algún incauto dejaba sobre el estuche; si bien Blaya sugirió que se trataba de otro de esos papeles que a Lucena le gustaba representar. El repertorio era el de siempre: música clásica; sobre todo Bach o Vivaldi, que eran dos de los pocos compositores que Blaya alcanzaba a reconocer, aunque no era extraño que añadiera un toque de rareza con alguna interpretación más moderna. Ahí, siguiéndole por pura afición, como había dicho, descubrió que Lucena tenía una intensa vida sexual. No sólo lo vio en compañía de la muchacha rusa, la que hablaba español, sino que lo vio con otras mujeres. Entre el caos que parecía presidir su vida, Blaya dedujo que un par de veces a la semana Lucena reclamaba los servicios de una prostituta, algo que asoció a sus extravagancias cuando le aseguró que para prevenir el cáncer de próstata era bueno mantener relaciones sexuales continuamente. A veces Lucena encontraba a las prostitutas por la calle y a veces las citaba directamente en el hotel. O mejor dicho, en los hoteles, porque durante aquellas semanas frecuentó más de uno. Sólo en una ocasión le vio Blaya llevar a una mujer a la caravana. No más. La edad de las mujeres podía variar de muy jóvenes a maduras, y no había un color de piel predominante, ni tampoco características que siguieran una pauta. Los gustos de Lucena eran variados. ¿Le vio en alguna ocasión acercarse a un hospital? ¿A cualquier lugar relacionado con los crímenes del Asesino de la Eutanasia? No, Blaya hubo de reconocer que mientras le siguió su amigo nunca llevó a cabo alguna de las acciones que él le suponía, pero eso no significaba nada porque coincidió que durante aquel tiempo no se registró ningún asesinato. Influidado por tanta vigilancia, contó haber soñado algunas escenas en las que Lucena le pedía que averiguara su verdadera identidad, y que eso le hizo reflexionar, como si los sueños le

permitieran avanzar en sus pesquisas y encontrar allí las únicas pistas que su precaria investigación le negaba. Si Lucena disfrutaba de una o más identidades, habría un motivo que sustentara haberse tomado tantas molestias, y a Blaya no se le ocurría pensar que fuera precisamente a él a quien le fuera revelada la verdad. ¿A santo de qué?, dijo.

Ahora, cuando lo contaba, tampoco le habría extrañado que el viaje en el Orient Express les hubiese salido gratuito, como dejó entender Lucena. Entonces Blaya no le creyó, del mismo modo que no podía creerle en casi nada, y tal vez fuera ese detalle el que le distrajo del fondo de la cuestión. Porque si uno se ponía a pensar—y en las últimas semanas Blaya había pensado mucho—había un número muy reducido de tareas que ellos pudieran llevar a cabo a cambio de que el viaje no les costara un solo euro. Al menos, a él no se le ocurría ni una sola que fuera legal. Si acaso tan sólo cabía reírse de sí mismo ya que, en un principio, la combinación Lucena y viaje gratuito le había hecho pensar que su amigo estaba dispuesto a costear de su bolsillo, si no todos, buena parte de los más de doce mil euros del viaje al paraíso.

Tal vez Lucena conocía San Petersburgo por otros motivos más inconfesables que el viaje navideño que iban a realizar. Eso suponía Blaya, porque había presentido que su amigo disponía de información detallada y reciente. Quizá por eso le sorprendió que insistiera en comprar unas guías con la excusa de que si sabían adónde querían ir, sólo les faltaba estar al tanto del país que iban a visitar. No bastaba, como él creía, con una sola. Había guías que englobaban el territorio entero, pero abarcaban mucho y apretaban poco, eso contó reiterando que además de una general necesitarían las de San Petersburgo y Moscú. Era el viaje de su vida y había que sacarle todo el jugo posible. Blaya comentó que no sólo era el viaje de su vida sino que, además, podía afirmar rotundamente que también sería el último. Si no llegaba a Moscú en un ataúd podría dar gracias a Dios, incluso si no creía en él. Tanto darle vueltas al sentido de la vida para que, al final, ese sentido se concretara en llegar vivo a una estación de tren. No sabía cómo le sentaría el frío a sus pulmones, pero tantos grados bajo cero no podían ser buenos para nadie y menos para alguien que llegaría en el último resuello. Tal vez no necesitara ninguna guía porque no podría moverse del tren ni salir de los hoteles. ¿Dónde fumaría?, se había preguntado, pero no quiso romper el encanto que

todo aquello representaba para Lucena y se guardó las preguntas comprometidas para otra ocasión, incluida la de qué harían con su cuerpo en caso de que muriera en territorio ruso. Para la cuestión del frío pensaba pedirle consejo a la doctora Masabeu, tiempo tendría de hacerlo. Blaya echó mano instintivamente de la cajetilla de cigarrillos que solía guardar en su bolsillo. Irremediablemente, cuando en la conversación surgía el tema del tabaco, a Blaya se le disparaba un resorte que le llevaba en busca de un último cigarrillo. Cuando eso mismo sucedía junto a Lucena, éste no decía nada, y cuando le daban los ataques de tos, según contaba Blaya, el otro le observaba taparse con un pañuelo y le anunciaba solemnemente que uno de aquellos días sacaría los pulmones por la boca y que allí, bruscamente, terminaría todo. A esas alturas Lucena ya no insistía en que fuera a ver al doctor, muy probablemente ya sabía que su amigo se moría. Suerte tenía Blaya de los parches de fentanilo. Suerte de parches y lástima de tos y ahogos, se quejó, como si hubiera sido posible irse muriendo lentamente sin ello. En el fondo no había empeorado tanto desde la época de la que hablaba. Aspiró el humo del cigarrillo y siguió contándonos la historia de las guías que Lucena pretendía comprar, en principio en unos grandes almacenes y al final en una librería de la Gran Vía, porque Blaya estaba cansado y pensó que allí podría descansar y reponerse. Aquella librería era como las que Lucena solía visitar en el extranjero. Aquí nunca había visitado una de estas características. En realidad ninguno de los dos solía visitar esa clase de librerías ni ninguna otra. Blaya sabía que existían, pero se consideraba un hombre de papelerías, esas tiendas de barrio que vendían libros, libretas, gomas de borrar, lapiceros y bolígrafos, y apenas había entrado un par de veces en una librería verdadera. En lugar de ir en busca de las guías de viajes, Lucena fue recorriendo los letreros de las estanterías hasta dar con los clásicos. Blaya permaneció cerca de una mesa que anunciaba las novedades del mes y luego estuvo dando vueltas, viendo los títulos de las obras y los nombres de los autores. Entonces dijo que tomó un libro de la mesa y que leyó un párrafo, que luego lo cerró y lo devolvió a su lugar y que repitió el mismo procedimiento con otros. Pensaba ahora que tal vez buscaba una frase, una señal que tirara de él, que le revelara un mundo oculto que debería lanzarse a descubrir sin dilación alguna. Lucena, en el otro extremo, seguía con la mirada fija en los anaqueles, y Blaya se preguntó si se había perdido algo al dejar de leer durante todos aquellos años. Se lo preguntó delante de nosotros.

Era un pensamiento inútil, pero aun así quiso acordarse del último libro que había leído—se refería a algo serio que no fueran las novelas de vaqueros—y vio que debería remontarse a su época de casado o inmediatamente después. Descartó aquellas lecturas que había considerado necesarias para la profesión y recordó que tal vez lo último que había leído era *El diario de Ana Frank*, cuando estuvo de moda, y con toda probabilidad lo leyó porque su mujer le había insistido en que lo hiciera. Regresó a la librería. En un libro leyó lo siguiente: «Dos hormigas salvajes y suicidas». ¡Hormigas salvajes y suicidas!, se había repetido mientras lo cerraba e iba en busca de su amigo. No quería olvidar la frase y la anotó en la libreta. En aquel momento pensaba en Lucena porque aquello de ser una hormiga salvaje y suicida le encajaba como un guante. Parece que llegó a las guías de viaje sin fuerzas, que localizó tres que hablaban de Rusia y se sentó en una butaca cercana; que ni siquiera cogió una para hojearla, y que cuando al rato se acercó Lucena, se limitó a señalarle con un dedo el estante donde se encontraban.

Al final acabaron comprando las guías de San Petersburgo y de Moscú a medias, aunque Blaya renunció a llevárselas a casa. No es que hubieran dejado de interesarle los museos o los parajes que suponía que visitarían, sino que le daba pereza el viaje y aceptaba ir como a quien no le queda más remedio. Le importaba más la compañía de la chica muda que cualquier otro aspecto de aquel periplo que comenzaba a vislumbrar en el horizonte cercano. En eso debió de pensar de regreso a casa, pero una vez allí, contra todo pronóstico, lo que hizo fue buscar, entre los libros que habían quedado relegados a la parte trasera de un estante, alguno que le incitara a la lectura, aunque enseguida comprendió que tampoco esta vez se animaría porque seguían sin interesarle lo más mínimo. Alguno era fruto del obsequio irreflexivo que le había hecho algún compañero de la comisaría. ¿Era un regalo o se lo habían prestado y él había olvidado devolverlo? Otros pertenecían a una colección de casos policíacos a la que, no menos irreflexivamente, se había suscrito muchos años atrás. Por lo que recordó no había leído ninguno. Se reía Blaya cuando contaba estas cosas y encontraba curioso haber acabado leyendo unas novelas del Oeste por cuyo autor nunca había mostrado interés, ni siquiera de joven, época en la que aquél había alcanzado la fama. Pero no sólo eso, sino que también le parecía

extraordinario querer tomarse la ley por su propia cuenta, como si se tratara de un mal menor, algo que en tales obras era habitual y que ahora llevaría a su punto culminante en nuestra compañía, aunque decía, resignado, que había tenido que esperar a la peor vejez, aquella que se pasa en la antesala de la muerte, para darse cuenta de ello y para tomar, por primera y última vez en la vida, una decisión de tanta trascendencia. Tampoco estaba exento de ironía que hubiera sido esa clase de lectura la que acabara entreteniéndole, y no los libros de filosofía, que eran los que se había prometido leer mientras cavilaba en el campo de fútbol del Alzamora. Buscó entre aquellos libros *El diario de Ana Frank*, pero no lo encontró porque se debía de haber quedado en el domicilio de su ex mujer. En su momento, aquel libro escrito por una niña judía le había hecho pensar. ¿Cómo habría actuado él de encontrarse allí? ¿Habría cargado el resto de su vida con un peso en la conciencia? Allí había un ejemplo de dilema moral al estilo del de Heinz. Y ahora Blaya especulaba, coronel, que sin saber que en un futuro existiría dicho dilema, ya entonces aquella obra le había obligado a pensar qué hubiera hecho él, policía, de haber descubierto a la niña judía, o a cualquier judío, de haber ejercido en Holanda, en Francia o en cualquier otro Estado bajo tutela de la Alemania nazi. ¿Hubiese cumplido la ley imperante? Eso se preguntaba entonces y se seguía preguntando ahora mientras lo contaba.

A finales de septiembre comenzaron a acosarle las pesadillas. En ellas aparecían su ex mujer y su hijo, pero en algunas también lo hacía Lucena. Soñó entonces que regresaba al trabajo y que las piernas no le tenían en pie. Vaya policía estás hecho, se decía arrastrándose por las calles de la ciudad, persiguiendo a Lucena por dondequiera que fuera. En una ocasión le soñó disputando un campeonato mundial de boxeo. De pronto sonaba la campana y Lucena se retiraba a la esquina del ring donde él aprovechaba para regañarle porque ya no tenía edad para disputar combates. Ahora mismo vas y te rindes, le decía mientras le mojaba la cara con una esponja. Era un sueño que coincidió con el final de la temporada taurina. Sería por eso y por la espesa atmósfera de los billares que Lucena siguió hablándole de boxeo, enriqueciendo sus famosos pugilatos del año con comentarios del ambiente en el que se entrenaban los púgiles—se refería a otras épocas, por supuesto—y dando a entender que en algún caso incluso había gozado de un papel

relevante entre bastidores. Lo contrario de Blaya, que si había conocido alguno de aquellos lugares no era por su afición al boxeo o a la lucha libre, deportes de los que Lucena podía hablar extensamente y utilizando un lenguaje rigurosamente apropiado, sino por razones profesionales. Lucena decía envidiar a quienes habían vivido la gloria del Price, y se lamentaba de no haber podido asistir a ninguna de sus veladas. Si había que creerle, porque dudaba Blaya que los fervores por los toros, el boxeo o las mujeres no fueran parte de otra de sus artimañas, Lucena habría residido media vida en el extranjero, primero en Francia y luego en Suiza y en Alemania; su hoja de servicios pasaba por destinos como París, Ginebra o Bonn, aunque también había estado en Berlín, claro. ¡Cómo iba a perderse aquello del Checkpoint Charlie!, señaló Blaya en un tono irónico. En todos los destinos había visto boxear a tipos verdaderamente grandes en su especialidad. Ahora el boxeo está muerto, sobre todo a nivel local, le había dicho en una ocasión. Sin embargo, solía ver los mejores combates que tenían lugar en cualquier parte del planeta simplemente conectando el ordenador. Lucena conservaba una buena memoria y recitaba los nombres de los púgiles e incluso las fechas de ciertas peleas, a la vez que enumeraba su propio ranking de los veinticinco mejores campeonatos de la historia, que Blaya, por supuesto, no podía repetir, aunque sí era capaz de mencionar a algunos de sus protagonistas, sobre todo porque eran reconocibles para cualquiera que hubiese sobrepasado los sesenta. Nombró a José Legrá, a Joe Louis, a Rocky Marciano, a Paulino Uzcudun, y dos combates, el de Cassius Clay contra Sonny Listón, en realidad Cassius Clay *versus* Sonny Listón, que era como lo mencionaba Lucena, y otro que era conocido por toda la humanidad, y que Cassius Clay había disputado en Zaire contra un tal Foreman. De fútbol, Lucena no hablaba nunca, porque no le había interesado ni siquiera de pequeño, y por eso Blaya decía, cuando quería ser malvado, que su amigo no mostraba ningún aprecio por el fútbol porque era el único deporte en el que se hubiera sentido en inferioridad de condiciones. Así era aquel Lucena, había suspirado Blaya, alguien que podía mezclar grandes campeonatos de boxeo con grandes campeonatos de billar y con las veinticinco mejores sinfonías musicales, y de alguna manera a Blaya le impresionaba todo aquel derroche de conocimientos, por la memoria que todavía demostraba y porque sabía verdaderamente de qué hablaba. Suerte que él se defendía en el billar, admitió, porque de no ser así además había tenido que aguantar sus mofas.

Por aquella época Blaya todavía le seguía los pasos a Lucena. En ocasiones le parecía que todo adquiriría algún sentido y en otras que estaba perdiendo el tiempo. Luego pensaba que el tiempo era aquello que había ido dilapidando día a día desde hacía tantos años, por lo que poco importaba si seguía haciéndolo un rato más. ¿Qué más le daba ahora? Mientras seguía a Lucena se entretenía, las horas pasaban veloces persiguiendo su objetivo, un objetivo que no era ni bueno ni malo, y aunque un tanto ficticio, un objetivo al fin y al cabo. Por ese camino podía llegar a conclusiones parecidas a aquella frase que a Lucena le gustaba tanto repetir: que una vez resueltas las cosas importantes, los humanos nos dedicábamos con todas nuestras fuerzas a las tonterías. Así pues, ¿qué iba a sacar en claro Blaya viendo a Lucena recoger una o mil cartas del apartado postal? Aquel anuncio con la fotografía de la primera comunión había dado buen resultado, y había gente que le escribía. Eso dedujo Blaya tras verle recoger dos manojos de cartas en la central de correos de la plaza Antonio López. Quizá la llamada de Lucena había obtenido cierta repercusión, pero también podía darse el caso de que aquellas cartas no fueran sólo respuestas a su anuncio, sino que entre ellas se mezclara su correspondencia habitual. Una estratagema para ocultar, en medio de tanto ruido, los mensajes profesionales que por un motivo u otro debía de seguir recibiendo. Ambos tipos de correspondencia eran del interés del resucitado inspector de policía. ¿Qué podían decirle a Lucena aquellos curiosos que le escribían? ¿Que le recordaban de cuando era pequeño? ¿Que ellos estaban allí presentes, junto a él, aunque no aparecieran en la foto? ¿Precisamente en aquella primera comunión?

Fuera por el motivo que fuera, Lucena nunca se había hecho acompañar por Blaya a la estafeta, nunca habían ido juntos a recoger el correo, ni antes ni después del anuncio, y más tarde nunca le había mostrado aquellas cartas, ni siquiera comentado su contenido. En un principio Blaya había dado por sentado que Lucena había contratado recientemente su apartado postal, y que lo había hecho para recibir el correo de su peculiar campaña. Puestos en materia, allí había toda una línea de investigación que cubrir. Lucena no esperaba nunca a llegar a la caravana, ni a sentarse en una cafetería, ni en un banco de la calle, sino que iba abriendo y leyendo las cartas mientras caminaba, echando de vez en cuando un vistazo a su alrededor, lo justo para no tropezar o para que no le atropellaran. A Blaya le parecía que Lucena se

quedaba como hipnotizado con aquella correspondencia.

El tema estrella de esa época, sin embargo, no podía ser otro que el Orient Express. ¿Qué sabía él del Orient Express? Pues primero bien poco, ya que no había conseguido que aumentaran sus ganas de viajar, porque su pensamiento siempre había tenido un único destino: la chica rusa. Y si durante las dos primeras semanas había capeado el temporal de explicaciones que le proporcionaba su amigo, cuando lo recordaba se daba cuenta de que Lucena le había abrumado con tanta información que era imposible desprenderse de ella. Así había visto cómo evolucionaba no sólo la maqueta del tren, sino la cantidad de documentación que el otro era capaz de recolectar, como si acopiara provisiones para una próxima guerra mundial. Le había mostrado fotografías del comedor, incluso dibujos que acompañaba con expresiones grandilocuentes que aturdían su capacidad crítica. ¡Qué lujo! ¡Esto sí que es vida!, decía, mientras le mostraba unos magníficos sillones desplegados a lo largo de un vagón de tren cuyo atractivo era parecido al que tendría un exclusivo club social destinado a la aristocracia. El vagón restaurante disponía de capacidad para cuarenta y tantos comensales en mesas de cuatro y de dos plazas, y Blaya lo recordaba porque se trataba de un detalle que Lucena valoraba en gran medida, y todo para mantener la tan pretendida similitud de su maqueta. Eran unas mesas cuyos manteles Blaya nunca se atrevería a manchar, con copas de cristal talladas a mano y la cubertería de plata marcada con el logo de la compañía que se repetía por todas partes, dos leones o grifos, qué más daba, dentro de una orla de la Compagnie Internationale des Wagons-Lits et des Grands Express Européens. Todo en azul, que era el color predominante, un azul cobalto. Y luego le aconsejaba Lucena que no esperara tampoco un compartimiento fuera de serie, porque el tren tenía las medidas que tenía, que preferentemente debía valorar las maneras, el hecho de disponer de un mayordomo para cada pareja—y la palabra mayordomo, imitaba Blaya a Lucena, era pronunciada con un tono solemne—, y esperar, eso sí, un trato distinguido, repitió por enésima vez, como nunca les habían obsequiado en ningún otro lugar. A esas alturas estaría dispuesto a admitir que Lucena se había convertido en un experto en el Orient Express. Eso había que reconocerlo, aunque a Blaya le traía sin cuidado, ya que su pensamiento seguía estando con la chica rusa. Si

acaso, a Blaya le parecía que en aquellos vagones había demasiado lujo. El habría preferido un lugar más discreto. ¿Qué iban a hacer ellos dos entre los otros viajeros, probablemente ricos de verdad? La gente que viajaba en aquella clase de trenes no era de su estrato social. Se iba a notar que no eran más que unos viejos decrepitos acompañados de sus putas. ¿Y eso te importa?, dijo que le preguntó Lucena en cuanto se lo hizo notar. Según éste apenas les quedaba un minuto para que los enterraran y él todavía se andaba con remilgos. A la mierda lo que pensarán los demás.

Más tarde Blaya habría considerado abandonar aquella aventura en la que había creído casi a regañadientes. Durante unos días le dio vueltas al asunto, mirándolo desde perspectivas diferentes. Tal vez Lucena esperaba demasiado de aquel viaje, de la Navidad y de las putas. Tanto preparativo debería ir acompañado de una dosis de comprensión para cuando se torcieran las cosas. Si los paraísos no existían, lo más parecido tal vez se encontrara en un lugar imprevisto. Lo más probable era que no se cumplieran las expectativas, que el tren les decepcionara o que se pelearan entre ellos, con las chicas, los organizadores o el *steward*, que era como llamaba Lucena al mayordomo, camarero, o lo que fuera, que había de asistirles durante el trayecto. ¿Estaba seguro de que no iba a molestarse a la primera mirada que les reprochara una compañía tan joven? Eso pensaba durante los días en que todavía siguió los pasos de Lucena, y tal vez no debería decirlo, pero llegada la ocasión se introdujo en la caravana, en su ausencia, claro, porque Lucena seguía guardando una llave de reserva debajo del chasis, junto a una de las ruedas. Podría no haber entrado, pero entró. La curiosidad pudo más que él. Las cartas que encontró eran excentricidades de curiosos que se mostraban interesados por aquel hombre que había perdido la memoria. Había cartas de Barcelona, pero también de Málaga, de Granada, de El Ferrol, de algún que otro pueblo cuyo nombre Blaya no había oído pronunciar en su vida. Incluso había videntes que se interesaban por el caso. La desmesura formaba parte de un todo y no había el menor indicio de que las mentiras, los inventos o las actuaciones estrafalarias de Lucena pudieran tener fin. Si había creído que aquellas cartas podían guardar algún secreto del antiguo agente ya jubilado, dormido, o como fuera que estuviera en realidad, ahora no podría asegurarlo, pero sin embargo lo que le trastornó fue el hallazgo casual de una fotografía

en la que aparecía usted, coronel, junto a Lucena y las dos chicas rusas. Eso le cambió la perspectiva de todo este asunto. Ese día y los siguientes llegó a construir una y mil hipótesis. La cabeza le hervía de tanto darle vueltas a la fotografía aquella. Dijo haber rumiado y rumiado, hasta que todo se aceleró y acabó por desentenderse de la investigación. Había fracasado en algo tan básico para cualquier policía como era el olfato, así que obligado por las circunstancias abandonó. Quizá porque intuyó que la corta vida que le quedaba tenía una finalidad y que por primera vez en muchos años, como si siguiera sus recomendaciones, coronel, había un objetivo que cumplir. Después de ese día los hechos se precipitaron de tal modo que ya no volvería a pisar la caravana ni volvería a ver más a Lucena hasta que coincidieron en las que habrían de ser sus últimas horas. De todos modos lo que se preguntaba en aquellos instantes posteriores al descubrimiento era si debía hacérselo saber a usted, que había visto la fotografía, o si sería mejor esperar a que los acontecimientos se fueran aclarando solos. O no.

No dio tiempo, porque mientras se decidía llamó Lucena diciendo que los mismos rusos de los que las chicas habían huido—ahora se enteraba Blaya de eso—andaban tras él. Que cambiaba de emplazamiento la caravana y que ya tendría noticias suyas. A Blaya, por más que le diera vueltas al asunto, tampoco le encajaba aquella historia. Era así, y así había de creer en el relato de su amigo Lucena, no al principio, por supuesto, sino al concluir la conversación y, sobre todo, un mes más tarde, tras el macabro final. Porque a Lucena no era posible creerle si uno no se hallaba voluntariamente inmerso dentro de un juego que sólo podía aceptarse, obviamente, por amistad. Blaya, sin embargo, había dudado de su amigo porque no podía creerse envuelto en un episodio como aquél, pero no porque fuera otro de sus grandes inventos, sino porque era el primero que había acabado siendo real. Ni siquiera la realidad que acompañaba al Asesino de la Eutanasia se había acercado tanto a él como acabaría acercándose la historia que le había contado Lucena desde el otro lado de la línea telefónica. Allí faltaban los elementos esenciales de una investigación, pero una investigación en toda regla le estaba vedada, y él ya había cansado suficientemente los pies y había desechado, en consecuencia, cualquier pesquisa que tuviera que ver con tanto sinsentido. Más tarde, sentado en el Colombia o en la butaca de su casa, había llegado a

aceptar que las dos chicas con las que salían—también era un decir, apuntó—estaban huidas de sus chulos rusos, que éstos las buscaban, y que corrían el peligro de que las encontraran y pudieran desaparecer para siempre del sueño del Orient Express. Eso, según Lucena, ya era así en la época en que las conocieron en la casa de aquella mujer que era o había sido un secreto de Eleuterio Fuentes, y adonde habían ido a refugiarse. Y de pronto a Blaya le llegaba la noticia, a destiempo, y se enteraba de que los novios rusos de aquellas chicas andaban detrás de Lucena con la intención de ajustarle las cuentas. Le molestó que no compartiera con él los detalles, pero después de encontrar la fotografía en donde posaba junto a usted, coronel, y las dos chicas rusas ya sabía que no compartía con él muchas de las componendas o conspiraciones en las que podía estar metido, a excepción, eso sí, de aquellas que eran puras patrañas. Bueno, a él no le había ido tan mal mirar hacia otro lado cada vez que había sospechado algo. Podía incluso culparse de no haber hilado más fino. ¿No había utilizado al Asesino de la Eutanasia y los dilemas morales consiguientes como un velo que le protegiera de otra realidad mucho más grosera como era la prostitución? El bosque de distracciones urdido por Lucena no le había permitido ver el dilema verdadero, el que se sustentaba detrás de su relación con las jóvenes putas rusas. De tener otro oficio no habría habido nada que reprocharse. Pero no, él había sido policía y no le estaba permitido ignorar la sordidez que solía ocultarse detrás de la prostitución. En realidad se había concedido cierta indulgencia eligiendo el camino más fácil. Era como si hubiese cerrado los ojos y esperado un milagro, que la realidad no fuera realidad y que resultara diferente de como solía ser. Algo imposible. No podía esperar que unas putas rusas que apenas hablaban español hubiesen venido a España solas y por su cuenta. Con Lucena, Blaya nunca dejaba de sorprenderse, pero en esta ocasión quizá también debería de haberse sorprendido de sí mismo. Más tarde confesaría su desasosiego por la muchacha con la que había intimado. Le daba miedo no volver a verla, como si fuera un vértigo que cambiara algo esencial a lo que se agarraba con fuerza. ¿Qué pensaba hacer? Lucena tenía una idea muy clara de ello, pero no soltó prenda. Había dicho que se llevaría la caravana a otra parte y que le tendría informado. En verdad, lo que ocurría era que Blaya veía peligrar su futuro, esa especie de final feliz que sus sueños más ocultos habían acariciado. Adiós al azul cobalto y a la orla dorada que enmarcaba dos grifos o dos leones que habían de brillar con esplendor en sus vacaciones

navideñas. Por lo que decía su amigo, lo que venía a continuación podía alterar radicalmente sus propósitos. Lucena mentía cuando le aseguraba que todo seguiría igual, que únicamente contemplaba alguna corrección en la estrategia, que mantenía los mismos planes para la Navidad. No iban a arrugarse por eso, ¿verdad? Verdad, confesó haberle respondido él, entre otros motivos porque aquello era precisamente lo que deseaba escuchar, y dijo entonces que le preguntó en qué podía ayudar, y que el otro le respondió que no quería que hiciera nada, si acaso mantenerse alerta por si le tenían vigilado. No se quedó tranquilo Blaya tras la advertencia, porque sabía que no era cierto que nada hubiera cambiado. Precisamente todo se había alterado radicalmente. Y porque le había tomado cariño a la mudita rusa, aquella chica que apenas sabía decir sí o no, y le costaba reconocer que pensaba en ella más de lo que era pertinente, no pudo dejar de preguntarle cuándo volvería a verla. Esperemos, dijo el otro.

Tal vez porque había aguzado sus sentidos no le pasó desapercibido que aquellos muertos de los que hablaba la prensa el siguiente domingo, ya en noviembre, también eran los muertos de Lucena. Y no se refería ahora a los enfermos terminales que habían sido objetivo del Asesino de la Eutanasia, sino de la particular venganza de su amigo con los proxenetes rusos. La noticia había sido redactada en términos de un ajuste de cuentas entre bandas rivales, cosa que casi no dejaba de ser cierta. A él, sin embargo, no se le escapaba quién estaba detrás de aquellas muertes. Fue como despertar de una vez por todas y no quiso engañarse más, ante todo porque era consciente de la diferencia que había entre enfrentarse a sus antiguos colegas de la policía por unas muertes que tenían más de ayuda humanitaria que de otra cosa, que a las bandas organizadas del Este. Así que cuando Silva le sirvió el cortado, Blaya estaba distraído mirando a la calle con el periódico abierto sobre la mesa. Ojo maestro, imitó Blaya a aquel camarero que debería estar jubilado pero que seguía trabajando, si no por vicio por algún motivo parecido, quizá por lealtad, amistad o lo que fuera que le uniera al patrón. El tal Silva le urgió para que apartara el periódico dejando el plato con la tacita en un extremo. ¿Por qué motivo a veces le llamaba maestro y a veces capitán? No había llegado a una conclusión que decantara la balanza en un sentido u otro. Tal vez aquel hombre le hacía acreedor de cualquiera de ambos tratamientos.

Bueno, pues allí estaba, tras leer el periódico, dándole vueltas a las consecuencias de aquellos muertos de Lucena. Si acaso también buscaría la noticia en otros periódicos, simplemente para completar las suposiciones que ya había comenzado a digerir. Contó Blaya que se habría despedido del patrón y de Silva y de toda la tropa de comerciantes del barrio, incluidos aquellos con los que jugaba al dominó en el bar Roca, que solían reunirse allí los domingos para desayunar. Ahora mismo podría recordar los saludos que se intercambiaba con ellos; los de cualquier otro festivo, pero no los que se intercambiaron ese día. De éste no recordaba nada salvo la noticia del periódico y que tenía que darse tiempo para pensar. Debió de salir por la puerta del fondo, la que estaba pegada a la barra, y luego—de eso sí se acordaba—dio un paseo hasta la plaza Masadas, donde los primeros domingos de mes había un pequeño mercado al aire libre de aficionados a los trenes en miniatura, a los coches Scalextric y a las maquetas de todo tipo. Necesitaba pensar, repitió, y dijo que mientras le daba vueltas al asunto de las muertes encontró una reproducción a escala de un coche cama del Orient Express. Cuando lo contaba todavía no sabía por qué motivo lo compró: tal vez para que Lucena lo añadiera a su colección de objetos relacionados con el viaje, o quizá lo compró para seguir con la ilusión de algo que se estaba desmoronando a pasos agigantados. Aquel domingo, Blaya no dio su habitual paseo por Can Dragó, ni fue a ver cómo jugaban al fútbol los del Alzamora en el Camp de Porta. De la plaza Masadas se fue directamente a casa, allí buscó sobre el armario la pistola que no había usado más que en las prácticas de tiro, que no había cargado encima desde mucho antes de jubilarse y de la que ni siquiera sabría decir en qué año la guardó. Le quitó el envoltorio, el cargador y el carro y la limpió con gasolina, luego la secó y puso aceite a las piezas antes de montar un par de cargadores de repuesto. Por la noche, al salir a dar un paseo, pensó que tendría que volver a acostumbrarse a aquel peso que le molestaba bajo el sobaco izquierdo.

De algún modo sabía Blaya que debía esperar, y soportó la espera dedicándose a sus rutinas, la única manera que conocía de seguir adelante aunque fuera con el corazón encogido. Fueron días de tránsito durante los que pasó por todos los estados anímicos posibles. A veces pensaba que no volvería a ver a la chica y a veces hacía planes para cuando se reencontrara con ella, y se prometía que para entonces no perdería más el tiempo y que le

propondría que se quedara con él, que cambiara de vida por una corta temporada, algo efímero, unos meses tan sólo, hasta que él se fuera, que no se le haría largo ni pesado, que se auguraba a sí mismo un final breve y, aunque ingrato, no excesivamente desapacible. En ese estado le encontró Lucena, quien tampoco quiso desvelarle desde dónde le llamaba, ni siquiera si seguía viviendo en la caravana, pero sí le dio instrucciones precisas: que las muchachas le esperarían en un bar del Guinardó. ¿Podía darles cobijo un par de días en su casa? ¿Creía que se encontrarían a salvo en ella? Primero las instrucciones y luego la pregunta de si podía cumplirlas. Desde luego que había lugares seguros en donde protegerlas, el primero que se le ocurría estaba en Sant Antoni de Calonge con el bueno de su amigo Pere, pero le salió la vena egoísta y prefirió que se quedaran con él. Blaya confesó no habérselo pensado dos veces y haberlas llevado a su casa simplemente porque creía que había llegado el momento de contarle sus proyectos a la mudita; que para ello se serviría de la otra muchacha, la que se hacía medio entender con cuatro palabras y cuatro frases hechas, lo suficiente en todo caso para traducirle sus deseos. Lo de acogerlas un par de días en su casa tenía tanto sentido como si Lucena hubiese dicho dos años, es decir, ninguno; pero eso no le importó lo más mínimo a Blaya porque reconoció que si hubiera sido por él podrían haberse quedado en ella el resto de sus vidas. De pronto era como si le hubiesen recetado un medicamento extrañamente milagroso que le mejorara los desajustes del cansancio y la virulencia de la tos. El tiempo que había estado con ellas, no sólo las cuatro semanas que habían vivido en su casa, sino todo el tiempo anterior, el verano y el otoño incluidos, desde que Lucena las había invitado aquella primera tarde a los toros, había transcurrido con una rapidez extraordinaria, una velocidad sin duda relacionada con el cambio que había sufrido su vida y que él creía que le acompañaría hasta el final de sus días. Tal vez eso era lo que le daba verosimilitud a su compañía, el alto índice de probabilidades de que aquella idea de acabar sus días junto a la mudita terminara cumpliéndose, que por una vez en la vida un sueño tuviera la consistencia y la perspectiva de convertirse en una certeza. No lo acabaría siendo, por supuesto, porque ya conocía el final. De modo que el traslado al nuevo domicilio fue sencillo porque las muchachas estaban acostumbradas a llevar su propio hogar encima, en un par de maletas cabía cuanto pudieran necesitar. Hacía tiempo que la vida les cabía en un par de maletas, eso le pareció entender que decía la rusa que hablaba un poco de

español. El las alojó en una habitación contigua a la suya diciéndose que ellas serían las que se adaptarían a su modo de vida, algo que cumpliría en buena medida porque al principio mantuvo la regularidad de sus paseos, y sólo por las tardes se quedaba en la casa para estar con ellas. A la vecina del 57 le dijo que había decidido complementar la pensión con unas aportaciones extraordinarias, que no le extrañara encontrar un par de turistas por ahí cuando hiciera la limpieza o planchara. No era necesario que le creyera: que de pronto a un amante de la soledad le diera por alquilar una de sus habitaciones no encajaba por ninguna parte, pero al menos era una explicación, y él creía que no era preciso añadir más.

Luego vendrían esos momentos inconfesables, capaces de darle la vuelta incluso a la vida de un viejo como Blaya, porque la existencia, el espíritu, no sabía muy bien cómo llamarlo, le había cambiado con la sola presencia de aquella muchacha. Nada que ver con cuando trazó un plan que la realidad deshizo en pocos días. Cásate conmigo, dijo haberle pedido a la mudita, aunque reconoció que cada vez que lo hizo fue de forma poco convincente, como mirando hacia otra parte, hacia el exterior, por ejemplo, y también contó que ella a veces murmuraba algo ininteligible y que luego se acurrucaba contra él, como si necesitara de su calor o de su protección. La muchacha, dijo, solía cerrar los ojos, la cara empotrada contra su pecho. Podía recordar perfectamente que por la ventana, a esas horas, se filtraba la leve luz de las farolas, y que era curioso que aquella muchacha que permanecía callada hablara dormida. Nunca logró entender qué decía. Habría sido imposible incluso de no haber existido la barrera del idioma, porque el suyo era un idioma para seres que habitaban el mundo de los sueños. Él se olvidaba rápidamente de sus susurros. Cásate conmigo, aseguraba repetirle al rato, sin mirarla, sin importarle lo más mínimo si la despertaba. Eso arreglaría unas cuantas cosas. Blaya contó que ésa era la pieza que lo hacía encajar todo: los papeles de ella y su futuro, aparte de que resolvía a quién dejar la casa y los cuatro cuartos que le quedaban, y se preguntaba si, después de tanta soledad, merecía vivir aquellos momentos cuando ya no le quedaba más que un suspiro de vida por delante. Quizá era mejor no hacerse demasiadas preguntas. Dijo que en ocasiones como la que describía se limitaba a contemplar cómo dormía la muchacha, que a veces ésta le buscaba con un

brazo, que a veces él le cogía la mano y ella se daba la vuelta hacia el otro costado llevándosela para que la arrojara, que a su edad le parecía imposible estar viviendo aquellos sentimientos fuera de tiempo y lugar, que entonces la besaba en la mejilla. Ni siquiera sentía vergüenza de contárnoslo a nosotros. Cásate conmigo, dijo haberle musitado una y cuarenta veces a la oreja a lo largo de aquellos días; lo que según él no era un mal consejo, que se casara con aquel miserable que apañaba las cosas para buscarse compañía en sus últimos días; que no se preocupara, repetía como un sonsonete, que pasaría rápido, que no le quedaba más que un soplo, prácticamente nada, apenas tres meses. Contó que con el dorso de un dedo le acariciaba los cabellos que a ella le caían a un lado, y que si bien sus esperanzas no iban más allá, creía él que a ella todavía le quedaba una vida entera.

No tenía ningún sentido, pero ahí estaba, fuera de toda lógica, porque los sueños, decía, siguen su curso, imperturbables a la otra realidad que avanza en paralelo. Cuando menos podía esperarlo volvió a soñar con Alfonso. ¿Qué hacía su hijo allí, cuando sus cinco sentidos estaban pendientes de la chica rusa? Lo anotó en la libreta porque pensó que si le daba tiempo le daría vueltas a esa extraña relación que él intuía que existía entre la realidad y los sueños. No le hubiese importado de no ser porque su hijo le hacía un desplante ante el resto de jugadores del infantil del Pueblo Seco, y porque cuando él, que ejercía de entrenador, se retiraba al vestuario, sus ojos se tropezaban con los de su mujer que lo observaba fijamente sin decir nada. Contó Blaya que le habría gustado olvidar el sueño, pero que en cambio se levantó de la cama y tomó nota, como si se sintiera un poco doctor Freud. ¿Qué miraba su mujer desde la grada? ¿Estaba relacionado con su nueva situación? Tal vez su hijo desaprobaba su comportamiento. Quizá él se engañaba y había anotado el sueño tal como en su momento había registrado otros sueños, las esquelas o las noticias que aparecían en los periódicos, las que hablaban del Asesino de la Eutanasia, o la opinión que le merecían las novelas de aquel Marcial Lafuente Estefanía que le prestaba Lucena. Y también dijo haber llegado a ser consciente, mientras repasaba las últimas anotaciones, de que había sustituido sus antiguos y asépticos escritos de la vieja libreta de detective por una suerte de diario que no era ni una cosa ni la otra. Tal vez un sucedáneo de lo que él mismo consideraba que había sido su

propia vida.

A mediados de noviembre todo apuntaba a que la Navidad la pasarían en cualquier lugar excepto en el Orient Express. Lucena permanecía en silencio no se sabía dónde, y lo que más le inquietaba a Blaya era que, de pronto, una semana antes se presentara de improviso con los billetes y las reservas para ir de viaje al lugar más inoportuno del planeta. En realidad a Blaya cualquier destino le hubiera molestado por igual, porque lo que no deseaba era que le arruinaran su luna de miel. Tampoco podía hacer gran cosa al respecto y lo poco que podía hacer era estar atento por si el Asesino de la Eutanasia daba señales de vida, convencido de que un nuevo muerto le pondría sobre la pista de Lucena. Sólo había que esperar. Nada que no hubiera hecho en multitud de ocasiones a lo largo de su vida. Mientras tanto pasaba tardes enteras de paseo con las muchachas rusas, las acompañaba a los centros comerciales de La Maquinista o del Heron City de Can Dragó, y a los grandes almacenes, aunque sólo fuera para mirar y para comprar cuatro productos de primera necesidad. Fueron momentos únicos, no sólo porque verdaderamente habían de ser irrepetibles, sino porque entendió que se trataba de la última oportunidad de vivir lo que no había experimentado en toda su vida. Ellas le acompañaron al fútbol un par de domingos por la mañana, y como la rusa mudita se le cogía a veces del brazo, él las llevaba por las calles o los bares del otro lado de la Meridiana donde nadie le conocía. Incluso al cementerio las llevó uno de aquellos días. Allí les mostró la tumba de los soldados caídos por la patria y la parte judía, ésa donde había pensado una vez que le gustaría que le enterraran. Muy especial, dijo que era, así como los mausoleos de los gitanos, que a ellas les encantaban y cuya decoración él calificaba de naif para no llevarles la contraria, y decía que, al menos, no podía reprochárseles falta de color. Blaya no necesitaba más, no pedía gran cosa, vivir la cotidianidad que no había conocido: ir de compras, pasear, sentarse en una cafetería y pasar el rato. Fue un mes raro, noviembre, aunque maravilloso. En un par de ocasiones las siguió, un poco por curiosidad y otro poco para salvaguardarlas de cualquier eventualidad. Nada que destacar en la primera de las salidas, porque ellas no hicieron más que merodear por las tiendas de Virrei Amat, un itinerario que a él le recordó cuando enfilaba el paseo de Fabra y Puig buscando la calle Llobregós hacia el Carmelo, donde se

dedicaba a remontar sus desniveles imposibles. Al final había dejado de lado aquellos barrios porque una cosa era pasear y otra subir pendientes que no parecían hechas para los seres humanos. Volviendo a las muchachas rusas, dijo que era un placer verlas entrar y salir de unas tiendas en las que nada compraban, pero en las que removían prácticamente todo. Lucena se las había mandado con la promesa de una salida digna a su situación, algo cuyo significado le era desconocido a Blaya. Simple y llanamente no sabía a qué se refería Lucena cuando hablaba de darles una salida digna. Era como si les hubiese pedido que esperaran a marcharse para dar comienzo a una nueva vida. O eso era lo que imaginaba entonces, cuando lo más probable era que Lucena no hiciera otra cosa que pasar un mensaje que procedía de más lejos, tal vez de usted mismo, coronel. Sin apenas darse cuenta, Blaya se daba de tiempo hasta la Navidad. De ninguna manera cabía pensar en una solución anterior a esa fecha. Eso significaba que podía plantearle con calma sus proyectos a la chica. La segunda vez que Blaya decidió seguirlas, ambas se separaron en la estación de metro de La Sagrera, y él eligió ir tras los pasos de la mudita, que se bajó en Diagonal y también estuvo dando vueltas por algunas tiendas, como haciendo tiempo. Luego subió a un piso de la calle Rosellón y Blaya esperó pacientemente a que bajara y regresara a la casa. Así descubrió que ellas seguían visitando, si no a todos, al menos a algunos de sus antiguos clientes, de quienes debían proceder las llamadas que recibían en sus móviles. No quiso seguirlas más veces. Para él habría representado otra de sus múltiples maneras de matar el tiempo, pero no se sentía cómodo en esa faceta, sobre todo porque dijo que era como caer de bruces en la realidad y que lo último que deseaba era saber cuál era ésta. Desaparecido Lucena y con las chicas rusas en su propia casa, había roto con una parte importante de la rutina semanal e incluso diaria. Por un lado le faltaba algo, y por otro se sentía complacido con la vida casera que se veía obligado a mantener por una novedad desde cualquier punto de vista inesperada. Era como si la Navidad se hubiera anticipado. En todo caso, Lucena ya avisaría de cómo y dónde deseaba celebrarla porque, eso sí lo tenía claro Blaya, su amigo no renunciaría fácilmente a la Navidad. A su Navidad, si es que había que buscarle cierta exactitud a la frase. Cuando llegara ese momento él aceptaría, puede que de no muy buena gana, pero aceptaría. Tal vez no viajarían a San Petersburgo ni a Moscú, quizá no irían más allá de la vuelta de la esquina, a Blaya lo único que le importaba era que la mudita estuviera junto a él. Con

ella hablaba a través del lenguaje universal de los signos y, si había que creerle, acababan por entenderse. Por eso creyó haberla comprendido perfectamente el día en que ella le mostró la fotografía de un niño que debía de tener cuatro años, porque ella se lo hizo saber con los dedos de una mano, y él dedujo que era su hijo. No hubiese imaginado nunca que aquella chica, que no pasaba de los veinte, tuviera un hijo de cuatro. Tal vez fue entonces cuando decidió legarle sus pertenencias. No sabía si estaba a tiempo de casarse con ella, pero aunque eso no fuera posible, sí que estaba a tiempo de hacer testamento. Recordó a un joven abogado llamado Sellas con el que solía coincidir en el bar Colombia, él le diría si era posible o no llevar a cabo un matrimonio de urgencia. Así que le tomó prestado el pasaporte a ella y uno de aquellos mediodías se citó con el joven Sellas en su despacho de Vía Augusta.

En vista de su voluntad, desde luego que era mejor que se casara con la muchacha. No habría problemas, en todo caso era una cuestión de semanas, aunque tampoco le pareció a Blaya que fuera a morir tan pronto. Tras haber hecho testamento salió tranquilo y satisfecho del despacho del joven abogado, comió en el centro de la ciudad y se entretuvo dando un paseo por la Diagonal, pensando que tenía fuerzas suficientes para aguantar unos meses. En un bolsillo cargaba con aquel viejo anillo de San Valentín que había guardado en un cajón de la cómoda y que todavía conservaba en su ahora ya amarillento envoltorio. Quería grabar en él el verdadero nombre de la mudita—Sofia Fiódorovna, decía el pasaporte que se llamaba—. La joyería Ricart estaría cerrada a esas horas, pero tampoco había prisa, y pensó que lo llevaría por la tarde. Acababa de estrenarse diciembre y en cuanto anoheciera se encenderían las luces que engalanaban la ciudad dándole un aire especial a todo, y con ese todo que no acababa de concretar llegarían las prisas por las compras y la obsesión de la humanidad entera de ser felices a toda costa. Intuía que él también se sentiría dichoso ese año, y que por primera vez en décadas aquel espíritu navideño que impregnaba el ambiente contagiaría su ánimo. No estaba seguro de haber visto encendidas las luces en su barrio, pero más tarde, antes de cenar, podrían salir juntos a dar una vuelta, a imbuirse de la euforia colectiva. Las luces que verían en el paseo de Fabra y Puig o en la calle Gran de Sant Andreu no eran comparables, por modestas, con las de la Diagonal, el paseo de Gracia o la rambla de Catalunya, mucho

más elegantes y señoriales, claro, pero en su pensamiento igual servían las unas que las otras. Regresó al barrio en metro y se fue directo al Colombia, consciente de que en los últimos tiempos se había saltado más de una vez aquel del cortado y el cigarrillo. Si había de ser sincero, tampoco le importaba demasiado ya que la causa lo merecía. Consideró una verdadera suerte encontrar en una de sus mesas a la propietaria de la joyería Ricart. Se sentó junto a ella con el viejo envoltorio en la mano. Iba a pedirle un grandísimo favor, dijo haber expuesto a bote pronto. Algo parecido a lo de aquella película en la que una joven pareja consigue que en Tiffany les graben un anillo de bisutería. Desenvolvieron juntos el envoltorio y extrajeron el anillo de la cajita. No era exactamente bisutería, aunque sí era un aro sencillo de oro que él apenas recordaba. Anotó nombre y apellido en una servilleta. Si no cabía entero podían poner sólo la primera inicial y luego Fiódorovna. Se lo dejó sin más y luego buscó una mesa donde entretenerse con la lectura del periódico. Lo hizo sin prisas porque sabía que las muchachas no estarían en casa. Así que se lo tomó como un descanso, casi como una compensación por las mañanas en las que había faltado a su cita con el patrón y con Silva. Seguro que le venía bien repensar todo aquel asunto de la boda antes de reencontrarse con la mudita. No lo sabía entonces, pero sólo regresaría allí una vez más, y ya para despedirse, aunque antes incluso de acabar con la lectura del periódico, como si se tratara de una premonición, tuvo uno de sus frecuentes accesos de tos. Notó que le faltaba el aire, que el silbido de la respiración se le acentuaba ostensiblemente, y acabó escupiendo y sintiendo que se ahogaba en medio de la calle. Medio recuperado, pensó que no era seguro que llegara con vida a la Navidad y que tanta felicidad podía truncarse por su falta de previsión. Se dijo entonces que habiendo hecho testamento a favor de la mudita—recién Sofía Fiódorovna—, no pasaba de aquel día que ordenara los cuatro papeles que aún tenía a medio organizar, coronel, y que apremiaría al joven Sellas para que llevara a la chica rusa al consulado o al Ayuntamiento del barrio, lo que fuera, que se buscaría un traductor jurado que le transcribiera el compromiso que ansiaba contraer con ella, que la pusiera al corriente de su salud y le expresara su deseo formal, iba a decir oficial, de que se casara con él.

Horrorizado, Blaya había cerrado tras de sí la puerta de la habitación y revisado, con el arma en la mano, cada uno de los rincones. No encontró

daños en ningún otro lugar. Sólo los canarios, en el patio, yacían muertos fuera de las jaulas. Les habían roto el cuello y los habían alineado sobre una de las mesas, como preparados para una disección o una autopsia, dispuestos en perfecto orden para que él los viera y para que supiera con qué meticulosidad trabajaban aquellos asesinos. Era una señal inequívoca para él. Entonces regresó arriba, al escenario del crimen, guardó la pistola en la sobaquera y se dedicó a estudiar con detalle aquella salvajada. Apenas tuvo tiempo de pensar que instantes antes había puesto en duda que su vida pudiera alargarse más allá de las Navidades, tal vez ni siquiera eso. A las chicas las habían torturado y las habían colgado de una viga con un gancho que les atravesaba la mandíbula. Luego, o tal vez antes, se habían entretenido en despellejarlas. La sangre se extendía por toda la habitación, todos los muebles y objetos estaban impregnados, todo. No sólo la cama y el suelo estaban inundados, también las paredes y las cortinas estaban manchadas, como si un pintor exaltado se hubiera entregado en cuerpo y alma a esparcir pintura roja en aras de su gran creación artística. Los cueros cabelludos de ambas muchachas colgaban también, separados de sus cabezas, de las vigas adyacentes. No había mucho más. Sólo un olor nauseabundo y el silencio. El mensaje era claro, no cabía una doble lectura del crimen. Se había llevado a cabo con la crueldad con la que se ejecutan los escarmientos y los escarnios a la humanidad. En su larga carrera como policía nunca había visto un ensañamiento tal con las víctimas. No es que no supiera de su existencia, sino que los destinos por donde había transcurrido su vida profesional le habían mantenido apartado de aquellos horrores. Dijo haber fumado para robarles tiempo a sus propios pensamientos. Así que le imaginé extrayendo un cigarrillo del fondo de la gabardina y llevándoselo a la comisura de los labios con la mirada puesta en la lejanía, sin ver más que el color rojo de la sangre. Aseguró que por segunda vez había cerrado tras de sí aquella puerta, como si el simple gesto clausurara un mundo entero del que no quisiera saber nada, que fue a sentarse en una butaca del comedor frente a la ventana, que ni siquiera se molestó en quitarse la gabardina, y que lo vivió como si hubiese recibido un impacto tal que le hubiera noqueado. Intentó recordar la cara de las chicas. A él le gustaba la rusa mudita, ya lo sabíamos todos, pero lo repitió consternado por el recuerdo, la que su amigo le había presentado el primer día como una doble de una estrella del arte de la pornografía llamada Ashlynn Brooke y de la que poco antes había averiguado que se llamaba

Sofía Fiódorovna. A Lucena le gustaba la otra, la doble de la señorita Morgan. Quién sabe si se había hecho alguna ilusión con esa chica. No, Lucena no era un tipo dado a ilusionarse con las mujeres. A Lucena le gustaban todas las mujeres y lo de la tal Katie Morgan no era otra cosa que un juego, una de tantas extravagancias, una manera de pasar el tiempo hablando de algo. Lucena era un tipo que pensaba que el mundo estaba predestinado al precipicio, los hechos se lo demostraban día a día y él actuaba en consecuencia. Simplemente había de sacarle el mayor partido posible a lo que hubiera, a lo que se encontrara por el camino. Blaya sí que se había hecho ilusiones, limitadas a un último suspiro, ilusiones directamente relacionadas con un alto grado de egoísmo, el sueño de vivir una postrera época dorada junto a la chiquilla rusa. Los cadáveres habían perdido sus rasgos característicos, era difícil distinguir a la una de la otra. Nada importaba. Ni siquiera su identificación. Y sin embargo él había sabido desde el primer instante cuál era la una y cuál la otra. Ante el auditorio que se había formado a su alrededor, Blaya se entretenía buscando las palabras, levantándose y sentándose, palpándose el brazalete cosido en la chaqueta, sirviéndose una copa de coñac, encendiendo un cigarrillo, aspirando profundamente y soltando una enorme nube de humo. Entonces no hubiera sido capaz de hallar el motivo, ni siquiera le hubiera interesado saber que había uno, dijo, pero confesó haberse encontrado, de pronto, realizando actos inútiles que no llevaban a ninguna parte. Reconocía que había sido a causa del shock que se entretuvo buscando entre el correo por si había alguna carta suya, coronel, y que en su lugar encontró un sobre con membrete de la residencia militar. Que primero pensó que tal vez usted estuviera pasando unos días en ella, pero que enseguida vio que el contenido se refería a su solicitud para que le fuera concedida una plaza. Aseguró que de todos modos leyó la carta hasta el final, que se dijo que era por la simple curiosidad de saber si le habían otorgado o no un lugar entre aquellos viejos que hipotéticamente habían sido tocados por la rueda de la fortuna, pero la carta tan sólo hablaba de una segunda entrevista en el caso de que siguiera interesado. No recordaba qué hizo con la carta ni con el sobre, probablemente los tiró a la papelería y continuó fumando, pensando. Luego, habría dado algunas vueltas por el comedor, habría descolgado el teléfono y pedido ayuda: que era urgente que los agentes Braudel y McGregor fueran a verle, si no podían ambos, que al menos fuera uno de ellos.

Aquello era el final, ni siquiera cabía la posibilidad de engañarse, de hacer filosofía sentado en una grada de piedra, porque enseguida supo que se había dado de bruces con el desenlace inesperado que ponía fin a su vida. Tras una existencia plagada de dudas, uno sabía ciertamente que había llegado a la estación término, a su destino postrero. Después de todo, la vida resultaba ser eso. Tal vez incluso la calma que le invadía y cuya procedencia le era imposible comprender formaba parte del mismo principio. Así dijo haberlo vivido, sin saber por qué, sin saber ni siquiera cómo. Fue a sentarse ante la vieja mesa de madera que le había servido de despacho y allí, en unos minutos, estableció un plan. No era complejo, simplemente había que comenzar por el principio, y el principio era ordenarlo todo. Tomó papel y un bolígrafo y comenzó a escribirle a usted. Dijo él que se trataba de un texto más bien corto en el que le ponía al corriente de su enfermedad y aprovechaba para despedirse. Nadie le había escrito nunca de manera continuada, ni tampoco guardaba ninguna correspondencia, por breve que fuera. Las pocas cartas que había recibido a lo largo de su ya dilatada vida las había ido rompiendo cuando envejecían, igual que había hecho con las facturas, los catálogos de electrodomésticos o sus garantías. ¡Qué error!, comentaría más tarde alzando la voz, haberle dado el mismo trato a una carta que a una factura. Esas cartas ahora le permitirían recordar el pasado, nombres que habían quedado escondidos, ¡Dios sabría dónde!, en algún lugar de su cabeza. Era como si él mismo se hubiese tratado peor que a los centenares de expedientes de los que se había ocupado durante su vida profesional. Podía estar seguro de que éstos permanecían en alguna dependencia, bien archivados y custodiados, a cargo de un servidor público. Mejor suerte que las facturas y los catálogos correrían aquellas cartas que había recibido de usted y que habían de interesarnos a los responsables de ese seminario del olvido o de la memoria. Al menos eso dijo que había pensado en aquellos instantes. Las dejó aparte, anotó su nombre en un sobre, coronel, introdujo la carta que le acababa de escribir y lo cerró. Dijo entonces que sentía una paz interior que probablemente no era otra cosa que la consecuencia del shock, que éste le hacía actuar con parsimonia pero también ordenadamente, que ordenarlo todo se había convertido en una prioridad. De regreso en la mesa habría tomado en sus manos el retrato enmarcado de su hijo. He visto la fotografía y es la de un muchacho en el centro de un campo

de fútbol mirando fijamente a la cámara, los ojos cegados por la luz del sol y la boca entreabierta; el pelo cortado a navaja según, aseguró el ex policía, la moda de entonces. Sus rasgos pueden observarse con detalle pese a tratarse de una fotografía más bien mediocre, castigada por un exceso de luz. Viste camiseta a rayas verticales, blancas y azules, y pantalones blancos cortos; tiene el pie derecho rígido sobre el balón. Sé que las rayas son blancas y azules porque Blaya contó que éstos eran los colores del equipo de fútbol en el que había militado su hijo Alfonso. Blaya salió al balcón y se estremeció por el frío intenso que arremetía contra su rostro y sus manos. Desde aquella baranda había visto pasar tardes enteras enfrascado en los pormenores de alguna investigación. Regresó al interior. Liquidó el asunto de la herencia dejando un par de libretas de ahorro y las escrituras de la casa sobre la mesa del despacho. No había más. Su patrimonio cabía holgadamente allí encima y comprendió que todo era tan fácil porque llevaba un año preparándose para cuando llegara ese instante, sólo que en su imaginación los acontecimientos se sucedían de un modo distinto, aunque en lo fundamental, según confesó, nada había cambiado porque, cuando se ha hecho limpieza, en lo más profundo de uno mismo se sabe que es tiempo de iniciar una nueva etapa en la vida. Luego parece que echó un vistazo a las habitaciones. Tal vez pretendía despedirse. De la cómoda tomó la reproducción a escala del coche cama del Orient Express que había estado usando como pisapapeles, y entonces, coronel, cuando tuvo todo bajo control, echó a la basura los papeles que sobraban y guardó los medicamentos y los parches con el brazalete negro, que a los pocos días de la muerte de su hijo había lucido en el campo del Pueblo Seco, junto al vagón de tren en una vieja cartera de cuero y se sentó a esperar.

Ni Braudel ni McGregor estaban de servicio cuando entró la llamada de Blaya, de modo que fui yo, coronel, quien poco antes de las siete acudió a su domicilio en la calle Coroleu. Blaya se movía con lentitud y su aspecto era el de quien acepta encontrarse en el acto final, como si de pronto toda la pesadumbre del mundo hubiera recaído en él. Se le veía cansado y dijo que necesitaba pensar. La casa tenía un aire de tristeza, de hogar que se hubiese precipitado en la nada, que de pronto hubiese quedado vacío de todo cuanto alguna vez había tenido algún valor. Me llevó directamente hasta los pájaros

y luego al escenario del crimen. No sé todavía cómo no vomité ni me desmayé. Salimos. Hubo unos instantes de silencio y luego me entregó el pasaporte de la mudita de cuyo interior sacó las fotografías de un niño al que me pidió que localizara, porque había pensado dejarle todo su dinero y la propiedad de la casa. Guardó en un bolsillo uno de los retratos y ofreció el resto de sus pertenencias al servicio, por si las cartas que usted le había mandado y cuatro cosas más tenían algún interés para nuestro seminario. El mismo se encargaría de poner en el buzón la carta de despedida que acababa de escribirle. Quería irse y le sugerí que se tomara un descanso, que buscara refugio provisional en casa de algún amigo, pero él no tenía amigos y dijo que deseaba alojarse en un hotel que le era especialmente querido, que hacía rato que había sentido la necesidad de marcharse de allí, de aquella casa que ya no era nada; de marcharse de una vez, que ya no deseaba permanecer más tiempo entre aquellas paredes, que era como si se le hubiesen desplomado encima. Creo que en aquellos instantes ni siquiera le apetecía ver a mi padre o a McGregor que estaban por llegar. Me entregó un juego de llaves e intercambiamos nuestras firmas en una hoja donde de su propio puño y letra nos cedía parte de sus bienes y en otra donde se especificaba lo relativo al niño de la fotografía y que acababa de despachar, según dijo entonces, con su abogado. Tomó la cartera y una bolsa con su ropa y se fue. Luego contaría que había ido a despedirse de la señora Carmen, en el 57, a quien le dijo que se marchaba una temporada, que había dejado los canarios al cuidado de un compañero ex policía como él y, que vería gente por la casa porque había encargado unas reformas. De pronto ya no tenía nada más que hacer allí, y dijo que se fue bajo la luz de las farolas, andando hasta un paseo de Fabra y Puig engalanado por tantas luces que él las hubiese apagado, porque ahora las vivía como una afrenta personal. Horas antes, quizá por primera vez en muchos años, había pensado en aquella iluminación como algo alegre y tangible, algo que le gustaría mostrar a la mudita. Depositó la carta en el buzón de correos y luego fue a sentarse por última vez a una de las mesas del Colombia; y mientras el patrón le llamaba capitán y Silva le preguntaba si repetiría otro cortado, él había pensado que allí mismo había comenzado todo, un par de años antes, después de tropezarse con usted y de haber estado conversando, de paseo por el barrio y en aquella misma mesa, sobre cosas de jubilados y de gente que se resiste a la jubilación, y que fue usted mismo quien le habló de Lucena.

Aquéllos habían sido unos meses sumamente extraños, pensó. Un largo colofón a una vida policial que no sólo había desembocado inexorablemente en la nada, sino en el más trágico destino para aquellas dos muchachas. No hacía tanto de aquel encuentro en el canódromo y sin embargo le pareció que habían transcurrido muchos años, no sabría decir cuántos, sólo muchos. Quizá era la cadencia de la jubilación, tan distinta del ajetreo de la vida activa. Sin saber que se trataba de su última visita, el patrón al que él en ocasiones llamaba sobrino se dejó caer en una silla a su lado mientras estiraba maquinalmente las piernas y reposaba el trapo sobre sus rodillas. ¿De retiro? Blaya se sonrió al contarlo. ¿Qué otra cosa podía responder? Sí, había respondido que le había llegado la hora de retirarse, que lo había dicho consciente de que respondía a otra pregunta que no se había formulado, pero que no le importó porque a esas alturas ya nada importaba. No había importado nunca, y ahora era como si esa clase de cosas importaran menos que nunca. Silva se acercó apuntando con el dedo índice la esfera del reloj en su mano izquierda y preguntando si aquél era un día especial, si iba a contracorriente, y dijo que tampoco a esas preguntas podía responder de otro modo, que respondió que sí, que era uno de esos días en que todo andaba del revés. A la hora de despedirse, recordaba haberles dado un abrazo a los dos. Incluso le dio un beso a la hija del patrón, sentada debajo de la escalera haciendo los deberes. Pensándolo bien, le habían acompañado con una gran discreción en los últimos años de su vida, tal vez habían ayudado a darle el poco sentido que tenía. Como se le quedaron mirando a la espera de una explicación, a Blaya no se le ocurrió más que decir que en esta vida había cuatro cosas importantes y que el resto eran tonterías, que los humanos cuando teníamos las cosas importantes resueltas nos dedicábamos con todas nuestras fuerzas a las tonterías. Tal vez pensaron que era algo así como el espíritu navideño que se le había aparecido. En la calle paró el primer taxi que se le cruzó en el camino e instruyó al conductor para que atravesara el centro de la ciudad, dando una vuelta que a éste debió de parecerle inútil. Se pegó a la ventanilla y observó el exterior, consciente de que podía tratarse de la última vez que contemplaba aquellas calles y edificios. A medida que se acercaba al centro de Barcelona iba creciendo el número de personas que se aglomeraban en las aceras, ante los escaparates iluminados, bajo aquellas bombillas que horas antes tanta alegría le habían proporcionado. Blaya quiso

calcular la multitud que allí se congregaba, pero se rindió pensando en términos de miles de personas. Ahora no podría asegurar si en el cruce de Gran Vía con paseo de Gracia soñó que escuchaba unos fragmentos de *White Christmas*. A él le pareció que eran reales, que la voz era la del Bing Crosby de su juventud, pero no podría asegurarlo. Más adelante le indicó al taxista la dirección del hotel, en la avenida de la Catedral, porque vio que las casetas de juguetes todavía estaban por montar. Muchos años antes, una intempestiva noche de Reyes, había efectuado allí sus últimas compras con la ilusión del padre que saliendo de guardia pretende comprar sus ausencias. A medio trayecto dejó de mirar. Quería alojarse en el mismo hotel en el que solía hacerlo con la muchacha muda, pero parecía que iba retardando el momento. Así había sido desde que había salido de casa. No supo explicar el motivo, tan sólo dijo que constataba que así había sido, que incluso poco antes de llegar le ordenó al taxista que le dejara en la esquina de via Laietana con Antonio Maura, donde se apeó a la vez que daba un vistazo a las luces que lo invadían todo. No contaba con los helenistas que se agolpaban en la explanada y en las escaleras de la catedral, pero sobre todo no contaba con la música navideña que tronaba por los altavoces. Se dijo que lo soportaría como había soportado otras cosas peores, que tal vez ese dolor que se precipitaba ahora en la boca del estómago, y que nada tenía que ver con el cáncer de pulmón, sería más llevadero si lo distraía pensando que estaba allí con ella, soñando que le compraba unas figuras del pesebre para que las conservara cuando él muriera. No recordaba qué más había pensado entonces, pero al contarlo ya sabía que se engañaba, que el dolor en el estómago no sólo no desaparecería sino que incluso se acentuaría cada vez que pensara en la muchacha. A Blaya le parecía haber estado reflexionando largamente sobre la ciudad, tal como era ahora y tal como la conoció de joven. ¿Qué tenía que ver la ciudad con lo que estaba viviendo? Mientras lo contaba decía tener la impresión de que algunas cosas no cambiaban a pesar del paso del tiempo, a pesar de que aquélla era una Barcelona distinta de la que permanecía atrapada en su memoria. Y confesó también que lo más probable era que se hubiera quedado anclado en su juventud, allá por los últimos años cincuenta y primeros sesenta, en otra estética, quizá en otra parte de la vida, de su vida interior. Quizá ocurría, dijo, que andaba despidiéndose de todo y la ciudad formaba parte del decorado que le había acompañado hasta entonces.

Se encerró un par de días en una de las habitaciones del Colón. Hasta que le recogió mi padre, Blaya apenas bajó a la recepción a leer el periódico o salió para abastecerse de tabaco, parches y pastillas. Llamó al joven abogado Sellas, con el que acababa de hacer su testamento en favor de la muchacha rusa, y le citó en la cafetería del hotel. Allí, con la música navideña de los helenistas amortiguada por las paredes y las cortinas, le entregó la fotografía del niño que debía de ser hijo de ella, y rehízo el testamento a la vez que le pedía que recogiera de la joyería Ricart aquel anillo que llevaba grabado el nombre y el apellido de la madre del niño y que le arreglara el futuro, si es que eso era posible, porque intuía que precisamente ése era el caso, que existía un ser pequeño y desvalido en algún lugar del planeta al que había que rehacerle la vida, y añadió que cuando el abogado se fue volvió a pensar en la muchacha rusa, en su hijo y en todas las venganzas posibles. Le había fallado en lo esencial. No había sabido garantizar su seguridad; porque Lucena las había mandado a su casa no sólo para su beneficio, sino para que las protegiera, porque él mejor que nadie sabía cómo hacerlo, que por algo había sido policía. Se reprochó no haberlas mandado con su amigo Pere a Sant Antoni de Calonge, donde a nadie se le hubiera ocurrido buscarlas, pero por encima de todo Blaya se culpó de no haber estado a la altura de las circunstancias. Ni había intervenido sus móviles, ni había impedido su actividad profesional, ni había sido capaz de aconsejarles cómo pasar desapercibidas. En cambio se había esforzado procurando su bienestar, creando un entorno en el que pudieran moverse a sus anchas, tal vez pensando que se trataba de un escenario provisional y que si algo cabía hacer era alargar sus días junto a la chica mudita. No había pensado en otra cosa desde que llegaron a su casa. Ahora preferiría haber muerto. Se quitó de encima ese pensamiento aceptándose culpable, y se obligó a pensar en los mejores momentos que había vivido en el Hotel Colón, y luego en las veces que se habían visto fuera de allí, en los toros o en cualquier otra parte. Y, por contradictorio que pareciera, llegó a la conclusión de que le convenía tomarse una venganza, que sólo en la venganza podría encontrar la redención que buscaba, pero que en esta ocasión no iba a dejar que fuera Lucena quien llevara la iniciativa, porque era consciente de que había sido el propio Lucena quien les había metido a todos en aquel embrollo del que sólo se podía salir

de un modo. Tanto tiempo pensando en la falta de escrúpulos de las novelas de Marcial Lafuente Estefanía, y ahora él no pensaba en otra cosa que en tomarse la justicia por su mano. Quería morir en paz consigo mismo. Luego contó que en la soledad de aquella habitación de hotel había pasado gran parte del tiempo redactando textos que pudieran hacerles justicia a ambas muchachas, en especial a aquella cuyo verdadero nombre había descubierto recientemente: Sofía Fiódorovna. La realidad, admitió cabizbajo, había acabado por imponerse, porque nunca había destacado por sus escritos, y por más que lo intentó, la mayoría de las veces se quedó paralizado, ya que las frases que le venían a la mente eran de una mediocridad humillante. Quizá por ese motivo, por no saber escribir una sola frase digna, como si se tratara de un sustituto, hizo que le cosieran en la manga de la chaqueta aquel brazalete de luto que tantos recuerdos le traía. Ya no se estilaba eso, pero sería su último homenaje a los seres queridos. A cuantos había ido perdiendo a lo largo del camino. Eso le dijo a mi padre justo antes de abandonar el hotel, en cuanto acordaron los términos en que podía colaborar con nosotros y de paso llevar a cabo su propia venganza.

Me reencontré con Blaya pocos días más tarde, el 10 de diciembre, al incorporarme a la estación de vigilancia junto a mi padre y el agente McGregor, con quienes convivimos durante aquellos días que habrían devenido monótonos de no haber sido por sus dotes narrativas. Los rusos a quienes vigilábamos dormían por las mañanas, y en lugar de una vida fascinante a mí me parecía todo muy rutinario. Mi padre era partidario de no perder tiempo y planeó entrar un día cualquiera mientras dormían. Tanto a McGregor como a Blaya les parecía bien, sólo faltaba ir en busca de Lucena, a quien habíamos localizado en Rosas. Pero de pronto cambiaron los planes porque supimos que los rusos preparaban una fiesta para Navidad, no como la tradicional que celebraban el 7 de enero, sino una como la nuestra, en Nochebuena, y a la que habían invitado a miembros destacados de la organización. Fue en dichas circunstancias, mientras esperábamos y no teníamos nada más que hacer, que le sugerimos a Blaya que participara en nuestro Seminario Permanente. Una manera como otra de aprovechar las horas, aunque luego dijera que lo que verdaderamente le apetecía era hablar de cómo había vivido aquellos dos últimos años tras haberle encontrado a

usted en los galgos de Concepción Arenal. Así que contó cuanto creyó oportuno y cuanto su memoria le permitió recordar, a veces en un tono formal y a veces como si se tratara de una entrevista, a veces charlábamos durante los descansos, a veces a la hora del desayuno o del almuerzo, y a veces me convertía en su confidente. En esos momentos solía tomar notas, una costumbre reciente de la que dijo que aunque no servía para nada sí le calmaba los nervios y le ayudaba a poner las ideas en orden. Así fue que me habló de Marcial Lafuente Estefanía como un referente para entender a su amigo Lucena, quien en una ocasión dijo que sus novelas le acercaban a la realidad.

De modo que tras permanecer encerrados casi un par de semanas en la casa de la urbanización, finalmente conocí a Lalo Lucena. Fue en compañía del ex inspector de policía Blaya, con quien acudí a su encuentro en un parking a cielo abierto frente al mar, en el pueblo costero de Rosas. Yo le había ofrecido ir en un vehículo del servicio, pero él prefirió hacerlo en autobús porque dijo que sería como una despedida. A medida que se acercaba el final, venía Blaya se iba despidiendo de todo, así que se tomaba sus últimos momentos con calma, como si prefiriera ralentizar cada instante, darles otro ritmo a las conversaciones, a los cigarrillos que fumaba poco a poco, a las comidas. Decía que a su alrededor ahora todo sucedía en otra dimensión. Le acompañé por las tiendas de la estación de autobuses buscando algún presente para Lucena. Compró un periódico, una botella de vino—no se atrevió con el cava porque no había nada que celebrar—y una barra de turrón. El viaje resultó distinto a como lo había imaginado. Sólo subir al autobús tomó el periódico y se ajustó las gafas mientras confesaba que lo había comprado sin apenas pensarlo, como un acto reflejo. ¿Para qué?, me preguntó, aunque en realidad la pregunta se la hacía a sí mismo. Tal vez para distraerse, concluyó. Creía que un periódico ya no podía servirte más que para distraerle del vacío que se había apoderado de su cuerpo y de su mente. Dijo que lo leería como un deber de última hora. Calculó que podía tener entre cincuenta o sesenta páginas. Nunca se leían todas las noticias, me instruyó, sólo los viejos jubilados tenían el tiempo suficiente para esas cosas. Sobre todo antes de que les pusieran fecha de caducidad, aunque en eso no se extendería porque era su propio caso. Cuando uno no tiene tiempo porque la

vida que le queda es corta, entonces es cuando lo pierde en sinsentidos, murmuró a modo de advertencia, y a continuación insistió en si cincuenta páginas me parecían muchas o pocas. No sabía qué responderle, pero al final confesé que me parecían muchas, que en mi ordenador, donde yo recibía las noticias y los resúmenes de prensa, junto a toda clase de documentación, la información solía aparecer sintetizada. Me miró como si no me escuchara, aunque era una sensación falsa porque señaló que a él ya no le parecían ni muchas ni pocas páginas las del diario, que ya no le parecían nada. Tal vez necesitaba otra cosa que no podía darle un periódico. Tantos días contándonos su relación con Lucena y apenas había conseguido quitarse de la cabeza la imagen de las muchachas colgadas de la viga, la sangre esparcida por el suelo y las paredes. ¿O quizá debería cambiar y provocarse exactamente el efecto contrario? Vivir no sólo como si cada instante fuera el último, sino como si ese último aliento de vida fuera una gran mancha de sangre, como si ya se hubiera sumergido en el fragor de la batalla y allí viera, en aquel rojo que lo inundaba todo, los cuerpos inertes y despellejados. Quiso mencionar que tal vez ahora se hallaba más próximo que nunca a aquella contienda que le había rehuido durante tantos años de vida profesional, que tal vez se encontraba a un paso de las miserias propias y de aquellas en las que se habían entretenido sus colegas; los casos sangrientos que había visto desde la barrera le llegaban por fin, cuando no los esperaba. Hasta este momento aquello había sido tarea de sus compañeros, a quienes se refirió como una generación de jubilados que había medio olvidado y de quienes conservaba escasos buenos recuerdos. Les odiaba. Pero ¿por qué les odiaba? ¿Por qué descargaba su odio interior en su pasado gris y miserable? Tan culpables eran los demás como él mismo. Esperé al primer silencio para extraer de mi mochila algunos documentos, meras formalidades que quería comentar con él antes de vernos con Lucena. A nuestro alrededor había gente joven y de mediana edad. Algunos de ellos regresaban a casa aprovechando las fiestas navideñas. Blaya ignoró mis papeles, se acomodó en el asiento y volvió a lo suyo. Abrió el periódico al azar y fue saltando de un lado a otro como si buscara alguna noticia largamente esperada. Al parecer no la había. Sólo entonces miró hacia mi lado y dijo que ahora que se acercaba el momento final le costaba concentrarse. Con ambas manos dobló el periódico, lo guardó en la bolsa que colgaba del asiento delantero y echó un vistazo a mis notas. Sonrió para decir que, en comparación, los expedientes

mecanografiados de su época tenían una pésima apariencia, que ni la escritura a mano ni su vieja Olivetti podían competir frente a las posibilidades que ofrecía la informática. Los ordenadores no iban con él, me aseguró. Lo dijo como si fuera la primera vez que exponía tal idea, y yo supuse que era porque su discurso iba a entrar en una dimensión distinta. Por lo que entendí, su resentimiento venía de lejos. Aquella nueva tecnología, según él, había facilitado el homicidio laboral de toda una generación de policías. Tal vez sería más correcto llamarle genocidio, pero prefería emplear una palabra acorde con su antigua profesión. Luego rectificó, porque tal vez lo que acababa de decir no fuera verdad y lo que sucedió fue que con aquella excusa se los habían sacado de encima, que la realidad era que ya no servían para estos tiempos, pero que a todos ellos les había ido de perlas creer que se trataba de una razón puramente técnica, y que preferían pensar que así había sido. El imparable avance de la tecnología, se habían mentido entre ellos mismos. Si había que creerle, de nada servían sus conocimientos sobre investigación criminal. Ante los nuevos mandos, él y unos cuantos más, aseguró, habían perdido la agilidad necesaria para las tareas de la calle y se sentían desorientados, fatigados y desmotivados para reciclarse. Ni siquiera cuando llegó la democracia se había puesto en duda su valía, su continuidad al frente de las investigaciones, su experiencia. Eso había llegado de la mano de la modernidad, era la modernidad la que les había echado de sus empleos, una concepción economicista de cada puesto de trabajo, como si una investigación tuviera que ser valorada por su rendimiento financiero o bajo algún tipo de parámetro presupuestario. No quedaba tiempo para la investigación reposada, aquella que durante años había sido su fuerte. Así que aseguró que los habían jubilado de un plumazo, y que si pensaba detenidamente en ello debía reconocer que habían hecho bien en sacárselo de encima, porque él no encajaba de ninguna manera en esa nueva época. Con gesto pensativo se quitó las gafas y las mantuvo en el aire mientras miraba por la ventana. Luego dijo que la mayor parte de sus antiguos compañeros policías se dedicaban ahora a cuidar a los nietos y volvió a ponérselas, y señalando mis papeles me pidió que le explicara aquello que tuviera que explicarle.

A Lucena le encontramos en el Paseo Marítimo de Rosas, donde había

estacionado la caravana, logro que a simple vista no parecía entrañar una especial dificultad fuera de la temporada turística, de modo que el vehículo llamaba poderosamente la atención en medio del vacío. En ningún caso parecía aquél el lugar más apropiado para ocultarse, más bien al contrario, aunque con Lucena, según había yo aprendido de Blaya, nadie podía atenerse a nada, y aquel sinsentido quizá no fuera más que la demostración de su atrevimiento y de que tal vez hallándose a la vista de todos incluso gozaba de mayor protección. Le encontramos contemplando el mar sentado en una silla de camping. No había posibilidad de confusión, escuché que murmuraba mi acompañante mientras nos acercábamos, ya que nadie en su sano juicio hubiese aguantado allí más de un minuto, ni siquiera abrigado, enfrentándose al frío, a la humedad y al viento que soplaba a rachas. Se saludaron con un movimiento de cabeza y Blaya encendió un cigarrillo protegiéndose con la solapa de la gabardina. Entonces el ex policía le preguntó por la Compact y Lucena señaló con la cabeza hacia el vehículo. Tenemos trabajo, le anunció Blaya antes de presentarme, antes de añadir que ya debía de estar al tanto, dejando claro que no creía en aquella pantomima de la sorpresa. El interior de la caravana era un auténtico caos formado por un amasijo de ropa, restos de comida, platos sin limpiar, vídeos y *dvd* fuera de sus estuches, el ordenador portátil en marcha y algunas novelas de Marcial Lafuente Estefanía apiñadas sobre el sillón del conductor. Recuerdo haber tomado un ejemplar y haber leído pequeños fragmentos, y también recuerdo haber buscado con la mirada las guías de San Petersburgo, *La guerra de las Gallas* y aquella otra obra del tal Curzio Malaparte, como si quisiera completar el cuadro que había pintado Blaya durante los días de encierro. Lo hice mientras ellos dos se entretenían con la reproducción a escala del coche cama del Orient Express que Blaya había llevado consigo. Incluso tuve tiempo ese día de echarle un vistazo al famoso Rolex Submariner de segunda mano, idéntico al que había pertenecido al actor Steve McQueen y del que dijo Lucena que era un regalo de despedida de sus compañeros berlineses. Un esfuerzo colosal para sus bolsillos, aseguró. Que tal vez por eso lo apreciaba tanto. Por la noche hubo vino y turrón, pero lo que celebramos fue un funeral. Nadie dijo palabra. Aquel Lucena no parecía el Lucena del que Blaya nos había contado tantas aventuras y rarezas a lo largo de los días anteriores, pero no iba a ser yo quien pusiera en duda su pesar por el final de aquellas muchachas. Lo más parecido a lo que yo sabía de él fue que opinara que estaba pasado de moda llevar

cosido en la manga un brazalete negro y que cuando Blaya le aclaró lo de las hormigas salvajes y suicidas al preguntarle por el significado de las siglas *HSYS*, se lanzara a contarnos cuanto sabía de las hormigas: que no existía un cálculo fiable de los billones que poblaban la Tierra—a excepción de la Antártida y de unas pocas islas lejanas o imposibles para la vida, aclaró—y que su éxito se debía a una innata capacidad organizativa y también a su habilidad para resolver problemas complejos. Contó más cosas de las hormigas, pero lo que aquí importa es el recuerdo que me llevé, parecido a la misma conclusión a la que Blaya ya había llegado en su momento: que Lucena era un personaje extravagante, peculiar y excepcional. Antes de acostarnos levantó la tapa de uno de los asientos, donde no sólo almacenaba la Compact de Heckler & Koch que Blaya ya le conocía, sino que además se había aprovisionado de un verdadero arsenal, señal de que cuando le encontramos Lalo Lucena velaba armas a la espera de entrar en acción. Entonces Blaya me pidió que les dejara solos y yo me fui al hotel.

Si algunos guerreros llegan a comerse el corazón de sus enemigos, lo nuestro sería mucho más civilizado, casi como un ritual de cortesía—empático, diría yo—oficiado momentos antes del sacrificio, de modo que de regreso en el chalet de vigilancia acordamos celebrar la Nochebuena y que ésta fuera rusa. Ese día, el 24 de diciembre, transcurrió rápido y diferente de aquellos otros en los que Blaya nos contaba su vida de los últimos dos años. Habíamos memorizado el plan de asalto y cómo era o dejaba de ser la mansión donde vivían los rusos, y las horas de espera inmediatas a entrar en acción se harían insoportables si, como presintió Lucena, no les dábamos un sentido, de modo que tal vez ése fuera el motivo por el que se apropió de la cocina. Nadie iba a amargarle la cena de Navidad, vino a decir, y aseguró que a aquellas dos putas les hubiera gustado saber que él mismo se había encargado de preparar idénticos platos a los que habrían disfrutado en San Petersburgo o Moscú. Quizá no fueran exactamente los mismos, pero igual servían, señaló a la vez que alzaba la mirada hacia el cielo, como si de algún modo se estuviera disculpando con ellas. Era una exageración, por supuesto, porque al plato que él llamaba ensalada Olivier yo lo habría denominado simplemente ensaladilla rusa, y los pilminis no eran otra cosa que raviolis. Luego, entre él y Boris e Iván—los escuchas rusos—hicieron aparecer, sin

que supiéramos cómo, una botella de vodka que mi padre y McGregor se encargaron de racionar, claro, porque dijeron que no estaban para monsergas. No era como para quejarse, coronel, acostumbrados como estábamos a cenas de sencillez espartana, aunque en el fondo aquello tuviera la dimensión y el espíritu de las despedidas que no quieren serlo, sorteando las últimas horas como un reo en la capilla. La madrugada del día de Navidad la estación daba pena, desmantelada no parecía el mismo lugar en el que habíamos mantenido nuestras largas conversaciones. En presencia de mi padre y con una oreja puesta en las noticias que llegaban de Iván y luego de Boris, que llevaron la escucha a un vehículo estacionado en las cercanías, Blaya me confirió su documentación junto con una extensa carta. No iba a entregarme su libreta, confesó, entre otros motivos porque la había destruido. La había sustituido por una ristra de hojas en las que había transcrito buena parte de su contenido. Una selección, dijo. Abrí el sobre y ojeé aquel montón de páginas de letra apretada, casi sin puntos y aparte. La leería más tarde, pero igualmente mis ojos se encontraron con la frase final, el texto del epitafio con el que le agradecería ser enterrado: «Murió como una hormiga salvaje y suicida». Hubiera preferido decirle que terminado el trabajo vería las cosas de un modo distinto, pero me quedé sin voz, tal vez porque ya sabía que para él aquél era el único final posible. Ya no habría más anotaciones, comentó, y añadió que podía usar aquellas páginas para futuras investigaciones del Seminario Permanente. Por si podían servirnos, vino a decir con un punto de escepticismo, porque muy probablemente para él tenían un significado totalmente distinto del que nosotros pudiéramos darle.

Pasadas las cuatro de la mañana McGregor y mi padre reunieron al grupo para revisar por última vez el plan de asalto. A esa hora la fiesta estaba en su apogeo, en la mansión estaban todavía los miembros más importantes de la banda y buena parte de los invitados. Nosotros, por seguridad, habíamos estacionado algunos agentes de refuerzo en las inmediaciones. Se dijo entonces que por si acaso necesitábamos apoyo. Minutos más tarde Lucena apartó a un lado el plano del edificio, puso sobre la mesa el armamento que había traído e instruyó a Blaya sobre cómo debía actuar una vez iniciada la refriega. Mientras no le diera en el culo todo lo demás servía, sintetizó. Tal como estaba previsto, él iría delante. Me pareció curioso el espectáculo de aquel viejo agente, pero también encontrarme en primera línea y descubrir

una manera de hacer que debía de ser característica suya y de nadie más. Me dije que aquel hombre era peculiar hasta las últimas consecuencias, pero no hice ningún comentario ni pregunté, porque, como usted sabe, mi papel se limitaba a acompañar al ex inspector de policía Blaya, y porque hay cosas que pueden observarse pero que tienen difícil explicación. Estarán borrachos, auguró Lucena, sin que hiciera falta vaticinar nada, ya que conocíamos esa información por nuestros escuchas. Pero lo que realmente quería dejar claro desde el principio era que entrarían matando, disparando a cuanto se moviera. El mismo instruyó a Blaya sobre el uso de las granadas, le pidió que guardara su vieja Star para una emergencia—que yo interpreté para cuando se quedara sin munición—y le entregó una pequeña Uzi que podía ocultar bajo la gabardina si se la colgaba del brazo. Al fin y al cabo sólo teníamos que cruzar la calle y entrar. Había un único cargador de repuesto para aquella arma. No te olvides de disparar. Dispara y dispara hasta que te quedes sordo y sin munición, le aconsejó. La tomó de encima de la mesa y le mostró cómo debía sujetarla. Ojo porque tiene tendencia a irse para arriba. Esa clase de diálogo se dio allí. Casi un monólogo. Luego le puso dos pistolas entre el cinturón y la camisa. Blaya le dejó hacer abriéndose la americana por las solapas. Sus manos tirando hacia el exterior y un cigarrillo colgándole de la comisura de los labios. Una vez se hayan descargado, las tiras, dijo Lucena. La única que tiene munición de recambio es ésta. Le entregó una pistola con tres cargadores de repuesto. Guárdala para el final. Blaya asistía a la clase como si conociera de antemano las instrucciones. No dijo nada, porque tal vez no tenía nada que decir. Lo último que haría en esta vida, eso es lo que veo en su mirada cuando le recuerdo. Tosió y se entretuvo tomando una última pastilla de morfina. Su postrer «rescate», apuntó, aunque en realidad tanto daba porque en unos minutos estaría disparando y la adrenalina habría de calmarle cualquier molestia que pudiera padecer. Se quejó del peso y se acomodó las pistolas mientras Lucena hacía como si no escuchara y daba por terminada la sesión al sugerir que estábamos viviendo unas verdaderas Navidades rusas. Nadie dijo nada, ni siquiera hubo una leve mueca en nuestros rostros. Blaya miraba al vacío. ¿Preparado?, preguntó el otro. El movió la cabeza afirmativamente, comprobó que sus armas tenían el seguro descorrido e hizo ademán de sacar una de las que llevaba embutidas en la parte delantera de los pantalones. La sacó y la volvió a guardar. Luego se tocó el brazalete en la manga de la chaqueta como si quisiera alisarlo. Tal vez como si fuera un

amuleto al que invocar antes de la batalla. ¡Vamos!, dijo Lucena junto a la puerta. Bajamos las escaleras hasta la planta baja. McGregor iniciaba la marcha pendiente de los escuchas, yo cerraba la comitiva. El grupo de refuerzo permanecería oculto tras la esquina por si el asunto se torcía. Antes de salir al exterior vi cómo los viejos se estrechaban la mano fuertemente y luego se fundían en un abrazo. No podían ocultar que se trataba de una despedida. McGregor echó un vistazo a ambos lados de la calle y dejó que Lucena saliera como un toro al ruedo. La calle estaba medio iluminada y quieta. No habían transcurrido un par de segundos cuando alzó la voz. ¡Ahí viene la cuadrilla de Juan Belmonte!, dijo. Detrás, Blaya tiró el cigarrillo al suelo y murmuró que un día de éstos lo dejaba. Supuse que se refería al tabaco, porque el hombre iba absorto en sus pensamientos, tal vez en la Navidad, en la chica muda que había de acompañarle a San Petersburgo y Moscú, quizá en el Orient Express, haciendo que le subiera la adrenalina con la visión de las muchachas pendiendo de un gancho. A veces, mientras escribía estas páginas, he recordado aquella cara y aquellos ojos que no estaban en ninguna parte y me he preguntado qué podía estar pensando. ¿Qué era todo aquello? La vida que le acababa de pasar por delante como si nada; el fútbol; su hijo muerto... Mi padre voló la puerta y Lucena se coló a través del humo y el olor del explosivo, seguido de su compañero que entró, sin disparar, observando el panorama y escuchando las ráfagas que iba soltando el primero, ya mucho más adelantado, al grito de ¡Por Belmonte! ¡Venga conmigo la cuadrilla! Me sorprendió que todo hubiese dado comienzo sin más, sin mediar palabra, como si fuéramos a montar en el auto y a irnos, pero no, en lugar de eso ya estábamos en medio de un gran vestíbulo lleno de humo siguiendo unos disparos que siempre iban por delante. Un hombre herido que intentaba levantarse se movió en un extremo. Blaya le disparó desde debajo de la gabardina que todavía llevaba colgada de un brazo. Luego dejó caer la prenda al suelo y siguió su camino. A continuación iba mi padre y yo le seguía rezagada, cubriendo la retaguardia. McGregor se había quedado en la entrada y daba algunas indicaciones que nos llegaban a través de los auriculares, que si Braudi esto que si Braudi lo otro, que si por aquí que si por allá, que si mejor detrás de los viejos... Escuchamos el estallido de una granada y las voces de gente herida que se quejaba dentro de una habitación. La metralleta de Lucena seguía disparando y Blaya soltó una ráfaga ante una puerta que alguien intentaba abrir desde dentro. Las astillas

de la madera parecían imágenes de una película que se proyectaba ante nosotros. Blaya comenzó a hablar como si quisiera imitar a Lucena. Gritó la muerte, eso que sucede inevitablemente, y luego gritó ni orden ni ley, posiblemente porque por primera vez en su vida se había saltado ambas cosas. Hubo un instante de silencio a nuestro alrededor cuando lanzó una granada tras una puerta desencajada. Se apartó a un lado esperando a que estallara. Estaba segura de que lo hizo para romper la quietud. Vio girar lentamente el pomo de otra de las puertas. Volvió a disparar y repitió la operación con una segunda granada de mano. Esta vez pudimos escuchar nítidamente los gritos de los heridos. Disparó al interior sin mirar siquiera y prosiguió su camino hacia el fondo del pasillo. Repuso el segundo cargador y yo seguí a mi padre cubriéndole las espaldas. Al momento, él se metió en una de las habitaciones y yo en otra, asegurándonos de que no había nadie con vida. Salimos al pasillo de nuevo. Lucena y Blaya habían desaparecido y nosotros todavía estábamos rematando un par de cuerpos que yacían en el suelo. Están muertos, pensé. Quizá preferí suponer que era así y que mi trabajo era más bien inútil. Escuché a Blaya imitar a su amigo ¡Por la Fiódorovna!, decía. No era nada nuevo, pero me confirmó que había llegado hasta allí por pura venganza. No iba a ser ningún héroe, porque los héroes tal vez hagan esa clase de cosas sin necesidad de hallarse en pleno estado de enajenación mental, que era lo que a él le sucedía. Disparó un par de ráfagas más con la Uzi y la dejó caer. Luego tiró de las pistolas que sobresalían de la parte delantera del pantalón y llamó a Lucena para saber si todavía estaba vivo. Hubo respuesta y él gruñó de nuevo aquello de la Fiódorovna, como si se tratara de un santo y seña acordado de antemano. De vez en cuando se escuchaba alguna detonación. Seguimos su rastro. A mí se me ocurrió pensar que el nombre del operativo les venía como anillo al dedo. Entonces no sabía de dónde lo había tomado Blaya, y aunque desconocía el significado que pretendía darle, sí sabía desde hacía unos minutos que formaba parte de su epitafio. De todos modos lo de hormigas salvajes y suicidas les definía bien a ambos, a Blaya y a Lucena, aunque fuera por motivos completamente distintos. ¡Hormigas salvajes y suicidas!, dije bien alto y bien claro, como si me hubiese contagiado de aquella euforia. Eso es. Mi padre me miró de reojo. ¿Hormigas?, hizo como que preguntaba, mientras le disparaba a una mujer paralizada tras un sofá. Escuchamos a Lucena que regresaba del piso de arriba. Voy, dijo. Con él bajaban tres miembros del grupo de asalto que yo

creía de guardia en la esquina. No supe cómo habían llegado allí. Todavía hoy me lo pregunto. En un segundo salón había dos cuerpos caídos. Mi padre puso la pistola en la sien de uno, apretó el gatillo y se miró las manos y las mangas de la americana, ahora empapadas de sangre. Encontró otra cabeza cercana y repitió la operación. Hormigas salvajes y suicidas, murmuró entonces. Yo iba tras él, en un rincón había un niño muerto, su cuerpo doblado cabeza abajo. Le di la vuelta: era idéntico al de la fotografía que había pertenecido a la mudita pero no dije nada. Era mejor no haber visto nada. Tenía que olvidarlo y centrarme en lo que estaba haciendo. Fuimos a la cocina al encuentro de Blaya, sentado en lo alto de un taburete junto a un hombre y una mujer muertos, semidesnudos ambos. Entendí que esperaba a Lucena, lo dijo entre balbuceos y un principio de tos, y un segundo más tarde añadió Felices Navidades, como si nos diera la bienvenida, aunque en realidad se estaba despidiendo. Lucena llegó justo para comprobar que estaba malherido. Entonces le pidió que le siguiera al exterior, pero nadie hubiera podido mover de allí a aquel hombre. Nadie. Así que mi padre mandó a Lucena esfumarse calle abajo. Dime que ha valido la pena, le susurró Blaya al otro antes de despedirse. Dime que ha sido por una causa justa. Son preguntas que recordaré mientras viva. Lucena asintió. Así ha sido, dijo sin pensarlo dos veces, tocándole en la espalda, como si aquel gesto corroborara su afirmación y le diera sentido a todo. Le dio un abrazo, se volvió y se fue. Revolvimos todos los rincones. No había supervivientes, de eso le informé más tarde a McGregor en la misma puerta de entrada. Este repitió varias veces ¡Braudi! ¡Todos fuera! ¡Todos fuera! Recuerdo que no me podía quitar de encima la imagen del niño muerto. También se me quedará en la retina hasta el fin de mis días. Era como si de pronto hubiese caído en la cuenta de la tragedia que aquello significaba, en su burla y en su ironía infinita. De regreso en la cocina me acerqué a Blaya y le pedí que se cogiera de mi brazo para salir. Sabía que era misión imposible, que su herida pintaba mal, que su sonrisa mostraba el final del camino, de toda una vida. Dejé la pistola en el regazo y me pidió que saliera mientras agitaba con una mano el paquete de tabaco ante su boca y aprisionaba un cigarrillo con los labios; al ver que su otra mano colgaba a un lado sin vida encendí una cerilla y le prendí fuego al pitillo. Se tocó la manga a la altura del brazalete, otra vez como si fuera el talismán que había de traerle suerte, quizá abrirle la puerta del paraíso. El último, murmuró refiriéndose al cigarrillo, indicándome con la cabeza que me

fuera. Vi a mi padre esperando junto a la puerta de la cocina. Mientras salíamos le escuché canturrear al viejo una canción de Navidad. Acuérdate de mi epitafio, me dijo. Afuera montamos en la furgoneta. De pronto se escuchó un último disparo y el silencio inundó el interior del vehículo, como si la onda expansiva tuviera la facultad de desconectar nuestro sistema auditivo. No había vuelta atrás. Giramos tres manzanas más allá. Hormigas salvajes y suicidas, susurró mi padre restregándose una de las mangas echada a perder por la sangre.

APÉNDICES

CARTAS DE ULTRATUMBA

F FRANCISCO RESANO Muñera (1939-2010), coronel del ejército en la reserva, falleció en agosto de 2010 durante unas inundaciones en el sur de Polonia. En la actualidad (2 012), la que fuera su secretaria y compañera sentimental Hanna Hofer; ultima el proceso de edición de sus memorias. La correspondencia que aquí se publica pertenece al legado del inspector de policía José Blaya y recoge las cartas que recibió entre febrero de 2006 y diciembre de 2007. En los casos en que el coronel soslayó el origen o la fecha de sus escritos, se han añadido entre corchetes los datos originarios del matasellos o los que el destinatario anotó a lápiz y que corresponden a la ciudad de procedencia y el día, mes y año en que el ex inspector de policía los recibió.

[Tokio] 4 de septiembre de 2006

Querido Blaya:

Dije que te escribiría y aquí me tienes, cumpliendo con mi promesa, aunque bien es verdad que han pasado ya unos cuantos meses. Espero que estés bien, que esa tos horrible te haya dejado en paz y que, de una vez por todas, hayas dado comienzo a esas memorias tuyas que han de ser una referencia para las nuevas generaciones de policías. Si no has comenzado todavía, te advierto que el tiempo juega en tu contra. Mi experiencia es que las distintas fases que requiere la escritura de unas memorias, desde la simple recopilación de datos hasta su organización, incluso la manera de redactarlas, acaban haciéndose eternas. En cualquier caso, de tiempo, según tú mismo dijiste, era de lo único que ibas sobrado. Por suerte ni tú ni yo somos personajes de tal relevancia que debamos remontarnos hasta nuestros

recuerdos de juventud. Hablo por los dos y no debería, porque quizá tu caso sea distinto. Gracias a Dios que en el mío no es así. No sabría cómo hacerlo sin caer en el ridículo más espantoso. Tal vez mis memorias sólo acaben teniendo sentido como reflejo de una época. Ya puesto a escribir (aunque reconozco que aún recopilo datos) me he dado cuenta de que este proyecto es más importante para mí que para los demás, y lo es porque me ha proporcionado una magnífica excusa para seguir adelante en mis actividades diarias sin tener que renunciar a casi nada. De todos modos, una vez te sumerges en ello, es curioso cómo se avivan los recuerdos más recónditos y dormidos. Sirva todo este preámbulo para justificar que el regreso a Nihombashi—donde el hotel en que me hospedé en los años sesenta ni siquiera existe—ha conseguido despertar en mí la nostalgia de aquellos tiempos. Vine para encontrarme con alguien que decía querer pasarse a nuestro bando con armas y pertrechos y al final todo quedó en nada. Bueno, en nada no, porque fue uno de mis mejores fracasos, como ahora les llaman a los errores sonados. Supongo que algo aprendí de aquello si luego seguí dando guerra en el servicio durante tantos años. Tal vez añada un apéndice a mis memorias en el que detalle los errores. Ciertamente sería algo original.

Aquí en Tokio he pronunciado un par de conferencias sobre la visión que tenemos en Europa de las dos grandes potencias emergentes del futuro: China e India, cuyos índices de crecimiento económico parecen no tener fin. Les interesa saber qué pensamos sobre la demanda energética y el proteccionismo y preguntan, aunque sea frotando un poco la lámpara de Aladino, qué papel jugará la vieja Europa en el nuevo orden mundial que se está construyendo, sobre todo ahora que el planeta está regido no por un único polo sino por cuatro. Quieren escuchar de nuestra propia voz si seguiremos con la idea del multilateralismo o nos alinearemos sin discusión alguna en el bando americano. Una curiosidad: aparte de los polos americano, europeo y chino, ¿sabes cómo se le llama al cuarto? La Zona de la Fe, que es la que agrupa al mundo musulmán. Ya ves que no falta cierta ironía en esta clase de encuentros.

En fin, cuídate mucho. Te mando un saludo y un fuerte abrazo,

F. RESANO

P. D.: Si todavía no has dejado de lado esos cigarrillos desalmados que

solías fumar, pásate de una vez a los puros. Para comenzar te recomiendo uno de los pequeños macanudos, que son suaves y que tienen en su contra no ser cubanos, aunque quizá la mejor apuesta sería el Coronas Especial de Cohíba. A veces dudo entre recomendarte una cosa o la otra.

Madrid 25 de octubre de 2006

Querido Blaya:

Hanna no conocía Madrid, así que decidimos regresar por unos días. Al fin y al cabo hay épocas de nuestra vida en las que tanto da aguardar en un lugar como en otro. En Europa tengo media docena de actividades de carácter ineludible. En España, sólo una. Da la impresión de que sigue vigente la sentencia de que nadie es profeta en su tierra, porque prácticamente en todos los países que visito, últimamente en Asia, pero antes también en África, mis colegas me invitan a tomar la palabra, a que les dé mi opinión sobre el momento que se vive en la política internacional y, sobre todo, parece que deseen escuchar cuál es mi visión del futuro: un campo minado en el que las predicciones políticas y geoestratégicas son tan difíciles como las económicas. Tal vez aquí me consideren demasiado cercano, y como jubilado prefieran verme más bien poco y escucharme menos. ¡Qué le voy a hacer! Espero que estés bien. Seguiré escribiéndote por el camino, aunque creo que vamos a demorarnos bastante tiempo en Madrid. Por ahora no veo el momento de acercarnos a Barcelona. Ocurre que Hanna conoce muy bien tu ciudad por haber trabajado en ella durante un par de años.

Recibe un abrazo muy fuerte,

F. RESANO

[Postal] *Gabriele Münter: The Search for Expression*
(1906-1917)

[Londres, 17 de diciembre de 2006]

Querido Blaya, Londres en estos días previos a la Navidad está

magnífico. En conjunto es un disparate: el ajetreo de la ciudad, las luces, el ir de compras, las visitas a museos (que junto a las compras son el deporte favorito de Hanna), pero lo resisto gracias a un poco de trabajo. Nada excepcional, claro está.

Feliz Navidad y próspero año 2007 te deseamos,

F. R. / H. H.

Aeropuerto de Marrakech, [9 de] enero de 2007

Querido Blaya, hay niebla en el aeropuerto de Marrakech y provisionalmente han suspendido los vuelos, valgan esta carta y la que la acompaña para dar fe de nuestra estancia en Marruecos. Hanna quería pasar el fin de año en el desierto:

recorrerlo de día, y de noche contemplar las estrellas subidos a una duna. Hubiera preferido permanecer en Londres, pero las alemanas son cabezotas, y también es verdad que tras tanto viaje de trabajo y tanta ciudad le debía algo que se pareciera a unas vacaciones; deseo que finalmente se ha hecho realidad recorriendo centenares de kilómetros montados en un todoterreno; ciertamente un auténtico viaje al silencio. Ya no recordaba la sensación de soledad y de pequeñez que se vive en el desierto. No quiero ni calcular los años que han pasado desde la última vez que hice un largo trayecto en condiciones semejantes o tal vez peores. Entonces partimos desde El Aaiún, y creo que si tuviera que encontrar la diferencia entre una travesía y la otra, más que en el itinerario, la encontraría en la edad. Por supuesto que era distinto, aunque tal vez fuera exactamente lo mismo pero vivido de modo diferente. Ya se sabe que en el trabajo el cerebro descarta las cuestiones más personales, igual es que no había espacio para nada más en aquella época. Estos días, el poco tiempo en que no hemos estado viajando lo he aprovechado para leer y para preparar mi próxima gira por el Sudeste Asiático y Oceanía. Mis huesos tenían que reponerse de las horas pasadas en un vehículo cuya incomodidad también había olvidado. Ahora te escribo desde el aeropuerto, desde un rincón de la cafetería, donde nos turnamos para no perder el asiento. Hanna aprovecha para comprar regalos que mandará a su familia en Alemania, y cuando regrese iré yo en busca de más periódicos. En Ouzina, un punto apenas visible en un mapa y donde pasamos el fin de

año, te escribí una carta que encontrarás junto a ésta. También aproveché para escribir sobre mis recuerdos del Sáhara, Marruecos y sur de Argelia. Por fin anuncian el vuelo: en lugar de a las 8:30, salimos a las 15:00h.

Cuídate mucho. Hanna te manda besos,

F. RESANO

Ouzina (Marruecos)

Querido Blaya:

Marruecos ha sufrido una notable transformación desde nuestra época. Me refiero a los tiempos en los que todavía teníamos colonias y, más tarde, a los primeros años de la democracia. Sin embargo hay cosas que continúan idénticas, y es que el desierto nunca cambia. Si alguien pasó por él trescientos años antes que nosotros, seguro que vio lo mismo o algo muy parecido a lo que mis ojos están viendo ahora. Esta clase de razonamiento me lleva a pensar en la famosa arenga de Napoleón en Egipto, al señalar a sus tropas que cuarenta siglos (una eternidad para ellos) les contemplaban. De todos modos sí cambian algunos rasgos, como si fuera una especie de mobiliario urbano puesto ahí para contrastar, llámese turismo o línea eléctrica. Esa línea que atraviesa el desierto y que nosotros seguimos durante kilómetros y más kilómetros en los que nada hay aparte de los postes y los hilos que nos sirven de referencia y le servían también de referencia al único vehículo con el que nos hemos cruzado. Los mismos bereberes, ataviados con su indumentaria tradicional, conducen esos todoterrenos. De vez en cuando encontramos un camello pastoreando no excesivamente lejos de algún poblado. Aquí las distancias hay que medirlas por horas y no por kilómetros. Ten en cuenta que en toda la mañana hemos avistado un par de aldeas muy pequeñas, que aparentemente siguen ancladas en el pasado más remoto, incluso se diría que los niños que nos saludaban a un lado del camino han cambiado poco. Se distinguen de los de nuestra época por algunas prendas de ropa deportiva, por nada más. Ahora te escribo mientras esperamos a celebrar la cena de fin de año en un lugar llamado Ouzina. Por la mañana hemos dado un paseo de un par de horas desde la alcazaba donde nos alojamos hasta el pueblo. Nos han asignado un guía llamado Hamí que ha dicho que tenía diez años, lo que significa que en realidad tiene nueve. Son vivos estos muchachos. Toda la mañana ha marchado al lado de Hanna, de modo que se ha convertido en su

confidente y su suministrador de fósiles. Hay algo en todo esto que me recuerda aquella España de nuestra infancia.

Mientras te cuento el relato de estos días, todavía suenan los tambores bereberes. La fiesta de fin de año continúa. Mañana (hoy, después de que descansemos un rato) partiremos hacia Merzouga que es la parte turística del viaje. Ahora que conoce su aridez, Hanna no quiere pasar más días perdida (es un decir) en medio de este paisaje, y eso que el desierto propiamente dicho comienza más al sur. Insiste en que hay menos kilómetros de pista hacia ese lado, y la verdad es que yo tampoco estoy para soportar más trayectos por el accidentado e inexistente camino que nos trajo. Tuyo

F. R.

Postcard. Skyline of Shanghai

[Shanghái, 9 de febrero de 2007]

(1) Querido Blaya:

Hace días que llegamos a Shanghái y todavía nos dura el empacho, llámale borrachera, de este nuevo mundo de la desmesura. Aunque estábamos al tanto de la transformación que ha acometido la sociedad china, una cosa es la mera referencia y otra muy distinta confirmar el cambio aquí mismo, *in situ*, y con tus propios ojos. En cuanto a lo meramente urbanístico, hay que ver de lo que son capaces estos chinos trabajando día y noche a marchas forzadas, sobre todo si tenemos en cuenta que la mayor parte de los rascacielos que nos rodean los han levantado en pocos años.

Postcard. Nanjing East Road. Shanghai

(2) Aquí he hablado ante un auditorio abarrotado de hombres de negocios, todos ellos dispuestos a escucharme porque han llegado a la conclusión de que a medio plazo han de cambiar de estrategia. Desean conocer mi opinión sobre lo que les espera en una Europa a la que quieren venderle otra clase de productos, por supuesto que más sofisticados que los

actuales. Quieren saber cómo los recibiremos, si el mercado es tan libre como pregonamos, qué barreras encontrarán.

Postcard. Fuxing park. Shanghai

(3) Y no se refieren tanto, que también, a las barreras arancelarias, que ya les son conocidas, sino a las barreras mentales. Se han propuesto cambiar la imagen que tenemos de ellos, la de las baratijas, por otra más relacionada con la tecnología punta y la calidad. Estoy maravillado, escuchan tan atentamente e intervienen en los turnos de preguntas con tal énfasis que uno sabe que conseguirán superar cualquiera de los desafíos a los que se enfrentan.

Muchos recuerdos.

F. R.

Melbourne, 26 de febrero de 2007

Querido Blaya:

Hanna no se iría de Melbourne. No había estado en Australia y le encanta. Tampoco tenemos prisa en irnos. Mi próximo compromiso es en Nueva Zelanda y disponemos de tiempo. La semana pasada, en Sídney, les conté a mis anfitriones por qué al mundo le conviene una Europa fuerte. Primero se quedan perplejos, luego poco a poco van entendiendo. A los militares de corte occidental, y también a los que no lo son, les falta integrar conocimientos de economía política, algo de lo que andan sobrados algunos especialistas. En el fondo, como en prácticamente todas las cosas de esta vida, lo más importante es tender hacia el equilibrio. Les digo que Europa está buscando eso, pero que para encontrarlo ha de sacudirse primero unos cuantos corsés de encima. El viejo mundo, y no sólo hablo de Europa cuando utilizo esta expresión, ha de reinventarse, pero no puede hacerlo basándose en el estereotipo estadounidense, tiene que construir uno propio partiendo de cero. Bueno, seguramente te estoy cansando con mis monsergas. Lo hago (y te aseguro que no existe otro motivo) para recordarte el éxito que obtuve en Sídney. Hanna dice que cuando baja el telón, se apagan los focos y amainan los aplausos, todavía necesito del público, un poco más de público, para que me halague. Eso hace que me ría un rato de mí mismo. También dice Hanna que me adoran, pero no es verdad, se trata de educación. Quienes me contratan todavía son gente de cierta edad, de otra época, y los jóvenes,

sencillamente, sienten admiración por alguien que procede del mito de la guerra fría (o esconden muy bien lo que piensan del viejo de turno que les dirige la palabra). Deberías salir de Barcelona alguna vez e irte a ver mundo. No sabes lo que rejuvenece eso, las ganas de aprender nuevas cosas que te da la lectura de periódicos que un día antes ni siquiera sabías que existían. Hanna es un ejemplo de esto. Ya te he dicho que no se iría de aquí. Como buena alemana que es mantiene una curiosidad y un interés innato por la novedad. También es un ejemplo de espontaneidad y de cortesía. Me ha pedido que te añada unas postales que ha elegido expresamente para ti. Dice que servirán para que te hagas una idea de Australia. Saludos y recuerdos. Aunque no te conoce parece que ya comienza a tomarte cariño.

Seguiré escribiéndote,

F. R.

[Postales]

Old Melbourne; Views of Melbourne; Brisbane River; Australian Collection. Days Gone By; Sydney Opera House; Northern Beaches, Sydney Cook Islands. Aoraki Mount Cook Airport

1.º de abril de 2007

Querido Blaya, aunque parezca mentira estamos cansados del paraíso. En dos días regresamos para iniciar una gira en automóvil que ha de llevarnos a recorrer la vieja Europa. No tenemos nada previsto. Sólo la improvisación constante: París, Roma, Saint Tropez, Berlín... Te llamaré para saber cómo sigues y cómo sigue nuestro común amigo L. L. Tuyo

F. R.

Roma, 28 de abril de 2007

Querido Blaya:

Cuando recibas esta carta ya habremos abandonado Roma. Digamos que Roma está preciosa, quizá porque no ha cambiado tanto desde que la visitaba asiduamente. Te parecerá una contradicción, pero comparada con otros

lugares del mundo la encuentro algo dejada, como si el gris de las piedras siguiera predominando por encima del resto de colores. De todos modos, no sabría decirte si éste es el motivo por el que le sigo encontrando el mismo encanto. Desde que comenzamos esta gira en Asia, en todas partes hay cambios; los cambios son la tónica general de nuestro recorrido. En conjunto las ciudades han ido mejorando, ahora son mucho más cómodas y bonitas que en nuestra época. Roma, sin embargo, es un caso aparte. Apuesto a que ninguna de las capitales europeas que vamos a visitar se ha quedado tan anclada en el pasado como Roma.

Digo que hemos regresado a Europa, pero la verdad es que lo hacemos de manera provisional, porque volveremos al Sudeste Asiático en noviembre, y probablemente nos quedaremos hasta fin de año. En Europa parece todo mucho más cercano, hasta el punto que hemos cambiado los vuelos por desplazamientos en automóvil. Como no sé estar inactivo, he vuelto con ganas de poner en marcha un seminario sobre las organizaciones que aprenden y que saben conservar su conocimiento. En la intimidad le llamo el Seminario Permanente, aunque su nombre completo es Seminario Sobre el Conocimiento Permanente. Este SSCP habrá de ocuparse de sentar las bases para que el fruto de sus investigaciones pueda implantarse en el futuro. Ya habíamos comentado algo de eso en una ocasión, pero estos días en las Cook he tenido tiempo para profundizar en ello y también para reescribir mi discurso sobre este tema; ya sabes cuál es mi parecer sobre el conocimiento acumulado por las personas que trabajan en una organización, cuya suma siempre es mayor que el conocimiento acreditado por ésta. No me resigno a admitir que seamos tan ineficientes, que el todo sea menor que la suma de las partes, y que cuando uno de sus miembros desaparece, una cantidad significativa de lo aprendido se pierda. En ese aspecto creo que hemos de encontrar procesos de aprendizaje semejantes a los de las personas, procesos que funcionen de una manera más natural. Lo del Seminario Permanente ya cuenta con algunos miembros entusiastas y no descarto pedirte que colabores con nosotros. No quiero hacerte trabajar de nuevo, con que nos eches una mano de vez en cuando será suficiente. Pienso que tu experiencia puede sernos de gran ayuda. Antes de que protestes ya te garantizo que no tendrás que escribir nada, sólo deseo tu opinión sobre algunos temas; que le cuentes a mi gente tus vivencias. Bueno, no te canso más, dale recuerdos a Lucena en

cuanto le veas.

Un abrazo muy fuerte,

F. R.

[París] 3 de mayo de 2007

Querido Blaya:

Hola de nuevo. Ya ves, recién llegados a París y te escribo cuando tal vez todavía no hayas terminado de leer mi carta de Roma. Será porque desde que llegué no hago otra cosa que visitar hoteles y estaciones de ferrocarril, cafeterías, aeropuertos, e incluso algún que otro cementerio. Si lo comparo con la época que pretendo recordar, todo ha cambiado, lo que más los hoteles y las cafeterías; los primeros para bien, las segundas, generalmente para mal. Sin embargo, las estaciones de ferrocarril permanecen ancladas en el pasado, idénticas a mis recuerdos, aunque cuando han sufrido reformas pocas veces hacen honor a la grandeza del lugar. Hablo de lugares que visité en tiempos pretéritos, porque París es una de esas ciudades que he seguido visitando asiduamente y, por lo tanto, hay cambios que he ido asimilando a medida que iban produciéndose. Hoy he pasado mañana y tarde en el vestíbulo de una de esas estaciones, como si esperara la llegada de alguno de aquellos amigos del Este con los que tan discretamente había que actuar. Al final, tengo la impresión de que lo que queda son sensaciones, quizá nada más que eso. El triunfo o el fracaso. Con tanto borrador va a ser complicado darle forma a este proyecto de memorias, aunque en el fondo creo que habrá un día en que el material se ordenará solo, sin que yo deba poner demasiado de mi parte. Te mando un abrazo muy fuerte,

F. RESANO

París, 30 de mayo 2007

Querido Blaya:

Ha sido un placer contar con tu presencia aquí en París, aunque tanto a Hanna como a mí la visita se nos ha hecho excesivamente corta. Para otra

ocasión en que decidas visitarnos, debes tomarte más días de asueto (cualquiera diría que has de pedirle vacaciones al comisario jefe). ¿Debo recordarte que estás jubilado? ¿Que estar jubilado es un estado que al menos ha de servirte para no depender del reloj? Cuando te fuiste, me dejaste preocupado. Yo de ti me buscaría una ocupación, aunque no fuera remunerada, cualquier cosa que te entretuviera. Hay algo sin lo que no es posible vivir demasiado tiempo, y es que no se pueden ir cumpliendo años sin tener un objetivo en la vida. Tal vez deberías dar comienzo de una vez a la redacción de tus memorias. Ya sé que es una idea más mía que tuya, pero te mantendría vivo y, de paso, harías un bien a la sociedad. También me gustaría que colaboraras conmigo en ese programa del que te hablé, el que trata de las organizaciones que aprenden. No te importará que le haya facilitado tu teléfono y dirección a un amigo del Seminario Permanente, experto concededor de la transferencia de conocimientos de los más veteranos a los más jóvenes. No hace falta que te recuerde la experiencia que hemos ido acumulando a lo largo de los años y cuán ingrato es que nos vayamos sin que nadie se preocupe de salvaguardarla. Él se pondrá en contacto contigo. Se trata de una buena oportunidad para el programa, pero también para ti, porque estoy seguro de que te sentará bien colaborar, que eso te rejuvenecerá, aunque tampoco debes esperar que haga milagros, por supuesto. Otro tema: he abandonado la Gare de l'Est y la he cambiado por un cementerio. Con Hanna hemos constituido la Brigada del Père-Lachaise. Una brigada de dos no es una brigada verdadera, pero es mejor que nada. Esta semana tenemos previsto ir allí a pasear unas horas todos los días. Grabo mis recuerdos en un pequeño magnetófono mientras comentamos las particularidades de los mausoleos, tumbas y epitafios que nos rodean y también, cómo no, de los encuentros que sostuve en medio de tantos fallecidos ilustres.

Bueno, te dejo por hoy, y ya me contarás cómo te ha ido con mi amigo del seminario. Un abrazo,

F. RESANO

[Grand Hotel Krasnapolsky]

Ámsterdam, 1º de julio de 2007

Querido Blaya:

Para la fecha en que nos encontramos, la temperatura de Ámsterdam es algo más que agradable. Hace cuatro días estábamos por debajo de los quince grados y ahora nos hemos estabilizado entre los diecinueve y los veintidós, de modo que no hace ni frío ni calor. Por lo demás tampoco llueve demasiado, teniendo en cuenta que aquí es prescriptivo que a cada rato caiga un chaparrón, o bien unas gotitas, lo que sea con tal de poder anunciar que ha llovido. Hacía muchísimos años que no visitaba Ámsterdam y me ha sorprendido lo joven y bonita que se conserva. Hoy, domingo, hemos dedicado la mañana a pasear y la tarde a leer. En esta ciudad he pensado más de una vez en Lucena, cuando lo veas dale recuerdos y dile que el barrio rojo sigue en su sitio, aunque ha perdido gancho y se parece a una mala imitación de un museo temático. Nuestra vida aquí se resume en tres líneas: lectura de los periódicos, paseos y visitas a museos, aunque sobretodo lo que más le gusta a Hanna es recorrer los canales en bicicleta. De noche todo es distinto y paseamos para ver el espectáculo de luces que ofrecen las ventanas iluminadas. Es imposible deambular por estas calles y no espiar el interior de los hogares observando el quehacer de las familias, ya que aquí todo el mundo vive mostrándose al exterior (no es sólo cosa de las prostitutas del barrio rojo). Ellos lo saben y hacen relucir esa parte de su morada como el escaparate de las mejores tiendas. En medio de todo, también solemos encontrar un momento para trabajar. Supones bien si piensas que entre los objetivos de este viaje estaban mis memorias, aunque la cosa nunca acaba ahí, porque he de mantenerme al día de la política internacional y preparar mis próximos compromisos. El trasfondo de mi naturaleza no cambia: siempre hay un objetivo a la vista. ¿Qué más puedo desear a estas alturas?

Te mando un abrazo y besos de Hanna,

F. RESANO

P. D.: Espero que sigas en forma. Un día te llamo y me pones al corriente de ese viaje que comentaste que prepara Lucena para Navidad. Igual para esas fechas nos encontramos a una distancia prudente y podemos celebrarla juntos.

Hôtel Fairmont

Le Montreux Palace

Grand rue 100

Montreux, Suisse

Montreux, 20 de agosto de 2007

Querido Blaya:

Lo siento, no es que me haya olvidado de ti, es que he tenido una buena racha de trabajo que justo ha alcanzado su zénit pocos días antes de llegar a Suiza. Aquí hemos venido a visitar a la familia de Hanna; una vieja familia alemana que reside cerca de Hannover (dice ella que en un pueblo pequeño pero muy organizado, como todo lo alemán) y que suelen pasar el verano en Montreux. Y digo que no he podido olvidarme de ti porque desde mi llegada he cambiado los Cohíba por los Davidoff (ya sabes que las relaciones internacionales se cimentan en pequeñas cosas como ésta) y pienso constantemente en ti fumando aquellos Davidoff que te llevaste de París. Lo inusual de esta situación es que creo que se trata de la primera vez en muchos años que me tomo vacaciones, aunque por otro lado he dado comienzo a la redacción definitiva de mis memorias. ¿Te hablé en París del estilo que quería imprimirles? Pues la verdad es que el resultado no tiene mucho que ver con mi elección, una vez puesto resulta que se parece más al estilo directo de las memorias de De Gaulle que a las de Chateaubriand o las de Lawrence. Tengo la esperanza, también, de ser humilde cuando relate las decisiones que tomé y los aciertos y errores en los que incurrí. No es fácil enmarcar los hechos en los que se ha participado, sobre todo si nos referimos a situaciones históricas concretas, y hacerlo sin establecer juicios de valor, sin mostrarse moralista, sin ser crítico con los superiores del momento, o con los regímenes a los que se ha servido. En definitiva, que he dejado de recopilar fragmentos de mi vida, ordenarlos en fichas y numerarlos en los cuadernos, para finalmente empezar a escribir. Bueno, voy a dejar este tema que tanto me interesa pero que posiblemente a ti te canse, aunque por otro lado, a estas alturas de la carta, puedo intuir lo que estarás pensando: que si me hallo en plena redacción de mis memorias no estoy exactamente de vacaciones como te he dicho. Lo cierto es que para poder acompañar a Hanna y a su familia durante el día, he adquirido una disciplina de trabajo que incluye las noches y las madrugadas, en ocasiones como inicio de la jornada y en ocasiones como final. Lo importante es la regularidad, eso es lo que me hace progresar a la vez que me resulta gratificante. Tampoco puedo quejarme de su familia

porque, aparte de ser comprensivos con mis rarezas, se desviven conmigo, y la verdad es que no me ha costado adaptarme, aunque ella dice que no hago más que refunfuñar y quejarme por la cuestión de las vacaciones, y que se ha dado cuenta de que lo hago por vicio y no porque me encuentre a disgusto. A veces me sorprendo observando el rostro de los padres de Hanna y sacando conjeturas de cómo debían ser de jóvenes. Bueno, seguro que son cosas que sólo se nos ocurren a los viejos. Te escribo otro día. Estaré hasta finales de agosto en este mismo hotel. Anímate y mándame una carta contándome esas aventuras vuestras de los jueves, las paellas y el billar. Recibe un abrazo,

F. RESANO

P. D. 1: Por cierto, hace unos días recordé que hay un fin de año espléndido en Funchal, en Madeira. No estoy seguro de que sea lo que dijisteis que andabais buscando, pero es un fin de año que recuerdo con mucho cariño.

P. D. 2: Olvidé decirte en mi carta anterior que me escribieron mis colaboradores para contarme que habías desistido de participar en el Seminario Permanente. Es una lástima porque estoy seguro de que podías habernos ayudado mucho. En fin, no te preocupes, ya sabes que respeto tu decisión.

39 Conduit Rd.
Mid-Level, Hong Kong

HK, 14 de octubre de 2007

Querido Blaya:

Acabamos de establecer nuestro cuartel general en el Soho de Hong Kong, en el apartamento de unos amigos que han regresado a Londres. Si todo marcha bien vamos a quedarnos una temporada, HK es ideal por lo bien comunicado que está con el resto del mundo. Ya hemos volado a Taiwàn y a Manila, y todavía hemos de regresar a Japón y Shanghái y visitar Pekín. También estamos pendientes de una gira por Vietnam, Singapur y Malasia, sin contar que Hanna está cerrando tratos con India y Paquistán. De este último país me ha llegado un encargo sumamente complejo, aunque a todas

luces atractivo y halagador: pretenden que haga una adaptación privada de lo que sería en nuestros días *El príncipe* de Maquiavelo. Todavía no he dado la respuesta porque he de pensarlo muy bien. Aunque lo más probable es que acabe declinando la oferta. De todos modos, trabajo no me faltará porque parece que últimamente se ha animado el asunto de las conferencias y de los seminarios sobre cuestiones de geopolítica, así que no hago planes para moverme de esta ciudad. Tal como van las cosas, Hanna va a tener que estrenar las agendas del 2009 y 2010. La temperatura todavía es un poco alta, con máximas alrededor de los treinta grados y mínimas de veinticinco, pero que pronto bajarán. Como mucho aguantaremos hasta mediados de mayo que es cuando comenzarán las lluvias, hará calor y la vida será imposible. Por lo demás, seguimos dedicando los días a la lectura de periódicos, a los libros, al gimnasio, a la gastronomía, y visitando tiendas y centros comerciales donde se esté fresco. También dedico buena parte de mi tiempo a preparar los cursos, algo que me resulta placentero porque aquí dispongo de mucha tranquilidad. Aunque si uno desea movimiento no tiene más que salir a la calle. La semana pasada nos acercamos a Macao, se llega en un ferri que tarda menos de una hora en cubrir el trayecto. De pronto me pareció curioso que no hubiera estado antes allí. Te aseguro que entre unas cosas y otras se nos pasan los días sin darnos cuenta. Espero tus noticias ahora que ya tienes una dirección adonde escribirme. Recuerdos de tus amigos,

F. RESANO y HANNA

39 Conduit Rd.
Mid-Level, Hong Kong

10 de diciembre de 2007

Querido Blaya:

Todavía por aquí en Hong Kong. Ya te advertí que íbamos a estar una buena temporada en esta ciudad. Habíamos pensado volver a Europa unos días durante las Navidades, sobre todo para que Hanna pudiera ver a su familia, pero hemos desistido porque inmediatamente después teníamos un compromiso en Singapur, donde imparto un curso durante la segunda semana

de enero. Dice Hanna que he de moderar el ritmo, que ya no tengo edad para tomar tantos vuelos seguidos (sobre todo los intercontinentales), y que además antes de cada viaje me pongo pesadísimo. Así que no podremos vernos a no ser que te desplaces tú. ¿Todavía tenéis ese proyecto de viajar al paraíso por Navidad? ¿Habéis decidido ya vuestro destino? ¿O es que cada uno va a pasarla en su casa, perdón, tú en la tuya y Lucena en su autocaravana? Si no sabéis adonde ir, todavía estáis a tiempo de comprar unos billetes para Hong Kong y pasar la Nochebuena y el fin de año con nosotros. Ya me dirás. De todos modos, por si acaso seguimos sin vernos, Hanna y yo te deseamos una feliz Navidad y un próspero año nuevo, a ti y por extensión a nuestro común amigo Lucena. Que todos vuestros sueños se hagan realidad. Abrazos y besos de tus amigos,

F. RESANO / HANNA

P. D.: Escríbeme uno de estos días, aunque sólo sea para decirme que sigues vivo a pesar de todo.

DIARIO DE UN ADICTO AL SEXO

AL policía jubilado Eduardo (Lalo) Lucena Expósito, nacido en 1937, se le da por desaparecido desde el verano de 2008, cuando su autocaravana se despeñó al mar en las proximidades de la localidad costera de Tossa, provincia de Gerona, España. Su cuerpo no ha sido hallado todavía. Los correos electrónicos que se reproducen aquí fueron rescatados del disco duro de su ordenador. No se encontró en él ninguna respuesta de la señorita Katie Morgan.

Domingo, 10 de diciembre de 2006

ASUNTO: La número uno indiscutible

Apreciada srta. Morgan:

Ante todo, permítame que me presente; soy un ferviente admirador suyo que ayer vio por vez primera *McKenzie Made* y quedó conmocionado. Me impresionó su faceta de actriz, aunque desgraciadamente el mundo rebose de estúpidos sin criterio incapaces de distinguir entre una actuación mediocre y otra genial. Y es que me hubiera gustado encontrar *McKenzie Made* anunciado con luces de neón. Disculpe mi atrevimiento, pero he de confesarle que ninguna otra actriz es capaz de resistir la comparación. Lo digo con conocimiento de causa, ya que me inicié con Brigitte Lahaie, a quien los parisinos solían llamar *chef de rayon* x, y a la que descubrí en mis buenos y lejanos tiempos en la capital francesa, cuando en el mundo triunfaban Marilyn Chambers y Traci Lords. Luego estuve en Alemania, también en mis años mozos. La pornografía alemana es una pornografía ruda, directa, que

salvo excepciones no precisa de demasiados preámbulos, o al menos no los precisa de manera sofisticada. Ya ve que no soy un recién llegado a este negocio, más bien tengo la edad deirme retirando. Sin embargo aún sigo ilusionado con ciertos proyectos. Como editor de revistas del género que soy, en la actualidad trabajo en una lista de las veinticinco mejores artistas del arte de la pornografía. No es una idea totalmente mía ya que me inspiré en un libro que propone las veinticinco mejores sonatas, las veinticinco mejores óperas, sinfonías, novelas..., un poco las veinticinco mejores obras de todo, sólo que olvidaron incluir en él el arte de la pornografía. Lo que pretendo es remediar ese olvido, por eso me he propuesto publicar mi lista de las veinticinco mejores películas, cortometrajes, actrices, actores, escenas, etcétera, etcétera, pero de este arte grandioso que nos ocupa. Ha sido así que he dado con usted, y desde luego que es usted quien la encabeza: la número uno indiscutible. Por eso me he permitido encargar un reportaje que la dé a conocer a mis lectores. Bueno, la dejo por hoy, aunque prometo seguir escribiéndole. Para terminar, permítame una pregunta, ¿es usted de las que afirman que amanecen desnudas? La ternura de su rostro me hace pensar en la bondad de sus sueños. Bendito amanecer, pienso. Reciba mis más fervientes saludos,

LALO L.

Miércoles, 20 de diciembre de 2006

ASUNTO: La número uno indiscutible

Apreciada srta. Morgan:

Soñaba que hacía el amor con usted cuando me he desvelado sin posibilidad de retomar el sueño, así que me he conectado a la Red y he estado viéndola en *Katie's pussy...* Llevaba días sin conexión porque me entró uno de esos virus malignos que tan de moda están y me dejó impracticable el ordenador. Bueno, lo peor de todo ha sido no poder disfrutar de sus películas. El incidente me ha pillado de viaje por el sur de Francia, en un lugar de veraneo llamado Cap d'Agde (¿ha probado a pasar el invierno en lugares de veraneo?) donde nadie sabía darme razón de un servicio técnico fiable. Es lo

que tiene vivir en la carretera: una especie de improvisación constante revestida de incertidumbre. No se lo dije, pero vivo en una autocaravana que me permite una movilidad caprichosa, lo que no siempre es una ventaja. De todos modos lo prefiero al inmovilismo. Este año he dado la vuelta al Mediterráneo. En fin, aquí estoy, en Cap d'Agde, escribiéndole a usted y viendo amanecer a través de la ventana.

Han pasado un par de horas desde que he escrito el párrafo anterior. Mientras tanto he ido a desayunar a una cafetería que hay junto al puerto. Uno de esos establecimientos cuya televisión emite programas deportivos hasta que echan la persiana. No es la clase de local que a mí me gusta, pero suelo pasarme por allí un par de veces al día atraído por la camarera. Lo malo de un canal de televisión deportivo que no programa campeonatos de boxeo, de póquer o de *snooker*, es que no es un canal de fiar. Se lo he dicho a la chica, pero ha hecho como que no me oía. De regreso he estado pensando en cuál de mis revistas encajaría mejor el reportaje que encargué sobre usted. Tengo que reflexionar un poco más en ello. Luego he practicado un rato con el acordeón. Me relaja, y además quería ensayar un tema que toco con unos músicos que actúan en la calle. Se hacen llamar Les Goose Hot Club de Torderes, y me tropecé con ellos en Nimes hará un par de semanas. La canción que ensayo se llama *Menilmontant* y te recuerda París, un París de otra época, de cuando yo era joven, quizá incluso anterior. En realidad, mi repertorio de acordeón se basa en piezas clásicas transcritas para este instrumento: Bach, Rajmáninov, Vivaldi... El acordeón mismo que poseo no es un acordeón cualquiera, sino todo un Júpiter Lux hecho a mano en Moscú, de cuatro voces, cinco filas, siete barbas y quince registros. ¡Una maravilla! Pregunte por ahí y verá. No se ofenda, pero ahora bailaré con usted. Me alegraría mucho que este sueño se hiciera realidad. Avíseme si un día decide acercarse a Europa. No importa si he de recorrer mil kilómetros, tenga por seguro que iré a verla. Le anoto mis lecturas para las siguientes horas: releer *La guerra de las Gallas* y luego sumergirme en una de esas novelas Série Noire que compro por lotes en un *maison de la presse* cercano. Su título lo dice todo: *Les durs à cuire*. No es lo más recomendable, pero estos *thrillers* me mantienen cerca de la realidad, porque la realidad, según mi humilde opinión, es tan mala que estas novelas tienen la virtud de devolverme al lugar del que provengo, que ya le advierto que no es Julio César. Tampoco quedan

ya personajes de este calibre. Ahora todo es mucho más flojo, incluso etéreo. Bueno, no la molesto con mis miserias cotidianas, por hoy ya es bastante. Es mi segundo correo y ya me alargo hasta rozar la mala educación. Espero que comprenda que le cuento mi vida para que sepa quién soy y cuál es el mundo que me rodea. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Martes, 2 de enero de 2007

ASUNTO: Viéndola a usted el invierno no es tan crudo

Apreciada srta. Morgan:

De pronto decidí atravesar la frontera. La Navidad fue poco hogareña en Perpiñán, y la jovencita de la cafetería de Cap d'Agde no estaba por la labor, así que me acerqué a Barcelona para celebrar la fiesta de los Reyes Magos en España. Además, en Barcelona se encuentra la sede de mi empresa y, algo muy importante, cuenta con una plaza de toros, sol y buenas temperaturas. Sólo llegar he tenido un par de sesiones con una señorita guatemalteca a la que le hablé de su arte y con la que estuve viendo películas protagonizadas por usted. Debía de estar muy necesitado porque la retuve conmigo toda la noche y también media mañana de hoy. Me pregunto si ha actuado usted en algún film cuyo escenario sea una caravana. Por ahora no tengo suficiente dinero para financiar una película de estas características, pero sí que podría hacerlo con una historia fotográfica. ¿Le hablé en mi anterior correo de las revistas? Soy propietario de varias. Se las cito: *Classics*, *Sex Repórter*, *Comdom Plus*, *Meublé de Luxe*, *Vibrator*, *GayMale*, *Female Lovers*, *Enjoy Your Sex* y *Trends*, esta última sólo lleva dos números publicados. Aunque en conjunto trato de mostrar una amplia diversidad de opciones, el común denominador es la calidad, no sólo de las chicas, sino también de la historia y del argumento. Mi negocio se dirige a un segmento del público interesado en la pornografía intelectual, y ahí debe ofrecerse un discurso bien elaborado, fotografías artísticas y papel satinado de primera. Respecto a la entrevista, aún no he dado con el redactor que ofrezca garantías para llevar a cabo un

encargo de tanta responsabilidad. La muchacha guatemalteca me ha preguntado si podía contar conmigo para la noche de Reyes, más que nada para no comprometerse. Le he respondido que no podré, que me esperan en Zaragoza. No era verdad, pero ha sido una de esas invenciones que suenan creíbles, una actuación fácil. Besos de su ferviente admirador. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Sábado, 6 de enero de 2007

ASUNTO: Viéndola a usted el invierno no es tan crudo

Apreciada srta. Morgan:

Al final me decidí por uno de esos anuncios que ofrecían pasar la noche de Reyes en familia. Había mucho donde elegir y elegí algo especial. Nada que ver con la señorita guatemalteca, sino algo del estilo «joven recién casada, sofisticada ella, recibe en apartamento moderno de alto standing». Todo limpio y reluciente como si fuera a estrenarlo. Señorita incluida, claro. El caso es que encontré todo preparado para que me sintiera como en casa. Sucedió como se lo cuento: rebusco en el bolsillo de la chaqueta un Daytona de oro como los de Brooke Shields o Elle Macpherson. Se lo doy a la chica. Sorpresa. No se atreve a preguntar si es verdadero. Dice que no se lo quitará nunca, ni siquiera en la ducha, ni para hacer el amor. Ha protestado con poca convicción, diciendo que habíamos pactado que no habría regalos especiales este año. Por un instante incluso podría haberla creído de tan buena que era su actuación. Ella representa a una joven esposa cuyo marido, por motivos de trabajo, asegura, ha de pasar las fiestas fuera de casa, en el extranjero. He replicado que si mi obsequio ha de ser un problema, puedo cambiarlo por otro que pase más desapercibido. Dice que ya se apañará con su joven y confiado marido. Ella anuncia que también tiene un regalo para mí, que me lo dará más tarde, pero que no estará a la altura, que qué vergüenza, aunque para mi próxima visita me amenaza con un reloj que jubile mi viejo Submariner de segunda mano. Le digo que el Submariner me acompañará hasta la tumba. Que lo compré cuando no podía permitírmelo y quiero que un minuto antes de enterrarme me lo quiten y se lo entreguen a un niño huérfano. Casi llora

con la historia puesto que yo mismo he sido un niño huérfano. Al acostarnos, ella lo ha hecho con el Daytona de oro. Como si fuera la gota de Chanel n.º 5, mejor incluso, ha dicho. Seguramente porque no se evapora con facilidad. Luego le he pedido que viéramos una de sus películas, señorita Morgan, justo para animarme un poco y continuar, pero me he dormido a causa de la bebida y cuando he despertado tenía dolor de cabeza. De todos modos, antes de irme he preparado el desayuno como si me encontrara en mi propio apartamento y se lo he llevado a la cama. Mis Reyes me han dejado una corbata. Luego he regresado a la caravana en la Villa Olímpica, frente a la playa. Ha sido un día de esos en los que uno se arrastra por todos los rincones. Algo parecido a estar desconectado, quizá más cercano a estar muerto. He dormido sin que me abandonara el dolor de cabeza, y más tarde he salido a pasear. No sé si conoce Barcelona, pero hay un paseo junto al mar que es ideal para recorrerlo incluso en invierno. Por el extremo norte enlaza con Badalona y Montgat que son dos de mis destinos preferidos para las caminatas, aunque hoy no he ido tan lejos. De vuelta del paseo he encontrado la corbata en uno de mis bolsillos y me he deshecho de ella. He escuchado música en el ordenador. ¿Conoce *Twenty-four Hours a Day*? Igual le parece algo anticuada, pero es de mi época. Como no tenía sueño se me ha hecho tarde viendo en la televisión uno de esos castings de chicas que van desnudándose una tras otra. A veces me apunto la referencia de alguna que despunta, hago que la llamen y le ofrezcan una promoción gratuita en la revista. La mayoría no tienen ninguna gracia, el único morbo es que sean chicas corrientes a las que un día se les ocurre desnudarse para los demás. Quieren ser modelos o tener su cuarto de hora de gloria, por eso están dispuestas a pagar el canon. Con las profesionales ese morbo no existe. De lo que le hablo es de encontrarte desnuda a la cajera del supermercado donde compras habitualmente. Ya sabe lo que su ferviente admirador le desea: buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Miércoles, y de febrero de 2007

ASUNTO: Crudo para quien no la conozca

Srta. Morgan:

Visita al médico. Estoy sano como los mejores enfermos: de todo un poco, pero nada que mate. Después me he hecho el encontradizo con un amigo jubilado, ex policía, que debía de estar aburriéndose. Este sí que está enfermo de verdad, aunque no lo diga y quiera hacernos creer a los demás que su tos es normal. Me he quedado un rato con él y luego nos hemos citado para la semana próxima. Quiero proponerle que nos veamos con mayor regularidad. Hoy me ha parecido demasiado precipitado. Con él hay que andar despacio, aunque acabará aceptando mi propuesta porque no tiene donde caerse muerto. No hay derecho a que un policía jubilado se muera solo y sin compañía de nadie. Él no lo sabe, pero tengo planes para entretenerle durante una buena temporada. Hay que tener carácter para vivir así. Lo que le falta es conocer a una mujer como usted, señorita Morgan. Eso sí que lo reanimaría. En este sentido también he hecho planes. Por la noche he pasado un buen rato viendo a Stormy Daniels masturbándose en una piscina y un lésbico de Crissy Moran y Natalia Cruze. Teagan Presley estaría mejor si no mirara a la cámara. Me vienen ganas de hacerlo con máscaras, pero estoy solo y no tengo humor para salir en busca de compañía. Saludos de su ferviente admirador. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Sábado, 17 de febrero de 2007

ASUNTO: Una caravana de color rosa

Srta. Morgan:

Hoy llueve y hace frío, pero he salido igualmente porque la caravana es pequeña y porque no iba a echarme atrás por un detalle tan nimio. Lo más destacado, sin embargo, ha sido observar que tengo vecinos. Una caravana rosa se ha instalado a una treintena de metros. ¡Madre mía! A quién se le ocurre pintar una caravana de color rosa. Para fastidiarles he cantado *I'm gonna sit right down*. Usted debe conocer esta canción, la he entonado con voz rugosa y con el acordeón a toda pastilla. En una tienda del centro he comprado una película recomendada en *Trends*, una de mis revistas. El título es *The Pornographers*, y el director un tal Imamura. Ya le contaré qué tal es.

Por hoy basta. Suyo afectísimo, me despido de usted. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Domingo, 18 de febrero de 2007

ASUNTO: Root

Apreciada srta. Morgan:

Sigue el frío, aunque llueve menos. Ceno solo. Veo la televisión y me paso uno de esos vídeos de Root donde tres *teens* se masturban en un sofá, como en serie, con consoladores de colores, y luego se lo pasan en grande orinando contra la cámara. El *squirting* ha vuelto para quedarse, eso si es que alguna vez se había ido. Le he sugerido a una de mis redactoras que entreviste a Root. No sé qué opinará usted, pero alguien que ha rodado más de mil cortometrajes y publicado más de setenta mil fotografías bien se merece un reportaje. Le deseo una buena semana. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Lunes, 19 de febrero de 2007

ASUNTO: Diario de un adicto al sexo

Srta. Morgan:

Hacía días que no me acercaba por la oficina. Sobre la mesa montones de revistas de la competencia que he de repasar con cautela. A media mañana he atendido una entrevista telefónica para *Expansión*, un periódico de economía. ¿Qué quieren que les diga? Lo que todo el mundo ya sabe, que el mercado de las revistas en general y el de las publicaciones de adultos en particular está siendo arrasado por Internet y que en Internet la gente tiene la fea costumbre de no querer pagar por nada. Por la tarde me he leído de un tirón una de esas novelas de cowboys que sigo con deleite porque me devuelven a la vida.

Luego he ido al prostíbulo, pero me he equivocado al elegir a la chica y la cosa no ha funcionado, así que me he pasado tres cortos suyos y uno de Jenna Haze. Bien pensado, estos correos cada vez se parecen más al diario de un adicto al sexo. Nada que deba ser considerado nocivo para la salud, por supuesto. Reciba los más cordiales saludos de su ferviente admirador. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Martes, 2/de febrero de 2007

ASUNTO: Una lista de las veinticinco mejores

Querida srta. Morgan:

Estoy avergonzado. La caravana de color rosa de la que le hablé está ocupada por una anciana. Hoy nos hemos cruzado en la acera que une nuestras respectivas «mansiones». Le he pedido disculpas por si algún día he cantado o tocado el acordeón a un volumen excesivamente alto, pero ella me ha respondido que está muy sorda y que no recuerda haber escuchado mi música. Por la noche me he dedicado a repasar la lista de las veinticinco mejores actrices y, aunque sé que nadie suele coincidir en el orden, terminaré este correo con una aproximación a las diez primeras—comienzo por el segundo puesto porque el número uno indiscutible lo ocupa usted—: 2. Ashlynn Brooke; 3. Mili Jay; 4. Dani Woodward; 5. Natalia Cruze; 6. Mindy Vega; 7. Crissy Moran; 8. Jenna Jameson; 9. Raven Riley; 10. Anetta Keys. Tengo algunas dudas sobre las dos últimas y Jenna Haze o Tawny Roberts que igualmente podrían intercambiar sus posiciones. Espero su dictamen al respecto. Nada me encantaría más que conocer la opinión que le merecen sus compañeras de ofició. Suyo una vez más, le deseo unas buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Jueves, 8 de marzo de 2007

ASUNTO: El jueves, paella

Apreciada srta. Morgan:

Temperatura magnífica en Barcelona: alrededor de los 18 grados. Ideal para salir con mi amigo el policía jubilado. Después de comer hemos jugado un par de horas al *snooker* y luego hemos andado unos cuantos kilómetros. Anda mucho mi amigo para lo enfermo que está. No quiere hablar de sus dolencias que de seguro ya se le han convertido en crónicas, aunque mi diagnóstico es que padece cáncer. De vez en cuando le veo tomar analgésicos. Lo mejor de todo es que no juega nada mal al billar, aunque está desentrenado por los años de inactividad. Al anochecer le he propuesto que cenáramos en alguno de los buenos restaurantes del centro, pero él ha preferido tomarse un frankfurt y una cerveza en un garito que le trae otros tiempos a la memoria. Mi amigo tiene fijación por sus años de juventud, y estos lugares le recuerdan su antiguo trabajo de policía. Antes de despedirnos le he prestado una de esas novelas del Oeste que consigo en un mercado llamado de Sant Antoni, que es como un rastro que sólo abre los domingos, pero dedicado a los libros viejos y usados. Pensaba que no querría leerla, pero al final ha accedido a llevársela. Después de que se fuera me he entretenido con *Kaputt*, un libro que me reconcilia conmigo mismo aunque todavía no sepa por qué, y he querido ver *The Pornographers*, aún pendiente de visionar, pero como estaba cansado lo he dejado para otro día. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

P. D.: ¿Qué le pareció la lista con las diez mejores actrices que le incluí en mi último correo?

Martes, 13 de marzo de 2007

ASUNTO: Su doble y el de la señorita Ashlynn

No se lo creerá, pero lo más importante que me ha sucedido hoy es haber

conocido a su doble y al de la señorita Ashlynn Brooke. Se trata de dos muchachitas rusas que son su vivo retrato y el de su compañera de oficio. No sabe la ilusión que me ha causado tal encuentro. No podía quitármelas del pensamiento y por la noche me he dedicado a repasar la lista, que en parte usted ya conoce, de las que para mí siguen siendo las veinticinco mejores actrices. Ya conoce cuáles son mis mejores deseos para usted: buenas noches, dulces sueños y un bendito amanecer.

L. L.

Viernes, 16 de marzo de 2007

ASUNTO: De madrugada

Srta. Morgan:

Ayer me acosté tarde viendo sus vídeos y hoy me dormía en la oficina. Suerte que me he dedicado a responder correo y a retocar una de las editoriales pendientes. Y suerte del café. Si hago caso de la gerente, el descenso en las ventas de revistas se ha visto compensado por la diversificación del negocio. ¿En qué nos hemos diversificado? Sólo un ejemplo: los ingresos por descargas en móviles se han triplicado respecto a los del año anterior. Al mediodía he comido en un restaurante junto a la oficina, y después he regresado a pie hasta la caravana. Hay que atravesar Barcelona de montaña a mar, pero eso no importa porque así compenso las horas que permanezco sentado. La gerente me ha hablado de *Baise-moi*, codirigida por dos mujeres, Coralie Trinh y Virginie Despentes. También me ha aconsejado que la clasifique entre las veinticinco mejores películas eróticas de los últimos tiempos. ¿Cómo es que no la conozco si es tan buena? De camino me he acercado al piso en donde conocí a su doble. No estaba. Más tarde me he pasado por el videoclub. En español *Baise-moi* es *Fállame*, y ya la había visto, pero no la tenía presente como una película del género. La percepción del género que tiene la gerente y la mía no coinciden siempre. No se ofenda, pero eso es porque ella es mujer y ve las cosas desvirtuadas. Por la noche he llamado a la agencia para saber si había alguna chica nueva. Me han hablado de una japonesa, según ellos inclasificable, que me ha interesado por

su especialidad: juguetería y máscaras. Una vez con ella no sabía muy bien si era yo o un doble mío. Es algo que me sucede con las máscaras, ni siquiera sé si estoy en este mundo o en otro. Otra vez he regresado tarde y sin sueño. Es por eso que aprovecho el insomnio para escribirle, cuando ya es madrugada en Barcelona. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Miércoles, 28 de marzo de 2007

ASUNTO: Día de repeticiones

Srta. Morgan:

De regreso de la oficina llovía y había refrescado, y ha sido una buena excusa para apostarme cerca de la casa en donde encontré a su doble. He averiguado que ella y su compañera se alojan en ese piso gracias a un programa de protección de testigos. Quería hacerme el contradizo, pero no estoy teniendo suerte. Por supuesto que insistiré. Me he acercado al videoclub a devolver una película del japonés Takeshi Kitano de la que no recuerdo el título, y luego me he sentado frente al mar a ver cómo anochece. De momento el sol se oculta pasadas las ocho y cada día le gana un minuto a la oscuridad. En ese aspecto creo que nada ha cambiado. Reciba mis saludos. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Jueves 29 de marzo de 2007

ASUNTO: Dos jubilados van de paseo y se aburren

Querida srta. Morgan:

Hasta que ha llegado mi amigo el policía jubilado me he pasado la

mañana estudiando la conveniencia de añadir una nueva revista a las que poseo. Esta se llama *Quality x*. La verdad es que no estoy seguro de la inversión. Si usted me echara una mano me lanzaría de cabeza, pero sin una estrella de su valía todo son dudas. Mi amigo ha llegado tarde por culpa de la lluvia, aunque igualmente hemos salido a pasear y a comer. Después del billar he querido llevarlo a un sex shop que anuncia un buen fondo de libros (algunos publicados por mí) y también de juguetería diversa, pero no lo he conseguido porque es uno de esos tipos del género indeciso y reservado. Entonces le he confesado la existencia de estos correos y le ha costado comprender qué podía decirle a usted en ellos. Más tarde he pasado una buena hora frente a la casa de la Ronda del Guinardó donde vive la chica que se le parece. Otra vez sin suerte. Me despido no sin antes pedirle que reflexione, por favor, sobre mi propuesta de colaboración en el lanzamiento de *Quality x*. Se lo agradeceré. Saludos. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Viernes, 30 de marzo de 2007

ASUNTO: Paquito chocolatero y la pompe manuche

Srta. Morgan:

Mañana dedicada a las tareas domésticas. En lugar de acudir al despacho he abastecido el frigorífico. Al mediodía me he acercado a la bodega torera de Cala, en Pueblo Nuevo, a discutir sobre la temporada que se avecina. División de opiniones. Luego, por la noche, he actuado con los músicos franceses en una sala del barrio de Gracia. Durante el ensayo hemos repetido una y otra vez *Paquito chocolatero*. Se la he enseñado para que la toquen cuando regresen a su país. Esas cosas les vuelven locos a los franchutes. Hablando de franceses, ¿sabe usted cómo me pongo con lo de la *pompe manuche*? Ese ritmo que no cesa puede aplicarse a alguna de sus películas, ¿no cree? Le mando un saludo. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Sábado, 7 de abril de 2007

ASUNTO: Danza erótica

Apreciada srta. Morgan:

Hoy he asistido a un espectáculo de danza que alternaba erotismo y desnudos sadomasoquistas con contorsionismo provocador. Si el teatro y la danza siguen por este camino, dejaremos de tener sentido los que publicamos pornografía intelectual. La misma contraportada de la revista con que obsequiaban a los asistentes era toda una declaración de intenciones: un primer plano, aumentado de tamaño, de un prepucio en posición de descanso, encerrado, aprisionado dentro de un cinturón de castidad y rematado por un candado. *Naturaleza muerta con brida*, se titulaba. Como siempre, tal como sucede con tantas otras obras, a la danza-teatro le faltaba guión. A la salida me he cruzado con la editora de *Female Lovers* y hemos aprovechado para intercambiar opiniones. Su criterio es parecido al mío, si acaso, todavía más crítico. Por suerte iba acompañada y se ha marchado pronto. Entonces se me ha ocurrido llamar a la joven con la que estuve la noche de Reyes, la del Daytona de oro, aquella que aparentaba engañar a su marido. Ha sido magnífico porque se ha prestado a una actuación en la cocina en la que la imitaba a usted. Ya ve que mi vida gira a su alrededor, casi comienza y termina con su obra. Siempre suyo, le desea buenas noches, dulces sueños y un bendito amanecer.

LALO L.

Domingo, 8 de abril de 2007

ASUNTO: ¿Ha de ser revolucionaria la pornografía?

Srta. Morgan:

Nada destacable en todo el día, ni una sola noticia digna de mención. Sólo

que se me ha ocurrido ver un corto de Brigitte Lahaie. Ahora no recuerdo cómo se titulaba; algo de *Six Swedes on a campus* o parecido. Es curioso lo que ha evolucionado la depilación femenina, porque las escenas eran de 1979 pero, si fueran actuales podríamos decir que la señorita Lahaie aparece un tanto descuidada, lea dejada. No hace mucho publicamos una entrevista donde la actriz decía que en su época ser una estrella del porno no era un trabajo, que actuaba por placer y que se sentía orgullosa de mostrarse ante la cámara, pero que ahora no lo haría porque en la actualidad ser actriz porno no tiene nada de revolucionario. ¿Qué piensa usted de eso? ¿Ha de ser revolucionaria la pornografía? Yo me conformo con que sea creíble. Saludos desde Barcelona. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Lunes, 16 de abril de 2007

ASUNTO: Su doble y yo

Srta. Morgan:

¡Victoria! La paciencia da sus frutos y he acabado averiguando casi todo de su doble. Dispongo de su número de teléfono y sé que, en contra de la norma—me refiero al programa de acogida y protección de testigos del que se beneficia—, sigue viéndose con algunos clientes. Ya estoy deseando llamarla. Por desgracia hoy no era el día adecuado y he preferido escuchar a Antonio Mairena. Bueno, muy bueno. Debería usted escucharle también, ahora que es tan fácil hacerlo a través de Internet. Un día de éstos le mando mi lista de los mejores flamencos. A estas alturas no debería sorprenderle mi manía por los rankings de actores y actrices del arte pornográfico, por las mejores películas, por los mejores guiones, por los mejores toreros... Me olvidaba, ayer fue día grande porque dio comienzo la temporada taurina. Vi torear al Juli, a José María Manzanares y a Alejandro Talavante. El más destacado fue Manzanares. Le hubiera gustado a usted. Para cuando tenga ocasión debería rodar unas escenas con torero, con las armas del torero, incluso ataviada con su vestuario o parte de él. Si se decide, le recomiendo que elija España, a lo sumo México, para rodar esas escenas. Seguro que

serán mucho más auténticas. Suyo una vez más, le deseo buenas noches, dulces sueños y un bendito amanecer.

LALO L.

Martes, 8 de mayo de 2007

ASUNTO: Día de trabajo y escenas con la chica rusa

Srta. Morgan:

Dios la libre de tener que dirigir una empresa. Mientras todo el mundo nada en la abundancia, mi negocio se ve asediado por la gratuidad. De todos modos tengo el presentimiento de que la pornografía intelectual seguirá adelante, aunque sea a trompicones. Me refugio en la escritura de la contraportada de *Escena de amor con perro*, el próximo libro en el que he puesto mis esperanzas. Día de calor. Hemos llegado a los veintiséis grados. Por la noche me he citado con la chica rusa que es su vivo retrato. No ha puesto ningún reparo. Mucho mejor así, porque me hubiera obligado a recordarle que con sus otros clientes se estaba saltando la normativa de protección. Hemos repetido alguna de las escenas de su reciente *Young, Hot & Bothered* y ha sido espléndido. No tiene su talento, pero he de reconocer que está más cerca y es más real. Para mí ha sido como si se cumpliera un sueño. Espero que no le importe y que lo tome como un halago. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Miércoles, 9 de mayo de 2007

ASUNTO: Músicas

Querida srta. Morgan:

YouTube se ha convertido en el lugar donde puedo pasar horas y más horas escuchando a los cantantes de mi época. Es una lástima que usted no conozca ni haya escuchado nunca *Rascayú* de Bonet de San Pedro. Yo era casi un niño (exagero un poco, claro) cuando se escuchaba esta canción y otras de su especie. Búsquela y escúchela. No tiene desperdicio. ¡Qué época aquella! Al poco tiempo me trasladé a Francia, a trabajar. Así que no sólo estuve al tanto de la canción española, sino que también soy fan de Brigitte Bardot, y durante años consideré que el mejor culo era el de Sylvie Vartan, una cantante que debe de haberse jubilado ya. Seguro que habrá oído hablar de ella porque tengo entendido que residió una temporada en Las Vegas. Me he pasado la tarde encerrado en la caravana y por la noche he salido con los músicos de Les Goose Hot Club de Torderes. He pensado enseñarles a tocar *Herencia gitana*. La cantaba Imperio Argentina, otra artista a la que usted debería conocer. Un saludo, buenas noches, dulces sueños y un bendito amanecer.

LALO L.

Viernes, 2\$ de mayo de 2007

ASUNTO: Músicas de preámbulo para The Pornographers de Imamura

Srta. Morgan:

Leo a Curzio Malaparte, que es como una vieja costumbre que me acompaña desde hace años, sin duda de la misma casta que leer a Julio César pero al revés, y luego me paso la mañana componiendo. Créame si le digo que el inicio de *Suspiros de España*, en la interpretación de Estrellita Castro, es del orden, la suntuosidad y la elegancia de la melodía del *Concierto para piano n.º 2* de Rajmáninov. Cuando escucho *Suspiros de España* me entran unas ganas incontrolables de componer un preámbulo de esas mismas características. Y es que mi virtuosismo con el Júpiter Lux se queda en nada ante una genialidad de tal categoría. Le aseguro que cuando me encallo y veo la imposibilidad de conseguirlo, quemaría el acordeón de pura envidia. Por la

noche parece que lo haya olvidado todo, ataque de celos incluido, y me programo una sesión de cine y pizza. Por fin he visto la película de Imamura *The Pornographers*. Impresionante. Simplemente eso. Te quedas con la boca abierta. No puede decirse mucho más. Es curioso que habiendo deseado dirigir cine en alguna época de mi vida, no me entren ganas de destruir el ordenador, la película o la mismísima caravana. Todo por envidia. Debería componer una música de preámbulo para el film de Imamura. Buenas noches, dulces sueños y un bendito amanecer.

LALO L.

Lunes, 11 de junio de 2007

ASUNTO: Su doble y los toros

Srta. Morgan:

Ayer llevé a los toros a mi amigo el ex policía y a las dos chicas rusas que son el doble de usted y de la señorita Brooke. No sé lo que pensaría Brigitte Bardot de mi afición a los toros, y de la afición que les tengo a usted, a ella y a las chicas rusas, pero la mezcla me resulta explosiva. Tarde, noche y madrugada magníficas. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Miércoles, 13 de junio de 2007

ASUNTO: Los márgenes de lo ético moral en la pornografía

Querida srta. Morgan:

Hoy hemos llegado a los veintiocho grados, pero antes de que el termómetro subiera hasta tal punto he ido al despacho para programar el número de noviembre de *Sex Repórter* y a dar un vistazo a un libro filosófico donde el autor no olvida citar a nadie que se precie: de Kierkegaard y Schopenhauer a Bauman, Lévinas o Nussbaum. A estos últimos no los he

leído personalmente, aunque sus nombres aparecen constantemente citados y ya estoy acostumbrado a su musicalidad. Lo cierto es que debo haberme hecho mayor y me he cansado de tantas monsergas. La obra lleva por título *Los márgenes de lo ético moral en la pornografía* y en términos generales promete, aunque he de convencer al autor para que elimine un par de páginas de agradecimientos. Después, almuerzo con la gerente. Nos pasamos la comida dándole vueltas al título de otro de los libros que tenemos en cartera: *Escenas de amor con perro*, o bien *Naturaleza viva con perro*, o bien *Escena de sexo con perro*. ¿Qué diría el autor de *Los márgenes de lo ético moral en la pornografía*? Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Domingo, 17 de junio de 2007

ASUNTO: Casi verano

Apreciada srta. Morgan:

Como hoy era imposible conseguir una entrada a precio razonable, me he quitado los toros de la cabeza. Nada más que destacar, ha sido un domingo de pena. Por la tarde he alquilado un par de películas. Le ahorro los detalles porque las tardes de domingo suelen ser lo peor de la semana. Incluso yo noto eso si no hay toros ni una buena hembra. Habría que buscar una rutina para esas tardes, pero entonces a los otros días les faltaría contraste. ¿Incoherente por mi parte? Seguro que no soy la única incoherencia que se ha dado en este mundo. Me despido por hoy. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Viernes, 22 de junio de 2007

ASUNTO: Rascayú cuando mueras que harás tú

Srta. Morgan:

Sesión de YouTube con Sinatra, Gardel y Darin, todos ellos de mi época. Usted debe de haber oído hablar de Bobby Darin. Cantaba uno de los temas de la *Ópera de los tres peniques*, *Mack the Knife*. En España esa canción la hizo célebre otro cantante que todavía ameniza algunas tardes en las residencias de ancianos. No lo tome como un comentario mordaz, porque valoro que alguien dedique parte de su tiempo y talento a la obra social. Yo mismo suelo tocar el acordeón en residencias de ancianos, aunque sólo lo hago cuando me lo piden unas monjitas que conozco. Me pregunto si sería posible llevar uno de sus shows a una residencia de la tercera edad. ¿No cree que llegada la noche habría un movimiento incansable de viejos y viejas yendo de una habitación a otra? Trabajo y emolumentos extra para enfermeras y cuidadoras, que podrían venderles el viagra bajo mano. Bien, dejemos eso y regresemos a la música porque a quien he pensado escribirle es a otro cantante, también de aquella época, Bonet de San Pedro, por si quiere interpretar conmigo *Rascayú*. Le hablé de él y de esta canción en otro correo. Mi propuesta tiene sentido porque Bonet de San Pedro es un gran músico y un gran cantante, y yo puedo hacerle las voces y ponerle el acordeón. Le aseguro que sonaríamos de miedo. Como puede ver estoy auténticamente *revival*. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Martes, 26 de junio de 2007

ASUNTO: Voluntariado tuppersex

Srta. Morgan:

Día de trabajo. Lluvia de ideas para los nuevos tiempos que se avecinan. Ya sabe: de forma y de contenido. ¿Qué diferencias hay entre el sexo de ahora y el de antes? ¿Y con el que vendrá? Ya le comenté los cambios que descubrí en algo tan mundano como la depilación de una estrella de los años setenta, un caso extrapolable a la mayor parte de nuestro negocio. ¿Qué decir de la juguetería actual? Hace poco incorporamos a nuestros productos una serie de muñequitas eróticas en miniatura llamadas Garage Kits, muy

adecuadas para construir maquetas. Hay que pintarlas y decorarlas. Existen diversos modelos—se lo detallo en francés, tal como las describe nuestro propio catálogo—*dominatrices, filies bondagées, écolières, pisseuses*, o bien *guerrières du futur*. No voy a aburrirla con algo que usted ya debe conocer de sobras. Conclusión: hay que replantearse el negocio constantemente, estar atentos a las novedades y a los cambios sociales. Tras esta sesión he dado una charla a las nuevas vendedoras de juguetería erótica porque coincide que hoy comienzan sus primeras reuniones *tuppersex*. Cuestión de animarlas. Algunas no necesitan trabajar, pero les encanta esta clase de actividad, y ésta es su motivación principal. A mí me parece como si esas mujeres formaran parte de un voluntariado generoso, dispuesto a la lucha en defensa de una práctica libre y sin tapujos del sexo. ¡Viva el sexo, señoras mías! Buenas noches, dulces sueños y un bendito amanecer, le desea su ferviente

LALO L.

Viernes, 6 de julio de 2007

ASUNTO: Ponga una mudita en su vida

Srta. Morgan:

Olvidé decirle que volvimos a salir con las chicas rusas. A mi amigo le gusta la que no habla español, aunque en realidad no la he oído hablar en ningún idioma, casi ni en ruso. Es la que se parece a su amiga, la señorita Brooke. Repetiremos más veces. Mañana complicada. Tarde de médico. Aproveché para interrogar a la gente en la sala de espera. Son preguntas inocentes pero que causan pavor. Les pregunto si se acuerdan de mí, de cuando éramos vecinos en otra vida, en el barrio chino, o de cuando coincidimos en un camping, pongamos que de Santander. ¡Si viera las caras que ponen! No tienen desperdicio. Hoy he revisado un par de viejos ejemplares de *SublieM*. No recordaba que algunas fotografías hay que verlas con lupa. Y por la noche me he citado con una de las chicas rusas, la mudita que se acuesta con mi amigo. Le he hecho entender a través de mi maltrecho ruso que no tiene por qué contarle nada de nuestra cita. Tal vez sea redundante pedirle silencio a alguien que no habla. He tenido suerte con el

hotel porque no suele haber habitaciones libres en época veraniega; los turistas lo arruinan todo. Entiendo que la chica le agrade a mi amigo, es sumisa como pocas, no habla, no discute, te deja llevar la iniciativa en todo momento y consigue hacerte creer que no está contigo por tu dinero, sino porque de algún modo te quiere, y aunque uno sepa que no es así, en estos casos es gratificante seguirle la corriente. Amanece en la caravana mientras le escribo y le deseo que disfrute de unas buenas noches, dulces sueños y un bendito amanecer.

LALO L.

Martes, 10 de julio de 2007

ASUNTO: Voluntaria tuppersex

Srta. Morgan:

Cuenta una de las chicas de Tuppersex con la que salgo en ocasiones que al final de una sesión se quedó a solas con la propietaria del piso y se estuvieron probando mutuamente las bolas chinas y un Jelly Royale transparente; un doble pene rojo y el modelo Cristal verde. Estas historias, sean inventadas o no, me ponen. Hemos ido a su casa. La he atado a la cama. No podía verme porque le he vendado los ojos; su cuerpo untado con mermelada. Mientras le limpiaba el cuerpo con la lengua le he preguntado si la propietaria del piso también le había besado el clítoris. Del arsenal que guarda hemos utilizado un Plug transparente largo con lubricante y un consolador de Jelly de doble cara: el Penis Probe, porque dice ella que es su preferido. La he dejado exhausta. Más que nada por si se le ocurre hacer algún comentario a sus compañeras. Ya sabe usted que uno nunca puede bajar la guardia en ese aspecto. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Viernes, 2 y de julio de 2007

ASUNTO: Dietario sexológico

Srta. Morgan:

Mañana de trabajo en Vic, una pequeña ciudad cercana, adonde me he desplazado junto con la gerente. Parte del tiempo lo hemos pasado en una productora de vídeos eróticos y pornográficos con la que deseamos rodar algunas películas de entre tres y siete minutos. Me preocupan mucho los guiones y me preocupo para que tengan sentido, a mi entender uno de los aspectos clave del negocio. Luego hemos comido con un autor de Vic que ha escrito un *Dietario sexológico* un poco extraño, como si fuera una de aquellas películas que llamábamos de arte y ensayo pero en libro, y no es que Vic sea la meca de la pornografía, el valle de San Fernando de Los Angeles, sino que hemos concentrado allí varias actividades en un solo día. El contenido del libro nos lo ha resumido durante la comida, y tras los postres le he propuesto el título: *Dietario de un inmune al sexo*. Hoy hemos llegado a los treinta y dos grados. Debería estar prohibido trabajar en estas condiciones. Suerte del aire acondicionado. Antes de regresar a Barcelona he llamado a su doble rusa y le he pedido que me esperara en el hotel de siempre. La gerente me ha dejado en la puerta, le he preguntado si le apetecía hacer un trío y ha dicho que no. Mala suerte, otra vez será. Le escribo de regreso en la caravana con el apetito saciado por hoy. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Sábado, 28 de julio de 2007

ASUNTO: Soumis ou contemplatif

Apreciada srta. Morgan:

Lectura del *Dietario sexológico* que sigo pensando titular *Dietario de un inmune al sexo*. Ayer le conté a la chica rusa que tengo planes para la Navidad: que viajaremos junto con su amiga la muda y con mi camarada el policía jubilado. Le pregunté si a su compañera le cae bien mi amigo. Dijo que a su compañera le cae bien cualquiera que la trate bien. Luego me obsequió con una postal que lleva por título *L'Inspiration*. De hará un par de

años, de cuando trabajaba en Francia. En ella aparece desnuda boca abajo sobre una cama y con las piernas abiertas. Primer plano de su sexo abierto. Texto: «*Région—Elle, femme docile, soumise, bisex., aimant fellation, sodomie, humiliations, hydrothérapie. Désire échanger confessions, photos intimes avec femmes, couples en vue préparations rencontres. Ne peut recevoir, se déplace seule ou avec son ami pouvant être soumis ou contemplatif. Réponse à toute lettre détaillée avec photo et adresse, curieuse et hommes s'abstenir*». Le pregunté para quién trabajaba en Francia, pero no quiso responder. Aunque no debería, sigue ejerciendo por cuenta propia. Desvié la conversación hacia el viaje navideño y de fin de año. Si le apetecería. Quiso saber adónde iríamos y le respondí que al paraíso o a alguno de sus sucedáneos. Aceptó. Luego declamé el poema de «El conde Sisebuto», que recito desde pequeño. Ya sé que es prácticamente imposible que usted lo conozca, pero le mostraré en un par de líneas su estupendo inicio: «A cuatro leguas de Pinto | y a treinta de Marmolejo | existe un castillo viejo | que edificó Chindasvinto...». La dejo porque me queda trabajo todavía con el *Dietario de un inmune al sexo*. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

P.D.: Ese texto francés me hace pensar que nunca me he acostado con una mujer enana. Esa es una experiencia que me falta. Nada que ver una cosa con la otra, pero existen asociaciones mentales que no dependen de la lógica.

Miércoles, 8 de agosto de 2007

ASUNTO: Squirting

Srta. Morgan:

Calor de agosto. Nada nuevo excepto que he descubierto a la camarera del McDonald's tomando el sol en la playa durante las horas de descanso. Está de miedo, y tiene unas tetas como pocas. Hoy he visto la magnífica *Cytherea Super Squirting Hottie 1*. Una maravilla esa muchachita. Si sigue así dará mucho que hablar. Eso me ha contagiado unas ganas enormes de ver otra vez a la chica rusa. Así que he reservado habitación en un hotel de

Terrassa, uno de esos establecimientos especializados en viajeros de comercio que todavía no están colonizados por los turistas. Atada a los colgadores de las toallas, la he desnudado lentamente. Le he provocado un par de orgasmos y luego me ha suplicado que la viole. Buena chica. Ha dejado hasta la última gota en el piso. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Martes, 14 de agosto de 2007

ASUNTO: Guión

Apreciada Srta. Morgan:

Ya conoce mi opinión sobre los guiones de nuestra especialidad. ¿No encuentra que hay una falta de variedad preocupante? Tengo algunas ideas que podrían interesarle; proyectos que no puedo llevar a cabo porque precisan de un equipo mucho mejor del que yo dispongo. Le agradeceré que a vuelta de correo me diga si estaría dispuesta a leer alguno de los argumentos que he escrito. Cambiando de tema, me he propuesto publicar una versión propia de la historia de la pornografía en una de mis revistas. Pienso que lo haré por entregas. ¿Qué le parece la idea? Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Miércoles, 17 de agosto de 2007

ASUNTO: La vecina rosa

Srta. Morgan:

He pasado el día en el agua. Alguna ventaja ha de tener vivir frente al mar. De vez en cuando le echo un vistazo a la camarera del McDonald's, pero no se da por enterada. Antes de eso había invitado a mi vecina de la caravana

rosa a que me acompañara a la playa, pero la muy coqueta dice que no tiene edad para mostrar su cuerpo en bañador. Como no ha habido modo de convencerla, le he prometido que almorzaríamos juntos en un restaurante cercano. Durante la comida me ha contado la vida de una mujer que en tiempos remotos fue su asistente. Como no se relaciona, vive las vidas de los demás como si fueran la suya propia. Le he recordado una anécdota de la que fui testigo y que protagonizó con el paquistaní que le suministra las bombonas de gas. Era un día de lluvia y ella insistía en saber si el hombre tenía ropa de recambio. Él le explicaba que la tenía en el camión y que al terminar la jornada cambiaba el mono mojado por ropa seca. ¡Gracias mama! ¡Gracias mama!, exclamaba con gratitud, casi sin atreverse a dejarla sola. A mí me pareció entrañable que la llamara de este modo. Por desgracia, mi vecina ya no recordaba aquel incidente. ¿No le parece que a veces pasan cosas enternecedoras a nuestro alrededor? Nada más por hoy. Al final, éste ha sido un miércoles tranquilo. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Lunes, 20 de agosto de 2007

ASUNTO: Toros

Srta. Morgan:

Maldita lluvia. Puestos a tener un mes de agosto lluvioso, mejor pasarlo en Cantabria. Debería marcharme ahora mismo, cosa que no hago porque allí no hay corridas de toros. Encima, se suspendió la que se había anunciado para ayer en la Monumental. ¿Motivo? La lluvia. ¿Qué iba a ser si no? Llovió ayer, anteayer y el otro. En este mes de agosto llueve casi cada día. Aunque pueda parecerle lo contrario, Barcelona es una ciudad en la que casi nunca llueve, y menos en verano. En la bodega torera de Cala los nervios estaban a flor de piel. Por este camino no acabaremos la temporada. ¿Ha presenciado usted alguna vez una corrida de toros? Si se pasa por Barcelona en época de toreo la invitaré gustoso. Eso si no llueve. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Miércoles, 22 de agosto de 2007

ASUNTO: Historia de la pornografía

Srta. Morgan:

Aunque también hoy llueve, ya se me ha pasado el enfado. Será porque lo he sustituido por un nuevo proyecto. Ya le advertí en uno de mis correos que quería escribir una historia de la pornografía, tal vez *la HISTORIA DE LA PORNOGRAFÍA*, así en mayúsculas. Desde luego que la parte que más me interesa es la que se refiere al Hardcore, porque el Soft y eso que convenimos en llamar Médium, a mi modesto entender, no son más que puras boberías. De momento busco información en la prehistoria, en las antiguas dinastías chinas, en los etruscos y en los griegos. No se me ocurre comenzar de otro modo. Si lo pienso bien, me doy cuenta de que una idea de estas características sólo puede surgir a causa del aburrimiento total de agosto, un mes aburrido donde los haya. Cuando no llueve me paso el día en la playa, aguardando a que llegue la camarera del McDonald's, la próxima corrida, actuar con esos chicos franceses, o bien esperando un encuentro con su doble rusa. No puedo dejar de darles vueltas a las cosas y ya he comenzado a clasificar las películas por tendencias, por épocas y por países. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Domingo, 2 de septiembre de 2007

ASUNTO: Turista Go Home

Srta. Morgan:

Tenía ganas de que terminara agosto y de que se fueran de una vez los malditos turistas. Por hoy nada más. Buenas noches, dulces sueños y bendito

amanecer.

LALO L.

Lunes, 3 de septiembre de 2007

ASUNTO: Vuelta al trabajo

Apreciada srta. Morgan:

En la oficina me preguntan dónde he pasado las vacaciones y respondo que vivo todo el año de vacaciones, que no necesito salir de la ciudad para estar de vacaciones. Hoy tenía una cita con un productor venido de París a quien no conocía personalmente. Dice estar buscando un socio en Barcelona, supongo que ése era el motivo por el que quería verme, pero no me he atrevido a aconsejarle ninguno, y yo, para qué andarme por las ramas, ya estoy viejo para complicarme la vida con nuevos negocios. Con el café deja caer que si alguna vez decido vender mi empresa piense primero en él. Al marcharnos le habla en francés a la cajera. Digo yo que no sé cómo ha adivinado que ella era francesa, porque aún es hora de que la chica abra la boca. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Martes, 18 de septiembre de 2007

ASUNTO: De nuevo yo

Srta. Morgan:

Con tan poco que contarle, con tanta rutina, no quise cansarla. No crea que he dejado de pensar en usted. Hoy ha amanecido más fresco que en días anteriores. Quizá por la lluvia de ayer. Las calles estaban vacías y frías mientras el taxi me llevaba a la oficina. Aunque finalmente he decidido comprar *Quality x*, cada vez que lo pienso se me ponen los pelos de punta, cruzo los dedos y rezo para que todo salga bien. Hay quien dice que se

avecina una recesión como nunca hemos visto. De regreso en la caravana he leído un par de capítulos de la última versión del *Dietario*... Falta poco para terminarlo. Es bueno, aunque no tanto como para hacerle un monumento. Los monumentos están reservados a las actuaciones como la de usted en *Young Hot & Bothered*, por citar sólo una que ayude a fijar los parámetros, la justa dimensión de las cosas. Creo haberle hablado de esta película en alguna ocasión, y no debería sorprenderse por ello, ya que a cierta edad solemos repetir las cosas una y mil veces. Le anuncio que estoy pensando en reservarle uno de los capítulos finales de mi *Historia de la pornografía*. Ayúdeme a seleccionar una de sus películas, una escena, un momento estelar, cualquier detalle del que usted se sienta orgullosa. Hábleme de él y le prometo que incluiré su comentario en el libro. ¿Lo hará? Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Miércoles, 26 de septiembre de 2007

ASUNTO: Una velada con la vecina de la caravana rosa

Apreciada srta. Morgan:

Tarde por la noche, al pasar frente a la caravana rosa he aprovechado para saludar a mi vecina. Me he dado cuenta de que los años le pesan y de que está demasiado sola. Dice que se duerme en el sillón, que se obliga a cerrar el dormitorio porque de lo contrario se pasaría el día acostada. Dice que un día no se despertará, que no sabe si podrá aguantar mucho tiempo viviendo en la caravana. Pienso que debería vivir acompañada, y no quiero imaginarla conduciendo. Es más, no consigo comprender cómo alguien se ha atrevido a renovarle el permiso de conducir. Le he dicho que tengo conocidos que pueden conseguirle una plaza en una residencia para ancianos, pero ella asegura que no sabría vivir encerrada entre cuatro paredes, que ése sería su final definitivo. Dice tener mi edad, pero apostarí cualquier cosa a que al menos se quita una docena de años. Tras la cena hemos jugado unas cuantas manos al remigio y luego, como no tenía sueño, he pensado en escribirle a usted y me he venido a mi pequeña mansión. Ella ríe cuando llamo mansión a

este cacharro. En fin, buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer, le desea su amigo

LALO L.

P.D. 1: No me ha respondido a la pregunta sobre cuál es la mejor película, escena o momento estelar de su carrera, y repasando anteriores correos veo que no ha respondido tampoco si estaría dispuesta a leer uno de mis guiones. Tal vez no me crea capaz de proponer buenas ideas. Le resumo una en la que estoy trabajando: Tannhäuser—ya sabe, el de Wagner—vive refugiado en el monte donde habita Venus. Allí es sometido a una explotación sexual intensiva por parte de ésta hasta que, abrumado por las circunstancias, decide abandonarla. No sigo, pero le pido que imagine la obra entera en clave operística y con todo el fasto posible. Usted sería Venus, por supuesto. Ya me dirá.

P. D. 2: No es exactamente lo mismo, pero para hacerse una idea piense en el *Calígula* de Tinto Brass, la versión pornográfica de 1984, claro.

Sábado, 29 de septiembre de 2007

ASUNTO: Septiembre se muere

Srta. Morgan:

Hoy es el santo de mi vecina de la caravana rosa. Ha traído un postre para compartir y yo le he obsequiado con la maqueta de un célebre navío que construí meses atrás. Una reproducción a pequeña escala del *Bounty*, un velero de la Royal Navy que se hizo famoso en el cine. Hemos encontrado un rincón en su caravana donde cabe perfectamente. Dice que a partir de ahora me recordará todos los días gracias al barco. Antes de acostarme he interpretado la suite *Iberia* de Albéniz a los pies de su caravana. Aplausos y vítores de los transeúntes que han echado un montón de dinero en la funda del acordeón. Le he dicho a mi vecina que lo guarde y que uno de estos días me invite a cenar. Buenas noches, dulces sueños y un bendito amanecer.

LALO L.

Lunes, 1.º de octubre de 2007

ASUNTO:

Srta. Morgan:

Reunión con las vendedoras de Tuppersex. La chica con la que me acosté tiempo atrás ha mantenido un comportamiento agrio, de despecho, durante la sesión. Almuerzo de trabajo sobre cómo explotar la Red. Nuestros resultados son mejores en la Red porque vendemos productos que son mejores allí que en las tiendas. Le cuento esto porque usted también está en el negocio y presiento que el tema le interesará. A la hora de cenar me he pasado por el McDonald's, más que nada para ver a la chica de las tetas de oro. Hace tanto tiempo que no se baña delante de mi autocaravana que tenía antojo de verla. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Sábado, 6 de octubre de 2007

ASUNTO: Aburrimiento total

Srta. Morgan:

No tengo sueño. Estoy estancado con mi *Historia de la pornografía*. No avanza. Confieso que me molesta sobremanera tener que transigir con esos tópicos de los años setenta como *Garganta profunda*, o los del Rocco Siffredi de los ochenta. Habré estado leyendo durante una buena hora antes de iniciar mi obsesivo vagabundear por los canales de televisión, y antes de probar con un par de películas que apenas he aguantado diez minutos. A medianoche llegan los desnudos, clips de líneas calientes, zonas prohibidas, chicas sensuales y ardientes que dicen estar esperándome. Encuentro curioso que jamás haya utilizado esa clase de servicios, tal vez porque ya dispongo de otros. Pasadas las dos y treinta de la madrugada consigo ver nuestro *spot* publicitario en el Shop de Tuppersex. En uno de los canales dan una película

francesa que ya he visto pero de la que no recuerdo el nombre. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Domingo, 7 de octubre de 2007

ASUNTO: Azul oscuro casi negro

Querida srta. Morgan:

Me he levantado con una idea fija: ya he opinado otras veces en diferentes páginas editoriales sobre la calidad del cine pornográfico y erótico, pero pasado el Santa Claus x anunciaré que voy a publicar un ranking con las mejores películas del género, y que en números sucesivos iré comentándolas una tras otra. Lo digo como si se tratara de una amenaza y pienso que tal vez lo que debería hacer es crear una sección en donde se muestre lo mejor junto a lo peor para luego reunirlo en una lista donde estén las veinticinco mejores y las veinticinco peores películas, actrices, actores, guiones..., ya puede imaginar el impacto que eso tendría. Seguiré pensando en ello.

Otra obsesión. He llamado a su doble rusa y he organizado una sesión temática. Le he pedido que se vista de azul, la picardía, el tanga, los zapatos, todo de azul oscuro casi negro. Ella se comportará como una multimillonaria y yo asumiré el papel de viejo guardaespaldas que tiene un reencuentro fortuito con la hija de sus antiguos patronos. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

P. D.: Le adjunto una fotografía de cuando era pequeño, de mi primera comunión.

Miércoles, 10 de octubre de 2007

ASUNTO: Flores para una mujer (yo diría que) octogenaria

Srta. Morgan:

Salgo a la cafetería. Llueve. De regreso encuentro un mensajero envuelto con un chubasquero y pantalones de plástico llamando a la puerta de la caravana. Me entrega un paquete con un libro que tiene por título *El apego en el sexo*. Fresco, acabado de salir de la imprenta. Trata de la relación entre las primeras experiencias, el bienestar emocional y el rendimiento sexual. Una faja más vistosa que la misma portada lo define como «Una guía para comprender la teoría del apego aplicada a la realidad del sexo». Mañana la chica rusa cumple veinticinco años. Como le tengo cierto apego, no he podido esperar y he ido a su encuentro para celebrarlo anticipadamente. De camino le he comprado flores, pero al llegar a su domicilio la rusa no estaba y tampoco respondía al teléfono. Alguien se me ha adelantado. Llovía cuando he llamado a la puerta de la caravana rosa. Finalmente, las flores serán para mi vecina. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Miércoles, 17 de octubre de 2007

ASUNTO: Siempre en la brega

Srta. Morgan:

Paso el día enganchado al trabajo: la publicidad de *Female Lovers*; lectura de *Sexo en Reggio Emilia*, una novela bastante mejor de lo que promete su título; el autor de *Sexo y efecto Pigmalión* me manda las modificaciones que le pedí tiempo atrás. Me quedan dudas sobre el final de una de las historias que cuenta. No me acaba de convencer. A mediodía mi vecina de la caravana rosa me invita a comer. Me pregunta por mi empleo—ella cree que trabajo en una editorial que publica libros de pedagogía—, le digo que ahora mismo hay un *boom* de ventas en los libros para el profesorado y para las escuelas, que todo marcha viento en popa. Por la noche he reescrito el final de esa historia que no me acababa de gustar, la del efecto Pigmalión, y le mando un correo al autor para que me dé su parecer. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Sábado, 20 de octubre de 2007

ASUNTO: Fuera de nuestra apariencia

Srta. Morgan:

Han bajado las temperaturas. Noche de infarto con una señorita que decía ser adicta al *cross-modal*, fuera lo que fuese dicha especialidad, aunque cuando he sabido que no tenía que ver con el sexo me he desentendido del asunto. De pronto al quedarme solo he sentido la necesidad de interpretar a Falla. ¿Conoce usted a Falla? Sin duda uno de los mejores compositores que hayan existido nunca. De Falla incluyo en mi repertorio *El amor brujo* y *Noches en los jardines de España*. Los he repetido una y otra vez hasta cansarme. Después de comer me he sentado en la acera mirando al mar, como si me gustara aguantar el frío o algo así. Entonces ha pasado una de mis vendedoras de *tupper-sex* con su hijo pequeño y su marido. Nos hemos saludado discretamente y yo he seguido mirando al mar pero pensando en esa madre joven que se dedica a la venta de juguetes eróticos. No tiene nada que ver, pero si no hubiese sabido a qué se dedicaba profesionalmente, mi imagen de esa chica sería otra. ¿Estamos demasiado influenciados por las convenciones sociales? Si se baja la guardia, lo más probable es que en cuestión de segundos caigamos en la más completa ignominia. Ahora que lo pienso, señorita Morgan, desde siempre he sabido que dentro de nuestra cabeza hay cosas mucho mejores que las que aparentamos. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Sábado, 2 y de octubre de 2007

ASUNTO: Día frío y con tormentas

Srta. Morgan:

5:45 Ducha y medicamentos. Hago el amor por segunda vez. No sé su nombre verdadero porque se hace llamar Remí, y a mí Remí no me suena a nada, quizá a vino o a diminutivo de Remedios, pero no puede ser ya que se trata de una chica francesa a la que conocí anoche. Entonces debe de ser Remi, sin acento, aunque se pronuncie con él. Antes de irme desayuno en el mismo hotel, un Catalonia de Puerta del Ángel. Luego acudo a una cita con dos ejecutivos de la empresa que patrocina *Comdom Plus*, una de las revistas que publico bajo encargo. Han viajado en sábado para ganarle tiempo al tiempo, para pasar un fin de semana en Barcelona. Les he proporcionado algunas direcciones donde encontrar chicas de su estilo y me he desentendido de ellos. Son jóvenes y todavía creen que van a comerse el mundo; no saben que a las primeras de cambio el mundo se los merendará sin piedad. De regreso a la caravana hace un día frío, pero más que frío se trata de un día desangelado. Por la tarde duermo quince minutos. Escribo sobre John Holmes, Harry Reems, Ron Jeremy, Nacho Vidal... La noche se alarga indefinidamente. En unos minutos cambiaré el horario, pero hacia atrás, y ganaré una hora más de sueño, de vídeos, de sexo, de todo. Si es que usted consigue dormir, le deseo que tenga dulces sueños y un bendito amanecer.

LALO L.

Jueves, 8 de noviembre de 2007

ASUNTO: Silencio obligado

Apreciada srta. Morgan:

Disculpe mi largo silencio, pero me he visto obligado a cambiar el emplazamiento de la caravana. Todo ha ocurrido precipitadamente, y aunque no venga a cuento el motivo, baste decir que esa ha sido la causa por la que no he podido escribirle durante estos últimos días. Ahora no puedo dedicarle más que unas pocas líneas. He abandonado toda clase de actividad, incluso he interrumpido mi *Historia de la pornografía*. Lo único que deseo es que sepa perdonarme si baja la frecuencia de mis correos. Para que se haga una idea,

incluso me perdí el combate que se celebró en Cardiff entre Joe Calzaghe y Mikkel Kessler, un mito contra un noqueador nato. Dicen que fue una maravilla de combate entre dos boxeadores del mismo peso pero con atributos muy diferentes. En condiciones normales no me lo hubiera perdido por nada del mundo. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Sábado, 10 de noviembre de 2007

ASUNTO: Silencio obligado

Apreciada srta. Morgan:

Todo apunta a que seguirán las buenas temperaturas, pero para mí es como si lloviera, nevara y tuviera la caravana anclada en el centro del polo norte. Me hubiese gustado despedir la temporada taurina en la bodega de Cala. Paciencia, otra vez será. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Martes, 13 de noviembre de 2007

ASUNTO: Enfermo

Srta. Morgan:

Ayer no me encontré nada bien. Hablé con la oficina varias veces durante la mañana. También salí de paseo hasta una playa cercana. Mi estación meteorológica indicaba dieciocho grados en el exterior de la caravana, pero del paseo regresé tiritando de frío y me metí en la cama con fiebre. No importa lo que ocurra, sigo deseándole buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Miércoles, 14 de noviembre de 2007

ASUNTO: Enfermo

Srta. Morgan:

Día perdido en la cama. Primero parecía que iba a mejorar, pero luego me puse peor. Sobre todo me molestaban las náuseas y el dolor de cabeza, que eran continuos. Ahora mismo no puedo dormir, pero tampoco me siento inspirado para seguir escribiendo. Le deseo buenas noches, dulces sueños y un bendito amanecer.

LALO L.

Jueves, 15 de noviembre de 2007

ASUNTO: Ashlynn Goes to College

Srta. Morgan:

Episodio de frío en el país. Parece que me encuentro mucho mejor. Por la tarde he salido para unas pequeñas compras. Contaba con que el frío acabara de rematar los microbios, pero no ha sido así y al rato he tenido un bajón. He leído que usted participará en la segunda parte *de Ashlynn Goes to College*. Será un placer verla junto a la señorita Brooke en un largometraje. Sueño con que llegue ese momento y repetir las escenas con las dos rusas que son sus vivos retratos. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Sábado, 17 de noviembre de 2007

ASUNTO: Día triste y frío

Srta. Morgan:

De nuevo he despertado acompañado. Debe de ser que estoy mejorando notablemente. Me he querido probar y he desayunado al aire libre viendo cómo rompían las olas en la playa. Venía en el periódico que unos desconocidos han incendiado la caravana rosa de la que fuera mi vecina. Al parecer, la pobre mujer se encontraba dentro cuando eso sucedió. Pienso que alguien debió confundirse de caravana, que el autor o los autores pensaban en mí cuando le prendieron fuego. Pobre mujer. Este fin de semana le pondré una vela y, aunque no sé rezar, diré una oración por ella y tocaré la *Marcha fúnebre*, seguramente la de Chopin que es la que más me gusta, por delante de las de Mozart, Beethoven, Liszt o Händel. No crea que sólo se trata de una cuestión de gusto, sino que existen unos arreglos para órgano que le van perfectos a mi acordeón. Al final hoy ha sido un día triste y frío. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Domingo, 18 de noviembre de 2007

ASUNTO: Tannhäuser y Chopin

Srta. Morgan:

He despertado con las campanas del reloj de la iglesia. Hacía rato que le daba vueltas a un sueño extraño en el que finalmente usted accedía a actuar en *Tannhäuser* en medio de una coreografía apabullante de mujeres desnudas. ¿Qué interpretación debería darle a ese sueño? De madrugada he tocado la *Marcha fúnebre*. Lo he hecho sentado en la arena de la playa, en perfecta comunión con las olas del mar que descargaban insistentemente en la orilla. Una pareja de policías municipales se ha acercado a preguntar qué sucedía y les he explicado el duelo en el que estoy sumido a causa de la muerte de mi antigua vecina de caravana. Incomprensiblemente han entendido mi pesar y me han mostrado sus condolencias. También, de modo incomprensible, se han quedado a mi lado escuchando atentamente. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Domingo, 9 de diciembre de 2007

ASUNTO: Mayweather vs Hatton en Las Vegas

Srta. Morgan:

¿Por casualidad estaba usted allí? ¿Ha podido presenciar en directo la pelea del año? Por más que escudriñaba entre el público no he podido verla. En cambio sí pude ver a varios actores que probablemente sean amigos suyos, entre éstos el comentarista ha nombrado a Bruce Willis, Denzel Washington, Angelina Jolie y Brad Pitt. Todavía estoy paralizado. Necesito escribirle para quitarme el nerviosismo que se me ha quedado en el estómago. ¡Qué pelea, por Dios! ¡Qué duelo entre peleadores natos! Entre uno defensivo y otro agresivo. ¿Ha visto cómo aguantaba Mayweather durante el primer tercio para luego irse imponiendo? Qué lección de saber estar en el cuadrilátero, de cómo evitar los golpes y de conectarlos. ¿Ha visto qué rectos ha lanzado Mayweather, round tras round, hasta el gancho del décimo que ha mandado a Hatton a la lona? Hoy por hoy Mayweather es el mejor del mundo sin ninguna clase de dudas. Espero que no se lo haya perdido. Ha sido todo un espectáculo. Ahora no creo que pueda conciliar el sueño fácilmente, porque, además, desde ayer sopla un viento huracanado que parece que va a llevarse la caravana. Para que se haga una idea le diré que he tenido que amarrarla a unos postes. Bueno, me despido, aunque hoy los nervios se me comen y podría continuar escribiéndole durante horas. Que pase una buena noche, disfrute de dulces sueños y de un bendito amanecer.

LALO L.

Miércoles, 12 de diciembre de 2007

ASUNTO: Llorar es sano y vengarse también

Srta. Morgan:

La tempestad de viento no ha amainado todavía. Además, las

temperaturas han descendido notablemente. Hace días que me apaño con restos de comida. La pelea entre Floyd Mayweather y Ricky Hatton fue la última de las buenas noticias. Las cosas no van lo bien que deberían, aunque la causa no haya que buscarla en el tiempo ni en los negocios. No me he atrevido a escribirle antes por la conmoción que ha representado para mí, pero las chicas que eran el doble de usted y de la señorita Brooke han sido brutalmente asesinadas. Comprenderá que esté sumido en uno de esos instantes en los que el mundo se detiene y no queda más remedio que pensar profundamente en lo sucedido. No la molesto más. No me siento con ánimos. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Jueves, 13 de diciembre de 2007

ASUNTO: Rezar

Srta. Morgan:

El mundo se ha detenido a mi alrededor. He dejado de estar interesado en la oficina, en las revistas, en los libros, incluso en el sexo, he pospuesto mis artículos, todo. Me había ilusionado con pasar la Navidad con mi amigo el ex policía junto a esas chicas y ya no va a poder ser. Por segunda vez en pocos días he ido a rezar a la iglesia del pueblo y he interpretado la *Marcha fúnebre* a orillas del mar. No es que sea creyente, pero es como si les debiera algo a ellas. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Sábado, 17 de diciembre de 2007

ASUNTO: Frío invierno

Srta. Morgan:

Hoy ha llovido como nunca. Frío de invierno. Se parece al frío de cuando era pequeño. Entonces a la gente le salían sabañones. Ahora nadie sabe qué son. Esta segunda mitad del año me está matando. Las temperaturas son más

bajas que la media. Quizá sea que se me ha enfriado el cuerpo y en realidad no haga tanto frío. La humedad puede tener algo que ver con ello, y mi estado de ánimo también. Quizá el frío no sea otra cosa que un estado subjetivo. Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Lunes, 17 de diciembre de 2007

ASUNTO: Se acerca la Navidad

Srta. Morgan:

Creo que cerraré el negocio y desapareceré. Cerrarlo tal vez no, pero quizá sí que lo acabe vendiendo al productor francés que dijo estar interesado. ¿Qué opina usted? Buenas noches, dulces sueños y bendito amanecer.

LALO L.

Sábado, 22 de diciembre de 2007

ASUNTO: Adiós y feliz Navidad

Querida srta. Morgan:

Segundo día de lluvias torrenciales. De no encontrarme en una situación crítica, éste no habría sido un buen lugar para estacionar la caravana en un mes de diciembre. Se me ocurre que hemos pasado juntos los últimos doce meses. Sería por estas fechas del año pasado cuando me atreví a iniciar esta correspondencia y tal vez haya llegado el momento de dejarla, así que éste será mi último correo. Quiero que sepa que ha sido un placer y que no la olvidaré nunca. Hoy, tal vez mañana, veré a mi amigo el ex policía del que tantas veces le he hablado. En los próximos días celebraremos juntos la Nochebuena. La idea es hacerlo en honor de las muchachas rusas asesinadas. Tal vez no hagamos otra cosa que rezar por ellas. Fundamentalmente se trata de eso. También rezaré por usted. Mucha suerte, feliz Navidad y mejor año.

Ya sabe cuáles son mis deseos: buenas noches, dulces sueños y un bendito amanecer.

LALO L.

QUERIDA ALBERTINE

TEXTO en formato epistolar en cuya redacción trabajó el inspector de policía jubilado José Blaya Mendizábal (1940- 200/) durante los días de la operación HSYS y que contiene una selección de sus anotaciones de los meses de noviembre de 2004 a diciembre de 200/.

Querida Albertine, finalmente no me he atrevido a dejarle en herencia la libreta que tantas veces me ha visto consultar y por la que tantas veces se interesó. No debería importarle porque no había en ella secreto alguno, y porque durante estos días de convivencia creo haberle contado mis recuerdos sin esconder nada relevante. Su contenido, redactado para uso privado, no admitía la lectura ajena sin que su autor, como suele decirse, se removiera en la tumba. Este es el principal motivo por el que la destruiré tan pronto termine con este resumen. A modo de disculpa y para que se haga una idea, piense que la inicié con anotaciones que se referían a la manutención de la docena de canarios que heredé del vecino. Unos simples datos de un día cualquiera de noviembre de 2004, cuyas palabras clave estaban relacionadas con los porcentajes de alpiste, de negrillo, de nabina y otros como la lechuga y la manzana. Nunca leche..., algo que podía ser fatídico, pero que les hubiese ahorrado a los pobres infelices el final que a la postre tuvieron. Ya ve que no se trata de ningún secreto. Tampoco la colección de esquelas, extraídas casi en su totalidad de los periódicos, le sería útil. Estoy seguro de que las oraciones fúnebres por las almas de los fallecidos y su permanente encomienda a los cielos la habrían aburrido por su repetición. Hay esquelas muy extravagantes; lo eran entonces y lo siguen siendo ahora. Sin embargo, al releer las primeras que reuní no me parecen especiales, y me cuesta

encontrar el valor que debí de ver en ellos para tomarlas en cuenta, y sobre todo para haber iniciado con ellas una humilde colección. Por lo pronto le mostraré las que le dedicaron a mi hijo. La más institucional decía: «Alfonso Blaya Pérez, jugador de la Unión Deportiva Pueblo Seco. Directivos y demás jugadores, técnicos, colaboradores y socios se unen al dolor de la familia y lamentan tan amarga pérdida». Verá que la que eligió Margarita para la ocasión era más sencilla: «Alfonso Blaya Pérez ha muerto a la edad de doce años. Su familia agradecerá que le tengan presente en las oraciones». Escuetas ambas esquelas, pero de gran valor para mí. Mucho más, por supuesto, que otras que coleccioné y que me parece accesorio mostrarle.

De mayor interés para usted y para su seminario ha de ser la anotación del martes 1º de enero de 2006, que apuntaba directamente a mi primer encuentro con el coronel Resano, preguntándome ya entonces si era casual o no. En aquella visita a Lucena en el Hospital de Bellvitge dio comienzo la historia que he venido contándole. Anoté entonces la dirección de Castelldefels en donde el accidentado tenía aparcada la caravana, en el Paseo Marítimo a la altura de la calle 21, y al día siguiente la lista de enseres que llamaron mi atención, entre los que se encontraba el famoso acordeón Júpiter Lux, una pistola no reglamentaria, libros, revistas y algunos *dvd*, además de un ordenador portátil, aunque la anotación más pertinente sea la que me retrotraía a otra época. Escribí entonces: «Con toda seguridad al romperse la pierna se encontraba acompañado. Rastro inequívocamente femenino». Créame si le digo que en aquellos instantes, tan raro me parecía nuestro amigo el coronel como Lucena. Ahora, este comentario aparecerá ante sus ojos un tanto gratuito y extravagante, pero le aseguro que ésa era la percepción que yo tenía en la época. No fue sin embargo hasta un año más tarde, en enero de 2007, cuando en medio de tanto fervor coleccionista reparé en una noticia relacionada con el Asesino de la Eutanasia: «Seis asesinatos en los últimos cuatro meses. ¿Método?». Una pregunta que era como una introducción ya que no hubo que esperar demasiado a que apareciera Lucena. Entonces lo resumí del siguiente modo: «Surgió, como de la nada, Lucena. Pese a su actuación, estaba claro que venía a mi encuentro. Les Goose Hot Club de Torderes. Música manuche. Caravana en Jaime Vicens y Vives, frente a la playa del Bogatell». Eso fue cuanto puse por escrito de nuestra conversación, aunque días más tarde siguieron otras anotaciones, tal vez

intrascendentes, como cuál era, según él, el nombre del vaso más apropiado para el whisky, o algunos lugares en los que durante todo este tiempo jugábamos al billar. A decir verdad, tampoco tenía mucho sentido haber consignado en el mes de marzo un escueto «Cáncer de pulmón», como si hubiese sido posible olvidarlo al regresar a casa, dejarlo colgado en el perchero y seguir como si tal cosa. Es cierto que ese día recogí del periódico unas cuantas esquelas, aunque no recuerdo si lo hice bajo la influencia de la enfermedad que acababan de diagnosticarme. Probablemente nadie iba a acordarse de mí al año siguiente ni al otro, al contrario de lo que sucedía en algunos de los recordatorios que copiaba «Tu hermana Pepita, que no te olvida ni te olvidará nunca», por ejemplo. Tal vez por eso lo consigné de ese modo: «Cáncer de pulmón». No digo que no pensara largamente si debía ocultarle o no la noticia al amigo Lucena, entre otros motivos porque, aunque no podía asegurarlo al ciento por ciento, la intuición me decía que era él quien se encontraba detrás de aquellas muertes del llamado Asesino de la Eutanasia. De eso nunca dejé constancia escrita, pero es cierto que lo pensé y que relacioné mi enfermedad con la de los enfermos terminales, y llegué a especular con que Lucena podía ser una solución pero también un problema, y que tenía que saber jugar todas mis cartas hasta el último momento. Ahora que releo mis impresiones no puedo hacer otra cosa que confirmar que nada hacía presuponer que acabaríamos de esta manera. Encontré un par de muertes más de la misma especie en el periódico. La noticia aclaraba que habían tenido lugar en distintas plantas del Clínico. Eso anoté, del mismo modo que un día el coronel me pidió que fuéramos a visitar a Eleuterio Fuentes en el Hospital Valle de Hebrón, y luego a la mujer que durante años había sido su amante. Ya le he contado cómo fue nuestro encuentro con Eleuterio Fuentes, de quien consigné también, cómo no, su esquila: «Su esposa fidelísima, su hija, su nieta, yerno y hermanas, sobrinos y demás familia ruegan una oración por el alma de quien tanto supo darles y tan poco pidió a cambio». Entonces todavía no lo sabía y en realidad aún no lo sé ahora, y confieso que me he preguntado muchas veces por qué motivo el coronel me llamó a mí y no a Lucena. La respuesta sólo tiene sentido si se piensa en esta historia como una inmensa tela de araña. Una tela de araña de la que yo no era consciente entonces, probablemente por motivos absolutamente terrenales como tener el pensamiento puesto en el cáncer de pulmón. No sé qué opinará usted, señorita, sobre la relación entre mi

enfermedad, la colección de esquelas y mi falta de olfato, o bien los hilos que lo unían todo con las víctimas del Asesino de la Eutanasia, incluso con los sueños de aquellos días. He leído en alguna parte que siempre soñamos, aunque luego no recordemos nada de lo soñado; que tenemos una actividad nocturna nada despreciable, pero la verdad es que muy pocas veces había sido consciente de soñar, y menos todavía de recordar mis sueños una vez despierto. Fue al saber que estaba enfermo que comencé a tener presentes mis pesadillas o mis delirios nocturnos, lo que fuera aquello. Tanto que, como ya sabe, incluso decidí dejar constancia de algunos. Así registré el primero, que no transcribiré en toda su extensión porque recuerdo habérselo contado estos últimos días pasados. Sé que di el paso a causa de la veracidad con que lo viví. Era el mes de abril y ese sueño estaba relacionado con mi hijo Alfonso y transcurría en su mayor parte en el campo de fútbol del Pueblo Seco. Me preguntaba «¿Por qué ahora?», como si quisiera desentrañar lo que había detrás del sueño y de su mundo: mi hijo, mi ex mujer, los nombres de un tal Javi y de un tal Langosta, del presidente del club o de un payaso profesional llamado Miguel que vivía en la puerta de al lado de nuestro piso de la calle Radas y que solía visitarnos acompañado por una cantante llamada Luisita Tenor.

Comencé entonces a redactar versiones de la que debería ser mi propia esquela. A veces era una esquela y a veces se trataba de un epitafio que habría de esculpirse en el mármol de mi lápida. Nunca me atreví con un obituario. Dicen que se redactan con tiempo y se archivan para cuando le llegue a uno la hora. Las esquelas que escribí para mi propio consumo y que voy encontrando a medida que paso las páginas de la libreta no me parecen aptas para ser transcritas. Son fruto de una improvisación que no aguanta la más ligera visión crítica. Hubo más enfermos terminales que fallecieron gracias a una ayuda anónima: un hombre y una mujer, en el Hospital Valle de Hebrón, otra noche de abril. Tal vez la misma en que soñé que regresaba, enfermo, al trabajo. Escribí entonces: «Lucena me reprocha que llegue tarde y que llegue enfermo. Le digo que vengo a convertirme en su sombra. Luego entro en el despacho del coronel. Lucena no tiene rostro en el sueño. El coronel dice que igualmente habrá que salvarle la vida». Por lo que se ve, un sueño auténticamente oportuno, como el resumen que llevé a cabo de una de las primeras novelas que Lucena me prestó de Marcial Lafuente Estefanía y

que tenía por título *Trajes de madera*. Apropiado también a este entorno de muerte, como todo lo demás: «Espías en tiempos del lejano Oeste. Hombres de bien y tráfico de armas. Directa y sencilla. *Saloon, sheriff*, jugadores de naipes. Amistad, amor y poco romanticismo». Luego redactaría unos cuantos más sin tener clara su finalidad; sorprendido quizá de tales lecturas, del método empleado para escribirlas, acaso admirado de que alguien pudiera llevar a cabo una hazaña para mí tan impensable, por lo arduo del trabajo. Las noticias, como la muerte de otro enfermo terminal, esta vez en Sabadell, se mezclan con los sueños en los que relaciono a mi amigo con el famoso escritor: «Sueño que escribo una novela de Marcial Lafuente Estefanía. Lucena dice haberla leído con anterioridad. Le digo que eso es así porque todas son idénticas o parecidas, que de todos modos he cambiado algunas cosas. ¿Qué cosas?, pregunta él. El nombre del personaje principal, respondo. Ahora se llama como tú». Y esto junto a la sorpresa de que Lucena comprara diez de aquellas novelas de cowboys para celebrar el día del libro. Un caso este Lucena, de quien un párrafo más abajo quise destacar que «durante la semana se ha dado cuenta de que ya había leído cuatro de ellas». Luego le soñé contratándome para que averiguara quién era. Supongo que faltaba un sueño que de algún modo repitiera esas escenas que tan bien representaba. «Al fin descubro por qué pregunta a todos por la calle», escribí. «Verdaderamente no sabe quién es. No es que haya perdido la memoria, sino que nunca ha sabido quién era. Dice ser un huérfano al que de pequeño abandonaron en la Maternidad y que acabó en la Casa de la Caridad. Dice también que durante su época de espía averiguó la identidad del hombre que lo había depositado allí. En el sueño le digo que lo he de pensar, que estoy viejo y enfermo y que no tengo ganas de investigar entre el polvo de los archivos parroquiales, provinciales, del registro civil y demás, pero en realidad estoy pensando que él sabe perfectamente quién es y que si desea contratarme es para distraerme de mi investigación principal, la del Asesino de la Eutanasia». Este sueño lo anoté al lado de una lista de localidades donde se habían llevado a cabo los crímenes, y con la descripción del homicida: «hombre mayor, estatura baja, complexión fuerte, pelo abundante, blanco y liso que coincide plenamente con mi amigo. Suele usar barbas postizas, caretas, gafas y todo tipo de disfraces que impiden su reconocimiento». No sé cómo hubiera tratado el tema de los asesinatos de la eutanasia Marcial Lafuente Estefanía. Lo pienso ahora cuando veo que días más tarde resumí

una de sus obras, *De Dodge City a Abilene*, antes de anotar la lista de deseos que Lucena quería llevar a cabo antes de morir. Le duró poco la manía de los deseos a Lucena, pero durante ese tiempo casi no hubo respiro. Creo que venían por el mismo orden en que los anoté: «Encontrar a un desconocido que me recuerde, acostarme con la señorita Morgan, viaje navideño y componer *Suspiros de España* con arreglos idénticos a las de Estrellita Castro». Permítame que no haga ningún comentario al respecto.

Ha habido durante este tiempo unos cuantos resúmenes de Marcial Lafuente Estefanía. Más Marciales Estefanía, solía decir yo. Los resumí todos. Una tontería, por supuesto, porque no sirvió para nada. No había mucha variación allí. Muchas historias en una sola. Pistoleros, ferrocarriles, ganaderos y vaqueros, jugadores ventajistas, jueces y sheriffs títeres, agentes federales, ciudadanos que se saben con la razón y que cuelgan a los presuntos forajidos sin necesidad de juicios. De todo había allí. «Si es necesario, mata. No hagas heridos que les haga pensar en fallos», se leía en más de una. Los títulos eran variados *Ha llegado el vengador*, *Juramento ante una tumba*, *Cuatreros*, *Hecho para la horca* o *Doce balas para un cobarde*, y las historias que cuentan transcurren en poblaciones cuyos nombres resuenan en los oídos de los viejos de mi generación, tal vez por haberlos escuchado en centenares de películas, lugares míticos como Dodge City, El Paso, Santa Fe, Cheyenne, Laramie, Laredo, San Antonio o Kansas City. Algunas de estas obras sugieren una excesiva improvisación, otras no. Al final incluso me siento capaz de intuir esa clase de detalles. Numerosos personajes a los que llaman *gigante*. Héroes altos y fuertes, rápidos con las armas y de blanca dentadura perfectamente alineada, que desenfundan con una rapidez endiablada y llenan de onzas de plomo las barrigas de sus enemigos. Tanto plomo y tanto de todo que quedé exhausto de aquellas novelas donde siempre ganaban los buenos. Me preguntaba en alguna página si tienen sentido los casos sin sentido, leer por leer, seguir anotando esquelas en la libreta cuando debería de haber redactado la mía; si tenía sentido comentar o resumir una novela popular del Oeste. Si tenía algún valor transcribir los sueños, eso acababa preguntándome.

Para lo que sí sirvió tomar notas fue para llevarme un recuerdo de París, donde copié algunos de los títulos que el coronel sugirió que podía leer. Era lunes, 14 de mayo de 2007, y entre otros anoté las *Memorias de guerra* del

general De Gaulle; las *Memorias del general barón de Marbot*, «quien participó en las campañas de Napoleón», frase que escribí junto al título antes de continuar con las *Confesiones* de San Agustín y otra obra que olvidé anotar pero que Hanna no me recomendaba, y no estoy seguro, pero creo que ella dijo como en un murmullo que trataba de un personaje que escribió sus memorias inducido por el cáncer, y yo me dije que debía de ser intuición femenina el hecho de que inconscientemente asociara la enfermedad conmigo. Transcribí entonces algunos comentarios del coronel sobre políticos que habían llegado a nuestros días por ser magníficos escritores más que por su labor; sobre otros que parecían confesarse y sobre quienes aprovechaban la ocasión para pensar en la condición humana; sobre quienes se presentaban con una sinceridad difícil de creer; y quienes utilizaban una o diversas máscaras. Tras las sugerencias del coronel, que confieso que no seguí, lo que sí hice fue insistir en el asunto de los sueños. «Sueño que Lucena ya no desea contratarme por más tiempo. Sabe que he ido a ver al coronel, precisamente a contarle quién es el Asesino de la Eutanasia. Le digo que seguiré adelante aunque no me pague, como los policías de las películas, porque sé que él es un Expósito falso, que ésa es la identidad que le han fabricado en el servicio secreto, que su única verdad es que se está volviendo loco a causa de tantas personalidades como ha llegado a adoptar. Sueño que le amenazo con investigar en los archivos del antiguo Servicio Central de Documentación o en los de la Tercera Sección del Alto Estado Mayor si no confiesa de inmediato quién es; que es una vergüenza; que esa clase de secretos no se les ocultan a los amigos». La suerte que tengo es que mi libreta no se convirtiera antes de tiempo en un diario, porque no habría podido encontrar un cuaderno con suficientes páginas para contener tanta reflexión, y ahora mismo este resumen se haría impracticable. Existe una anotación que ha de ser de aquel mismo día. Reproduce una frase del coronel: «La imposibilidad y la inutilidad de la guerra tradicional teorizada por Clausewitz». Con toda probabilidad debí de preguntarme qué quería decir con eso, porque parece que al rato añadió otra frase que también me molestó en anotar: «Al fin y al cabo, cuando hay que matar a alguien siguen funcionando los mismos mecanismos». Hay una distancia entre un pensamiento y otro, pero es como si hubieran estado esperándose para encontrarse en esa página, relacionando la idea de muerte, guerra y asesinato, que citaba el coronel, con la corrida de toros, porque allí mismo dije que estuvimos en La Monumental un domingo

de junio, y aunque fuimos más veces, por algún motivo anoté ésa (vinieron las chicas rusas con nosotros) junto a otro sueño en el que aparecía mi hijo Alfonso el día anterior al de su muerte, esforzándose en los deberes escolares. Me impresionó ese sueño. Era a principios del verano y había una novedad destacable que se podía concretar en aquella chica rusa, la mudita, que se llamaba Sofía, Sofía Fiódorovna Petrova, pero entonces la llamaba mudita porque Lucena la había bautizado así y a ella tanto le daba una cosa como otra. Reconozco que me alegró la vida, aunque en esas fechas me encontraba muy cansado, tal vez también por el calor. De modo que acabé llamando a la doctora de la que le he estado hablando estos días cuando ya andaba bastante apurado. Eso fue en el mes de julio. «Alrededor de las cinco de la tarde», escribí, como si la libreta fuese una agenda, mezclándolo todo un poco, porque en definitiva se trata de una página en blanco donde se puede garabatear lo que se quiera. Ese mismo día, el 23, fue detenido en Portugal el Solitario, uno de los delincuentes más buscados en España junto al Asesino de la Eutanasia. Rebusco yo también por todas partes, pero no encuentro nada relacionado con la medicación que me dio la doctora, esos parches de fentanilo que mejoraron la calidad de mi vida, aunque al principio sufrí sus efectos colaterales, tal como dijo ella que sucedería.

Tal vez no tenga ningún interés para su seminario, pero el domingo 19 de agosto escribí «Suspendida la corrida de toros por la lluvia». Le ahorraré la búsqueda de mi ex mujer, Margarita. Acabé mal el día que visité su último domicilio conocido. Prefiero no recordarlo. Cerca de estos apuntes se encuentra una reflexión hecha por Lucena. «Me pregunta si sé qué es un *ovni*, qué son esos extraterrestres que vienen a visitarnos en platillos volantes. Y me descubre que son turistas procedentes de un mundo sobrenatural, que se pasean por la Tierra y cuyo interés principal no es otro que examinarnos de cerca». Si es así, pienso yo, ese mundo sobrenatural debe de ser muy parecido al nuestro, es decir, alguien nos ha hecho a su imagen y semejanza. Un mundo donde hay turistas y posiblemente dinero. Una idea curiosa para alguien que no cree en Dios. Ni siquiera estoy seguro de que no sea una idea curiosa en alguien que habla de Rajmáninov como si fuera un pariente suyo, o que está loco por viajar en el Orient Express. Ese Orient Express que ahora aparece ante mí cambiado porque creo que los hechos se han adelantado y que adelantándose me han ahorrado una aventura final a miles de kilómetros

de distancia, supeditada a los designios (meras órdenes) del coronel, tal vez la finalidad última de aquel viaje que tantas expectativas y dolores de cabeza me había dado, tal vez la culminación del estricto sentido que podían tener sus palabras de París, cuando me confió que si en algún momento necesitaba que echara una mano ya me lo haría saber. Si lo junto todo, parece uno de esos sueños en los que Lucena y yo conversamos sobre cosas que no tienen ni pies ni cabeza. Acompañando a Lucena, finalmente conseguí ese epitafio que no he sido capaz de componer por mí mismo. No pensé en aquel instante en anotar su procedencia, sólo la frase: «Dos hormigas salvajes y suicidas», aunque tal vez no necesite saber más, ahora que se acerca el momento de la verdad y definitivamente debo dejar mis últimas voluntades a su merced, señorita Albertine. Lo descubrí en una librería junto a otros títulos que anoté, simplemente porque me dije entonces que debería leer alguno de aquellos libros profundos en lugar de perder el tiempo en esa filosofía de uso doméstico que gastaba en el campo de fútbol del Alzamora.

Luego vino septiembre y seguí soñando, igual que soñé ayer y volveré a soñar esta noche si es que consigo dormirme. A veces los sueños no tienen ni pies ni cabeza, casi siempre es así, al menos eso creo cuando los leo de mi puño y letra e intento recordarlos. En aquel momento pretendía hallarles un significado. A veces aparecía en ellos la señorita Brooke que no era exactamente la señorita Brooke de la que hablaba Lucena, sino que su rostro era el de la mudita. Es como si me hubiera dedicado a coleccionar sueños y más sueños. No entiendo sus significados y todavía no consigo relacionarlos con la idea que tengo de ese mes en que creíamos que íbamos a viajar en el Orient Express.

Tampoco hubiese encontrado ninguna anotación, señorita Albertine, referida a los días en que seguí a mi amigo por las calles de Barcelona. Ningún rastro de la fotografía en la que Lucena y el coronel posaban junto a las chicas rusas. Demasiado tarde para hacer preguntas e investigar qué había detrás de aquella historia. Desde entonces he ido construyendo teorías de lo más variadas. Sólo eran teorías, pero no había que ser muy listo para darse cuenta de que existía toda una trama detrás de las chicas, una trama en la que Lucena y el propio coronel desempeñaban un papel principal. Se me escapaban y se me escapan los detalles, pero no se me escapa que ahora ustedes están aquí, a un paso de asaltar el cuartel general de unos asesinos, y

que esto no ocurre porque de pronto hayan decidido ayudarme en mi particular venganza. No me he planteado ni me planteo saber a qué fines estoy colaborando. Entiéndame: fuera de mi deseo de venganza, cualquier otro motivo no me interesa. Mi confianza en el coronel y en ustedes es la de un viejo que ya no puede ofrecer nada más a cambio que su propia vida. Es así y no me llevo a engaños. Tras descubrir la fotografía seguí mi camino y dejé hacer y esperé a que cada cosa de las que todavía habrían de suceder ocupara su lugar en el rompecabezas. No sirvió de nada, o quizá sí, pero el resultado, sin embargo, sigue siendo opaco. Nada que ver con lo que había escrito yo a continuación, que envejecemos por la cantidad de causas a las que hemos ido renunciando, aunque no estoy muy seguro de que esa sentencia pueda aplicarse a todo el mundo, al menos no a individuos como Lucena. De pronto, a lo que no podía renunciar porque se habían instalado en el cerebro era a Margarita, mi ex mujer, contándoles a sus vecinos escenas imposibles para las que no encuentro más justificación que la posibilidad de que se refiriera a otro que hubiese ocupado mi lugar durante esos años. Una mujer sin suerte, tanto si se refería a ese otro como a mí, tanto si lo creía de verdad como si se había vuelto loca. Tal vez sea yo quien haya olvidado, consciente o inconscientemente, momentos de mi pasado. No hay más apuntes sobre ella en la libreta, aunque luego pensé que tal vez su voz ausente, pero clara y nítida a través de los vecinos de la calle del Vent, podía ser una premonición, mucho antes de que nos tropezáramos con los novios rusos y las dos muchachas se vinieran a vivir conmigo, algo que no anoté, como no anoté tantas y tantas cosas hasta que no tuve más remedio que hacerlo porque había que darle salida a la rabia, al rencor y a la venganza. Fue ese día en el que pocas horas después de hacer testamento a nombre de la rusa mudita, Sofia Fiódorovna Petrova, como creo haber dicho ya que se llamaba, un nombre de princesa rusa, infinitamente mejor que mudita e infinitamente mejor que Ashlynn o que cualquier otro apodo, Sofia Fiódorovna Petrova, pues ese mismo día escribí a un lado que era como una maldición que eso hubiese sucedido horas antes de que fuera asesinada, mientras reconocía que algo había fallado si ellas habían muerto. No me explicaba cómo podía haberlas dejado a merced de los sicarios. No de un modo consciente. Ese martes 4 de diciembre en que se desplomó el mundo mientras las calles estaban engalanadas de luces navideñas fue el día de los nombres, porque anoté el de la muchacha rusa y el suyo, Albertine, «con e

final» en lugar de a. La agente que habían asegurado que vendría. Y luego ya nada, una ristra de epitafios bochornosos escritos todos en el Hotel Colón, dándome por fallecido ese mismo mes, a veces empuñando las armas, a veces sin ellas, hasta rescatar aquél por el que quisiera ser recordado «Murió como una hormiga salvaje y suicida». Un deseo más que otra cosa, una frase para despedirse de este mundo que contradijera toda una vida. Dándole vueltas y más vueltas a los dilemas, a la duda, redactando epitafios para ella: «En recuerdo de Sofía Fiódorovna que mereció un final mejor». Eso escribí en aquella habitación de hotel en la que habíamos estado juntos tantas veces, y escribí sin ninguna gracia que Sofia Fiódorovna no había merecido tener un final tan atroz, y escribí eso de «Sofia Fiódorovna *in excelsis deo*», y que dejar atrás a los seres queridos había sido como un castigo bíblico que me había perseguido hasta el fin de mis días. Me preguntaba en esa página quién más había de caer mientras soñaba vengarme, porque eso precisamente era lo que soñé días más tarde: «Sueño que Lucena me contrata para arreglar el asunto de las muchachas rusas, para que encuentre a los asesinos. Deja una enorme cantidad de dinero sobre la mesa y armas, muchas armas. Las armas son tantas que no hay donde ponerlas. Le digo que con unas pocas bastará, pero que precisaré de su ayuda». Ahora me doy cuenta de que a partir de un determinado momento mis apuntes van convirtiéndose en un diario repleto de reflexiones. «El diario tras la muerte, tras los extremos. Nada. Tal vez no haya nada que pensar. Sólo actuar. El cerebro necesita descanso, reposo, tomarse vacaciones, aclararse, tal vez un poco, tal vez mucho. Evitar volverse loco. Según Einstein (eso lo leí en el periódico), la diferencia entre el pasado, el presente y el futuro sólo es una ilusión persistente. Romper con eso. Mi otro yo del pasado hubiese actuado de distinto modo. Ahora ya no cabe esa opción. Tal vez ya no quepa hablar de opciones. Para qué establecer ahora diferencias entre el pasado y el presente. Aquí el futuro no cuenta porque en el futuro ya no existiré y el cambio, lo que se dice cambio, hay que percibirlo en el presente. Olvidar a ese Einstein visionario que vive en otra realidad». Escribir sobre Einstein. Me pregunto cómo se me pudo ocurrir enmendarle la plana a Einstein, incluso en privado. Muy mal iban las cosas, igual que ahora, aunque reconozco que tener compañía aligera algo la pesadumbre. No mucho, sólo algo. Escribí sobre Einstein y escribí en el Hotel Colón un borrador para una esquila conmemorativa. «Querido Alfonso, cuando estas palabras puedan leerse en el periódico, tú y yo estaremos juntos de nuevo,

unidos en algo inexplicable pero tremendamente verídico». Mi manera, señorita Albertine, de tocar fondo. «Lunes, 10 de diciembre de 2007. Dejo atrás el Hotel Colón, los penosos recuerdos y las comodidades embarazosas. Cambio el pasado por un camastro incómodo que promete un futuro. Como si fuera el inicio del final dejo atrás un sinsentido que quiero cambiar por algo que me justifique. Cuando menos ante mí mismo. Inútil. Nada puede ya justificar una vida perdida». Y entonces la redención por el simple hecho de hablar y hablar durante horas, la suerte de encontrar un público que le escuche a uno, que escuche una historia que puede remontarse al inicio del inicio, porque parece ser que llegado el momento todo se simplifica. Hablar y hablar, contar cómo había vivido estos dos últimos años desde que encontré al coronel en los galgos de Concepción Arenal y luego a Lucena. «Es como un descanso, casi como una confesión en la que uno va descargando todos y cada uno de sus pecados y ese soltar lastre mejora algo que no tiene nombre, que no se sabe exactamente qué es, pero que es. En los recesos aprovecho para andar, escuchar por los auriculares qué sucede en la casa de los novios rusos, que es como les llaman por aquí a esos asesinos. No entiendo nada, sólo ruidos que delatan lo que ocurre en la casa. En otra época habría sido un buen ejercicio, pero ahora no tiene ningún sentido». Hay otra frase un poco más adelante que también copiaré: «Final. Tengo la sensación de que todo acaba ya. Si no muerdo en el asalto, moriré poco después». Es como si el cuerpo aguantara gracias a un único motivo, como si el cáncer me diera una tregua hasta ver cumplida mi venganza, como si tuviera que estar ahí para comprobar que se consuma. Después no habrá nada que me retenga en la Tierra y tendré que abandonarla. Mi cuerpo lo hará por sus propios medios, él mismo se encargará de hacerlo, activará su sistema de muerte y moriré. Eso es lo que sucederá. Ahora resiste gracias a un objetivo. Aquello que echaba en falta meses atrás ha aparecido en el último instante. No lo hace para alargar unos años mi vida, sino para dispensarme unos pocos días de gracia. Luego, el cuerpo se dejará ir de una vez. Después de esto no puedo siquiera imaginarme llevando otra clase de existencia, de la clase que sea, y arrastrarla tras de mí ni un solo día. Volver a la lectura de los periódicos, a los paseos. Aparecer una mañana en el bar Colombia y pedirle un cortado al patrón o al viejo Silva. Tomar un autobús y bajarme en Sant Antoni. «Hola, Pere, ¿cómo estás hoy? Estuve en el Versalles y ya no es lo mismo». No hay lugar en este mundo para viejos como yo, y menos aún después de lo ocurrido. Como un

diario, señorita Albertine, como un diario. Aunque poco entienda de estas cosas, no se me escapa que esto ha acabado siendo la terapia o parte de mi terapia. Hablo de ustedes en mi libreta. Mire de qué modo: «Hoy he contado a estos espías que me rodean cómo han sido los últimos días con las chicas rusas y los nombres por los que las llamábamos y cómo lo aceptaban ellas, del mismo modo que aceptaban cualquier cosa que viniera de nosotros. Probablemente nos consideraban dos viejos tontos y locos, aunque nos mostraban respeto y consideración. Tal vez el mismo que les tenían a todos sus clientes, así que como tales nos trataban. No todos los clientes las hubieran intentado proteger. Digo intentado y me sonrojo y avergüenzo. Espero que allá donde estén sepan perdonarme». Debí pensar que encontraría la redención inventando epitafios, aunque ninguno de los que escribí pasaría la más mínima prueba de calidad, entre otros motivos porque nunca sabré qué es pertinente en un epitafio, si decir lo que uno siente o expresarlo como los demás quieren leerlo. Me pregunto si existen expertos en epitafios. De esquelas yo mismo debo serlo. No en vano habré leído miles y coleccionado más de un centenar. Usted no podrá leer todas las que reuní, ni siquiera las que yo mismo redacté, porque con la libreta habrán dejado de existir las tonterías que imaginé cuando creía que serían sólo para mí, que nadie más en este mundo iba a leerlas. No me hago ilusiones de que vayan más allá, pero deberá conformarse con este resumen. Para lo bueno y para lo malo. Ya he hablado demasiadas veces sobre mi propia muerte y ahora se me ocurre que no he hecho más que comentarle los aspectos más banales. Tal vez ése sea uno de los motivos por los que no convenga que lea la libreta, simplemente porque en ella hablo de mi muerte y de la de los otros de un modo poco apropiado. Mejor dejar este tema y volver a uno de mis preferidos, el de los dilemas. Anoté en estos últimos días que podría existir un dilema de Blaya del mismo modo que existe un dilema de Heinz. Ahora me parece un pensamiento pedante, pero incluso así se lo expongo: «Pongamos por caso el de un ex policía que ha dedicado la vida entera a su profesión, cumpliendo con su deber. Todo según la ley. Pongamos que llegado al final de sus días conoce a una chica que le alegra y rejuvenece, que le anima a consumirlos felizmente a su lado. Pongamos que el hombre está enfermo y sabe que morirá pronto, a lo sumo le queda medio año. Pongamos que esa chica es asesinada por una banda de malvados. Pongamos que el viejo ex policía tiene manera de encontrar, y de hecho sabe cómo encontrar, a los asesinos de la

chica. Pongamos que puede vengar a la chica (y vengarse a sí mismo) tomándose la justicia por su mano. ¿Es lícito entonces que el ex policía no quiera entregar a los asesinos? ¿Que no desee verles en prisión, ni sienta compasión por ellos, que sólo desee su muerte? ¿Es lícito que quiera vengarse y acabar con todo, incluido él mismo, y que cambie la manera de ver el mundo que le había acompañado hasta semanas antes, cuando el final de su existencia se presentaba irreversible pero plácido a la vez?». Ya ve, puro sinsentido, algo que podría haber formado parte del guión de una de las novelas del señor Marcial Lafuente Estefanía, con quien soñé, y voy acabando ya, querida Albertine, a poco de llegar aquí. Entonces escribí lo siguiente: «Sueño que acudo al piso del escritor Marcial Lafuente Estefanía en Barcelona, en un edificio entre el Hospital Clínico y la plaza Francesc Maciá. Representa que he sido llamado por algún motivo, aunque no sé cuál. Me recibe en un gran salón, rodeado de personas de su confianza. El suelo está repleto de bicicletas de tres ruedas, de ésas destinadas a los niños muy pequeños, todas de modelos y medidas muy diferentes. Deduzco que las colecciona. Me acompaña mi ex mujer, porque todavía estamos casados. No sé qué edad tengo en el sueño. No recuerdo ese detalle. La gente me trata bien, pero me observa como si acabara de aterrizar procedente de otra galaxia.

Primero el escritor me mira sin decir nada, después me habla del Premio Nobel, aunque no sé si es que acaban de concedérselo o van a hacerlo en breve. A ratos parece que vaya a preguntarme por las notas que he ido recogiendo de sus novelas, a ratos pienso que me preguntará sobre el dilema de Heinz en comparación con el dilema de Blaya. Marcial Lafuente Estefanía es un hombre alto y corpulento, un poco más joven que yo, de unos sesenta años, entradas muy marcadas y pelo discretamente largo. No se parece en nada al de la fotografía que había visto en Internet y en la que aparecía con sombrero vaquero. De pronto se esconde tras unas gafas oscuras con montura roja y bajamos a la calle porque debe acudir a una entrevista en una emisora de radio. La calle está repleta de gente. Tanta, que en lugar de escritor parece que se trate de una estrella del rock and roll. Le espera un Rolls Royce oscuro, viejo y tal vez incluso anticuado. Cuando el chófer le abre la puerta, se introduce rápidamente hacia el fondo. El coche enseguida se llena. Es muy pequeño para ser un Rolls Royce. Mi mujer se sienta junto al conductor, al

lado del escritor veo a Albertine que se ha convertido en su agente o algo así. Me dice que nos veremos en un club de nombre inglés, y yo sé que no iré, que éste es un mundo que no me corresponde y con el que nada tengo que ver. Pienso que el escritor todavía no me ha preguntado por mis notas ni por los dilemas. No importa. En el último instante se vuelve hacia mí y resulta que su rostro es el de Lucena. No me da tiempo de abrir la boca cuando me aconseja que mate sin compasión, que no deje heridos, nada que pueda denotar error o flojera. Sólo necesito un par de colts de los buenos. El Rolls Royce se va y la multitud permanece en sus puestos durante una fracción de segundo, justo antes de dispersarse y marcharse a sus casas. Un grupo de alabarderos de trajes rojos desfila calle abajo. Parece Dublín, pero estamos en la calle Casanova.

Me fijo en el rostro de uno de los alabarderos y me pregunto—todavía dentro de la irrealidad—cómo la mente puede construir rostros que nunca ha visto y mostrarlos en un sueño. Inmediatamente pasa frente a mí un primer plano de ese rostro, como una perfecta repetición televisiva de la jugada. Sé que estoy soñando porque precisamente la pregunta admite el sueño. Digo lo siento porque no sé la respuesta. Tal vez el sueño construya rostros imaginarios a base de agrupar diferentes caras de gente conocida. Yo también me voy. Puede que sea la premonición de una despedida. Probablemente sí».

«Domingo, 23 de diciembre de 2007. Hotel Prestige Mar y Sol, Rosas. Desde la ventana puedo ver el pequeño caparazón en el que habita Lucena. A ratos, por la noche, tiene las luces encendidas, luego las apaga, luego vuelven a brillar. No sé cuántas veces me habré levantado para observar la caravana, reconozco que cualquiera podría pensar lo mismo de mí: ahora se levanta, ahora se acuesta... Sin embargo, él ni se ahoga, ni tiene la tos que yo tengo, ni la próstata en las últimas. No tiene cáncer, tal vez lo esté incubando en este preciso momento. Debería sentirme cansado del viaje en autobús, pero para mi sorpresa y la de los demás no lo estoy. Antes de eso hemos cenado en silencio. Cuando nos hemos quedado solos le he preguntado por el Orient Express. Qué demonios se supone que íbamos a hacer allí. Eliminar a la cúpula de la mafia rusa, ha dicho, como si se tratara de una confesión. Yo sólo tenía que echarle una mano, poca cosa, él solo iba a acabar con todos ellos. Tampoco eran tantos, ha querido precisar. Por el camino cambiaron los

planes. Luego ha habido un larguísimo silencio. Dice Lucena que debemos velar armas. Le he respondido que mañana, cuando volvamos a casa. De vuelta en el hotel he pensado que Lucena está loco, que el coronel está loco, que todos estamos locos. Pero que a pesar de ello, quizá por eso mismo, porque estamos todos locos, voy a seguirles hasta las últimas consecuencias». Ahora es tarde y no me quedan más sueños que transcribir, no me queda nada más que decirle. Habré olvidado unas cosas y otras, pero si no las recuerdo es como si no existieran. Velaremos armas, por supuesto. Espero, señorita, que guarde un buen recuerdo de mí. Por si le sirve de algo, ya sabe que mi epitafio preferido es aquel que le apunté con anterioridad: «Murió como una hormiga salvaje y suicida». No importa que no se corresponda con mi antigua vida.

Contraportada

A mediados de diciembre de 2007 Gustavo Braudel y su hija Albertine, a quienes ya conocemos por anteriores obras de A. G. Porta, participan en la operación HSYS (Hormigas Salvajes y Suicidas), según se desprende del relato que ésta ofrecerá al coronel Francisco Resano: «A veces una no sabe, querido coronel, por qué echa de menos una época que en su momento no le pareció mejor que cualquier otra, pero a la que, sin embargo, le tiene un aprecio especial, posiblemente debido a las circunstancias que concurrieron en ella, a las personas que me rodeaban y, tal vez, a que pronto vayan a cumplirse cinco años y todavía no haya podido pasar página. Entonces le prometí un informe de la operación [...] en la que participaron el inspector de policía José Blaya y el también policía Lalo Lucena, ambos jubilados, sin que durante este tiempo haya conseguido escribir una sola palabra». La impresionante trama de personajes, construida minuciosamente con un profundo sentido narrativo, y el estilo depurado de Porta descubrirán al lector un exuberante universo literario.

Solapa interior

A. G. Porta (Barcelona, 1954) obtuvo el premio Ámbito Literario de Narrativa de 1984 con el libro *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce*, escrito en colaboración con Roberto Bolaño, así como el premio Café Gijón de 2005 con la novela *Concierto del No Mundo*. Acantilado ha publicado toda su obra narrativa.

Metadatos

Publicado por ACANTILADO Quaderns Crema, S.A.

© 2017 by Antoni García Porta

© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana: Quaderns Crema, S.A.

isbn: 978-84-16748-69-3

depósito legal: b. 24 075-2017